

Université de Montréal

Espacios interiores, temporalidad y sociabilidades en la literatura memorialista de Buenos Aires (1880-1910)

par

Santiago Javier Sánchez

Département de littératures et de langues du monde

Faculté des arts et des sciences

Thèse présentée à la Faculté d'études supérieures et postdoctorales en vue de l'obtention du grade PhD en Littérature - option Études hispaniques

Septembre, 2015

©Santiago Javier Sánchez
2015

RÉSUMÉ : « Espaces intérieurs, temporalité et sociabilités dans la littérature mémorialiste de Buenos Aires (1880-1910) »

L'objectif général de notre projet est d'étudier l'interrelation entre espaces intérieurs, temporalité et sociabilités dans la littérature dite « mémorialiste » de Buenos Aires de la période 1880-1910. Notre recherche privilégie l'analyse des textes d'inspiration mémorialiste parus à Buenos Aires entre 1881 et 1904: *Buenos Aires, desde setenta años atrás* (José A. Wilde); *La Gran Aldea* (Lucio V. López); *Las beldades de mi tiempo* (Santiago Calzadilla); *Memorias de un viejo* (Victor Gálvez) et *Memorias. Infancia y adolescencia* (Lucio V. Mansilla). Plus spécifiquement, nous essayons de définir notre concept de « dimension intérieure », à partir de l'intersection entre espace et temps perceptible chez les auteurs mémorialistes dès le commencement de leurs récits évocateurs. Parallèlement, nous cherchons à prouver que ce concept s'exprime comme la progression graduelle, à partir de la pensée des auteurs (c'est-à-dire, le premier espace intérieur, le plus intime), jusqu'à la conquête des espaces plus vastes, comme la maison de l'enfance, le quartier, la ville, la Nation. En même temps, nous explorons la relation problématique entre mémoire et espace intime, d'un côté, et les complexes relations entre mémoire et histoire nationale, de l'autre côté. Parallèlement, nous analysons la transition historique de la période coloniale à la période moderne -ce qui José Luis Romero appelle les ères « créole » et « alluviale »- depuis la perspective des sociabilités de la « haute société » et des « secteurs populaires ». Pour ce faire, nous analysons, en premier lieu, les espaces domestiques des grandes maisons coloniales de la « haute société » de Buenos Aires, dans *Memorias. Infancia y adolescencia* (Lucio V. Mansilla), avant de nous consacrer à d'autres sites qui nous permettent d'identifier les variables sociabilités historiques: « tertulias », magasins, « pulperías », cafés et clubs.

MOTS CLÉS : Buenos Aires – littérature mémorialiste – Génération de 1880 – sociabilités – dimension intérieure – temporalité – haute société – secteurs populaires

ABSTRACT : ‘Interior spaces, time and sociabilities in ‘memorialistic’ literature of Buenos Aires (1880-1910)’

The main purpose of this project is to study the interaction between interior spaces, time and sociabilities in the ‘memorialistic’ literature of Buenos Aires between 1880 and 1910. Our perspective will privilege the analysis of ‘memorialistic’ texts published in Buenos Aires between 1881 and 1904: *Buenos Aires, desde setenta años atrás* (José A. Wilde); *La Gran Aldea* (Lucio V. López); *Las beldades de mi tiempo* (Santiago Calzadilla); *Memorias de un viejo* (Víctor Gálvez) and *Memorias. Infancia y adolescencia* (Lucio V. Mansilla). More specifically, we define the concept of ‘interior dimension’ that results from the intersections of the spatial and temporal dimensions emerging in these authors’ stories. We attempt to demonstrate that this concept covers multiple spaces, following a gradual progression that moves from the authors’ subjective recollections (conceived as the first, most intimate, interior space), to the conquest of greater spaces: the childhood home, the neighborhood, the town, the Nation. We also explore memory’s intricate relation to intimate space, on the one hand, and the complex relations between memory and national history, on the other. We analyse the historical transition from the colonial to the modern period -what José Luis Romero calls the ‘criolla’ and ‘alluvial’ eras- from the perspective of shifting sociabilities within both ‘high society’ and the ‘popular sectors’. In order to do this, we first analyze the domestic spaces of the big colonial houses of the ‘high society’ of Buenos Aires, in *Memorias. Infancia y adolescencia* (Lucio V. Mansilla), before turning to other sites that allow us to see the city’s changing historical sociabilities: ‘tertulias’, shops, ‘pulperías’, cafés and clubs.

KEY WORDS: Buenos Aires – ‘memorialistic’ literature – 1880 Generation – sociabilities – interior dimension – temporality – high society – popular sectors

RESUMEN : « Espacios interiores, temporalidad y sociabilidades en la literatura memorialista de Buenos Aires (1880-1910) »

El objetivo general de nuestro proyecto es estudiar la interrelación entre espacios interiores, temporalidad y sociabilidades en la llamada literatura “memorialista” de Buenos Aires del período 1880-1910. Nuestra perspectiva privilegia el análisis de los textos de inspiración memorialista aparecidos en Buenos Aires entre 1881 y 1904: *Buenos Aires, desde setenta años atrás* (José A. Wilde); *La Gran Aldea* (Lucio V. López); *Las beldades de mi tiempo* (Santiago Calzadilla); *Memorias de un viejo* (Víctor Gálvez) y *Memorias. Infancia y adolescencia* (Lucio V. Mansilla). Más específicamente, procuramos definir nuestro concepto de “dimensión interior”, a partir de la intersección entre espacio y tiempo perceptible en los autores memorialistas desde el comienzo mismo de sus relatos evocadores. Al mismo tiempo, intentamos probar que este concepto se expresa como la progresión gradual, a partir del pensamiento de los autores (es decir, del primer espacio interior, el más íntimo), hasta la conquista de espacios más vastos, como la casa de la infancia, el barrio, la ciudad, la Nación. También exploramos la intrincada relación entre memoria y espacio íntimo, por un lado, y las complejas relaciones entre memoria e historia nacional, por el otro. Paralelamente, analizamos la transición histórica del período colonial al período moderno -lo que José Luis Romero llama las eras “criolla” y “aluvial”- desde la perspectiva de las cambiantes sociabilidades de la “alta sociedad” y de los “sectores populares”. Para ello, analizamos en primer término los espacios domésticos de las casonas coloniales de la “alta sociedad” de Buenos Aires, en *Memorias. Infancia y adolescencia* (Lucio V. Mansilla), antes de volcarnos a otros sitios que nos permitan identificar las cambiantes sociabilidades históricas: tertulias, comercios, pulperías, cafés y clubes.

PALABRAS CLAVE: Buenos Aires – literatura memorialista – Generación de 1880 – sociabilidades – dimensión interior – temporalidad – alta sociedad – sectores populares

ÍNDICE

Résumé.....	II
Abstract.....	III
Resumen.....	IV
Introducción.....	1
La ciudad de Buenos Aires.....	1
Autobiografía y literatura memorialista porteña.....	3
Historia y literatura memorialista.....	12
La literatura memorialista porteña.....	20
Objetivos y esquema de exposición adoptado.....	28
Capítulo I: Temporalidad y espacio íntimo en la literatura memorialista porteña: la construcción de la dimensión interior.....	31
Introducción.....	31
Historia, memoria y “criados favoritos”.....	32
Espacios interiores y memoria.....	49
Conclusiones.....	54
Capítulo II: La dimensión interior: casonas, patios y jerarquías.....	55
Introducción.....	55
“Ciudad letrada” y “dimensión interior”.....	57
La casona colonial, “santuario de reminiscencias”.....	60
Mansilla, viajero y <i>flâneur</i> de la Buenos Aires rosista.....	69
El costurero de Agustina Rosas.....	74
La casona de los Mansilla.....	79
<i>Dandies</i> y viajeros porteños del XIX.....	90
Conclusiones.....	100
Capítulo III: Sociabilidades porteñas, “alta sociedad” y sectores populares: tertulias, salones, pulperías, tiendas y cafés.....	102
Introducción.....	102
De la era criolla a la era aluvial: “alta sociedad”, “sectores populares” y “sociabilidades”.....	103
Tertulias, salones y etiqueta.....	112
De la tienda criolla al gran almacén.....	129

Los cafés porteños.....	135
Capítulo IV: Los clubes porteños, espacio de sociabilidad de la “alta sociedad”	139
Introducción.....	139
Los nuevos interiores: de la casa colonial al <i>petit hotel</i>	140
De las tertulias políticas al Club del Progreso.....	144
Del “Club” al Jockey: la evolución de la dimensión interior.....	155
Conclusiones (capítulos III y IV).....	167
Conclusiones generales.....	169
Bibliografía.....	172

INTRODUCCIÓN

La ciudad de Buenos Aires

Los orígenes de la ciudad de Buenos Aires se remontan a 1536, año en que fue fundada por Pedro de Mendoza. Abandonada por sus primeros pobladores españoles en 1541, a causa de los ataques indígenas, fue refundada por Juan de Garay en 1580. Durante la mayor parte del período colonial, no pasó de ser una aldea pobre y periférica, cuya actividad principal era el contrabando. Hasta 1776 formó parte del Virreinato del Perú. Ese año, se convirtió en capital del recién creado Virreinato del Río de la Plata, que comprendía los territorios actuales de la Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y norte de Chile. A partir de ese momento principió un rápido desarrollo comercial y demográfico. En 1810, en ocasión de la revolución contra los españoles, se convirtió en capital de las flamantes Provincias Unidas del Río de la Plata. Por entonces, su población sumaba cincuenta mil almas. Siendo el único puerto de ultramar de la región (a excepción de Montevideo) y gozando del monopolio de su aduana, de donde provenía la mayor parte de sus ingresos, Buenos Aires acentuó, durante el siglo XIX, su desarrollo privilegiado y sus ventajas en relación al llamado “Interior” del país. En 1820 cayó el gobierno central de las Provincias Unidas y hubo que esperar hasta 1861 (a excepción del corto período 1826-1827) para que Buenos Aires volviese a ser capital, siquiera provisional, de la nueva entidad política denominada “República Argentina”.

En 1880 tuvo lugar la rebelión armada de los “conciliados”, alianza política conformada por el partido “nacionalista” de Bartolomé Mitre y el sector del autonomismo liderado por Carlos Tejedor, gobernador de Buenos Aires y candidato a presidente. El alzamiento, con epicentro en la ciudad de Buenos Aires, estuvo dirigido contra el gobierno del presidente Nicolás Avellaneda, y fue reprimido por las tropas nacionales. La consecuencia, casi inmediata, fue la intervención federal a la provincia disidente y la disolución de la Legislatura porteña, dominada por tejedoristas y mitristas. Ésta pasó a ser controlada por los partidarios del recién electo presidente Julio Argentino Roca, que había derrotado a Tejedor en los comicios previos a la insurrección y que asumió el mando del país ese mismo año. La federalización de la ciudad de Buenos Aires, impulsada por los

roquistas, implicó la virtual mutilación de la provincia porteña, que perdería su capital. Ésta se encontraría, de allí en adelante, sometida políticamente al Poder Ejecutivo nacional.

De esta manera, se cerraba una compleja historia de enfrentamientos entre el Interior y Buenos Aires. El surgimiento de un tercer actor, el Estado Nacional argentino, y de una naciente oligarquía a él asociada y compuesta tanto por provincianos como por porteños, facilitaría la superación de este conflicto secular¹. Buenos Aires ya no sería la cabecera de la provincia más rica y poblada del país, sino la capital de todos los argentinos. De allí en más, los esfuerzos mancomunados de provincianos y porteños apuntarían a levantar una gran metrópoli de inspiración europea, que se convertiría, en apenas unos años, en la mayor del mundo hispano.

Poco después, el intendente Torcuato de Alvear (1883-1887), al igual que otros colegas suyos de diferentes capitales latinoamericanas², impulsó una serie de reformas urbanísticas de inspiración “haussmaniana”, esto es, emuladoras de las grandes transformaciones impulsadas por el Barón de Haussmann en el París del II Imperio. Las mismas habían incluido la demolición de antiguas construcciones, la apertura de anchas avenidas y de diagonales, la creación de parques y de plazas, así como la erección de monumentos y de espacios cívico-ceremoniales. En el caso de Buenos Aires estas reformas coincidieron con un espectacular crecimiento demográfico, producto de la inmigración europea masiva, y con una prosperidad creciente.

Es así que fue proyectado el primer tramo de la Avenida de Mayo (bautizada con este nombre en honor a la Revolución de Mayo de 1810), que pocos años más tarde se poblaría de hoteles, de restaurantes y de cafés de ostentosa arquitectura europea. Paralelamente, era demolida la vieja estructura de la Recova, que hasta entonces había dividido en dos plazas (25 de mayo y de la Victoria) a la tradicional Plaza de Armas. Ésta pasó a denominarse “Plaza de Mayo” y en poco tiempo perdió su fisonomía colonial. Su superficie embarrada, cruzada de carretas y de ocasionales peatones, adquirió un doble aspecto de paseo público, con sus senderos, jardines, arbolado, faroles y bancos, y de

¹ Sobre la estructuración de ese tercer actor, consultar Oszlak, Oscar. *La formación del Estado argentino*. Buenos Aires: Belgrano, 1982.

² Tal es el caso, en Río de Janeiro, de Francisco Perreira Passos. Ver, al respecto, González Stephan, Beatriz – Andermann, Jens, “Introducción”. González Stephan, Beatriz – Andermann, Jens (eds.). *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2006, p. 15.

espacio cívico-ceremonial. Para reforzar este último aspecto su Pirámide de Mayo, austero monumento erigido por el gobierno revolucionario de 1810, fue también remodelada. Andando el tiempo la Plaza sería el escenario privilegiado de ceremonias patrióticas y de mítines políticos oficiales. Frente a la misma, el viejo Cabildo español sería parcialmente demolido, para permitir la apertura de la Avenida de Mayo.

La tendencia general en materia arquitectónica es clara: borrar los últimos vestigios de la ciudad colonial para reemplazarlos por una renovada e imponente edificación europea. Tal tendencia se halla en sintonía, una vez más, con lo que el proceso de “haussmanización” llevó a cabo en otras capitales latinoamericanas. La ciudad se presenta como el reverso de la conservación, adoptando un carácter iconoclasta, destruyendo las figuras y los espacios de lo tradicional (Ramos 121). Por otra parte, la profunda transformación étnica sufrida por la Capital Federal en estos años fue otra de las consecuencias de la modernización y de la inmigración masiva, quizás la más inquietante de todas. La elite tradicional se sintió amenazada por esta heterogénea marea humana que invadía y metamorfoseaba la vieja ciudad por lo que las familias más antiguas de la alta sociedad porteña cerraron filas frente a los inmigrantes y advenedizos. Los intelectuales de la elite se abocaron entonces, pluma en mano, a denunciar esta situación.

Autobiografía y literatura memorialista porteña

Es en esta particular coyuntura que surge lo que hemos dado en denominar “literatura memorialista porteña”, la cual floreció en Buenos Aires entre los años 1881 y 1904. Entendemos por tal a una serie de textos de corte autobiográfico e histórico-evocativo, escritos en primera o en tercera persona por algunos de los miembros de la elite local. Entre las obras memorialistas de Buenos Aires escritas en primera persona se destaca la novela costumbrista *La Gran Aldea* (1884), de Lucio V. López, así como *Mis memorias. Infancia y adolescencia* (1904), de Lucio V. Mansilla. Esta última es la única que puede encuadrarse, claramente, dentro del género autobiográfico. Entre los relatos evocativos escritos predominantemente en tercera persona y que narran situaciones o describen lugares del pasado transitados por los propios autores, pueden citarse *Buenos Aires desde setenta años atrás* (1881), de José Antonio Wilde, *Memorias de un viejo* (1889), de Víctor Gálvez (seudónimo de Vicente Gregorio Quesada), y *Las beldades de mi tiempo* (1891), de

Santiago Calzadilla³. Pese a la heterogeneidad de estos textos, todos ellos comparten la certeza del cambio sufrido por el país así como la existencia (ahora sí) de un “pasado acumulado”, según la expresión de Foucault, al que se interpela.

Frente a la inminente desaparición de la tradición criolla⁴, estas obras cumplen con lo que James Clifford llamara “etnografía de la conservación” (Clifford 122). Así como en las comunidades indígenas el arribo de los antropólogos constituía la señal del fin inexorable de esa cultura, en la ciudad de Buenos Aires la labor de los autores memorialistas supuso el hecho escritural y su “transformación inmediata” en archivo o museo de la oralidad de mundos pretéritos al borde de la extinción (Rama 87)⁵. La escritura memorialista, en el caso porteño, procura reconstruir la ciudad colonial y criolla del pasado, aquella anterior a las profundas transformaciones de 1880, o dar cuenta de sus vestigios materiales aún existentes. El escribir equivale aquí a salvar una tradición que la modernidad desmantela pero también supone un aspecto reconstructivo, una tradición “reificada”, la generación de nuevas imágenes pasatistas que compensaran los cambios violentos (Ramos 122). De esta forma, aunque la modernización destruía los sistemas más antiguos de representación, también fomentaba un “discurso de la crisis” y una densificación de la memoria compensatoria (123).

Desde la perspectiva de los géneros literarios estas fuentes escritas exhiben una notable heterogeneidad. Aparecidas casi todas (salvo *Mis memorias...*) en la prensa de Buenos Aires, en donde fueron consumidas ávidamente por un público lector local, oscilan

³ A estos “memorialistas” habría que añadirle Martín García Mérou, autor de *Recuerdos literarios* (1891), libro en el que se evoca la vida y obra de escritores olvidados y Miguel Cané, con su novela autobiográfica *Juvenilia* (1884), un clásico de la literatura argentina en el que se relata su paso por el Colegio Nacional de Buenos Aires. Si no hemos incluido estos textos en el corpus de la literatura memorialista porteña a analizar en nuestra investigación, es porque ninguno de ellos tiene a la ciudad de Buenos Aires como objeto privilegiado de interés, ni toca las temáticas claves de nuestra tesis, a saber, las dimensiones espaciotemporales y las sociabilidades.

⁴ El término “criollo”, en América Latina, detenta una considerable ambigüedad. Originalmente, el criollo era el hijo de padres europeos nacido en suelo americano, es decir, una persona de raza blanca, sin mestizaje alguno. Andando el tiempo, el criollo fue también el mestizo y “lo” criollo pasó a ser lo peculiarmente americano, en oposición a lo extranjero o “gringo”, léase, lo europeo o norteamericano. En el caso argentino, la oposición “criollos-gringos” fue la expresión directa de un naciente conflicto entre los “viejos” argentinos, de raigambre hispana y mestiza, por un lado, y los extranjeros y sus hijos, los “nuevos” argentinos, por el otro. Siguiendo esta lógica, el gaucho, a su vez, puede ser definido como un criollo rural, un habitante de la campaña y un producto directo del contacto entre españoles e indígenas.

⁵ “En este sentido la escritura de los letrados es una sepultura donde es inmovilizada, fijada y detenida para siempre la producción oral” (Rama 87). Nótese que la escritura equivale aquí al documento y a la muerte. De la “ciudad real”, viviente, queda muy poco (16).

entre la novela en entregas, la autobiografía, la crónica periodística y la historia. Cabe destacar que, durante buena parte del siglo XIX no hubo una división nítida entre historia y literatura. El arte de escribir la historia era entendido en un sentido amplio, y abarcaba la filosofía, la crónica, la biografía, el discurso político, los sermones religiosos, las cartas, etc. Recién a fines de esta centuria se delinea un área “específicamente literaria”, ya que hasta entonces la literatura englobaba la idea general de “vida intelectual” o cultural, en la que entraba casi todo (González-Stephan 148)⁶.

No obstante ello, vale aclarar que en Occidente siempre fue clara la distinción entre quién era historiador y quién no. Los problemas surgieron, más que en los géneros, en los “márgenes”⁷. Por otra parte, la historiografía moderna resulta de la convergencia entre un conjunto de esquemas generales de interpretación del pasado y una serie de técnicas o de instrumentos para operar con los vestigios (escritos) del ayer. Pero en la Argentina esta situación nunca llegó a dominar del todo. De ahí el florecimiento de “la pura erudición, la nueva crónica, el ensayo interpretativo o el apurado panfleto” (Devoto-Pagano 8-9).

En lo que hace al rol particular del periodismo éste ha sido clave, en Latinoamérica, a la hora de elaborar imágenes que reorganizaran los discursos desarticulados por la ciudad en proceso de modernización. Mientras los dirigentes haussmanianos como Torcuato de Alvear demolían reorganizaban al mismo tiempo el espacio. El periódico ofició como ordenador y como condición de unidad de la ciudad, el “lugar” en donde todos los elementos convergían. Es por ello que la ciudad se “lee” en el periódico, cuya lógica fragmentaria y heterogénea no deja de buscar una unidad. Paralelamente, el periódico “desterritorializa” la urbe mientras que el cronista, en este caso el autor memorialista porteño, intenta “imponer la tradición, la expresión arcaica, la ‘sensación de infancia’ sobre lo moderno” (Ramos 126). En la Argentina, el “diarismo” que proliferó en la segunda mitad

⁶ En el caso argentino, esta concepción amplia de la literatura tuvo su expresión más acabada en la *Historia de la literatura argentina*, de Ricardo Rojas, obra pionera que incluye autores y textos pertenecientes a los géneros más variados, desde las primeras crónicas coloniales del Río de la Plata hasta novelas, poesías y cuentos, pasando por ensayos históricos, sociológicos, biológicos, médicos, psicológicos, psiquiátricos, etnográficos, pedagógicos, religiosos, etc. Estos cuatro voluminosos tomos publicados entre 1917 y 1922 son el producto de la labor investigativa y docente de su autor, quien fuera profesor de la primera cátedra de Literatura Argentina creada en la Universidad de Buenos Aires en 1912.

⁷ En cuanto a qué es historia y qué no lo es, lo primero que habría que tener claro, según Paul Veyne, es que no se puede confiar en las fronteras que el género histórico, en cada época, se ha trazado. No habría definiciones precisas al respecto: “las únicas fronteras siguen siendo, por el momento, las convenciones variables del género” (Veyne 33, la traducción es nuestra).

del XIX estuvo además ligado a la política y a la construcción de una incipiente esfera pública. La prensa implicó un ámbito de sociabilidad, un espacio de legitimación, de difusión de opiniones, de crítica, de debates y de juicios, de formación de reputaciones y de acumulación de “capital simbólico” (Devoto-Pagano 19).

La literatura memorialista porteña del período 1881-1904 se diferencia de la literatura memorialista anterior y del género autobiográfico en ciertos puntos que consideramos cruciales a la hora de delimitar nuestro objeto de estudio. Para Philippe Lejeune (1980) el género autobiográfico no se define por sus aspectos formales sino por lo que él denomina “pacto autobiográfico” o “contrato de lectura” y no debe ser entendido como una esencia intemporal, diacrónica e idealizada. Por el contrario, para Lejeune, el género autobiográfico supone un conjunto variable y complejo de rasgos distintivos, a estudiar sincrónicamente, esto es, desde una perspectiva histórica. El origen del género autobiográfico podría fecharse en torno a la década de 1770, en Europa.

Para construir su definición de “autobiografía” Lejeune parte de la base de un lector de hoy, moderno, que se enfrenta a una masa de textos publicados cuyo tema fundamental es la vida (por ellos narrada) de alguien. De esta manera, la base definitoria es la posición del lector, y no la interioridad de un autor, ni la existencia de un canon literario. Teniendo en cuenta estos factores, Lejeune caracteriza a la autobiografía como a una “narración retrospectiva en prosa que una persona real hace de su propia existencia, cuando coloca el acento en la vida individual, en particular sobre la historia de su personalidad” (1989: 14). Una autobiografía, para ser tal, debe ser “principalmente” un relato aunque también pueda incluir el discurso (sobre todo retrospectivo), el autorretrato, la descripción, el relato individual, la crónica y la historia social. Sin embargo, para Lejeune, en un punto no puede haber margen de flexibilidad: para que haya autobiografía (y literatura íntima), debe haber una relación de identidad entre el autor, el narrador, y el personaje.

Lejeune distingue claramente entre la autobiografía propiamente dicha y otros géneros vecinos, como las memorias, las biografías, la novela personal, el poema autobiográfico, el diario íntimo, el autorretrato o el ensayo. Aún así, también contempla la posibilidad de que la autobiografía pueda contener en parte elementos de estos géneros “vecinos” o éstos acercarse por momentos a la autobiografía. En suma, se trataría de una “cuestión de proporción” o más bien de jerarquía.

En lo que respecta a nuestras fuentes, sólo el libro *Mis memorias. Infancia y adolescencia* de Mansilla puede ser encuadrado estrictamente dentro del concepto de autobiografía propuesto por Lejeune. *Buenos Aires desde setenta años atrás*, de José Antonio Wilde, *Memorias de un viejo*, de Víctor Gálvez y *Las beldades de mi tiempo*, de Santiago Calzadilla, cabalgan entre el ensayo, las memorias públicas y el artículo periodístico, con algunas pinceladas autobiográficas aquí y allá, mientras que *La Gran Aldea*, de Lucio Vicente López, es una novela de evocación personal y de contenido histórico.

Lejeune hace una distinción entre la persona gramatical y la identidad de los individuos a los que remiten los aspectos de aquélla. Así, el “yo” por lo general marca la identidad del narrador y del personaje principal. Es lo que Gérard Genette denomina “narración autodiegética” (Genette 71-76). Pero ésta puede indicarse también a través de la tercera persona, o también la primera persona (el narrador) puede no ser el personaje principal (“narración homodiegética”). En cuanto a la narración en tercera persona, ésta cuenta con su más conocido ejemplo en la biografía clásica. La persona gramatical, señala Lejeune, es aquella empleada de manera privilegiada a lo largo del relato. Por otra parte, el “yo” funciona siempre en relación al “tú”, y viceversa, mientras que la tercera persona puede verse “invadida” por el narrador en primera persona. Estos ejemplos se aplican igualmente a la ficción.

Pero lo que nos interesa recalcar aquí es la importancia que atribuye Lejeune, dentro del género autobiográfico, al nombre propio, a la identidad personal única a la que siempre remiten tanto “yo” como “él”. En una autobiografía está siempre clara la identidad del “nombre” propio expresada en la tapa misma del volumen impreso, debajo del título. Es en el nombre propio en donde persona y discurso se articulan. En un texto impreso, este nombre propio es el del autor, el cual no es meramente una persona sino una persona que escribe y publica. Puede decirse así, siguiendo a Lejeune, que no se es verdaderamente autor sino a partir de un segundo libro. En la autobiografía, no es lo mismo que el autor haya escrito otros libros o que ésta sea su primera obra.

Por el contrario, en la literatura memorialista porteña del período 1881-1904 la identidad del autor es de importancia secundaria o nula. Con la excepción de Lucio V.

Mansilla, escritor consagrado dentro de un incipiente campo literario argentino⁸, los diferentes narradores no pretenden resaltar públicamente sus respectivas identidades personales y no llegan a construir con solidez lo que Philippe Lejeune llama “espacio autobiográfico”. Su temática principal, el objeto prioritario de sus desvelos de cronistas, es la Buenos Aires criolla. La protagonista de estos textos es siempre la ciudad así como sus habitantes entendidos colectivamente o como expresiones particulares de la comunidad urbana y de la época que los enmarca. Esto puede observarse también en *La Gran Aldea*, en donde si bien está claro que la historia ha sido parcialmente compuesta con elementos autobiográficos pertenecientes a la vida del propio novelista, Buenos Aires, su “alta sociedad”, su servidumbre, sus políticos, sus militares y los vertiginosos cambios sufridos por la ciudad constituyen el armazón de la trama. Ni López ni Wilde ni Calzadilla ni Quesada pretenden resaltarse como personalidades únicas frente al lector, o si lo hacen es sólo de manera hartamente limitada.

El caso de Vicente Quesada resulta particularmente curioso. Cuando comienza a publicar sus crónicas memorialistas en la *Nueva Revista de Buenos Aires* elige hacerlo camuflando su identidad con un seudónimo, el de “Víctor Gálvez”. Antonio Pagés Larranza, en el “Estudio preliminar” de la reedición de *Memorias de un viejo*, de 1990, propone dos hipótesis para intentar explicar esta decisión. Una posibilidad es que Quesada haya pretendido emitir ciertos juicios sobre el rosismo o sobre la Confederación Argentina que, como participante directo de ambos, no hubiera sido conveniente mostrando su verdadera identidad. Otra posibilidad es que Quesada haya optado por un seudónimo porque éste le permitía ensayar libremente un tipo de escritura más ligera, humorística y subjetiva, alejándose de la agobiante exigencia que le supuso su anterior labor historiográfica. El “viejo” sería entonces este memorialista apócrifo llamado Víctor Gálvez, y no el auténtico autor, quien se hallaba por entonces, con algo más de cincuenta años de edad, en plena actividad intelectual y política. En 1889, al editarse sus textos en forma de libro Quesada añade dos largos apartados (“Introducción” y “Los ancianos”) en los que juega irónicamente con el enigma de su identidad, insistiendo en que él es Víctor Gálvez y que Quesada es otra persona. A esta identidad ficticia Quesada añade la de Lucy Dowling,

⁸ Para la noción de “campo literario” de Pierre Bourdieu aplicada al período 1880-1910 en la Argentina, ver Altamirano, Carlos – Sarlo, Beatriz. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, 1997 (1983).

una supuesta visitante norteamericana que habría escrito algunas de las crónicas sobre Buenos Aires que integran *Memorias de un viejo*.

Para Patricio Fontana, la diferencia entre las memorias y las autobiografías radicaría en que, en estas últimas, el Yo narrador es mayoritariamente protagonista. En las memorias, en tanto, ese mismo Yo se halla a mitad de camino entre el protagonista y el testigo, muchas veces privilegiado, de aquello que describe o relata, ya sea una época, un lugar, un proceso histórico, etc. (64). Ciertamente, éste es el caso de la mayoría de los autores memorialistas de Buenos Aires, con la excepción, como ya veremos oportunamente en el capítulo II, de Mansilla.

Este fenómeno es confirmado por Adolfo Prieto (1966), quien estudió la producción autobiográfica argentina del siglo XIX y de la primera mitad del XX partiendo del concepto de “memoria simbólica” de Ernest Assiner (1951) para subrayar el relativo valor testimonial del género autobiográfico. Éste sería más bien la expresión de una reconstrucción (y no de una repetición) del pasado en la que la imaginación ocuparía un lugar tan necesario como determinante.

Es por ello, sostiene Prieto, que las “verdaderas” autobiografías escasean en la Argentina, aún en el caso de la literatura de evocación que busca una recreación poética de la infancia o de la juventud mientras que, en lo que respecta a las memorias políticas, militares e intelectuales, está claro que escapan a la introspección. Contraviniendo la tesis de Ortega y Gasset (que Prieto desestima) de una particular reserva de los pueblos hispánicos a “confesarse”, la lista de autores memorialistas es muy profusa, a tal punto que la literatura autobiográfica argentina bien podría compararse con otros ejemplos análogos e importantes de la literatura universal. Sin embargo, Prieto considera que estos autores no lo dicen todo, que soslayan su intimidad, al menos durante el siglo XIX (22).

Lo más llamativo de los memorialistas decimonónicos sería su imperiosa necesidad de hablar de sí mismos para justificarse frente a la opinión pública. Sería ésta una de las principales consecuencias de la Independencia: el surgimiento de una opinión pública exigente e insoslayable. Es por ello que las memorias de estos hombres anteriores al 900 adoptan la forma de confesiones o de defensas públicas de quienes buscan el reconocimiento, el poder y el prestigio sociales, y están teñidas de un fuerte tono político. Los textos autobiográficos de estos autores evidenciarían así el abrumador peso de lo social

sobre lo íntimo y personal (173). Tal circunstancia aparece atenuada en la literatura memorialista porteña, en donde la preocupación principal es la evocación de una urbe criolla desaparecida o en vías de desaparecer. La vertiente política aparece menoscabada (aunque también presente) en aras de una intencionalidad evocadora considerada prioritaria.

Sin embargo, Prieto identifica entre todos los memorialistas decimonónicos ciertos rasgos que veremos repetirse significativamente en Wilde, López, Quesada, Calzadilla y Mansilla, a saber, la nostalgia por el pasado y las “manías genealógicas”. Se entiende por esto último la obsesión por demostrar la existencia de un linaje añoso que fuera además noble, criollo e hispánico, así como la “exaltación de estilos de vida diferenciadores” vinculados a una clase social considerada superior y de fronteras bien definidas.

En sintonía con este último postulado Noé Jitrik (1968) resalta lo que él denomina el fin del tradicional “sencilismo patriarcal” de la alta sociedad porteña y el nacimiento, en el seno de la misma, de una dirigencia aristocrática, con prosapia y méritos intelectuales y/o militares propios. Como consecuencia de esta situación existiría un “sentido de familia” que modelaría a la Generación del Ochenta y que propiciaría una voluntad de “autoanálisis” expresada manifiestamente en la literatura⁹. La elite se siente la nación misma, y no una parte minoritaria de ésta. Es tal situación la que provocaría una “actitud memorialista” y una “incipiente sociología” en sus escritos. La literatura argentina del período sería funcional a esta doble necesidad.

Uno de los rasgos salientes de esta clase es, subraya Jitrik, su orgullo y su sentido de la propia grandeza. Los hombres del '80 se creían un grupo predestinado que lograría la pujanza del país, su modernización, su desarrollo, su europeización y su inserción en el concierto de las grandes potencias occidentales. Este grupo creía firmemente en su capacidad de transformación de la sociedad argentina, y la actividad política era por

⁹ En el volumen cuarto de *Historia de la literatura argentina*, titulado *Los modernos*, Rojas describe y define los autores y los textos principales de la “Generación del Ochenta”, un concepto a la vez histórico y literario que él mismo acuña. Este volumen, si bien predominantemente descriptivo, es importante porque sienta una serie de lugares comunes que serán retomados por estudiosos posteriores de esta Generación. Entre los mismos podemos mencionar el carácter de “prosistas fragmentarios” de sus escritores, su elitismo, su ejercicio no profesional de la literatura, su condición de “hombres orquesta”, cultivadores de varios dominios del saber y simultáneos detentadores del poder político en la Argentina de 1880-1916. Entre los autores memorialistas porteños sólo Lucio V. Mansilla, Lucio V. López y Miguel Cané pueden ser considerados, por sus fechas de nacimiento, como pertenecientes a la Generación del Ochenta, no así Martín García Mérou, José Antonio Wilde, Vicente Gregorio Quesada y Santiago Calzadilla.

consiguiente su principal razón de ser. El orgullo de clase se combinaba así con un sentimiento de eficacia creciente. La voluntad creativa y ordenadora es más que notable: los hombres del '80 dieron nacimiento a toda una estructura de leyes, códigos e instituciones y de allí también el carácter subsidiario de su literatura, que era ejercida sólo como una actividad más. Los protagonistas del '80 podían ser literatos, pero sólo si además eran legisladores, diplomáticos, militares, ministros, periodistas y hombres de mundo.

Siguiendo el razonamiento de Jitrik, esto explicaría por qué estos autores se vuelcan sobre sí mismos cuando escriben, por qué intentan recuperar el origen de su linaje y de su infancia para explicar tanto su predestinación como su misión a cumplir. Por otro lado (y como señaláramos más arriba), la tendencia memorialista va de la mano con la tendencia analítica, “sociológica”.

Si los autores del '80 necesitaban mirar atrás para entender el rol que les cabía dentro de un país que modelaban a su imagen y semejanza, la consideración científica del presente, la intervención práctica sobre el mismo requería además un desarrollo paralelo de toda una serie de disciplinas. Si, como veremos a continuación, la literatura historiográfica (Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Adolfo Saldías) y la memorialista (Miguel Cané, Lucio V. López, Santiago Calzadilla, Víctor Gálvez, Lucio V. Mansilla) auscultan el pasado, la sociología, la psicología, la economía y la medicina hacen lo propio con el presente. No es tampoco casual que algunos de los nombres de los estudiosos se repitan en disciplinas diversas. El Ochenta, siendo puro “proyecto” en construcción, volcado al futuro, necesita también remontarse al pasado y analizar, confirmar, el presente. Estas dos dimensiones serían en realidad parte de un mismo fenómeno, “la voluntad de verse, de salir de dentro de una personalidad o un proyecto hacia el exterior para verificarse” (Jitrik 1998: 77-78).

En lo que atañe a la literatura memorialista, Noé Jitrik sostiene que fue Sarmiento quien, a partir de su autobiografía *Recuerdos de provincia*, de 1850, anticipada en el panfleto *Mi defensa*, de 1843, instauró la importancia de la evocación del pasado personal en la literatura argentina. A partir de Sarmiento fue dable recurrir al ayer para arrojar luz sobre el presente. De esta manera, el autor sanjuanino estableció una relación causal entre el pasado y el presente y, en lo que hace a la reconstrucción del ayer, propuso una premeditada selección y remaquillado de recuerdos para adecuarlos a su propósito

autobiográfico. Esta metodología será aplicada por los autores memorialistas de Buenos Aires.

Historia y literatura memorialista

El siglo XIX estuvo marcado, en Occidente, por la obsesión respecto del tiempo y de la historia¹⁰. Crecen así la conciencia del cambio y del movimiento histórico, puesto que los órdenes sociales nuevos necesitan escribir o insertar los pasados y las tradiciones así como los grandes acontecimientos que tienen lugar: la Revolución Francesa, las guerras napoleónicas, los movimientos de liberación nacional, la agudización de los conflictos de clase, las revoluciones de 1830 y 1848, el fin de las monarquías, la democratización que avanza (González-Stephan 102). Los historiadores apuntan ahora al reconocimiento de una regularidad sujeta a leyes del movimiento histórico, el cual demuestra así no ser caótico ni absurdo. La Modernidad trajo consigo la obsesión por los orígenes y la idea de un cambio constante guiado por el progreso. Entre los principios organizadores de los nuevos espacios se cuentan la analogía y la sucesión. De esta forma, el saber organiza las entidades en el “devenir de las sucesiones” (104). El surgimiento de la producción historiográfica está ligado además a la Revolución Industrial, al liberalismo y al desarrollo del Estado-Nación moderno (105).

En la Argentina este interés acuciante por el pasado fue de aparición tardía, hacia 1880¹¹. Hasta entonces, la obsesión había sido el futuro, puesto que la Nación era concebida solamente como un proyecto a construir (Fontana 61). Se advierte así en la

¹⁰ “La gran obsesión que tuvo el siglo XIX fue, como se sabe, la historia: temas del desarrollo y de la interrupción, temas de la crisis y del ciclo, temas de la acumulación del pasado, gran sobrecarga de los muertos, enfriamiento amenazante del mundo” (Foucault, Michel. “De los espacios otros”, conferencia dictada el 14 de marzo de 1967, en *Architecture, Mouvement, Continuité*, N° 5, octubre 1984). Este mismo punto está desarrollado más específicamente en *Les mots et les choses*, Paris: Éditions Gallimard, 1966. Ver el apartado I, “L’âge de l’histoire” (pp. 229-253) del capítulo VII (“Les limites de la représentation”, pp. 229-261) y el apartado IV, “L’histoire” (pp. 376-385) del capítulo X (“Les sciences humaines”, pp. 355-398).

¹¹ Antes de 1880 hubo algunas “anticipaciones” del estudio del pasado nacional, lejano o reciente, entre las que podemos citar: la antología comentada *Colección de Obras y Documentos relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata* (Pedro De Angelis, 1836), la novela *Amalia* (José Mármol, 1851), el cuento *El matadero* (Esteban Echeverría, 1838), y los ensayos *La Revolución de Mayo* (Juan Bautista Alberdi, 1839), *Facundo. Civilización y barbarie* (Domingo Faustino Sarmiento, 1845), y *Sucesos del Río de la Plata* (Florencio Varela, 1843).

llamada “Generación del ‘37”, integrada por autores como Domingo Faustino Sarmiento, Juan Bautista Alberdi, Esteban Echeverría y José Mármol, entre otros, la necesidad recurrente de una regeneración, de un comienzo desde cero. En *Facundo, El matadero* o *Amalia*, los sucesos del presente son relatados como historia, como regresión y detenimiento del tiempo. En ese sentido, la figura omnipresente de Juan Manuel Rosas, símbolo de la “barbarie” hispanocriolla y del pasado no superado que obtura el presente, resulta sintomática¹².

El “juvenilismo” y la “velada guerra del cerdo” recorren la producción escrita y la trayectoria política y vital de los hombres del ’37. Son significativos, en este contexto, las disputas que los jóvenes autores de este grupo sostuvieron con el “viejo” Pedro de Angelis, el intelectual más destacado y sostenedor ideológico del régimen rosista, quien se ocupó de la historia y de los archivos. “Archivero”, le llamaba despectivamente Echeverría (62). En 1870, el propio Lucio V. Mansilla se manifestaba contrario, en *Una excursión a los indios ranqueles*, a que los viejos hablasen:

¡Ah! ¡Si los viejos hablaran! ¡Si en lugar de contarnos sus grandezas, sus glorias, sus triunfos juveniles, nos contaran sus miserias! ¡Cuánto desaliento no nos infundirían! Su silencio es la postrera prueba de amor que nos dan. Ellos son como las páginas de un libro atroz. Si hablan con su experiencia, desencantan, confunden, anonadan. No os empeñéis en leerlas (Mansilla 1966: 414).

En 1879, al publicarse *La vuelta de Martín Fierro*, de José Hernández, se opera un viraje decisivo. Ahora sí, al fin, los viejos parecen tener derecho a hablar, a hacer memoria, e incluso, si es necesario, a “hacerse el viejo”, como veremos más adelante: “sepan que no hay falsedades/ ni error en estos consejos/ es de la boca del viejo/ de ande salen las verdades” (Hernández 187).

Existe un cierto consenso en fechar el origen y el primer desarrollo de la historiografía erudita argentina en la segunda mitad del siglo XIX, pese a que, como mencionáramos más atrás, es posible reconocer ciertas “prefiguraciones y anticipaciones”

¹² Juan Manuel de Rosas (1793-1877), miembro de la facción federal porteña, fue gobernador de la provincia de Buenos Aires y encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina en los períodos 1829-1832 y 1835-1852. Su figura marcaría la historia y la literatura de su país durante muchos años, incluso hasta bien entrado el siglo XX. El 3 de febrero de 1852 sus tropas fueron derrotadas en la batalla de Caseros por el Ejército Grande comandado por Justo José de Urquiza, gobernador de la provincia de Entre Ríos y líder de una amplia coalición antirrosista. Como consecuencia de esta derrota militar Rosas se vio obligado a dejar su cargo y a marchar al exilio en Inglaterra, en donde moriría varios años después.

(Devoto-Pagano 13). A partir de la década de 1870, en especial, se asiste a una gradual diferenciación de la narración histórica respecto del relato literario, del género biográfico-autobiográfico, memorialístico, de la tradición oral y del periodismo. De manera simultánea, crecen la difusión del libro y la actividad editorial, incluidas las publicaciones periódicas especializadas. En lo que hace al acceso a las fuentes documentales, se pasa de la existencia exclusiva de las redes privadas y de los círculos de bibliófilos a la coexistencia de éstos con instituciones públicas y privadas (institutos, juntas, bibliotecas, archivos, museos) y sus respectivos órganos de expresión.

La implantación de un “canon erudito” incluyó un conjunto de operaciones técnicas, empezando por la vinculación entre la narración histórica y la base heurística. Este primer criterio nutría el segundo, que consistía en la crítica de fuentes y la confrontación entre las mismas. De esta manera, se especificaba el tipo de conocimiento histórico del pasado, diferenciándolo de la memoria individual, familiar o colectiva, y de la literatura, la filosofía y la oralidad. Para reforzar esta diferencia, se afianzaba el carácter “probatorio de los documentos” en oposición a los criterios de autoridad. Esta implantación del “canon erudito” supuso la incorporación de modelos, de referentes y de tradiciones intelectuales externas, sobre todo europeas (16-17).

Fue en estos años que se publicaron las primeras historias nacionales argentinas. Las más relevantes fueron las canónicas *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* (1887) e *Historia de San Martín y de la emancipación americana* (1887-1890), de Bartolomé Mitre, la voluminosa *Historia de la República Argentina* (1883-1893), de Vicente Fidel López y la *Historia de la Confederación Argentina* (1892), de Adolfo Saldías. Esta última constituyó el primer intento revisionista del ayer que empezó a poner en tela de juicio la historiografía liberal de Mitre y de López, reivindicando la figura de Rosas y de los caudillos. En todos los casos, estas obras fueron el resultado de largas investigaciones y de numerosas publicaciones previas, debidamente corregidas y aumentadas.

En el inicio mismo de esta década de 1880 tuvo lugar un trascendente debate historiográfico entre López y Mitre. Al respecto, Ricardo Rojas señalaría, muchos años después, que “la literatura histórica sobre el pasado argentino [. . .] no adquirió verdadero sentido de nacionalidad sino después de nuestra organización autónoma (1860) o, mejor

dicho, desde la polémica de Mitre y López (1880), que lograron definir las fuentes, el método y el criterio de tales estudios como función de nacionalidad” (119). En 1881 Vicente Fidel López publicó *Introducción a la Historia de la revolución argentina desde sus precedentes coloniales hasta el derrocamiento de la tiranía en 1852*. Es en este trabajo que esboza las primeras críticas al “biógrafo de Belgrano”, tal como le llama eufemísticamente a Mitre.

Las objeciones de Vicente Fidel López a *Historia de Belgrano...* fueron replicadas por Bartolomé Mitre en la *Nueva Revista de Buenos Aires* bajo el título de “Comprobaciones”, luego reeditadas en el diario *La Nación*. La respuesta de López no tardó en llegar: desde octubre de 1881 comenzó a publicar, en *El Nacional*, “Debate Histórico. Refutaciones a las comprobaciones históricas sobre la Historia de Belgrano”. Al año siguiente, en tanto, aparecieron los libros que reunían los textos de la polémica: *Comprobaciones y Nuevas Comprobaciones sobre la historia argentina*, de Mitre, y *Debate histórico. Refutaciones a las comprobaciones históricas sobre la historia de Belgrano*, de López.

Bartolomé Mitre basaba sus argumentos en la importancia atribuida a los documentos en la construcción historiográfica. Los hechos debían ser ordenados, clasificados y puestos en correlación a partir de la actividad heurística, la cual constituiría el objeto de la historia, de cualquier manera como ésta se escribiese. Tal ordenación lógica de los acontecimientos impulsaba la formación de un juicio racional y la conciencia colectiva. Vicente Fidel López, por su parte, si bien no era ajeno al “afán documentalista” relativizaba la importancia de los documentos, los cuales contenían para él detalles intrascendentes que no permitían resolver enigmas históricos ni corregir la visión de conjunto del pasado. Para apoyar esta idea citaba los casos notables de grandes historiadores que no usaron documentación alguna, como Tucídides, Salustio, César, Tácito, Macaulay, etc., a quienes Mitre consideraba como “historiadores filosóficos”, no como historiadores en el sentido más científico y moderno del término (45).

López enfatizaba la posibilidad de lograr la “resurrección” del pasado, de apelar a la remembranza, al estilo de Jules Michelet, pero disentía con el historiador francés al alejarse del pasado “documental” y al sustituir a éste por el pasado “vivido”. Para López los documentos se limitaban a informar al autor la determinación de los hechos, pero a partir de

allí éste debía ser “artista y compositor”. Tales nociones se asociaban a la “tradicción” familiar y patriótica del grupo social que tanto él como Mitre integraban. El propio López lo explicitaba en poéticas palabras: “nuestro deber nos manda contar aquello que vimos en las nubes fantásticas de la infancia... lo que oíamos a nuestros padres... cuando los primeros rayos de patriotismo y de la gloria conmovían al país entero y el hogar en que mecían nuestra cuna” (Vicente Fidel López 1913, citado por Devoto-Pagano 46). De allí su preferencia por los testimonios orales, que Mitre utiliza también, aunque en menor medida.

La diferencia entre ambos historiadores no radica tanto en el tipo de fuente empleada sino en la opinión política que subyace en sus interpretaciones¹³. López, por su parte, sostiene el protagonismo de la burguesía liberal porteña a la que él pertenece, y defiende la parcialidad de su punto de vista, la subjetividad de todo relato. Es por ello que focaliza en la intimidad y en los hábitos de los antepasados, tal como lo hace también la novela histórica. A estos elementos se suma la idea de enseñar el pasado y de forjar una filosofía de la historia, de la misma forma que lo sugiere Thomas Macaulay en *On history* (1828). Mitre, por su parte, pretende encarnar un liberalismo más progresista, que sostiene la existencia de una evolución histórica nacional en la que las elites, herederas de la tradición republicana, aportan la “razón reflexiva” a la “razón espontánea” de las masas. Esta idea se contrapone a la historia “de partido” elaborada por López.

En este contexto de profusa producción historiográfica se inserta la literatura memorialista, algunos de cuyos aspectos estudiaremos en la presente tesis doctoral. Los autores memorialistas comparten con los historiadores la obsesión o la “inquietud” (al decir de Ricardo Rojas) por el pasado. Sin embargo, aquí ya no se trata de la Historia con mayúsculas que abordaban Mitre, López o Saldías, sino de un acercamiento al pasado más íntimo y ligero, sin ser por esto superficial (Fontana 64). En este caso es la memoria con su componente subjetivo, sensorial y arbitrario la que predomina. Los autores memorialistas de Buenos Aires no recurren al documento probatorio que respalde los hechos pretéritos, ni buscan insertar a los mismos en series lógicamente concatenadas. Son en cambio los

¹³ Tanto en Mitre, como en López y en Saldías, el uso sistemático de las fuentes documentales (escritas y orales) resulta fundamental, y señala el advenimiento de la moderna disciplina histórica abocada al estudio del pasado argentino. En todas las obras de estos historiadores aparecen apéndices documentales, no muy rigurosamente tratados pero que buscan un orden taxonómico. Así, las fuentes aparecen identificadas como “original en mi archivo”, “manuscrito”, “duplicado original”, “hoja suelta en mi colección”, “testigos oculares”, “declaraciones de...”, etc.

recuerdos fragmentarios y difusos, producto de la memoria personal o colectiva, los que se erigen en piedras angulares de la escritura.

Tal como afirma Pierre Nora la memoria y la historia, si bien guardan entre sí relaciones estrechas, son radicalmente diferentes y no deben confundirse. En verdad, no puede decirse que sean sinónimas sino que más bien todo (o casi todo) las opone. La memoria se confunde con la vida misma, lo que la torna dinámica y cambiante. Tributaria de la dialéctica entablada entre el recuerdo y la amnesia inconsciente, con sus sucesivas deformaciones, es susceptible de ser utilizada y manipulada. Puede permanecer latente durante largos períodos para luego emerger de manera súbita, es afectiva y “mágica”, se alimenta, fundamentalmente, de los detalles así como de “los recuerdos vagos, globales, o flotantes, particulares o simbólicos”, resultando “sensible a todas las transferencias, pantallas, censuras o proyecciones” (Nora 1984: XVIII, la traducción es nuestra). La memoria es asimismo plural, múltiple y absoluta en sus postulaciones, hundiendo sus raíces “en lo concreto, en el espacio, el gesto, la imagen y el objeto” (XIX).

Para Christine Boyer la memoria irrumpiendo desde las tradiciones puede ser considerada como una suerte de “epifanía” que relampaguea en momentos efímeros de crisis, y que procura mostrar en esos instantes puntuales el camino del mundo, esto es, de lo porvenir (Boyer 187-197). Para Honoré de Balzac, en tanto, la memoria es la única facultad que nos mantiene vivos. De allí su carácter mayormente activo, energético, voluntarioso e imaginativo, antes que contemplativo y pasivo (Harvey 2003: 52). En la visión de Aldo Rossi, la ciudad en sí misma se erige en la memoria colectiva de su gente, puesto que la memoria se halla asociada a objetos y lugares. La ciudad constituiría así el *locus* de la memoria colectiva, siendo que la imagen urbana preponderante está compuesta tanto de arquitectura como de paisaje, y que así como ciertos artefactos forman parte de su memoria, otros nuevos emergen permanentemente. En este sentido, las grandes ideas fluyen a lo largo de la historia de la ciudad y la modelan (Rossi 130). También en el caso de Buenos Aires la memoria urbana fue modelando la ciudad porteña, por vía de su arquitectura y de su concepción urbanística, en su tránsito de la era criolla a la era aluvial.

Por el contrario, la historia tiende a destruir la memoria y a deslegitimar el pasado vivido, desoyendo su valor sentimental. Como disciplina científica o que aspira a la cientificidad, su objetivo consiste en desacralizar el pasado, combatiendo el espíritu

absoluto de la memoria con una concepción relativa. De esta manera, el criticismo de la disciplina histórica ataca y destruye la memoria espontánea, la cual le resulta siempre sospechosa. Expresado en otros términos, la historia implica la deslegitimación del pasado vivido (Nora XIX), y su reemplazo por una visión sistemática, rigurosa y de base documental del mismo, tal como veremos más detenidamente en el capítulo I.

Siguiendo a Paul Veyne, podemos decir que el historiador no es ni un coleccionista ni un esteta, por lo que no le interesa la belleza ni la rareza, sino únicamente la verdad. La historia aspira a ser el relato de acontecimientos verdaderos. Por ello, un hecho debe cumplir con una sola condición para gozar de la “dignidad de la historia”: haber sucedido (Veyne 17). La memoria, en tanto, no nos garantiza de manera fehaciente e incontrovertible que las cosas hayan sucedido tal como ella las recuerda. A diferencia de la literatura memorialista o autobiográfica, en donde predomina la subjetividad, la escritura de la historia se define (o pretende hacerlo) como una actividad puramente intelectual (100). No deja por ello de constituir un relato de acontecimientos, una narración, lo que conlleva dificultades para el historiador-cronista. En verdad, resulta imposible decidir, a ciencia cierta, cuándo un hecho es histórico y cuándo una anécdota es digna de olvido, ya que todo hecho entra en una serie y no tiene importancia relativa sino en el interior de esa serie (37).

Pero ni siquiera nuestra existencia individual se compone de una llovizna de incidentes atomizados, sino que se halla revestida de un sentido que comprendemos. Para Veyne, la historia está hecha de la misma sustancia que la vida de cada uno de nosotros, y los hechos poseen una “organización natural” que el historiador encuentra ya montada (41). En definitiva, el esfuerzo del trabajo histórico consistiría en *reencontrar* esta organización. Los hechos no existen aisladamente ya que el tejido de la historia es lo que llamamos una “intriga” de causas materiales, de fines y de azares, una rebanada de vida que el historiador corta a su criterio. Tal “intriga” tendría la ventaja de recordarnos que lo que estudia el historiador es tan humano como un drama o una novela (50-51). Y nosotros podríamos agregar que esta circunstancia acercaría más de lo pensado la historia a la memoria, la historiografía a la literatura memorialista.

Los mismos detalles que el memorialista magnifica en su crónica detentan, para el historiador, sólo una importancia relativa, dentro de una intriga determinada. A priori, no puede saberse qué detalles son decisivos y cuáles no. De allí la importancia de la

descripción en historia, que luego puede ser interpretada fructíferamente o no (52-53). De todas maneras, está claro que es imposible dar cuenta de todos los átomos, de todos los detalles de un hecho histórico. La descripción de la totalidad se revela como imposible: toda descripción no deja de ser selectiva (54). En consecuencia, no es posible contar la totalidad del devenir, y siempre es necesario escoger. Tampoco existe una categoría particular de hechos (por ejemplo la historia política) que sería la Historia con mayúsculas y que se impondría, *per se*, a nuestra elección. A pesar de sus prevenciones racionalistas, toda historiografía peca de subjetiva, puesto que la elección de un tema histórico es libre y todos los temas tienen valor (56). Como una novela, la historia filtra, organiza y sintetiza. No es menos espontánea que la memoria al evocar los últimos años vividos (14).

En la historia, como lo especifica Michel de Certeau, se advierte una decisiva distinción entre el aparato explicativo, que pertenece al presente, y el material explicado, los documentos relativos “a las curiosidades que conciernen a los muertos” (Certeau 1975: 24; la traducción es nuestra). Por otra parte, el trabajo historiográfico, erudito, racional, se combina con el placer de narrar “leyendas de antaño”. De esta forma, lo real se inscribe en el discurso historiográfico siguiendo las determinaciones de un lugar de escritura. Éste se caracteriza por la dependencia respecto de un poder establecido por el afuera, por el dominio de técnicas relacionadas con las estrategias sociales, por un juego con los símbolos y referencias que “hacen autoridad” en el público (25). Certeau entiende por “historia” una práctica o disciplina, su resultado (el discurso) y la relación de ambos bajo la forma de una “producción” (37).

La literatura memorialista, como su propio nombre lo evidencia, se acerca más a la memoria espontánea que a la disciplina historiográfica que es contemporánea suya y que se halla en pleno proceso de construcción. Aunque las alusiones a la Historia con mayúsculas, es decir, a los acontecimientos políticos y militares, así como al papel relevante de ciertas personalidades públicas, son identificables a lo largo de las páginas de estos textos, no son asiduas tampoco. Lo que más le interesa a la literatura memorialista porteña es el detalle, las pequeñas cosas de la vida cotidiana, los modestos gestos y rutinas de los vecinos, así como la dimensión espacial más próxima, en sus diferentes niveles, léase, la casa familiar,

las calles, las plazas, la ciudad y las diferentes sociabilidades a ellos ligadas¹⁴. Pero detengámonos, más concretamente, en los autores y en los textos de la literatura memorialista de Buenos Aires. Éste será el tema del siguiente apartado.

La literatura memorialista porteña

La primera obra memorialista del período en ser publicada fue la de José Antonio Wilde, *Buenos Aires, desde setenta años atrás* (1881). Nacido en 1813 en Buenos Aires y fallecido en Quilmes en 1887, este autor fue hijo del inglés Santiago Wilde, de actuación destacada en el periodismo local y en la contaduría del gobierno de Bernardino Rivadavia. José Antonio, por su parte, se dedicó a la medicina, que comenzó a practicar varios años antes de obtener su título de doctor en 1858. Escribió algunos textos médicos, algunos de los cuales fueron publicados, y ejerció su profesión en el partido bonaerense de Quilmes, en donde se afincó. Al mismo tiempo dirigió la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, a partir de 1884, e incursionó en el periodismo. Producto de sus artículos en la prensa porteña es, justamente, el libro *Buenos Aires desde setenta años atrás*. El mismo se remonta a la revolución contra los españoles, abarcando el largo y turbulento período de las guerras civiles, hasta el momento de la federalización. Las experiencias personales son aquí soslayadas casi por completo, pese al propósito manifiesto del autor de hablar de su propia vida. En cambio, es la ciudad anterior a 1880 la que emerge como protagonista del relato. El punto de vista es, significativamente, el de 1881, un presente optimista signado por el progreso. Es así que Wilde contrasta, de manera sistemática, aquel pasado pobre y rudimentario con la actualidad de un país pujante. Con este propósito, describe minuciosamente al Buenos Aires antiguo (sus plazas, su correo, su transporte, sus peluquerías, sus comidas, sus escuelas, sus viviendas) y lo contrasta punto a punto con el moderno.

Este ejercicio comparativo arroja como nítido ganador al Buenos Aires del '81. Sin embargo, Wilde no deja de señalar que existen aún ciertos resabios del pasado anclados en pleno presente, a saber, los ruinosos vestigios arquitectónicos de la Colonia, las frecuentes

¹⁴ El concepto de “sociabilidades”, explorado teórica e históricamente por Maurice Agulhon, lo desarrollaremos con mayor amplitud en el capítulo III.

inundaciones y la pobreza. En cuanto a la inmigración, Wilde no carga las tintas contra ella pero, fiel a su concepción de clase, sólo la acepta en tanto sustituidora de los sirvientes africanos. En síntesis, el pasado no es considerado nostálgicamente por Wilde, pero sí es presentado como una suerte de “refugio”, una idea que veremos repetirse en otros autores memorialistas, entre ellos Lucio V. López, autor de *La Gran Aldea* (1884).

Lucio Vicente López nació en Montevideo en 1848, durante el exilio de su padre, el historiador Vicente Fidel López. Su abuelo fue Vicente López y Planes, autor de la letra del Himno Nacional Argentino. En los tres casos, los López se destacaron tanto en la función pública y política como en la labor intelectual. Lucio Vicente, que cursó sus estudios primarios y secundarios en Montevideo, se graduó de abogado en la Universidad de Buenos Aires en 1872. Desde muy joven se dedicó al periodismo, publicando en la prensa porteña numerosos textos sobre los más diversos temas, en especial políticos, pero también literarios y filosóficos. Se desempeñó además como diputado, tanto en la Legislatura bonaerense como en el Congreso Nacional, fue Ministro del Interior durante la presidencia de Luis Sáenz Peña e Interventor Federal de la provincia de Buenos Aires de 1893 a 1894. Durante esta última gestión llevó adelante una acción judicial contra el coronel Carlos Sarmiento, quien había comprado y vendido tierras fiscales de manera irregular. Tras ser condenado por la Justicia y detenido durante tres meses, el militar, una vez salido de prisión, retó a duelo a López. Éste aceptó el desafío, concurriendo a la cita de honor con sus padrinos Lucio Victorio Mansilla y Francisco Beazley, todos ellos socios del Club del Progreso. Lucio V. López murió pocas horas después, a resultas de un balazo del coronel Sarmiento, en la madrugada del 29 de diciembre de 1894¹⁵.

La Gran Aldea, novela costumbrista y de evocación, en la que se entremezclan las pinceladas autobiográficas con la crónica política y social, relata los profundos cambios sufridos por la ciudad de Buenos Aires entre 1852 y 1884. Es precisamente López quien acuña este término, “Gran Aldea”, muy utilizado después por escritores e historiadores, para definir a la vieja ciudad criolla, pequeña, patriarcal, austera, en vísperas de convertirse en la gran urbe moderna y cosmopolita.

¹⁵ Tal como se profundizará en el capítulo IV, el Club del Progreso, fundado en 1852, fue la primera institución de sociabilidad exclusiva con la que contó la alta sociedad porteña. Su modelo de organización fue la de los clubes ingleses.

A través de la narración en primera persona del protagonista, un huérfano perteneciente a la rama pobre de una rica y linajuda familia, López muestra la declinación moral de la alta sociedad porteña, la cual corre paralela a su enriquecimiento material, a su europeización y a su consecuente desnacionalización. Pero además de mostrar el envilecimiento de una clase social otrora noble, la misma que dirigiera la Revolución de 1810 y la Guerra de Independencia, una clase que, además, es la suya propia, López describe los cambios operados en la fisonomía urbana, en las calles, en la arquitectura, en los hábitos cotidianos, en los comercios, en la vestimenta y en los objetos en general, particularmente en aquellos de uso suntuario. *La Gran Aldea* es así, también, un análisis de los cambios estéticos de la alta sociedad local, de una pobreza material casi espartana antes de 1880 y derrochadora y ostentadora tras la federalización, con sus estatuas, sus cuadros, sus tapices y sus muebles.

Vicente Gregorio Quesada (1830-1913) nació y murió en Buenos Aires. Su niñez y su adolescencia transcurrieron durante el régimen rosista. En 1852 optó políticamente por la Confederación Argentina, por lo que abandonó Buenos Aires para exiliarse en Paraná. Allí fue Oficial Mayor de un Ministerio nacional, ministro en Corrientes y diputado en el Congreso de la Confederación. Durante el año 1861 dirigió la *Revista del Paraná*, la cual fue editada hasta la batalla de Pavón¹⁶. Pasada ésta, retornó a su ciudad natal y se consagró a la investigación histórica, fundando la *Revista de Buenos Aires* y la *Nueva Revista* del mismo nombre. En esta última publicación aparecieron sus primeras escenas de costumbres que retrataban el Buenos Aires criollo del ayer, las cuales conformarían luego el libro *Memorias de un viejo* (1889)¹⁷. Estos artículos, que recibieron una excelente acogida por parte de los lectores, fueron firmados, como ya hemos consignado más arriba, con los seudónimos de “Víctor Gálvez” y de “Miss Lucy Dowling”.

¹⁶ La batalla de Pavón tuvo lugar el 17 de septiembre de 1861 y enfrentó a las tropas de la Confederación Argentina, comandadas por Urquiza, con las del Estado de Buenos Aires, al mando de Bartolomé Mitre. La victoria militar porteña llevaría a la reunificación definitiva del país como República Argentina.

¹⁷ El título de la obra es de por sí sugerente, ya que Quesada no tenía una edad tan avanzada como para ser considerado un “viejo”. Mucho más llamativos son los casos de Miguel Cané y de Lucio V. López, que apenas contaban con algo más de treinta años al publicar *Juvenilia* y *La Gran Aldea*, respectivamente. Sin embargo, el pasado por ellos evocado es presentado como remoto y la actitud de ambos es la de dos hombres mayores que, como bien indica, Patricio Fontana, “se hacen” los viejos. Esta profundización artificial, por así llamarle, del espesor temporal y generacional se vincularía con el pasado escaso y con una tradición aún por construir en un país “joven” como era por entonces la Argentina.

Las reminiscencias personales recogidas en este volumen se entremezclan con las tradiciones familiares y orales convertidas en crónicas, mientras que la mirada al pasado resulta contrabalanceada con directas referencias al presente. Este pasado, de alguna manera, no existía antes de 1880 y comienza a ser recordado e interpretado a partir de ese año. Cabe señalar, asimismo, que la visión de Gálvez-Quesada se acerca a la de Wilde, puesto que en la comparación entre el presente y el pasado, es aquél quien lleva la delantera. Vicente Quesada publicó asimismo varias obras historiográficas, entre las que se distinguen *La Patagonia y las tierras australes del continente* (1875) y *El Virreinato del Río de la Plata* (1881). En 1883, tras veinte años de labor historiográfica, abrazó la carrera diplomática.

La crisis financiera y política de 1889-1890, que culminaría en la Revolución del Parque y en la renuncia del presidente Miguel Juárez Celman, marcó una divisoria de aguas. A partir de allí hubo otras obras evocativas, de tendencia aún más nostálgica y con una postura crítica respecto a un presente considerado utilitario, inmoral y perniciosamente cosmopolita. La imagen de Buenos Aires cambia rotundamente en los textos. Memorialistas como Santiago Calzadilla y Lucio V. Mansilla acusaron el impacto, al igual que los novelistas Julián Martel y Carlos María Ocantos, o los historiadores revisionistas Adolfo Saldías y Ernesto Quesada. Todos estos autores, imbuidos de una flamante mirada criollista, por momentos xenófoba, llegan a poner en tela de juicio algunos de los más sólidos supuestos de la ideología liberal del '80, como la inmigración europea o la figura autoritaria de Rosas.

Para Viñas (2005), es notoria la discordancia entre la imagen idealizada de Buenos Aires sostenida por los hombres de la Generación del '37, prolongada hasta 1880, y lo que viene a partir de 1890, la visión descarnada de una urbe cosmopolita y corrupta. Hasta 1852, el mal que aquejaba a Buenos Aires era concreto, localizable, era Rosas y su sombrío caserón de Palermo¹⁸. En cambio en los '90 el mal es más escurridizo y difícil de combatir. La "Atenas del Plata" de los escritores románticos se trueca violentamente en "la Sodoma" que lamentan Calzadilla y Mansilla¹⁹. Resaltan, en esta línea finisecular, las memorias del

¹⁸ Rosas poseía su residencia y su sede de gobierno en el paraje de Palermo, situado en las afueras de Buenos Aires.

¹⁹ Ésta hallaría su más dramático retrato en la novela *La Bolsa* (1891), de Julián Martel, que recrea la Buenos Aires especulativa y el desastre material y moral que supuso la crisis de 1889-1890.

por entonces octogenario Santiago Calzadilla, *Las beldades de mi tiempo*, de 1891, un libro de recuerdos fragmentarios cuyo eje es la exaltación de las antiguas damas patricias y de los desaparecidos salones y tertulias de la burguesía porteña.

Santiago Calzadilla nació en Buenos Aires en 1806, y murió en esta misma ciudad, en 1896. Fue hijo de Santiago Calzadilla, quien se desempeñó como funcionario de Aduanas durante la gobernación de Juan Manuel de Rosas y llegó a ser presidente del Club del Progreso. Calzadilla hijo, en tanto, fue militar de profesión, vivió en el exilio antirrosista en Perú y actuó como ayudante del Mariscal Ramón Castilla en varias batallas. Regresó a la capital porteña en 1852, para alistarse en la Legión Italiana y participar de la defensa de Buenos Aires, durante el sitio del coronel urquicista Hilario Lagos. Tanto en Perú como en la Argentina alcanzó el grado de Sargento Mayor, siendo ascendido a Teniente Coronel en 1886. Gran conversador y hombre de mundo, habitué de los salones de la alta sociedad local y del Club del Progreso, en 1890 comenzó a publicar, a instancias de su amigo Adolfo Saldías, una serie de artículos autobiográficos y costumbristas en el diario *La Nación*. Estos textos tuvieron una muy buena acogida, en especial entre las damas, y conformarían el núcleo de *Las beldades de mi tiempo*.

Tal como señala Adolfo Prieto (1982) en las memorias de Calzadilla pueden identificarse tres puntos principales: la exaltación de las mujeres, la tensión que supone el rosismo (como fenómeno y como materia de evocación histórico-personal) y el elogio de la tradición, sobre lo cual hablaremos seguidamente. A diferencia de los memorialistas anteriores a 1890 para Calzadilla todo tiempo pasado fue mejor. Para él, el presente es débil, insuficiente, amoral, mientras que lo que ya fue, el Buenos Aires antiguo y elegíaco, aparece como el rico reservorio de una tradición que debe, perentoriamente, ser recuperada. El memorialista no se limita así a reconstruir la historia de la elite porteña, sino que además resalta sus valores frente a la inmigración que avanza y, de manera particular, frente a los advenedizos, los nuevos ricos de origen extranjero que pretenden, sin derecho alguno, pasar a formar parte de ella.

Calzadilla apela a la vigencia de un linaje criollo e hispánico, de origen colonial, y hace el elogio de lo que él define como una auténtica aristocracia urbana, restringida, familiar, austera y sin necesidad de ostentación. Los valores de este grupo contrastan con el materialismo y con la corrupción generalizados, signos de una perniciosa modernidad que

habría llevado al naufragio de 1889-1890. *Las beldades de mi tiempo* apunta entonces a una regeneración ética de la sociedad argentina en la que Calzadilla cree firmemente, apoyándose en lo que él considera su mejor argumento: el recuerdo de una época noble y aún no perimida del todo. Campea en este libro la esperanza de una reacción, de un retorno a las tradiciones, cuyos primeros signos Calzadilla cree, muy optimistamente, entrever.

Clausurando el ciclo de textos memorialistas del período 1880-1910 y ya en vísperas del Centenario, Lucio V. Mansilla publica en 1904, en París, *Mis memorias (infancia y adolescencia)*. Esta obra difiere sustancialmente de las ya mencionadas de López, Quesada, Wilde y Calzadilla, aunque el objetivo sea, en principio, idéntico: la rememoración de los primeros años de la vida del autor y de una Buenos Aires ya desaparecida, muy anterior a la gran urbe del 900.

Lucio Victorio Mansilla, hijo del guerrero de la Independencia y héroe de la batalla de la Vuelta de Obligado²⁰, el general rosista Lucio Norberto Mansilla, nació en Buenos Aires en 1831, y falleció en París en 1913. Militar como su padre, llegó a ser general del Ejército Argentino, y participó en la Guerra del Paraguay. En 1870 fue designado comandante de la frontera del sur de Córdoba por el presidente Sarmiento. Fruto de una expedición de reconocimiento a los territorios araucanos es su obra más conocida, considerada un clásico de la literatura argentina, *Una excursión a los indios ranqueles*. Luego de haber incursionado en la política y en el periodismo, abandonó la carrera militar, se radicó en París en 1896 y, tras una breve experiencia como diplomático, se dedicó por completo a la escritura. Entre sus abundantes textos, en los cuales la dimensión autobiográfica es siempre importante, podemos nombrar *Retratos y recuerdos* (1894), *Estudios morales o sea el diario de mi vida* (1896), *Rozas, ensayo histórico-psicológico*

²⁰ La batalla de la Vuelta de Obligado fue un combate naval librado en el río Paraná el 20 de noviembre de 1845, a dieciocho kilómetros al norte de la localidad bonaerense de San Pedro, y que tuvo como contendientes a la escuadra anglofrancesa, por un lado, y a las fuerzas de la Confederación Argentina, al mando del general Lucio Norberto Mansilla, por el otro. El propósito de la flota extranjera era forzar la libertad de la navegación y comercio en los ríos interiores de la Confederación. Aunque los buques ingleses y franceses consiguieron pasar el angosto recodo de la Vuelta de Obligado, en dirección norte, y siguieron avanzando hasta Asunción del Paraguay, fueron interceptados y dañados severamente por las baterías argentinas. Enfrentadas a un enemigo superior al que no podían doblegar, las fuerzas confederales consiguieron sin embargo una suerte de victoria simbólica, íntimamente ligada a la defensa de la soberanía nacional, y explotada por la propaganda rosista. La batalla de la Vuelta de Obligado quedaría inscrita de tal modo en la memoria histórica argentina, hasta la actualidad.

(1898), *Máximas y pensamientos* (1904) y la obra que más nos atañe, *Mis memorias. Infancia y adolescencia*.

Para David Viñas, Lucio V. Mansilla es el más característico de los autores de la Generación del Ochenta. Nadie como él encarnó las figuras, concebidas por el propio Viñas, del “*gentleman-escritor*” y del “*dandy*”. Como tales, Mansilla hizo durante toda su vida ostentación de un sofisticado europeísmo (no exento, paradójicamente, de criollismo), de un sentido del humor ácido, de un diletantismo, de un leve escepticismo y de un teatral aire de marginalidad y de exotismo dentro del grupo social al que pertenecía pero del que intentó, hasta cierto punto, diferenciarse.

En su análisis de la Generación del Ochenta Viñas llama también la atención, como otros autores, sobre el carácter predominantemente fragmentario de su producción literaria. En ese sentido, las *causeries* de Mansilla, esas notas breves, impresionistas, casi coloquiales, marcan su escritura memorialista²¹. El estilo es así telegráfico, en forma de bocetos o de instantáneas de la realidad, una suerte de impresionismo periodístico²².

Mansilla corporizaría como ninguno la figura del *causeur*, y como tal se habría comportado en todos los ámbitos inherentes a su clase social: en la función pública, política y diplomática, en sus paseos por la calle Florida o por Palermo, lugares frecuentados por la alta sociedad local y significativamente retratados por la literatura, en el “club” de inspiración inglesa, su recinto aristocrático y masculino, o al escribir. En un primer momento, incluso, Mansilla celebró su propio estilo “moderno” y escueto, comparándolo ventajosamente con el más ampuloso y menos eficaz utilizado por los escritores del pasado, al que tildaba de “*demodé*” (Viñas 168, *itálicas del autor*). Recién al final de su carrera literaria, al momento de sentarse a escribir sus memorias, Mansilla adoptó un tono más nostálgico, en el que el pasado se tornaba prioritario. Un rasgo que Viñas resalta en Mansilla es el carácter intimista de las pequeñas historias por él relatadas, que nada tendrían que ver con la gran historia oficial escrita por su contemporáneo Bartolomé Mitre.

²¹ Las *causeries* fueron una serie de textos breves, así bautizados por el propio Mansilla, aparecidos en el diario *Sud América* de Buenos Aires y editados en cinco volúmenes entre 1889 y 1890. Su estilo es marcadamente coloquial, anecdótico y humorístico a la vez.

²² Noé Jitrik no está de acuerdo con uno de los lugares comunes más arraigados entre los estudiosos del Ochenta: la idea de que este grupo produjo una literatura fragmentaria, expresada en su inclinación por el apunte, el brochazo, la *causerie*, el retrato, el cuento breve, la rememoración anecdótica y un estilo de frases cortas y tajantes. Para Jitrik, en cambio, estos supuestos fragmentos componen, considerados como conjunto, un todo mucho más amplio y coherente de lo que a primera vista se creería, las “*imágenes completas de la realidad del ‘80*” (1998: 87-88).

A diferencia de sus predecesores, a Mansilla no le interesa subrayar la distancia temporal, magnificándola o glorificándola, aunque su propósito explícito sea también rescatar las rancias tradiciones criollas. En *Mis memorias...* el pasado adquiere un estatuto propio, vale por sí mismo, y no en una comparación, ventajosa o desventajosa, con el presente. La Buenos Aires antigua carece de toda ejemplaridad, de toda virtud edificante, y Mansilla llega incluso a dudar de lo que él mismo está evocando en sus páginas. Hay mucho de brumoso y de inseguro en *Mis memorias...* Por eso mismo su autor no incurre en la nostalgia del ayer ni en el optimismo del presente, aun cuando reconozca el valor de lo perdido y sea consciente de las dramáticas transformaciones sufridas por su ciudad y por su país.

Un rasgo que aparece también en otros escritores del período pero que en Mansilla se muestra con mayor fuerza es el obsesivo afán por enumerar cosas y personas del pasado. Es lo que se observa, por ejemplo, en su minucioso registro de los apellidos tradicionales de Buenos Aires, un buen recurso para delimitar las fronteras genealógicas y sociales de la elite criolla, dejando fuera a los nuevos ricos. A esto se añade la descripción puntillosa de las calles y de los edificios de la vieja ciudad. Patricio Fontana considera que esta interminable enumeración de nombres propios es inherente a todo texto memorialista en sí. Para él, el ejercicio de la memoria estaría inevitablemente ligado a los nombres. De esta forma, las nomenclaturas consistirían en algo así como “la condena del memorialista” (91). Ya comprobaremos, en el capítulo II, y siguiendo esta hipótesis de Fontana, cómo *Mis memorias...* se constituye en un auténtico “laberinto mnemotécnico”, un recorrido por el antiguo Buenos Aires que es, además, una red de lugares y de nombres en donde el lector se extravía.

Mas la evocación de Mansilla no es meramente nominal y visual, sino que se vale también de otros sentidos: del gusto, del olfato y del oído. Su concepción del espacio, como veremos con mayor detalle en el capítulo II, se acerca a la geografía sensorial de la que habla Paul Rodaway. Es así que *Mis memorias...* trasciende el dominio de la crónica para adentrarse en una riqueza de metáforas que preanuncia una escritura más decididamente literaria. Una tendencia que alcanzará, apenas pasado el Centenario, su punto más acabado con Eduardo Wilde y su obra *Aguas abajo*, de 1914, en la que la evocación autobiográfica se fundirá con la narración ficcional.

En todos los casos, estaba claro que, así como Buenos Aires era construida, ladrillo por ladrillo, y se levantaban sus edificios fastuosos, se abrían sus avenidas, se inauguraban sus parques y monumentos, se modernizaba su infraestructura ferroviaria, tranviaria y portuaria, y se urbanizaban nuevos espacios, surgía una autoconciencia local y nacional. La misma suponía una identidad porteña y argentina que se expresaba por medio de la literatura y, más específicamente, por medio de aquellos textos evocativos, “memorialistas”, que miraban hacia el pasado.

Este proceso, material y simbólico a la par, llegó a su clímax en ocasión de los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo, que tuvieron lugar en 1910. Al llegar esta magna fecha patriótica, la Capital Federal se engalanó aún más y se celebró a sí misma como metrópoli, centro de un país pujante que se exponía frente al mundo. Buenos Aires, en definitiva, fue transformada para encarnar y simbolizar, como otras capitales, los logros y las aspiraciones de las grandes naciones occidentales (Gutman 2005: 138) superando, de paso, su antiguo localismo para devenir la obra de la Nación entera.

Objetivos y esquema de exposición adoptado

Teniendo en cuenta el contexto histórico y las precisiones teóricas a las que hemos hecho alusión más arriba es el objetivo general de este proyecto indagar la interrelación entre espacios interiores, temporalidad y sociabilidades en la literatura memorialista porteña del período 1880-1910. En cada uno de los capítulos, en tanto, habrá una serie de objetivos específicos que procuraremos ir demostrando por vía del análisis de nuestras fuentes.

Esta tesis doctoral se subdivide en una introducción, cuatro capítulos, las conclusiones generales y la bibliografía. El capítulo I, titulado “Temporalidad y espacio íntimo en la literatura memorialista porteña: la construcción de la dimensión interior”, funciona como primera aproximación a los textos memorialistas y como introducción teórica a las tres categorías, autónomas y a la vez imbricadas, de historia, memoria y espacio.

El capítulo II (“La dimensión interior: casonas, patios y jerarquías”) comienza ensayando una definición de nuestro concepto de “dimensión interior”. El mismo es explicado a partir de la intersección entre espacio y tiempo perceptible en los autores

memorialistas desde el comienzo mismo de sus relatos evocadores. Paralelamente, se intenta probar que este concepto se manifiesta como un avance gradual, desde la mente de los autores (léase, el primer espacio interior, el más íntimo), hasta la conquista de espacios cada vez más amplios, como la casa de la infancia, el vecindario, la ciudad, la Nación. Para ello se analiza el ámbito doméstico de las casonas coloniales de la “alta sociedad” porteña, siguiendo el testimonio de los memorialistas del ‘80. Seguidamente, se intenta poner en evidencia el rol mediatizador desempeñado por los espacios interiores al momento de relacionar historia y memoria porteñas. Con ese fin, se ahonda en la dimensión interior de la casona porteña en tanto espacio físico y subjetivo, que vehiculiza historia y memoria, poniendo en relieve la transición de la era criolla a la era aluvial. Vale aclarar que “era criolla” (1810-1853) y “era aluvial” (desde 1853 hasta el presente) son dos periodizaciones y dos conceptos acuñados por José Luis Romero (1956) que emplearemos asiduamente a lo largo de nuestra tesis.

Por otro lado, se muestra cómo lo interior, el espacio íntimo, cerrado e inmóvil de la “alta sociedad” porteña interactúa con la dimensión externa, es decir con los espacios públicos y con todo aquello que implique movimiento, circulación e influencias foráneas, tanto materiales como inmateriales, capaces de penetrar y de provocar cambios.

En el capítulo III (“Sociabilidades porteñas e identidad de clase: tertulias, salones, pulperías, tiendas y cafés”) se sigue ahondando en la transición de la era criolla a la aluvial, ahora desde la perspectiva de las llamadas “sociabilidades” y de su relación con la identidad de clase, tanto de la “alta sociedad” como de los sectores populares, que aquí se pretende evidenciar. Con este propósito, el análisis, fundado principalmente en los testimonios de los autores memorialistas, se centra en los lugares de encuentro de la era criolla. Entre ellos se incluyen las tertulias, las tiendas, las pulperías y los cafés. Este capítulo vuelve a considerar a la dimensión interior como el escenario de estas sociabilidades, y lleva adelante, tal como se realizara también en el capítulo anterior, un ejercicio comparativo con la era aluvial iniciada en 1880.

En cuanto al capítulo IV (“Los clubes porteños, espacio de sociabilidad de la ‘alta sociedad’”) puede ser considerado una prolongación directa del III. En este caso, se emprende el examen de un flamante espacio de sociabilidad de la elite porteña, el de los clubes sociales de inspiración inglesa, particularmente del Club del Progreso (1852) y del

Jockey Club (1882). Finalmente, en las conclusiones se retoman de manera sintética todas estas cuestiones, integrándolas al eje sustentador de nuestra tesis, es decir, a la interrelación entre espacios interiores, temporalidad y sociabilidades en la literatura memorialista porteña.

Nuestra investigación se centrará, en primer lugar, en el análisis de las obras de corte memorialista aparecidas en Buenos Aires entre 1881 y 1904. Como fuentes complementarias utilizaremos, eventualmente, fragmentos de novelas, artículos periodísticos y ensayos político-históricos del período 1880-1910 que contribuyan, de alguna manera, a enriquecer la comprensión de nuestras fuentes principales.

Capítulo I

Temporalidad y espacio íntimo en la literatura memorialista porteña: la construcción de la dimensión interior

Introducción

Este capítulo I constituye un primer acercamiento a nuestro concepto de “dimensión interior”, que desarrollaremos más ampliamente a partir del capítulo II. En el primero de los apartados (“Historia, memoria y ‘criados favoritos’”) mostraremos cómo José Antonio Wilde, Lucio V. Mansilla y Santiago Calzadilla manifestaron, en sus propios textos, su voluntad memorialista, diferenciándose netamente de la historiografía. Veremos también cómo es consciente en estos autores la jerarquía gnoseológica que coloca a la literatura memorialista en un peldaño inferior con respecto a la historia, pero que, al mismo tiempo, prepara el terreno para los ulteriores y más ambiciosos trabajos de los historiadores.

Seguidamente, abordaremos la problemática conexión entre memoria e historia, recurriendo a un caso particular. Nos referimos a “Goyito”, el criado del general Lucio Norberto Mansilla (padre de Lucio Victorio) y su obsesión por el recordar fidedigno. Goyito, tal como evoca Mansilla hijo en *Mis memorias...* y en una de sus *causeries*, encarna el rol del testigo insobornable, que sólo busca decir la verdad completa de lo que vio, sin omitir detalles. Veremos así cómo este rol se opone al de los actores de la Historia, en este caso a los Mansilla, padre e hijo, sometidos ambos a censuras personales, familiares y sociales. Paralelamente, comprobaremos cómo funciona esta figura del “criado favorito”, que es recurrente en la literatura argentina de los siglos XIX y XX.

Finalmente, en el apartado titulado “Espacios interiores y memoria”, continuaremos analizando la relación entre historia, memoria y espacialidad. Comenzaremos refiriéndonos al concepto compuesto de “historiografía”, desde la perspectiva de Michel de Certeau. Reflexionaremos acerca de la relación dual y problemática que, ya desde la etimología de este vocablo, se entabla entre los hechos del pasado y la escritura. Veremos así cómo ésta constituye el resultado final de la investigación del historiador, la “producción” historiográfica, el texto en sí, con sus respectivas opacidades y construcciones ficcionales. Aludiremos asimismo a la “operación historiográfica”, en su acepción más amplia, que abarca, además del texto en sí, el recorte temporal en “períodos” o “tiempos muertos” que a su vez dan nacimiento a otros tiempos nuevos. El análisis sucinto de este proceso, imbuido de

una lógica por momentos necromántica, nos permitirá realizar un parangón con los mismos memorialistas. Nos explayaremos entonces sobre Vicente Quesada y su alter ego literario, Víctor Gálvez, quien se pregunta acerca del rol que les cabe a los “viejos” en una sociedad joven como la argentina de fines del XIX. Mostraremos cómo Gálvez-Quesada propone que se consagren a la actividad que les es más natural e inherente a su condición generacional, esto es, al estudio del pasado, y cómo recomienda para ellos un lugar cerrado, marginal, pero de importancia decisiva: el gabinete del erudito, la biblioteca, el archivo, la introspección de la casona patriarcal. Tales consideraciones nos permitirán entroncar con las reflexiones de Yi-Fu Tuan y de otros autores acerca de la confusión espacio-tiempo, la identificación del interior con el centro o núcleo, con el origen, así como el vínculo entre interioridad del sujeto e interior arquitectónico. Estos tópicos serán presentados como una suerte de anticipo de la “dimensión interior” que abordaremos más pormenorizadamente en el capítulo II, cuando tratemos la cuestión de la casona criolla como refugio y *locus* por antonomasia de la escritura memorialista.

Historia, memoria y “criados favoritos”

En “Una palabra de introducción” de *Buenos Aires desde setenta años atrás*, José Antonio Wilde delimita y aclara, como autor memorialista, su campo de estudio. La parcela del pasado de la que se ocupará no será la de la más prestigiosa historia sino la de la memoria en su condición más llana. Tal propósito, como ya mencionáramos en la “Introducción” de esta tesis es compartido por el grueso de los memorialistas porteños, incluso en el caso de quien fuera un historiador reconocido como Vicente Quesada. Wilde no pretende sino realizar un esbozo histórico muy somero, ya que lo que le interesa no es más que la posibilidad de rescatar del olvido las acciones más modestas del ayer, aquellas que componían la vida cotidiana:

[. . .] preferimos hacer el bosquejo a grandes rasgos de la fisonomía de la época que recordamos, sin orden escrupuloso de fecha, sin producir gran ventaja para el fin que hemos tenido en vista: salvar del olvido algunos de los hábitos, usos y costumbres de los tiempos ya pasados. No nos proponemos, pues, trazar en este libro la historia propiamente dicha, ni seguir los pasos de la política en nuestro país. Sólo tocaremos incidentalmente algunos acontecimientos que vienen encadenándose con estas

reminiscencias, ocupándonos menos de los más recientes, por ser más generalmente conocidos (14).

Este lugar secundario al que es relegada la Historia con mayúsculas a favor de la memoria personal y colectiva se explica por el surgimiento de un dominio novedoso y de particular interés, hasta entonces ignorado por los eruditos argentinos. Wilde llama al mismo “vida social”, y, como veremos en el capítulo III, coincide parcialmente con el concepto de “sociabilidad”: “Nos concretamos *casi* exclusivamente a la vida social, punto que no hemos visto tratado por nuestros bibliófilos: a lo que fuimos desde hace setenta años; a lo que fue nuestra ciudad y campaña” (14, *itálicas del autor*). Pero el propósito del libro de Wilde, explicitado en el “Epílogo”, consiste además en preparar el terreno para futuras investigaciones históricas, de mayor alcance y solidez:

Hemos terminado nuestra obra; el objeto que en ella nos propusimos fue arrancar del olvido ciertos rasgos característicos de nuestro estado social, en una época ya lejana, y por su simple exposición poner en relieve el progreso actual. Conocemos que no es completa; pero estamos satisfechos con que estas páginas sirvan de mamotreto o pedestal para un trabajo más amplio (254).

Veintitrés años más tarde, Lucio V. Mansilla coincidiría con el mismo objetivo de Wilde. Un objetivo mucho más ambicioso que el de su proyecto memorialista, que otros autores más capacitados llevarían a cabo tomando como punto de partida su libro de reminiscencias:

Obra tan considerable estudiará, naturalmente, los últimos cincuenta años, y, es claro, el estado actual en todos sentidos: su vida individual, de familia y social; instituciones políticas, actividad agrícola, pastoral, industrial y fabril; movimiento mental; todo, en fin, lo que constituye la vida esencial, intensa de un pueblo, desentrañando de ello su alma, sus aspiraciones colectivas, el temple de su fibra, sus nobles ambiciones en la humanidad, para luego señalarle el camino del porvenir (1978: 22).

Las limitaciones de la escritura memorialista son conscientes en Wilde, Mansilla y Calzadilla. Existe en todos ellos una clara noción de las jerarquías intelectuales y académicas. La literatura memorialista se hallaría en una posición considerada inferior a la que estos autores se someten, aunque a veces el juicio irónico matice tal sumisión. Veamos lo que escribe al respecto Santiago Calzadilla, quien, paradójicamente, contaba con el apoyo de su amigo el historiador Adolfo Saldías. Fue éste, como se recordará, el que lo instó a publicar

sus crónicas en *La Nación*: “No trato de historiar, que para eso está el señor Ministro don Vicente F. López. No, señor: no me meto en eso, pues, en cuanto me equivocara en una línea, caerían sobre mí los miles de historiadores que repentinamente han surgido” (62).

Fiel a esta postura que privilegia la memoria personal en detrimento de la exactitud fáctica y cronológica, liberando al memorialista de las ataduras de una nascente disciplina historiográfica, Lucio V. Mansilla deja para otros la reconstrucción minuciosa, al estilo paleontológico y arqueológico:

El que sea capaz de reconstruir reconstruirá la situación, el hecho tal cual fue, a la manera que Cuvier, con un molar, reconstruía un megaterio, guiado, como sus sucesores, por la uniformidad de las leyes naturales; o como los arqueólogos que, de indicio en indicio, poco a poco, pedacito por pedacito, haciendo un trabajo de hormigas, restauran y reconstruyen preciosos mosaicos triturados, monumentos, ciudades enteras que yacían sepultadas bajo el polvo o la lava amontonados por los estremecimientos del planeta que habitamos. Iré así meditando a medida que vaya evocando mis recuerdos y escribiendo. Lentamente iré así madurando el criterio de lo que crea que no debo omitir (1978: 20).

Como vemos, a Mansilla no le interesa ordenar, en una secuencia temporal lógica, las series de acontecimientos pertenecientes al ayer. En contrapartida, la evocación que se despliega naturalmente tiene, en *Mis memorias. Infancia y adolescencia*, un papel prioritario que cumplir. De todas formas, el pasado reviste también para Mansilla, como para la disciplina histórica de la que se permite prescindir, un interés especial del que carece el presente, por glamoroso que luzca éste y por humilde que se muestre aquél. Así, el pasado es susceptible de ser contemplado desde una perspectiva diferente, específica, y detentaría un interés mayor que la más prosaica actualidad:

Quería decir esto: los que ahora viven y que no vieron, porque no eran todavía de este mundo, estoy seguro que con más gusto verían el viejo fuerte colonial que la actual Casa Rosada, y si no con más gusto, con mucho gusto, aunque de otra clase. Las sombras de los que fueron nos interesan más que el movimiento cinematográfico de lo que es. Y, por idénticas razones, los venideros verán con más gusto también que nosotros, a nuestros contemporáneos; contemporáneos, que nosotros no podemos sufrir o que no nos interesan, que no nos cautivan en ningún sentido (1978: 21).

Como señala Paul Veyne, el lado “historicista” de la historia, ese encanto peculiar que revisten los sucesos y los vestigios del ayer, ha sido siempre uno de los atractivos más populares del género. Este abanico de valores modificándose a través de las naciones y de los siglos constituye uno de los grandes temas de la sensibilidad occidental. Por otro lado, como se opone a nuestra tendencia natural al anacronismo, es decir, a confundir como convergentes en nuestro presente a situaciones, objetos y planos temporales distintos, el género histórico posee un alto valor heurístico o interpretativo a explotar (Veyne 17).

La representación del pasado por los historiadores se funda, como sostiene Paul Ricoeur, en un pacto tácito concertado entre los lectores del texto histórico y el autor del mismo. Mientras los primeros esperan un “relato verdadero”, y no una ficción, el segundo se enfrenta al grave problema de saber si al escribir puede o no respetar este pacto, y hasta qué punto (Ricoeur 1). Ya hemos visto cómo el “pacto autobiográfico”, para Lejeune, se basaba en la relación de identidad establecida entre el autor, el narrador y el personaje. En este caso, no importaría tanto la veracidad de los hechos relatados. Lo que sí importa es que constituyan la evocación de la vida personal del propio autor, y que la identidad de éste sea socialmente reconocida y constatada en su autobiografía. Pero el pacto tácito que une (o separa) a historiadores y lectores es de otra índole: se halla basado en la ilusión de veracidad, más allá de que ésta sea luego confirmada o no por la investigación histórica más rigurosa.

La historia es la heredera de un problema que ya se presenta en el plano de la memoria y del olvido (Ricoeur 1), y que atenta contra la credibilidad de su propio discurso. Indefinidas y brumosas, las reminiscencias de lo que fue nos generan más dudas que certezas. Atento a esta cuestión, Víctor Gálvez manifiesta su propósito de resucitar el pasado que ya no existe, antes de que el olvido se lo lleve todo. Para ello, sería necesario un trabajo sistemático y grande, con el fin de que la vaguedad del recuerdo recupere nitidez, y que así suplante, siquiera transitoriamente, al presente:

Es necesario un esfuerzo de la memoria para reconstruir los sitios en que acaecieron las escenas de los tiempos pasados. Es preciso que la transformación que ha sufrido la ciudad de Buenos Aires, tan profunda como es, sea transitoriamente suprimida, y que mirando hacia atrás, se borren instantáneamente como se suprime una vista en el kaleidoscopio [sic], lo que hoy es para sustituirlo por lo que ayer fue, que sólo lo recuerdan en la vaguedad de las impresiones infantiles los que hoy ya son viejos (Gálvez 77).

Víctor Gálvez reconoce sin ambages que su memoria puede aquí fallar, pero se justifica argumentando que no es ni un historiador ni un fotógrafo. En conformidad con esta tesitura, la dimensión fragmentaria y subjetiva del recuerdo no puede ni debe ser soslayada: “Si exagero, no es mía la culpa, puesto que no hago fotografías, y pintando de memoria tomo los colores que encuentro en mi paleta. Esta es una salvedad que mi conciencia exige” (291).

Platón y Aristóteles fueron los primeros en extrañarse de “la paradoja oculta tras la noción de las cosas pasadas”, de aquello que en latín se conoce como *praeterita* y como *eikon* en griego. Nos referimos a la doble aporía que supone el enigma de una imagen que se percibe a la vez como presente en la mente y como “imagen de” algo ausente. Aristóteles analiza esta cuestión en el tratado que nos llegó en su versión latina, *De memoria et reminiscencia* (Ricoeur 1). El recordar no consiste en un acto sencillo y automático, sino que supone una compleja operación que Aristóteles denomina *anamnesis*. Ésta incluye una búsqueda mental y emocional en pos de la anhelada reminiscencia, de la remembranza. En suma, de lo que familiarmente llamamos “recordar” (2). Tal operación, fragmentada, discontinua, es inherente, por definición, a las escrituras autobiográfica y memorialista. Víctor Gálvez es criticado por llevarla adelante, mientras que él la reivindica, aduciendo que no existe una lógica ni un método claro aquí, puesto que no nos hallamos frente a la labor sistemática y racional del historiador:

Y dígolo al pasar, en lo que escribo no hay lógica, porque los recuerdos no tienen otra regla que la mera cronología, y como son múltiples y complejos, tengo que desviarme de la línea recta y hacer curvas y zigzags para trazar sobre el papel todo lo que mi memoria recuerde. Y este aparte es para contestar a ciertos críticos, maestro-ciruelas, que sostienen que es ilógico y sin método cuanto escribo; que mi estilo tiene algo de la maciega inculta, y en fin, que mejor fuera quemar el campo para que brote la verde grama, lo que quiere decir, que deje que mis nietecitos escriban (Gálvez 287).

En este párrafo, el Víctor Gálvez memorialista pareciera encubrir las falencias del Vicente Quesada historiador. Es curioso constatar que ambos personajes se hallan presentes en *Memorias de un viejo*, coexistiendo de manera pacífica o tensa, según la circunstancia. En todo caso, está claro que la presencia o la búsqueda del recuerdo forman parte inevitable del marco general de la fenomenología de la memoria. El problema más crucial y espinoso a resolver estriba en la forma fantasmagórica del recuerdo. Si éste no es, evidentemente, más

que una imagen, ¿cómo hacer para no confundirla con la fantasía, con la ficción o incluso con la alucinación? (Ricoeur 2).

La seguridad de que lo que se nos aparece en la mente al recordar es aquello que *efectivamente* sucedió se revela, al menos, como una seguridad bastante endeble. En eso consiste la problemática de la memoria y la “vía peligrosa de la similitud, la *mimesis*, que nunca dejamos de dissociar del fantasma, por una parte, y de la imagen-copia por otra” (2, itálicas del autor). También Lucio V. Mansilla se excusa anticipadamente de lo neblinoso e indeterminado de sus memorias, las que sólo pueden ser así, pero no por razones premeditadas, sino debido a la imperfección del recordar, a los olvidos involuntarios, así como a las “supresiones” conscientes, “calculadas”. El mérito del libro de Mansilla estaría avalado por una razón más moral, si cabe el adjetivo, esto es, por su sinceridad:

[. . .] siempre resultará un libro sincero, casi infantil, en un sentido si se quiere (los extremos se tocan), y en el que si la verdad no brilla del todo resplandeciente, siendo turbias las perspectivas escénicas, habrá que atribuirlo unas veces a deficiencias del pincel, otras a que las reminiscencias se esfuman con la edad, algunas a los eufemismos inevitables; finalmente a las supresiones calculadas, para no pecar de imprudencia fraseológica (Mansilla 1978: 23).

En las primeras páginas de su autobiografía Mansilla aborda esta problemática general de la historia y de la memoria, trayendo a colación el caso de Gregorio, apodado “Goyito”, el criado de su padre durante seis décadas¹. Cada vez que el “viejo mentiroso”, como él mismo lo llamaba a su patrón, se confundía u obviaba algún detalle nimio al hablar del pasado, Goyito se enojaba y protestaba vehementemente. Con esta actitud demostraba ser un partidario intransigente de la exactitud fáctica del relato histórico, aún del relato personal, aquel que nutre de manera directa la literatura autobiográfica y memorialista:

Conocía la vida y milagros de su patrón. Lo amaba. Pero no consentía que en sus referencias alterara la verdad en el más mínimo detalle como a veces solía acontecer por respetos propios y ajenos. En el acto me llamaba, y más o menos se expresaba así: “Viejo mentiroso, ¿por qué no dice las cosas como son?” (23-24)

“Decir las cosas como son” o como fueron, implicaba para Goyito recordar fielmente los detalles más insignificantes, sin omitirlos ni modificarlos un ápice. Para él, a diferencia de

¹ El criado del general Lucio Norberto Mansilla aparece mencionado también en *Entre nos...* Mansilla hijo le dedica una *causeurie* entera titulada, justamente, “Goyito”.

su amo, no había consideraciones morales o sociales que atender, nada de “respetos propios y ajenos”. Ni la autocensura ni la condena social le impedían herir, llegado el caso, las susceptibilidades o los intereses de otras personas. Después de todo, el general Lucio Norberto Mansilla era un personaje público, uno de los hacedores de la Historia. Pero Goyito, que lo había acompañado a todas partes y había presenciado todos sus actos, no tenía compromisos con nadie y podía darse el lujo de decir la verdad. Tampoco la posibilidad de sintetizar los hechos en pocas palabras, trazando sus rasgos principales, era concebible para el criado, ni entraba en sus principios la necesidad de conferirle sentido e inteligibilidad a los acontecimientos.

Siguiendo esta línea inflexible de conducta, los elementos evocados debían ser exhaustivamente descritos y contabilizados uno a uno. Así, rememorar la sublevación de los soldados negros de un batallón, durante las guerras civiles de la década de 1810, suponía para Goyito dar cuenta de detalles mínimos, aún en detrimento de sucesos históricos generales que los enmarcaban y que los explicaban, como el enfrentamiento entre el gobierno central de Buenos Aires y los caudillos encabezados por Gervasio de Artigas². Es Lucio V. Mansilla, el escritor memorialista, quien se ocupa de dar cuenta de estas últimas cuestiones:

[. . .] que estaba durmiendo [el general Lucio Norberto Mansilla] en una hamaca cuando oyó los primeros tiros de los negros sublevados; en una cama cama para tres estaba... lo demás es cierto”. Se refería a un hecho que tuvo lugar en Goya. Cuando en mi juventud estuve allí, las principales personas, ya entradas en años, lo recordaban. Mi padre contuvo con gran intrepidez a los negros de un batallón que se había amotinado por falta de paga. Era esto allá por los tiempos de Artigas, ya derrotado en Las Tunas³. Refugiado el caudillo oriental en el Paraguay, donde murió, mi padre fue gobernador provisorio de Corrientes, como se sabe⁴ (23-24).

² Gervasio de Artigas (1764-1850) fue un militar y caudillo oriundo de la Banda Oriental (actual República Oriental del Uruguay), que participó, dentro del bando patriota, en la Guerra de Independencia, y luego en las primeras guerras civiles que asolaron las Provincias Unidas del Río de la Plata, integrando la facción federal. Entre los años 1814 y 1820 lideró la llamada “Liga Federal” o “Liga de los Pueblos Libres” conformada por la Banda Oriental, Entre Ríos, Corrientes, Santa Fe y Córdoba, y se opuso al centralismo porteño. En 1820 el propio gobierno de Buenos Aires, en alianza con los antiguos caudillos artiguistas Estanislao López (Santa Fe) y Francisco Ramírez (Entre Ríos), promovió la invasión lusobrasileña a la Banda Oriental, la cual supuso el principio del fin de la hegemonía artiguista en la región.

³ La batalla de Las Tunas tuvo lugar en un paraje del departamento Paraná, en la provincia de Entre Ríos, el 24 de junio de 1820. En la misma las tropas del caudillo entrerriano Francisco Ramírez derrotaron a las de Gervasio de Artigas.

⁴ Lucio Norberto Mansilla colaboró con las tropas de Ramírez, desempeñándose como jefe de su infantería en la batalla de Las Tunas. Posteriormente, participó en otra victoria militar, la que tuvo lugar en el campamento

Seguramente, Goyito nunca hubiera estado de acuerdo con Paul Veyne cuando éste señala que el tiempo no es lo más importante en historia. Semejante afirmación puede parecer paradójica pero no es menos cierto que el concepto de tiempo no es indispensable para el historiador, el cual sólo necesita de un “proceso inteligible”, aquello que Veyne llama la “intriga”. Vale aclarar que estos procesos son innumerables, ya que es el pensamiento el que los recorta. En definitiva, la mera existencia de tales operaciones mentales no hace más que contradecir la sucesión cronológica de una sola vía. El tiempo, entonces, es sólo un medio en el que se desarrollan libremente las intrigas históricas (Veyne 93-94). Para Goyito, en cambio, la cuestión funcionaba de un modo más simple, a saber. Por un lado, había una serie de acontecimientos que se sucedieron cronológicamente en un escenario determinado, con unas características peculiares. Por otro lado, el objetivo del memorialista familiar consistía en dar cuenta de todos estos acontecimientos y de sus respectivos elementos anexos. Dejar de mencionar uno, aún el más reducido, significaba lisa y llanamente mentir. Esta posibilidad era la que más horrorizaba al asistente del general Mansilla.

¿Pero quién fue exactamente Goyito? Resulta paradójico constatar que, aunque el personaje en cuestión simbolice de un modo ostensible la preocupación por la recopilación y por la conservación de los datos históricos, la información que nos provee el memorialista sobre él es escasa. Lucio Victorio Mansilla apenas si nos cuenta que nació en Córdoba y que en su juventud trabajó como postillón en Cabeza de Tigre, la posta en la que fue fusilado el ex virrey Santiago de Liniers, en 1810: “Goyito era parte integrante de mi familia y... cordobés, habiendo empezado su carrera de postillón; pues cuando lo mataron a Liniers en la Cabeza del Tigre, él estaba por allí” (Mansilla 2007: 373)⁵.

artiguista de Ávalos, en Corrientes. Derrotado definitivamente Artigas y exiliado en el Paraguay, en donde pasaría el resto de su vida, Ramírez anexó la provincia de Corrientes y constituyó la “República de Entre Ríos”, que no sobreviviría más de un año, y que presidiría como “Jefe Supremo”. Tras la ruptura del caudillo entrerriano con Estanislao López, cuyas tropas lo derrotaron y asesinaron en 1821, Ricardo López Jordán, medio hermano de Francisco Ramírez, lo sucedió brevemente en el cargo de Jefe Supremo. Mansilla lo derrocó, accediendo así a la gobernación de Entre Ríos, en la que se desempeñaría hasta 1824. Al asumir el mando, Corrientes recuperó su autonomía y la “República de Entre Ríos” dejó de existir. De ahí la confusión de Mansilla hijo, quien habla de su padre como si hubiese gobernado Corrientes, lo cual no es exacto. Para corroborar y ampliar estos datos, consultar las historias provinciales clásicas: Bosch, Beatriz. *Historia de Entre Ríos*. Plus Ultra: Buenos Aires, 1991; Castello, Antonio Emilio. *Historia de Corrientes*. Plus Ultra: Buenos Aires, 1991 y Gianello, Leoncio. *Historia de Santa Fe*. Plus Ultra: Buenos Aires, 1991. Una obra clásica que abarca más integralmente la cuestión: Luna, Félix. *Los caudillos*. Peña Lillo: Buenos Aires, 1971.

⁵ Santiago de Liniers, cuyo nombre original era Jacques de Liniers, nació en Niort (Francia) el 25 de julio de 1753 y murió en la posta de Cabeza de Tigre, en las cercanías de la actual localidad de Cruz Alta (provincia de Córdoba, Argentina), el 26 de agosto de 1810. Noble y militar, partidario de los Borbones y refugiado en el Río de la Plata tras la Revolución de 1789, fue comandante de las fuerzas españolas en Buenos Aires. De actuación

Ignoramos cuándo y cómo fue que comenzó a servir a Lucio Norberto Mansilla, mas lo cierto es que lo hizo hasta su muerte, sobrevenida en 1871, y con pocas semanas de anterioridad a la de su patrón. Ambos fueron víctimas de la epidemia de fiebre amarilla que asoló a Buenos Aires ese mismo año. En el cementerio de la Recoleta yacen uno junto al otro sirviente y amo, soldado y general, confundidos en la cercanía física, que es también, para Mansilla hijo, una cercanía espiritual: “Allí están, durmiendo el eterno sueño, los restos de dos viejos, general el uno, soldado el otro; mi padre y Goyito, su asistente, dos afectos ejemplarmente tenaces” (Mansilla 2007: 370). La *causerie* “Goyito” está encabezada con una cita de Renan que le sirve de epígrafe: “La chaleur pour les âmes, comme pour le corps, se produit par le rapprochement” (370).

David Viñas se pregunta si este entierro constituyó en verdad un reconocimiento, una “sacralización” o tan sólo “un aspecto del ritual necromántico” (2005: 74). El propio Mansilla nos relata, muy sugerentemente, que Goyito fue llevado “en un cajón como correspondía a su clase” (2007: 376). Tal información, provista al pasar, nos confirma un hecho tan básico como insoslayable: la situación subalterna de Goyito, prolongada en el sepulcro. La conclusión de Viñas es tajante: “Ahora voy entendiendo: por cierto que hay paralelismo entre el amo viejo y su asistente, pero a dos niveles diversos” (2005: 74).

El ambiguo vínculo establecido entre el *niño* y uno de los criados, extendido durante toda una vida en común y reconocible como una constante en la literatura argentina, desde *Amalia* hasta Beatriz Guido, pasando por el 80, el 900, *Don Segundo Sombra*, Eduardo Mallea y Carmen Gándara, es tratado de manera detenida por David Viñas. Este criado es por lo general el fiel capataz o el peón antiguo y su figura se emparenta con la de los numerosos Tío Tom de la literatura americana⁶. El primero de todos estos sirvientes de la literatura argentina es Pedro, personaje de la novela *Amalia* de José Mármol. Como antiguo ayudante del coronel Sáenz, padre de la protagonista Amalia, durante catorce años le acompañó en

destacada durante las Invasiones Inglesas de 1806-1807, fue elegido fugazmente como virrey del Virreinato del Río de la Plata, en sustitución del depuesto Marqués de Sobremonte. Al estallar la Revolución de Mayo, en 1810, intentó organizar un movimiento contrarrevolucionario en Córdoba, el cual fue abortado por el gobierno patriota. Tras ser tomado prisionero, Liniers fue fusilado en Cabeza de Tigre. El relato de Mansilla es demasiado escueto como para saber si Goyito presenció o no el ajusticiamiento del antiguo virrey. Pero resulta significativo constatar la presencia del postillón y futuro criado del general Lucio N. Mansilla como testigo, directo o indirecto, de un hecho histórico de tal envergadura. El rol de Goyito parecía signado, desde su más temprana juventud, por su relación testimonial con la historia y con la memoria.

⁶ David Viñas se refiere al esclavo afroamericano protagonista de la novela *La cabaña del Tío Tom* (*Uncle Tom's Cabin*), de Harriet Beecher Stowe, publicada en 1852 en los Estados Unidos.

todas las batallas de la Guerra de Independencia, desde Salta hasta Junín. El coronel terminó muriendo en sus brazos (72).

Mansilla hijo subraya esta larga, simbiótica y agitada relación entre amo y sirviente: “Goyito estuvo con mi padre sesenta años; los dos se adoraban y vivían peleando eternamente, porque mi padre abusaba del asistente, y el asistente tenía espíritu de contradicción” (2007: 373). Al mismo tiempo, Mansilla destaca la adoración fogosa del sirviente por el amo:

¡Ah!, pero cuando mi padre se vestía de parada, en los últimos tiempos, Goyito salía tras él, codos atrás, arrastrando los pies, brillándole los ojos de enternecimiento, y si alguien acertaba a pasar en ese momento, de seguro que lo detenía para decirle: - ¿Usted conoce a ése que va ahí?... Es el general Mansilla. ¡Qué hombre lindo, amigo! ¿No? (373)

Sin embargo, el supuesto afecto del militar por su subordinado albergaba necesariamente un fondo de desprecio, puesto que el vínculo que los unía no era igualitario sino asimétrico por definición. Veamos el desdén que inspiraba Goyito en el general: “Por su parte mi padre decía, como M. Chouflery [sic], siempre que se hablaba de Goyito: *-Il est très bête, mais il est très fidèle*” (373, itálicas del autor). En realidad la cita exacta es “Dieu qu’il est bête, mais il est bien dévoué!”, una frase recurrente utilizada por el rentista Monsieur Choufleri, protagonista de la opereta bufa *Monsieur Choufleri restera chez lui le...* al referirse a su criado Péterman. Esta obra, con música del compositor Jacques Offenbach y libreto de Auguste de Morny, fue estrenada en París en 1861 y, a juzgar por su mención en *Entre nos. Causeries del jueves*, es muy probable que haya sido vista por el general Lucio Norberto Mansilla durante su residencia de varios años en París, tras la caída de Rosas. De todas formas, el significado subyacente de la frase en francés, en sus dos versiones, la original y la deformada, no cambia. Más allá de las limitaciones intelectuales de su criado, lo que el amo valora en él es su sumisión, su lealtad y su devoción incondicionales.

El juicio denigratorio de Mansilla padre no es considerado del todo justo por Mansilla hijo. Éste le reconoce a Goyito una doble virtud de la que carecía el viejo militar y que, en parte, ya hemos mencionado: la capacidad de recordar con fiel minuciosidad, así como la libertad de hacerlo públicamente, a viva voz, prescindiendo de censuras propias o ajenas. En este punto, el hijo del patrón y el criado compartían una complicidad que parecía acercarlos,

suprimiendo transitoriamente o al menos limando la diferencia de clase que en principio los separaba:

Este juicio no era, sin embargo, completo del todo. Goyito no sabía gramática, ni medir un ángulo; pero sabía de memoria muchas cosas. Así es que, cuando mi padre refería algo que a él le constaba, a la más mínima inexactitud en el relato, ya por reserva discreta o por afasia cerebral, Goyito me hacía una guiñada o una seña, diciéndome *vení* -me trataba como a su hijo, y yo le pedía a él la bendición; por supuesto que se la pedí hasta que se murió, y agregaba: -¡Pero qué viejo tan mentiroso! ¿Qué me va a decir eso, si yo estaba allí? (373, itálicas del autor)

Era costumbre que venía de la Colonia el solicitar la bendición a los mayores, ya fuesen éstos padres, tíos, abuelos, etc. Tal costumbre señalaba claramente las jerarquías generacionales, el respeto obligado que debían las personas más jóvenes a las que habían nacido mucho antes que ellas. Pero había consideraciones sociales y raciales que trascendían la edad o las disquisiciones historiográficas y memorialistas. Es por ello que los esfuerzos del hijo por hacer desistir al padre de su menosprecio hacia Goyito se revelaban estériles:

Yo, algunas veces, por vía de estudio o de diversión, le hacía mis rectificaciones a mi padre, invocando el nombre de Goyito. Pero el viejo no admitía discusión al respecto, y zanjaba la dificultad con este argumento incontestable: -¡Ese mulato es un animal y está muy viejo! (373-374)

Frente al insulto del amo, se producía una respuesta aparentemente simétrica del sirviente: “Goyito decía poco más o menos lo último de él, en sus expansiones conmigo” (374). Veamos qué escribe Viñas al respecto:

Es decir, el *criado favorito* es agraviado y cuando replica alude a la vejez del amo que si por una parte parece insulto, por otra involucra la enorme cantidad de años pasados en común. Hasta la pasiva respuesta en el agravio, pues, implica una ratificación de la dependencia (2005: 75, itálicas del autor).

De esta forma, el ayer, para Viñas, no hace más que afirmar la subordinación y la identidad de clase. No se manifiesta como el reservorio de momentos entrañables vividos en común, ni como un recordar nostálgico y poético. Lo que más bien interesa es el frío “testimonio” de un pasado de sojuzgamiento social repetido especularmente en el presente:

Después del encuentro ceremonioso que restablece la relación de dependencia y de la aproximación concedida que facilita el conocimiento, viene la apelación al pasado: desde allí sólo se ratifica implícita pero coactivamente esa antigua subordinación. Es decir, al pasado no se lo invoca con una melancolía neutral, sino para que subraye una continuidad y la vigencia de una relación; no se trata de una elegía, sino de un testimonio (73).

Esto es lo que sucede con Pedro en *Amalia*. En este caso, como el pasado compartido está teñido de sangre, la sumisión se santifica y prolonga a través de los hijos del amo. Para José Mármol, la servidumbre es “una carga honrosa pero ineludible, una suerte de contrato leonino, enaltecido y perenne. Ser sirviente es una resignación que enorgullece, un destino” (73). Por otra parte, hay una relación estrecha entre esta sumisión y la condición de patriota. Amos y criados, aunque pertenecientes a clases diferentes, son criollos, “argentinos viejos”, guardianes de una tradición que se remonta a la Colonia y de la que los “gringos” y sus hijos, los “argentinos nuevos”, están excluidos.

Pero volviendo a la cuestión de la historia y de la memoria, a Mansilla hijo no deja de llamarle poderosamente la atención el disenso que solía observarse entre dos testigos de un mismo hecho. Al principio, tal situación lo azoraba, aunque al momento de redactar sus propias memorias ya le parecía normal, puesto que, en definitiva, de eso se trataría la imprecisa memoria histórica, más cercana a la ficción y a la leyenda que a la verdad:

Yo lo exhortaba a la paciencia [a Goyito]. Y a veces, y a pesar de todo, solía quedarme perplejo, pensando que era singular que dos testigos oculares no se entendieran. Después he visto y he oído tanto, que ahora ya sé, aleccionado por la experiencia, que no hay que afanarse mucho en discutir toda la verdad, sobre lo que son incidentes o episodios militares, combates o batallas, hechos de cualquier naturaleza. Sí, ahora sé que los hechos históricos y el sitio en que ellos han tenido lugar, son como las leyendas y los milagros: no hay que moverlos ni que rectificarlos (2007: 374).

Entramos aquí de lleno en una cuestión de vital trascendencia para el historiador y para el memorialista: aquella que involucra a los diferentes niveles, individuales y colectivos, de la memoria. Para Paul Ricœur el planteamiento inicial a hacerse al respecto es la cuestión del sujeto de la memoria. Al preguntar “¿quién recuerda?” la primera y apresurada respuesta

es siempre “yo” (Ricoeur 2). Pero desde *La memoria colectiva* de Maurice Halbwachs, podemos sospechar que la memoria individual no sería “sino un retoño, un enclave, de la memoria colectiva”. Aún así, el concepto de “memoria colectiva” sigue siendo harto dudoso, ya que parecería respaldar una pretensión hegemónica de la sociología en detrimento de la historia. Ricoeur sostiene una “atribución plural del recuerdo”, el cual puede estar adscrito a todas las personas gramaticales; yo, ella, él, nosotros, ellos, etc. Tal circunstancia aleja a la memoria de la filosofía. Para ésta, la operación del recordar es esencialmente individual, y no puede ser compartida. Tanto en singular como en plural, la memoria correspondería a las personas, al igual que el pensamiento o la emoción (2).

Régine Robin, por su parte, señala la existencia de cuatro tipos de memoria, a saber: nacional, erudita, colectiva y cultural. Estas diferentes memorias no son compartimentos estancos, sino que se hallan interrelacionadas y contribuyen a la escritura de lo que ella denomina “novela memorialista” (*roman mémoriel*). La misma se define como la modificación y deformación del pasado llevada adelante por un individuo, un grupo o una sociedad, con el objeto de crear un origen, una genealogía o una historia prestigiosos o, por el contrario, de reconstruir una “exactitud fáctica”. Todo esto concebido en la forma de un relato o de un escenario con relación al pasado y a los orígenes, y con aspecto de novela (Robin 57-58).

La memoria nacional, a su vez, proviene de un “espacio-tiempo monumental y épico”, de una gran saga fundacional de héroes y de gestas. Vinculándose, pese a su carácter más privado y local, con la memoria nacional, la memoria colectiva de un grupo, que funciona como memoria viviente y vívida, detenta también un cronotopo mítico y épico. En cuanto a la memoria erudita o histórica, se trata de un espacio multidimensional que se desenvuelve en una temporalidad cronológica, estableciendo una distancia entre el pasado y el presente. Éste es el terreno de la historia como disciplina, con su discurso ordenado, la guardiana del acontecimiento y de lo factual, siempre celosa de su relación “seria” con el referente. Finalmente, la memoria cultural, “potencialmente polifónica”, tiene lugar en el recuerdo, en el orden narrativo, cronológico o metafórico. Se encuentra más desarrollada en la ficción que en la historia (59).

Es curioso verificar que Goyito, intuitivamente, aspiraba a una memoria erudita o histórica, en la que la exactitud fáctica y cronológica ocupara un lugar preeminente, mientras que el general Lucio Norberto Mansilla se hallaba imbuido de una memoria nacional. Siendo

él mismo un protagonista, un hacedor de la Historia, héroe de la Guerra de Independencia y de la batalla de la Vuelta de Obligado, conspicuo general y mano derecha de Juan Manuel de Rosas, se hallaba obligado a brindar una versión épicamente deformada del ayer. Su memoria personal se confundía con la memoria nacional, a la cual debía rendirle pleitesía. Goyito, por el contrario, era un mero e insobornable testigo. Su misión consistía en registrar lo verdaderamente sucedido, sin aditamentos ni omisiones.

Ciertamente, las limitaciones a las que estaba sometido el viejo general eran también de orden psicológico. Paul Ricœur define al recuerdo como a “una operación compleja que puede tener éxito o no” (3). Su éxito se fundaría en el reconocimiento del recuerdo, un “pequeño milagro”, sobre todo si se tienen en cuenta las múltiples dificultades que entraña el recordar. Estas dificultades estarían organizadas en tres “rúbricas”: la memoria impedida, la “memoria manipulada” y la “memoria forzada”. La “memoria impedida” es lo que Sigmund Freud llama la represión, las resistencias, la repetición, a las que él opone la labor de rememoración, mientras que la “memoria manipulada” nace de las intersecciones entre memoria e identidad y de las variadas formas de adulteración de la realidad por vía del relato, con “sus arabescos, sus acentos y sus silencios” (3). A ambas memorias, sin saberlo ni desearlo, se hallaba sometido el general Lucio Norberto Mansilla.

En lo que hace a la “memoria forzada”, Ricœur considera que no hay que caer en la “trampa del deber de memoria”. La palabra “deber” pretende introducir un imperativo, un mandamiento, allí donde sólo está presente la exhortación generacional, filial, el “se lo contarás a tu hijo...”. Es por ello que Ricœur prefiere el *trabajo de memoria* y no el *deber de memoria* (3, itálicas del autor). Podríamos decir que tanto Goyito como el general Lucio Norberto Mansilla se hallaban supeditados, cada uno a su manera, al *deber de memoria*, el primero como espectador, el segundo como actor. En ese sentido, Lucio Victorio Mansilla se inclina por la memoria imprecisa de su padre, marcada por las restricciones (las “cortapisas”) a las que un protagonista de la Historia está sometido, a diferencia de la memoria escrupulosa e implacable de un Goyito anónimo y sin participación directa en los acontecimientos:

Por consiguiente, entre los relatos de mi padre y las rectificaciones de Goyito, me quedo con las de mi padre, salvo los casos en que Goyito, a título de confidente, había presenciado de *visu* y con la imaginación, las escenas; pues es claro que si algo de esto mi padre contaba, había de ser con las cortapisas dictadas por el decoro de actor (2007: 375, itálicas del autor).

Esta diferencia entre la condición de actor o protagonista de Lucio Norberto Mansilla, por un lado, y la de espectador o testigo de Goyito, por el otro, no indica solamente una diferencia de clase, sino, sobre todo, de perspectiva histórica. La visión de uno y otro es disímil porque su punto de mira, su ubicación en ese mismo pasado, es sustancialmente diferente. En el caso de la investigación histórica más puntillosa, la cual pretende alzarse por encima de testigos y de protagonistas, de los diversos Goyitos y Mansillas, es dable afirmar que se propone sustituir el recordar mnemónico y abarcar todas las “operaciones historiográficas” concatenadas a lo largo de un extenso trayecto que principia en la “fase documental” y concluye en la “fase escrituraria” (Ricœur 3-4).

Paul Veyne llama la atención acerca de la creencia, tan común, de que el conocimiento histórico no es un conocimiento como otros. Suele pensarse que el ser humano confiere a la historia un interés particular, ya que su relación con ésta es más íntima que con cualquier otro saber. La historia, al ser conocida por un ser que se encuentra él mismo inmerso en la historia, no sería intelectual más que a medias y poseería algo de radicalmente subjetivo, proveniente en parte de la conciencia o de la existencia. Pero en realidad, se trata de ideas exageradas. La conciencia espontánea no posee una noción de historia, puesto que ésta exige una elaboración mental. En conclusión, el conocimiento del pasado no es un dato inmediato. La historia constituye un dominio en donde no puede haber intuición sino solamente reconstrucción. En cuanto a la conciencia, lo único que sabe es que el tiempo pasa (Veyne 101). Todo lo que la conciencia sabe de la historia es apenas una porción del pasado cuyo recuerdo aún se mantiene vivo en la memoria colectiva de la generación presente. Tal recuerdo resulta insuficiente para conocer la historia y organizar la “intriga”. Más allá de esta “franja de memoria colectiva” la conciencia presupone que el presente se prolongará “por recurrencia” (102).

La “operación historiográfica”, de la que habla Michel de Certeau, es dividida por Ricœur en tres fases: la fase documental en los archivos, la fase explicativa/comprendida y la fase literaria o escrituraria, en donde la representación alcanza su mayor grado. El archivo constituiría la última instancia de una operación compleja cuya primera manifestación sería la memoria en “estadio declarativo y narrativo”, el testigo que dice “Estuve allí...” (Ricœur 4)

La palabra “testigo”, como explica Emile Benveniste (1969), proviene del latín *tertius*, y se define como el tercero entre los protagonistas o entre la acción y la situación a la que dice

haber asistido sin haber participado necesariamente en ella. Éste es el caso de Goyito como así también de los testimonios orales transcritos en los apéndices documentales de las obras de Bartolomé Mitre, Vicente Fidel López, Adolfo Saldías y otros historiadores argentinos, que hemos mencionado en la “Introducción” de esta tesis. Tal testimonio o declaración se constituye en una aserción formal respecto a un hecho considerado importante y en una certificación de lo que ha dicho el autor. Éste apela a otro como garantía, como prueba testimonial (4). Es justamente lo que procuraba hacer Goyito con su amo, sin conseguirlo, y lo que éste se negaba a hacer con aquél, a pesar de que ambos habían participado conjuntamente de los mismos acontecimientos históricos.

Cuando el testimonio se organiza a gran escala y se sistematiza, se convierte en institución. Pensemos en los archivos, museos, juntas históricas y bibliotecas. En estos ámbitos, los testimonios se confrontan y se inicia la controversia entre historiadores (4). Como señala Ricoeur, no tenemos ningún otro elemento o prueba para afirmar que ocurrió tal cosa. Éste es el problema de la confianza, de la prueba de la Verdad, que los investigadores consideran una y otra vez (4). Dentro de estas “huellas documentales” se incluyen testimonios, vestigios, indicios materiales o signos abstractos como curvas de precios y de rentas. Es lo que Carlo Ginzburg (1989) llama “paradigmas indiciarios”, comunes a todas las disciplinas de conocimiento indirecto y conjetural, como la historia, la medicina, la psiquiatría, la novela policial, etc.

Pero la historia, al igual que otras disciplinas, se topa con un límite infranqueable: en ningún caso lo que los historiadores llaman un acontecimiento es aprehendido directa y enteramente. El conocimiento resultante es siempre incompleto y efectuado por vía lateral, a través de los vestigios o huellas del ayer (Veyne 15). En esencia, la historia es el conocimiento elaborado a través de documentos testimoniales. Por eso mismo, la historia (como la literatura memorialista) resulta un “conocimiento mutilado” y la posibilidad de una reconstitución plena de lo que fue no se revela más que como una ilusión (26).

Así como la memoria, traducida en la escritura autobiográfica y memorialista, presenta numerosas lagunas e incoherencias, la historia no escapa tampoco a esta suerte. La abundancia o la falta de documentación, los cambios temporales y el carácter frecuentemente ilógico de la reconstrucción historiográfica no tienen remedio, son inevitables. Se constata así el carácter heterogéneo de las lagunas, lo cual no nos impide escribir algo que se llama, aún

así, “historia” (29-31). Por otra parte, las estructuras narrativas no se limitan a poner en relación directa el discurso con su referente (en este caso, con el pasado, con lo acontecido) sino que oponen su propia opacidad al propósito referencial del texto histórico (Ricœur 7). Significativamente, es la semiótica la que se ocupa de clarificar las barreras y omisiones que pueden haber dominado al autor, las “ficciones verbales” de la “imaginación histórica”, tal como las denomina Hayden White (1987, 1990). Todos estos elementos intervienen en la literatura memorialista porteña, como iremos viendo a lo largo de nuestra investigación. Pero volvamos a Goyito y a su vinculación con el pasado y con la clase social a la que pertenecía su patrón. Según nos refiere Lucio Victorio Mansilla, el dolor del asistente al morir fue, sobre todo, el dolor de dejar para siempre a la que él consideraba “su” familia:

Goyito se enfermó, y aquel cuerpo usado por tantas fatigas y tantas intemperies, pagó tributo a la materia, sin mayor dolor, muriendo tranquilamente, pero pudiendo leerse en la elocuencia muda de su cara acongojada, que se separaba para siempre de su general, de sus hijos y de sus nietos con muchísima pena (2007: 375).

Goyito se consideraba necesario e imprescindible, y jamás dudó de que esta creencia fuese en verdad desmesurada. Su muerte, como su vida, estuvo marcada por la servidumbre, por el vínculo afectivo con sus amos y por los abnegados servicios que a ellos prestara de un modo prácticamente incondicional:

Y no había egoísmo allí, no. Se creía un hombre necesario, indispensable. ¿Qué será de ellos, después de mí? -se decía, no lo dudo-. ¿Quién le dará las friegas? ¿Quién lo vestirá a él como yo? Y las pocas lágrimas que brotaban de sus ojos, no eran arrancadas sino por consideraciones, o por pensamientos, mejor dicho, de esa delicadeza (375).

Pero la realidad era otra, mucho más cruda, tal como hemos podido comprobar al citar el despectivo parangón realizado por el general Lucio Norberto Mansilla entre la frase de Monsieur Choufleuri y esa combinación de extrema fidelidad y de escasas luces de su asistente Goyito. Nuevamente, David Viñas es taxativo al juzgar la situación: “Era el benévolo mundo de las relaciones patriarcales donde también los perros vivían en la estancia, en la casa y solía enterrárselos en el jardín. Matices. El *criado favorito* era el más destacado de los animales domésticos, un perro soldado o un animal patriótico” (75, itálicas del autor).

Quizás para encubrir una realidad tan descarnada, Mansilla hijo nos habla, en su *causerie*, del dolor contenido, de las lágrimas que el general procuró reprimir y que finalmente dejó correr durante el entierro de su criado (2007: 375-376). En plena epidemia de fiebre amarilla, entre los miles de muertos y de la gente que huía de Buenos Aires, la concurrencia fue escasa tanto en el entierro de Goyito como en el del general, que se celebró, como ya dijimos, poco tiempo después. Lucio Victorio Mansilla no deja de advertir la amarga ironía de la situación, impensable en las exequias de un general renombrado:

¡Sarcasmos del destino! No concurrió mucha más gente al entierro del asistente que al del general. Buenos Aires huía entonces en todas direcciones. Se necesitaba mucho amor para que los que decían quererse, no se fueran por distintos rumbos. Pero tanto el general como su asistente fueron enterrados por los suyos y sus amigos (376).

Tras referirse brevemente a la obsesión mnemónica de Goyito Lucio V. Mansilla manifiesta, en estas primeras páginas de *Mis memorias. Infancia y adolescencia*, su objetivo escritural. Teniendo en cuenta que su dominio es el de la autobiografía, y no el de la disciplina histórica, el autor promete solemnemente desoír los reclamos de su propio “Goyito interno”. Éste lo conmina a decir la verdad, sin omisiones, y caiga quien caiga. Pero Mansilla hijo no está dispuesto a correr ese riesgo. Al igual que su padre, él tiene un prestigio personal, familiar y social que cuidar, un deber con su patria y con su clase: “Seré yo entonces mi propio Rubicón para contenerme, cohibirme o imponerme absoluto silencio, según los casos, pese a la estricta exactitud histórica, cuando mi Goyito interno me diga: ‘si habla, hable claro y no altere tanto’” (1978: 24).

¿Pero cuál será el ámbito íntimo en el que se recluirá el memorialista, el punto de partida de su sesgado recordar, aquel que lo mantendrá protegido y al margen de las riesgosas acechanzas de la Historia? Es lo que intentaremos explicar en el próximo apartado.

Espacios interiores y memoria

Como recalca Michel de Certeau, la palabra “historiografía” es un concepto compuesto que remite alternativamente a la “historia” y a la “escritura”. De esta forma, lleva inscrito en su nombre mismo la paradoja y el oxímoron de la puesta en relación de dos términos antinómicos, lo real y el discurso. La labor principal de la historiografía consiste en

articularlos y, cuando esto no es posible, en hacer *como* si los articulara (Certeau 1975: 11, itálicas del autor). Por otra parte, la disciplina historiográfica comienza separando el presente de un pasado, repitiendo por doquier el gesto de dividir. Es lo que advertimos en su cronología compuesta de “períodos”, cada uno de los cuales, como “tiempo nuevo”, supone considerar como “muerto” al anterior, y recibir un pasado ya marcado, a su vez, por rupturas anteriores (16)⁷.

Dentro de esta operación auscultadora del pasado que oscila entre lo analítico y lo necromántico los mayores juegan un rol particular. Al pertenecer a otro tiempo son como extranjeros en el presente, verdaderos supervivientes del ayer, y han sido tan transformados por los años transcurridos que resultan incapaces de reconocerse unos a otros. Son como muertos que resucitan, según indica Gálvez-Quesada:

Si fuese posible suponer que los muertos vuelven en espíritu, el que sobrevive a su tiempo pertenece a aquellos, y se encuentra como resucitado en una sociedad completamente extraña y nueva. La naturaleza es la misma, hasta el aspecto de las ciudades se conserva en general, todo está casi inmutable, con los inevitables cambios que producen los años: lo que desaparece por completo es el hombre [. . .] soy ya un desconocido hasta para aquellos que conocí en mi niñez y que aún viven; necesito reconstruirles el pasado para que me reconozcan (Gálvez 370).

El propio Víctor Gálvez es un “viejo” que mira hacia atrás y que está abocado a la agrídulce tarea, mezcla de placer y de dolor, de reconstruir lo que fue (370). Como ya mencionáramos, al aparecer en 1889 la edición definitiva de *Memorias de un viejo* Vicente Quesada añade una “Introducción” y una suerte de primer capítulo titulado, muy sugestivamente, “Los ancianos”. En ambos apartados el autor ratifica su identidad de “Víctor Gálvez”, procurando hacerla pasar como verdadera, aunque reconoce que la de Lucy Dowling, la supuesta cronista norteamericana que visita Buenos Aires, sí es apócrifa. A este juego de identidades personales mentirosas y verdaderas que se despliega a lo largo de *Memorias de un viejo* y que en las páginas inaugurales se apuntala, Gálvez-Quesada añade la reflexión, muy cara a su causa de memorialista, sobre el rol que les cabría a los “viejos” en un país “joven” como la Argentina.

⁷ No obstante ello, y tal como iremos viendo a lo largo de esta tesis, los períodos históricos también tienden a superponerse. El ejemplo que más traeremos a colación es el de las eras criolla y aluvial en Buenos Aires y el resto del país. Aunque, en rigor, una sucedió a la otra, también se entremezclaron y solaparon recíprocamente.

El autor plantea de entrada la dificultad, inherente a la gente mayor, de comprender el presente, y desaconseja de plano que intenten adaptarse al mismo. Sin embargo, tampoco considera que deban permanecer ociosos e inútiles. Para ellos, estarían reservadas otras actividades dignas propias de su edad, como por ejemplo la escritura de la historia. Éste sería el caso de los historiadores Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López, pero también de Domingo Faustino Sarmiento y de José Benjamín Gorostiaga, este último destacado jurista y miembro del Congreso Constituyente de 1853 en Santa Fe. Para todos ellos, estarían reservados los lugares interiores y el estudio del pasado. Apartados de la calle y de otros espacios públicos, es aquí, en estos ámbitos reclusos y marginales, que debe desenvolverse la actividad de los “viejos”. Ese pasado, que no existía antes del 80, constituye su dominio y su deber, según indica Patricio Fontana:

La “gran biblioteca” de Mitre, el “gabinete de estudio” de Sarmiento, la “suntuosa casa” de Gorostiaga: en el contexto de las rápidas y sorprendentes evoluciones sociales y mercantiles del 80, los interiores son para Gálvez/Quesada el espacio de los viejos, el lugar donde éstos pueden ampararse de un exterior avasallante. Y en esos interiores, algunas pocas actividades: la escritura, la lectura, el diálogo y, siempre, el “comercio” con el pasado (Mitre “escribiendo la historia patria”, López ocupado de la “historia argentina”, Gorostiaga observando con orgullo “los frutos de la obra que contribuyó a levantar”). Esta galería de ancianos ejemplares parece decir que, en la Argentina del ’80, el pasado es el lugar de los viejos: ellos deben encargarse de ese pasado [. . .] Ésa es su obligación, y no sólo su refugio o su placer (Fontana 73-74).

Estas premisas ideológicas, inmateriales, no dejan de verse expresadas en la materialidad de la nueva arquitectura, tal como iremos viendo a partir del capítulo II, cuando analicemos con mayor detalle la reformulación de las construcciones domésticas y públicas. En ellas, predominará lo interior, acentuando una tendencia intimista que se remonta a la Colonia española y que imprimirá su huella en la literatura finisecular. De todas maneras, vale aclarar que el “interior” ha funcionado como un “índice de la subjetividad” desde mucho antes, más precisamente desde que René Descartes cuestionara los cinco sentidos y el “*extensio*” en el que éstos se despliegan, rechazándolos y reemplazándolos por una meditación intensa volcada hacia “adentro” (Cisneros 107, itálicas del autor).

En *Discurso del método* Descartes realiza un paralelo entre la arquitectura de la habitación donde se recluye con sus pensamientos y el espacio urbano. Este paralelo anticipa lo que dirá al principio de la tercera de sus *Meditaciones metafísicas*:

Cerraré los ojos ahora, me taparé los oídos, dejaré de hacer uso de los sentidos; borraré inclusive de mi pensamiento todas las imágenes de las cosas corporales o, al menos, ya que esto es casi imposible, las tendré por vanas y falsas; y así, en comercio sólo conmigo y considerando mi intimidad, procuraré poco a poco conocerme mejor y familiarizarme más conmigo mismo (Descartes 106)⁸.

Pero para que esta posibilidad de autoanálisis se concrete es preciso construir un espacio arquitectónico *ad hoc*, que funcione como la prolongación directa del cavilar más hondo y personal. Tal espacio será privativo de las clases altas. Actuando como contracara de la contemporánea cultura de masas de las grandes urbes, el refugio burgués por definición no es otro que el espacio cerrado, decorado y lleno de objetos-fetiches, el cual conlleva una verdadera musealización de los interiores (Cisneros 107), tal como veremos más ampliamente en los capítulos II y III⁹.

En el libro “En Chile” podemos encontrar una recopilación de cuentos cortos de Rubén Darío que exploran esta cuestión de la interioridad. En la primera de las narraciones, titulada “En busca de cuadros”, el poeta lírico sube al Cerro Alegre, huyendo del bullicio urbano, y allí escribe una serie de “cuadros” textuales: “Acuarela”, “Paisaje”, “Aguafuerte”, “Al carbón” y “Naturaleza muerta”. Al volver al confort de su casa, la colección de “cuadros” entra con él al “espacio interior” de su estudio, que constituye el sector más íntimo y cuidado

⁸ Aunque escapa a nuestra temática, conviene mencionar el análisis que hace Hubert Damisch (1996) sobre este aspecto del pensamiento cartesiano. En noviembre de 1619, René Descartes, que intentaba reunirse con el ejército del duque de Baviera, se hallaba recluido en su habitación calefaccionada al borde del Danubio. El lugar que encuadra las *Méditations métaphysiques* no es otro que este cuarto que actúa como un homólogo de la mente humana. Descartes trae a colación el ejemplo de la cera que él observa fundirse y de cuyo conocimiento sensorial se permite dudar, ya que lo que llamamos “cera” no tarda en convertirse en una masa irreconocible. Lo mismo sucede cuando el filósofo se acerca a la ventana y reconoce figuras humanas desplazándose abajo. Descartes distingue así entre la visión aportada por los ojos y la “inspección del espíritu”, léase, la potencia del juicio que nos permite distinguir figuras humanas allí donde la vista nos muestra sombreros y abrigos. Sin ella podríamos pensar que sombreros y abrigos esconden muñecos articulados por resortes o espectros, y no hombres. Así, Descartes aplica su “duda metódica” a los datos sensoriales fragmentarios y poco fiables (Damisch 19-21). En cuanto a nuestra tesis, podríamos decir que esta metáfora del cuarto cerrado como mente humana, en donde el pensador prescinde de los sentidos y se vale sólo del juicio racional, se acerca a nuestro concepto de “dimensión interior”. Sin embargo, vale aclarar que el pensamiento racional se ve menoscabado en ella, signada como se halla por la evocación sensorial.

⁹ El museo actuará así como “homólogo colectivo” de este espacio interior burgués: “El museo moderno que se despliegue en función de una nueva identidad republicana será un modelo privilegiado del interior doméstico y de la interioridad subjetiva” (Cisneros 108).

de su residencia pero que a la vez integra su propio “interior subjetivo” (108). Los “cuadros” que representan el cerro sirven para decorar su espacio doméstico, con sus carillas escritas que se apilan en su mesa de trabajo pero también hacen lo propio con el “interior subjetivo” del poeta. Éste es como si colgase las imágenes dentro de su “cabeza” (109). Como podemos advertir, la espacialidad y la materialidad del mundo representadas por el poeta se funden con la subjetividad incorpórea, “interior”, a tal punto de pasar a integrarla sin diferenciarse ya de ella.

Julio Ramos, por su parte, también subraya la importancia de lo interior en la literatura finisecular hispanoamericana. Ésta no haría más que expresar el lugar de una “nueva individualidad” o “sujeto privado” que conllevaría la desaparición gradual de los espacios públicos y comunitarios, diluidos en la urbe moderna (Ramos 130). Este “sujeto privado” necesitaría además reafirmar su identidad colectiva, de clase. Según Ramos, será la crónica periodística la que brindará los medios para reinventar la comunidad perdida. No podemos dejar de recordar que el grueso de los textos memorialistas porteños apareció por primera vez en la prensa de Buenos Aires, y que a partir de ésta llegaron a un público amplio, moderno, que de esta forma participó del despliegue (con pretensiones de reconstrucción histórica) de una memoria urbana. La memoria de una comunidad que hundía sus raíces en la tradición hispanocriolla.

Como señala Yi-Fu Tuan la experiencia del espacio y del tiempo se caracteriza por ser fuertemente inconsciente. Con frecuencia, confundimos las categorías de uno y otro, ya que ambas esferas están entrelazadas (Tuan 121-122). A esto se agregan otros elementos espaciales y subjetivos que se combinan. Cuando miramos hacia afuera, es decir, hacia el exterior, tendemos a considerarlo en relación al presente o al futuro. Por el contrario, cuando miramos hacia adentro (lo que habitualmente denominamos “introspección”), tenemos tendencia a rememorar el pasado (128).

El “interior”, el “centro”, el “núcleo”, actúan como símbolos de la mística de exploración asociados a las nociones de comienzo y de tiempo pretérito. Se comprende así, por caso, que remontar un río hasta su fuente suponga retornar simbólicamente al comienzo de la propia vida. Es lo que ocurrió en su momento con el río Nilo. La búsqueda afanosa de su fuente se confundía con la búsqueda del comienzo, del punto de partida, del origen, de la Humanidad (128). Esta circunstancia explica por qué la casa y el espacio familiar concebido como refugio pueden suponer el pasado, tal como veremos en el siguiente capítulo. En un

sentido ideal, la casa está situada en el centro vital de un ser y el centro connota el origen y el comienzo (130).

Conclusiones

Hemos llegado así, como ya anticipáramos en la “Introducción” de la presente tesis, a una primera aproximación teórica de lo que hemos dado en denominar “dimensión interior”. Nos referimos a ese ámbito íntimo, psíquico, dentro de la mente humana, que se constituye en punto de partida de la memoria, de la literatura memorialista y de la historia. En su seno, convergen tiempo y espacio, y a partir de esta matriz espacio-temporal, ambas categorías son conquistadas y aprehendidas gradualmente, de menor a mayor. Es el caso de la “cabeza” de Goyito, que constituye el núcleo más reducido, el espacio subjetivo fundacional de todo memorialista, el implacable “Goyito interno”.

Desde aquí, y tal como iremos comprobando a lo largo de esta investigación, es que los espacios y los momentos de Buenos Aires se van forjando, partiendo de la casona familiar hasta llegar a la ciudad e incluso a la Nación. En todo caso, son los textos memorialistas los que van moldeando una espacialidad y una temporalidad porteñas, dentro de la espacialidad y de la temporalidad nacionales, como aspectos constitutivos de una identidad (porteña y argentina) en proceso de construcción. Al mismo tiempo, nos brindan el testimonio de la “vida social” o de las “sociabilidades” en el tránsito de la era criolla a la era aluvial. Por otro lado, las crónicas memorialistas que analizaremos en este trabajo son la expresión particularizada de la literatura entendida en un sentido amplio que, como ya hemos visto en la “Introducción”, abarca los géneros emparentados de la historia académica y de la literatura ficcional. En este terreno movedizo y fronterizo, tan difícil de definir, entre historia y memoria, actúa la literatura memorialista, dando cuenta de una versión alternativa, no oficial, del pasado.

En el siguiente capítulo veremos, de un modo más puntual, cómo funciona este proceso de elaboración espaciotemporal a partir de los textos memorialistas de Buenos Aires, especialmente en la escritura autobiográfica de Lucio V. Mansilla.

Capítulo II

La dimensión interior: casonas, patios y jerarquías

Introducción

En este capítulo procuraremos definir conceptualmente, en primer lugar, lo que hemos dado en denominar “dimensión interior”, una esfera cuyo abordaje requerirá de un análisis histórico del espacio familiar, puertas adentro, de las grandes casonas de la elite de Buenos Aires, tal y como es descrito por los memorialistas del ‘80. En segundo lugar, y más específicamente, nos centraremos en el análisis del rol mediatizador jugado por la dimensión interior a la hora de vincular historia y memoria porteñas. En ese sentido, procuraremos demostrar que es la dimensión interior, el espacio, a la vez físico y subjetivo, de la casona porteña el que, en tanto mediatizador entre historia y memoria, nos muestra el pasaje de la era criolla a la aluvial.

Seguidamente, procuraremos demostrar que la interioridad, o más bien las interioridades, no son sólo espaciales y materiales sino que además están determinadas por lo subjetivo. Por otro lado, iremos viendo cómo lo interior entendido como lo fijo, lo inmóvil (el hogar, la casona, el espacio íntimo de la familia criolla) interactúa con lo externo, que no es sólo espacio extra-familiar (la calle, el barrio, la ciudad, el país) sino sobre todo movimiento, circulación, vagabundeo e influencias que penetran y modifican. Estas influencias pueden ser tanto materiales (objetos decorativos o utilitarios, técnicas y materiales de construcción) como inmateriales (ideas, hábitos, lenguajes, discursos, viajes). La “dimensión interior” oscilará entonces entre lo teórico y lo histórico, y requerirá de un uso conjunto de ambos.

En el primer apartado (“‘Ciudad letrada’ y ‘dimensión interior’”) comenzaremos describiendo la configuración urbana de la Buenos Aires criolla hasta las epidemias de 1870-1871 y la migración de su “alta sociedad” al norte. A lo largo de este apartado y del siguiente (“La casona colonial, ‘santuario de reminiscencias’”), iremos analizando además la lógica interna de las grandes residencias coloniales, con su impronta árabe y española, así como el rol crucial de éstas dentro de la literatura hispanoamericana en general y de la literatura memorialista en particular. Nos detendremos más extensamente en *Mis memorias...*, de Lucio V. Mansilla, quien ofrece una detallada y sugerente descripción de la casona de su infancia. Para contrabalancear este análisis en el que, en principio, se priorizan los interiores

arquitectónicos de la “alta sociedad” porteña, nos explayaremos también en relación a las viviendas populares contemporáneas y a la “ciudad efímera” que, pese a los silencios o fragmentarias alusiones de las fuentes, conformaba el verdadero marco urbano de la Generación del Ochenta.

Teniendo en cuenta la condición pionera de *flâneur* y viajero de Mansilla, exploraremos el “espacio retórico” de su autobiografía en el tercer apartado (“Mansilla, viajero y *flâneur* de la Buenos Aires rosista”), según la concepción acuñada por Michel de Certeau y utilizada por Sylvia Molloy. Siguiendo esta misma lógica, en el apartado cuarto (“El costurero de Agustina Rosas”) abordaremos la cuestión de lo inmóvil y del movimiento en *Mis memorias...*, a partir de los “círculos concéntricos” (Molloy) estructurados en torno al centro del *oikos*¹⁰ familiar, esto es, del costurero de la madre de Mansilla.

El quinto apartado (“La casona de los Mansilla”) nos permitirá comprender el significado jerárquico de las habitaciones y patios de las residencias coloniales, tanto de Hispanoamérica como de Buenos Aires, organizados sobre la base de la familia patriarcal y extendida. Veremos entonces la austeridad y el escaso confort de estos espacios internos de la ciudad criolla para ir asistiendo, por medio de los textos memorialistas de Mansilla, López y Gálvez a la gradual “infiltración” de la ciudad aluvial. En este apartado y en el último (“*Dandies* y viajeros porteños del XIX”) comprobaremos cómo la influencia externa, proveniente de Europa y de los Estados Unidos, llega a través de los primeros viajeros porteños, ya en el rosismo, concretándose a través de cambios palpables en la decoración (que anuncia el Modernismo), la creciente salubridad urbana y un viraje sustancial en la geografía sensorial, como así también en modificaciones intangibles, de orden ideológico. Analizaremos conjuntamente la figura del *dandy* y del viajero, encarnada en vida por Lucio V. Mansilla y presente en ciertos personajes de *La Gran Aldea*, de Lucio V. López.

Este capítulo, centrado en el análisis de la dimensión interior, servirá a su vez de necesaria introducción del capítulo III, en el que estudiaremos las llamadas “sociabilidades” desplegadas en los espacios cerrados de la era criolla y de la era aluvial.

¹⁰ El *oikos*, en la Grecia Antigua, designaba a la unidad doméstica, célula básica de la sociedad, compuesta por la casa, los bienes, la familia extendida y los esclavos. Los de mayor extensión incluían explotaciones agropecuarias y funcionaban como entidades económica y socialmente autárquicas.

“Ciudad letrada” y “dimensión interior”

Tal como señalan algunos de los autores que han estudiado la evolución histórica de las ciudades hispanoamericanas¹¹, ya en la fundación de las mismas se entrevé una correlación bien definida entre espacio físico y clase social. El mismo plano, con su geométrica configuración en damero, organiza socialmente el espacio urbano. A partir de la Plaza Mayor, alrededor de la cual se levantan los edificios institucionales (el Cabildo, la Catedral, el Fuerte, la residencia del virrey, las congregaciones religiosas) y se delimitan los solares de las familias principales y fundadoras, los espacios concéntricos se suceden, desde este núcleo de la “ciudad letrada” (al decir de Rama) hasta llegar a los “suburbios”, territorio fronterizo entre el campo y la ciudad, en donde viven los sectores populares¹².

De esta manera, el centro tradicional de Buenos Aires estuvo ocupado originalmente por las familias de la elite, las cuales habitaban en casonas de habitaciones numerosas y de hasta tres patios. La familia nuclear moderna (padre, madre, hijos) no tiene cabida aquí o si la tiene sólo lo es subsumida dentro de la familia extendida “lateralmente” (hermanos, primos), “hacia atrás” o “hacia adelante” (padres, abuelos, tíos, hijos, sobrinos, nietos). Estas grandes familias, por lo general patriarcales (aunque también podía suceder que estuviesen presididas por una mujer viuda) incluían a huérfanos extrafamiliares adoptados así como a esclavos y sirvientes¹³. Buena parte de la servidumbre femenina de las casonas señoriales provenía de disoluciones familiares. El caso más frecuente era el de la muerte del jefe de familia, cuya empobrecida viuda confiaba sus hijas a las familias más ricas, para que trabajaran como sirvientas, o a las instituciones religiosas, las cuales recibían niñas y adolescentes (Barrancos 575-576).

Como prueba literaria de esta jerárquica estructura familiar podemos citar *La Gran Aldea* de Lucio V. López. El narrador en primera persona de esta novela es Julio Rolaz, joven sin recursos materiales, huérfano a los diez años, criado por su tío paterno Ramón Rolaz y por

¹¹ Entre ellos, véase particularmente Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Santiago de Chile: Tajarar Editores, 2004 (1984) y Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989. Para el caso porteño consultar Gorelik, Adrián. *La grilla y el parque*. Bernal: Universidad de Quilmes, 1997 y Matamoro, Blas. *La casa porteña*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1971.

¹² La categoría de “sectores populares” será explicada más ampliamente en el capítulo III, en paralelo con la de “alta sociedad”.

¹³ Un estudio detallado de la estructura familiar, demográfica y étnica del Buenos Aires tardocolonial realizado sobre la base de datos censales la encontramos en Johnson, Lyman – Socolow, Susan Migden. “Población y espacio en el Buenos Aires del siglo XVIII”. *Desarrollo Económico*, v. 20, N° 79 (octubre – diciembre), 1989.

la esposa de éste, la acaudalada tía Medea Berrotarán. Ya veremos mejor, más adelante, cómo Julio, que en realidad pertenece a una clase social inferior, crece en el ambiente hostil de la antigua casona de los Berrotarán, despreciado por su tía política, quien, debido a su fortuna y a la pobreza de su marido, hace las veces de autoritaria matriarca.

Tal circunstancia llevaría al joven Rolaz a intimar con la más amigable servidumbre que moraba en los patios y cuartos del fondo. La misma sorprendía por el número considerable de sus miembros, que no hacía más que multiplicar los habitantes de la antigua residencia de los Berrotarán. Este esquema se repetía en otras casonas coloniales de Buenos Aires. Por otra parte, la fidelidad de los criados a los amos podía llevarlos al celibato y a recibir herencia y asistencia en la vejez, pero también los amos podían ayudar económicamente a un sirviente que se casaba, y apadrinarle sus hijos (Barrancos 566). Incluso en familias con menos recursos se contaba también con criados. Éste es el caso, en *La Gran Aldea*, del pardo Alejandro, “criado favorito” inicialmente al servicio de Tomás Rolaz, padre de Julio, y que luego se convertiría en cochero de casas más pudientes, entre ellas la de Medea Berrotarán.

En esta Buenos Aires, que luego sería evocada por los memorialistas del '80, lo público y lo privado se entremezclan aún, forman parte de un mismo fenómeno, aquel de la vida familiar y patriarcal. Aquí, las clases sociales comparten lugares y situaciones, aunque más no sea, paradójicamente, para subrayar aún más las jerarquías. En todo caso, el peso de la comunidad resulta abrumador.

Hasta el gran despegue que principia alrededor de 1850, Buenos Aires estuvo restringida dentro de los estrechos límites marcados por la segunda fundación de Juan de Garay en 1580, esto es, entre las actuales calles Balcarce, 25 de mayo, Viamonte, Maipú-Chacabuco y Chile. Fuera de las manzanas completas destinadas a los edificios principales, el resto se repartió entre los primeros pobladores en generosos lotes de medias manzanas, solares o caballerías (cuadrados de 70 metros de lado) y cuartos (70 m x 17,5 m). Sobre estos últimos, que equivalían a dos lotes modernos, se levantaron las típicas casas coloniales, inspiradas en el modelo de la casa romana. Tras este primer círculo concéntrico venían las “huertas”, tal como se las denominaba en la época de Garay, las cuales fueron el origen de las futuras quintas de frutales con cerco de pitas. Más allá de éstas, el campo se dividía en chacras más vastas (Matamoro 10).

Tras la gran epidemia de fiebre amarilla de 1870-1871, que segó la vida de catorce mil personas (el 10% de la población de la urbe), las familias de la elite comenzaron a abandonar el hacinado e insalubre centro tradicional y a construir sus mansiones en las parroquias del Socorro y la Merced, las que luego formarían el selecto Barrio Norte. Muchas de las casonas coloniales se convertirían entonces en conventillos que albergarían a decenas de familias de bajos recursos. Esta situación se aceleraría aún más con el crecimiento económico, la expansión demográfica fruto de la inmigración europea, la modernización y las grandes reformas urbanísticas emprendidas por el intendente Alvear. Pero también, como señalan González Bernaldo y Ramos, tal circunstancia formaba parte de un largo proceso que llevó a la elite a abandonar los lugares públicos, que compartía con la plebe, para recluirse en espacios semi-públicos o semi-privados, marcados por el clasismo.

Como veremos con mayor detalle en el capítulo IV, la creación del Club del Progreso (1852) y del Jockey Club (1882), recintos exclusivos, serían la prueba palpable de esta situación. En cuanto a las casas de la elite propiamente dichas, durante el XIX se cierran paulatinamente sobre sí mismas. Las mansiones de fastuoso estilo europeo constituyen la culminación más acabada de este fenómeno. En las flamantes construcciones de la Avenida Alvear, arteria “propiamente habitacional o residencial” (Ramos 130), predomina lo interior. Sólo el que vive en ellas puede apreciarlas con plenitud, mientras que desde afuera no se ve lo que éstas ocultan. Es lo que señala Matamoro, en su análisis histórico de la casa porteña:

Son mansiones para admirar de lejos [. . .] Apenas el espectador se acerca a ellas, la espesura férrea de la reja italiana o Luis XV, la tapia estriada o la balaustrada de gruesas pilastras le impiden la visión. La casa puede ser vista de cerca sólo por quien tiene acceso a ella, pero ni siquiera los proveedores la conocen, ya que no pasan del comedor de servicio. Lejos han quedado los tiempos en que la puerta de la casona colonial estaba abierta todo el día, y se entraba hasta a caballo en su patio delantero, apenas guarnecido -y no siempre- por la sutil puntilla forjada de la cancela (Matamoro 48).

En las nuevas mansiones la fachada importaba entonces más que el oculto interior, el cual se insinuaba y revelaba a través de ella. Es lo que señala Osvaldo Otero: “El frente de las construcciones marcaba las distancias sociales y constituía la fachada un plano fundamental y significativo. La fachada era el elemento significativo, el plano que transmitía el *contenido* del espacio interior” (Otero 6, *itálicas del autor*). La austeridad de las viejas casas coloniales, con

sus fachadas encaladas y lisas, se transforma radicalmente, adoptando las exuberancias decorativas francesas e italianas. De manera paralela, los interiores se pueblan de objetos suntuarios y carentes de utilidad práctica, mera y estrambótica decoración o escenografía. En Buenos Aires la literatura refleja esta circunstancia: las novelas de Lucio Vicente López, Eugenio Cambaceres, Julián Martel y Carlos María Ocantos, describen con detalle (y a veces con ironía) la rimbombante decoración interna.

Aunque la dimensión interior se volvió predominante en las postrimerías del XIX, está claro que ya desde la Colonia rigió la vida de los porteños, dentro de las casonas de esquema romano o dentro del ejido trazado por Garay. En ambos casos el espacio reducido y la vida comunitaria que en éste se desarrollaba marcaron la nota distintiva. Ciertamente, la escasez de actividades públicas como así también la inseguridad que reinaba en las calles fueron dos razones de peso para recluir aún más a las gentes dentro de sus recintos familiares. Es en ellos en donde transcurre la existencia de generaciones enteras y sucesivas, hasta arribar a la radical mutación decimonónica.

No sorprende, en consecuencia, que la mayor parte de la vida cotidiana acontezca puertas adentro, tal como ocurriera en las casonas romanas: la comida, el culto, el descanso, la diversión, la educación. Predomina así una “privacidad casi total” (Matamoro 21). Por otra parte, también las familias romanas se conformaban sobre una base patriarcal y extendida, incluyendo no sólo al padre, a la madre y a su prole, sino además a los esclavos y personas libres colocadas bajo la protección del *pater familia* (los llamados “clientes”). Este esquema fue trasplantado a España e Hispanoamérica, y se reflejó en la arquitectura residencial (11).

La casona colonial, “santuario de reminiscencias”

Tal como indica Otero una casa no es sólo un objeto material, sino que además expresa relaciones inmateriales, de tipo social, cultural e ideológico: “Metodológicamente, la casa, es un objeto de la cultura material, cuyo emplazamiento en el espacio urbano, genera nexos interesaciales y relaciones ideológicas con la ciudad que son manifestaciones y consecuencias de los procesos socio-político-económicos” (2).

En ese sentido, una vivienda es mucho más que un mero habitáculo, y aún los detalles en apariencia más intrascendentes que tienen lugar dentro de sus muros, aquellos que puntúan la rutina de la vida cotidiana, pueden resultar reveladores para el estudio de una sociedad y de una época. Entre estos detalles, se incluyen las comidas, el vestido, el calzado, las fórmulas de

cortesía, el mobiliario, los objetos decorativos, el tamaño y la disposición de las habitaciones, salones y patios, la abundancia o escasez de luz solar, el cuidado de macetas y jardines, la provisión de agua, el aseo, la hospitalidad, las tertulias, la existencia de animales domésticos y de alimañas, etc. Estos son los elementos materiales o más objetivamente definidos de la “dimensión interior”.

Como señala Yi-Fu Tuan, el espacio arquitectónico constituye en sí mismo una suerte de microcosmos que influye de manera directa en las percepciones personales y sociales. La arquitectura prolonga el esfuerzo humano que tiende a elevar la conciencia creando un mundo tangible que articula las experiencias, sentidas y verbalizadas, individuales y colectivas. Este espacio artificialmente creado afina la percepción, tornando más vívidas las nociones de interior y exterior, de cerrado y abierto, de oscuridad y luz, de privado y público. Además, la arquitectura “enseña”. En ausencia de registros escritos, constituye la clave que nos permite comprender una franja del pasado (Tuan 103-105).

Oswaldo Otero aclara que las viviendas coloniales de Buenos Aires, aquellas de la Gran Aldea anterior a 1880, han desaparecido y hoy son apenas un recuerdo, por lo que el investigador sólo puede construir “modelos” de aquella realidad, desde una perspectiva histórico-antropológica o en un sentido arquitectónico de “construcción del plan”. Son los documentos y los planos, complementados con los dibujos, relatos y testamentos jurídicos, los que permiten “conceptualizar los espacios e internalizar la idea de los volúmenes, de los llenos y los vacíos” (Otero 15).

Con estas fuentes el investigador puede reconstruir la estructura espacial en la que se desarrollaba la vida doméstica de las grandes casonas de arquitectura colonial, una vida comunitaria en la que participaban numerosas personas pertenecientes a diferentes estratos sociales y generacionales. Las dinámicas interrelaciones que se generaban entre ellas tenían por escenarios unos espacios internos también numerosos, de vastas superficies y enlazados entre sí, sobre la base de ciertos núcleos que organizaban cada sector de la casa. En todo caso la vida era siempre “hacia adentro”. El espacio mínimo marcaba la distancia social, a través de “áreas transicionales” (6).

Pero esta “dimensión interior” puede ser reconstruida asimismo por medio de la literatura y de las fuentes históricas, una reconstrucción que será a la vez conceptual y vívida, es decir, emocional y humana. Es lo que propone Sylvia Molloy cuando se refiere a la importancia de la casona familiar en la literatura hispanoamericana como lugar de memoria,

ya perdido, inactual, y por ende inaccesible. La casona, en la escritura memorialista, puede extender su espacio a la aldea, a la ciudad, a la región, e incluso al país y expresa la necesidad, en medio de la catástrofe o del alejamiento, de “un lugar común estable para la rememoración” así como de un “santuario de reminiscencias”. Es por ello que la casona evidencia el poder social y económico en contraste con la autobiografía de los pobres, en donde casi no hay “santuarios de la memoria” (Molloy 1996: 226).

Al respecto, es interesante traer de nuevo a colación el caso de Julio Rolaz en *La Gran Aldea*. Su padre, Tomás Rolaz, empleado de la Contaduría, percibía un pequeño salario que apenas si le permitía alquilar una casa modesta. Al no ser propietario, su prematura muerte a los cuarenta años (cuando su hijo tenía diez) obligó a desalojar este inmueble. La tía Medea donó todo el mobiliario a los pobres y el niño Julio sólo se quedó con el retrato de su madre y con la novela *Ivanhoe*, que había estado leyendo poco antes de que falleciera su progenitor. Fueron éstos los únicos objetos materiales que le quedaron de aquel pasado doloroso y entrañable a la vez.

Para hacernos una idea de la estructura espacial así como de la fisonomía de la casa de los Rolaz veamos la breve descripción que hace James Scobie del barrio aledaño a la plaza Monserrat hacia 1869. Para llevar a cabo esta reconstrucción, el historiador estadounidense se vale de los datos del censo que tuvo lugar ese mismo año. Pese a que el centro tradicional de Buenos Aires no se hallaba lejos, la casa popular predominaba aquí:

[. . .] después de un viaje de diez cuadras [en dirección oeste, desde las Plazas de la Victoria y 25 de mayo] se llegaba a Plaza Monserrat. La ruta atravesaba dos parroquias, la de Concepción y la de Monserrat [. . .] Aquí las casas y calles parecían más nuevas que al sur de Plaza de Mayo. La edificación más característica era la modesta casa de una planta construida alrededor de uno o dos patios interiores ocupada por una sola familia. Frecuentemente, sin embargo, varias familias compartían una casa grande, de uno o dos pisos, dividida en departamentos de dos o tres habitaciones que daba a corredores o patios. En estos barrios predominaban los artesanos, trabajadores manuales calificados, comerciantes y empleados (Scobie 79).

El lugar que ocupan estas viviendas, tanto en las fuentes documentales como en los trabajos historiográficos, es reducido. Junto a otras construcciones tales como galpones, talleres, casillas y tinglados, las casas de los sectores medios y populares integraron la denominada “ciudad efímera” estudiada por Francisco Liernur (1992), aquella que no deja

rastros materiales y muy pocos vestigios inmateriales. Tal circunstancia se explica en parte por la precariedad de los materiales de construcción (concretamente, la chapa, el adobe y la paja), por el mayor prestigio y presencia arquitectónica de los edificios de la elite, pero también por las “representaciones” urbanas construidas por las fuentes literarias e históricas¹⁴. Según afirma Liernur existen tan sólo tres representaciones de la Buenos Aires decimonónica: la de la Gran Aldea, la italianizante y la del Centenario. La primera de ellas es “la ciudad de casas bajas de patios, blanqueadas a la cal; con sus iglesias, su cabildo, sus quintas, su fuerte, su río”, mientras que la última es la más europea y fastuosa, que encarnó el ideal civilizatorio de la Generación del Ochenta pero también sus sombras: “lujosas mansiones afrancesadas, la Avenida de Mayo, los conventillos, el [teatro] Colón, los faroles, el puerto, el empedrado” (Liernur 103). Con una difusión muy inferior, habría existido entre ambas una urbe transicional, que es la que describe Lucio V. López, “la Buenos Aires italianizante de Mitre y Avellaneda; la ciudad de la aduana de Taylor, del Colón de Pellegrini, del Club del Progreso y los primeros inmigrantes apiñados en las viejas casonas de San Telmo” (103). En el capítulo III analizaremos parcialmente las construcciones y los interiores de esta Buenos Aires finisecular.

En realidad, Buenos Aires debió ser más “americana”, más estilo “Far West”, de lo que tendemos a creer (103-104). Esta “ciudad efímera”, signada por un “presente absoluto” no es registrada por los “grandes relatos” sobre la capital argentina¹⁵, aunque éstos tampoco la niegan (105). Si bien Buenos Aires no era sólo una “ciudad campamento” una porción importante de su espacio sí lo era. La precariedad de numerosas construcciones, fuera de los monumentos y de las casas de la elite, era más que llamativa. Como telón de fondo de los

¹⁴ Veamos la definición de “representaciones de la ciudad” acuñada por Francisco Liernur e inspirada a su vez en los estudios de Gaston Bachelard (1957): “Entiendo por ‘representaciones de la ciudad’ a las imágenes que construimos de ella sobre la base de los testimonios con que contamos para un período determinado. Como lo reconoce Bachelard, las reconstrucciones de los acontecimientos históricos en tanto manifestaciones de la memoria, no pueden eludir ser imaginadas en un espacio y según unas formas determinadas. Son este espacio y estas formas en sentido amplio lo que aquí designamos como ‘representaciones’” (Liernur 118). Los siguientes trabajos, en tanto, habrían contribuido, según Liernur, a modelar estas representaciones de la ciudad de Buenos Aires: Buschiazzo, Mario J. *La arquitectura en la República Argentina, 1810-1930*. Buenos Aires: Mac Gaul, 1966; Gazzaneo, Jorge O. – Escarone, Mabel M. *Arquitectura de la revolución industrial*, Buenos Aires: Instituto de Arte Americano y de Investigaciones Estéticas, FAU/UBA, 1966; Martini, J. – Peña, J. M. *La ornamentación en la arquitectura de Buenos Aires*, 2 volúmenes. Buenos Aires, 1966-1967; Ortiz, Federico F. et al. *La arquitectura del liberalismo en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 1968 y Morales, C. “Estudio topográfico y edilicio de la ciudad de Buenos Aires”, en *Censo General de la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires, 1909.

fotografías que Liernur describe e interpreta minuciosamente menudean los contenedores multiuso, los galpones, las barracas, los ranchos, las viviendas de chapa y madera. Esta precariedad es perceptible incluso en la infraestructura del transporte público y de las comunicaciones, puesto que las primeras estaciones ferroviarias y las primeras oficinas públicas, hasta el alborear mismo del siglo XX, tuvieron, en una porción considerable, estas características (106-107). Otros “modos precarios del hábitat de los sectores populares”, en tanto, serían aquellos inherentes al “nomadismo urbano”, a saber, las “cuevas”, casillas, ranchos de paja y adobe que albergaban a los “atorrantes” o vagabundos, así como las casillas industrializadas (110).

Varios años más tarde del testimonio novelesco y documental de *La Gran Aldea*, en pleno Centenario, Jules Huret describía, además de los palacios y avenidas porteñas, el “Barrio de las Ranas”, sito en el actual Parque Patricios:

No se ven allí más que casas construidas con hojalata, cuyas paredes, tejados, puertas y columnas resplandecen al sol. El trust del Standard Oil [. . .] ha proporcionado casi todos los materiales [. . .] Cortando la hojalata y clavándola de cierta manera, han festoneado revestimientos y ornamentaciones para los arcos de alhambras moras, cortado a fuerza de cizalla, columnas y frontones para palacios greco-romanos y recortando en encajes y blondas, las cajas de azúcar de Tucumán, para rosetones de capillas góticas (Huret 55-56).

En verdad, esta “ciudad efímera” constituía el verdadero marco urbano de la Generación del 80, la cual sería más un producto ideológico del siglo XX que una realidad material de su propio período histórico (Liernur 116-117). Aunque Buenos Aires pretendía ser “haussmaniana”, no dejaba de estar orlada de espacios silvestres o deslucidos, en los que la marginalidad social, producto de la inequidad del propio proyecto liberal del '80, y el atraso de la Gran Aldea criolla, seguían existiendo.

Pero volviendo a la novela de López, podríamos decir que *La Gran Aldea* se erige como una crítica de la elite porteña del XIX y reivindica (hasta cierto punto) a los grupos sojuzgados o vencidos, como la clase media de la que provienen los Rolaz, o los sectores populares a los que pertenece la servidumbre. En consecuencia, la memoria del narrador busca, a falta de lugares prestigiosos, otros que, a despecho de su humildad, el recuerdo

¹⁵ Uno de estos “grandes relatos” es la novela *La Gran Aldea*, de Lucio V. López. El resto de la literatura memorialista, en cambio (y tal como ya anticipáramos en la “Introducción”) se focaliza preferentemente en el

embellezca. De esta manera, los provee de una dignidad ajena a la lógica material (e inmoral) de las clases altas. Veamos lo que escribe Lucio V. López valiéndose de la voz autobiográfica de Julio Rolaz:

Me acuerdo, sin embargo, con una memoria vivísima, de los primeros años de mi niñez. Miraba la vida como pudieran mirarla los hijos del Príncipe de Gales o los de un Rotschild. Todo lo que me rodeaba, mientras vivió mi padre, era pobre y de una mediocridad bastante marcada: pero yo lo encontraba de una belleza, de una abundancia y de un gusto excepcionales [. . .] mi padre, cuando me di cuenta de su valor moral, era de una modestia prístina en su vida. ¡Pero yo encontraba tan hermosa la vieja casa alquilada! [. . .] ¿Qué hombre, qué mujer, por variada y llena de contrastes que haya sido su vida, no tiene allí, en el fondo del recuerdo, la fotografía vaga pero indeleble de las primeras impresiones del mundo? Es una fiesta un día de escuela, un encuentro, un juguete, un cariño recibido y devuelto el protagonista de ese inolvidable poema de la memoria [. . .] se acaricia la reminiscencia a solas, íntimamente, y ella vuelve y retorna siempre a la mente, porque es como el cimiento de las memorias; el sedimento que han dejado las primeras impresiones en el espíritu del hombre (López 2010: 15).

De esta manera, se realiza el recuerdo entrañable e idealizado del hogar paterno, de los primeros años de la infancia, combinado con la mirada idílica y maravillada de los niños. La pobreza material de la casa alquilada contrasta con la riqueza emotiva, que equipara, suplanta y hasta supera la dimensión material. En el momento de comenzar a reconstruir, literariamente, su vida marginal en el seno de una casona de la alta sociedad porteña, Julio se remite al tesoro de sus afectos. Éstos forman parte de un orden inmaterial, intangible, más allá del significado emotivo (y también ideológico) de los objetos materiales, que no deja de estar presente en la novela. Por eso mismo, la mudanza forzada implica una divisoria de aguas en la vida y en el relato de Julio Rolaz:

El cambio de domicilio fue un acontecimiento para mí; la espléndida casa de mi tío Ramón, mi ropa flamante de luto, la nueva faz de mi vida, ejercieron en mi espíritu toda la influencia de la novedad. Había alguna diferencia, por cierto, entre la pobre morada de mi padre y la espléndida mansión de mi tío, o más bien dicho, de mi tía, pues todo lo que había en ella, hasta el último alfiler, como ella decía, era suyo propio

y lo había heredado del famoso mayor Berrotarán, terror de los indios y loor del ejército. Mi tío Ramón era un pobrete que sólo había aportado al matrimonio su decencia con lo encapillado, como rezaba la antigua fórmula testamentaria (21).

Ya iremos analizando con mayor profundidad, a lo largo de esta tesis, el rol simbólico jugado por los diferentes personajes, a medio camino entre la historia y la ficción, que aparecen en *La Gran Aldea* y en otros textos del '80. Baste señalar, por el momento, que en la novela de López la cuestión de las clases sociales, en tanto elementos conformadores de una rígida y violenta estructura jerárquica, resulta clave. En lo que atañe a la “dimensión interior”, no deja de ser sintomática la convivencia, en un mismo espacio doméstico, de al menos tres clases sociales. La primera de ellas es la clase alta o “alta sociedad”, representada por la tía Medea, la segunda, la clase media, de la que forman parte Ramón y su sobrino Julio y, en tercer lugar, los sectores populares, que incluyen a la servidumbre de origen africano, heredera de la esclavitud colonial.

En otro orden de cosas, Sylvia Molloy subraya la importancia del desplazamiento geográfico a la hora de reforzar la distancia que separa al autobiógrafo del *locus* evocado. Los “sitios de la memoria” son siempre “inactuales”, inaccesibles, y separados del memorialista por una infranqueable distancia de años y/o de kilómetros. Y si aún son físicamente accesibles, se han modificado tanto que se han tornado irreconocibles (Molloy 1996: 223).

El autobiógrafo, así, “*se traslada*”, de la provincia a la capital, de un país (el suyo) a otro, e incluso de un continente a otro. En Mansilla, este lugar premeditadamente lejano es París, en donde pasará sus últimos años y en donde publicará sus memorias. Éstas, en realidad, ya habían sido escritas antes, pero resulta sintomático constatar los retoques sufridos por ciertos fragmentos del texto, sólo con el propósito de hacer alusión a la capital francesa (“Como aquí en París...”, “En París en cambio...”, etc.). El relato de alguna que otra anécdota parisina no hace más que reforzar esta significativa operación del memorialista.

Ya hemos indicado en la “Introducción” que las experiencias del espacio y del tiempo se hallan inextricablemente ligadas, a tal punto que, con frecuencia, confundimos las categorías de uno y de otro (Tuan 121-122). Se entiende así la costumbre, universalmente compartida por diferentes pueblos, de asociar un lugar lejano con un pasado lejano (124). Por otra parte, ya hemos mencionado la condición de refugio que suelen revestir la casa y el espacio familiar, los cuales suponen asimismo el pasado, el centro vital de un ser, el centro, el origen y el comienzo (130).

Tal como iremos desarrollando en los siguientes capítulos la casa se identifica con el concepto esencialmente estático de “lugar”, emplazado éste en un mundo de significaciones organizado. Por el contrario, si consideramos al mundo en perpetuo cambio resulta imposible desarrollar la noción de lugar (180). Esto explicaría la ligazón de los autores memorialistas con la antigua y pequeña Buenos Aires criolla, ese “lugar” familiar y estático, diametralmente opuesto a la vasta y cambiante Buenos Aires “haussmaniana”, forjada sobre la noción más abstracta de “espacio”.

Para Michel de Certeau el “lugar” supone un orden en el cual los elementos están distribuidos de acuerdo a relaciones de coexistencia. Está así excluida la posibilidad de hallarse dos cosas en un mismo lugar. Cada elemento se ubica al lado del otro, en un sitio que le es propio y distintivo. Un lugar constituiría entonces una “configuración instantánea de posiciones” (Certeau 1980: 173; la traducción es nuestra). En cambio, podemos hablar de espacio cuando se consideran indicadores de dirección, de velocidad y de temporalidad. El espacio resultaría un “cruce de movimientos”, animado por el conjunto de los desplazamientos allí desplegados, y se caracterizaría por ser un “lugar practicado”. Con esta lógica, la calle geoméricamente definida por el urbanismo, por ejemplo, se transforma en espacio para los peatones (173).

Según Certeau la oposición lugar-espacio remitiría, en los relatos, a dos tipos de determinaciones. Primeramente, a los objetos que serían reductibles a un muerto, y que se erigirían en la “ley del lugar”: “De un guijarro a un cadáver, un cuerpo inerte parece siempre, en Occidente, fundar un lugar y hacer allí la figura de una tumba” (173). En segundo término, a las operaciones que, afectadas a una piedra, a un árbol o a un ser humano, especifican “espacios” por las acciones de sujetos históricos, un movimiento que pareciera condicionar la producción de un espacio asociándolo a una historia. Los relatos, en ese sentido, realizan un incesante trabajo de transformación de lugares en espacios y de espacios en lugares. Es lo que hace, ciertamente, la literatura memorialista con Buenos Aires. Pero volvamos a la “dimensión interior” expresada en esta misma literatura.

Entre los autores que tratamos la presencia de un “santuario de reminiscencias” sólo tiene lugar en Mansilla, a quien, en consecuencia, dedicaremos un espacio preponderante en el presente capítulo. Tal como señala Molloy *Mis memorias...* está, en apariencia, descriptivamente estructurada en una sucesión de espacios concéntricos a partir del costurero de Agustina Rosas (hermana de Juan Manuel y madre de Lucio Victorio), el cual es

presentado como el centro vital de la casona. Ésta es además la casa natal del memorialista, conocida como “Presidio Viejo” durante la Colonia, y que ocupaba una de las cuatro esquinas de las calles Alsina (antes Potosí) y Tacuarí. De estas esquinas, tres pertenecían a los Rosas-Mansilla: dos a los abuelos maternos León Ortiz de Rosas y Agustina López, y una a Lucio Norberto Mansilla, padre de Lucio Victorio. Sólo una escapaba al patrimonio familiar. El ex “Presidio Viejo” era propiedad de la abuela Agustina, y es aquí en donde el autor pasó su niñez y adolescencia (Mansilla 1978: 25).

De los espacios internos de esta casona, a partir del costurero de Agustina Rosas, pasando por las habitaciones, salones, corredores y patios, se llegaba entonces a las cuatro esquinas, y de allí a las otras manzanas en donde habitaban los vecinos restantes (todos ellos miembros de la elite criolla), cuyo emplazamiento coincidía además con el del centro tradicional de Buenos Aires. El siguiente círculo concéntrico eran las quintas suburbanas y el último, el más periférico y alejado, Palermo y la residencia del tío (el “tatita”) Juan Manuel (Molloy 1996: 240).

Sin embargo, para Molloy no se trata en realidad de espacios concéntricos y protegidos en torno al “santa sanctorum” materno sino que estos ámbitos, que Mansilla describe, se funden “dinámicamente” con el vagabundeo del autor-evocador, con “el incansable ir y venir del nómada”, y se convierten en “laberinto mnemotécnico” cuyo hilo conductor posee el mismo memorialista. Es precisamente este “frenesí centrífugo” el que empujaría a Mansilla a visitar otras casas y familias (241).

Tal como señala Yi-Fu Tuan los símbolos corrientes del tiempo y del espacio son la flecha, la órbita circular y el péndulo. La flecha, por su parte, representa una dirección para el tiempo pero también un movimiento en el espacio hacia un objetivo y una de las tres categorías de lugar que aparece en un movimiento efectuado en una sola dirección. Las otras dos son la casa, que representa un mundo estable que debe ser trascendido, y las etapas intermedias, los puntos de reposo en el viaje. El camino, al utilizárselo habitualmente, adquiere una densidad de sentido y una estabilidad, dos características inherentes al lugar (Tuan 180-181).

La casa constituye una estructura claramente circunscrita y visualmente preeminente, una forma unificada producto de la conjunción de unos muros y de unos techos. Pero si éstos fueran removidos, pequeños elementos tales como el escritorio o la cocina quedarían evidenciados como lo que son en sí mismos: lugares importantes conectados por un camino

complejo, con pausas en el movimiento, y marcas en el tiempo rutinario y circular (Tuan 181-182). Este vagabundeo incesante, esta rutina de circulaciones y de periplos, son los que se expresan en las páginas de *Mis memorias. Infancia y adolescencia*, a partir de la descripción de la casona de los Mansilla-Rosas. De tales recorridos espacio-temporales hablaremos en el siguiente apartado.

Mansilla, viajero y *flâneur* de la Buenos Aires rosista

Teniendo en cuenta todos estos elementos Sylvia Molloy señala que *Mis memorias...* se halla más cerca de los libros de viaje que de la autobiografía. Al igual que en *Una excursión a los indios ranqueles*, cuando salía a explorar territorio indio, Mansilla “flanea” por el Buenos Aires evocado con el fin de construir un “espacio retórico”¹⁶. Según Molloy, el “locus autobiográfico” de Mansilla, difícil de circunscribir físicamente, conserva siempre su “naturaleza esencialmente topográfica”. De esta manera, el Mansilla memorialista se confunde con el Mansilla explorador y viajero. Sin embargo, en el ámbito urbano de Buenos Aires este explorador y viajero deviene “flâneur” (239).

Lucio V. Mansilla, caballero criollo afrancesado, gusta de “flanear” por su segunda ciudad, que es París. El flaneo, actividad francesa y europea por definición, paseo urbano y burgués despreocupado, sin objeto aparente, recién está imponiéndose en el Buenos Aires finisecular. Por otra parte, un vehículo de transmisión de éste y de otros elementos europeos, tanto materiales como inmateriales, es el viaje.

Según Viñas, Mansilla es el precursor del “viaje consumidor”, “único caso de viajero rosista” beneficiado por la “acumulación saladeril”¹⁷. Mansilla “contempla mujeres, calles, yeguas, oportos y ruinas”, gasta generosamente en ropa (uniformes, galeras, fracs) y en la gastronomía más *chic* pero también consume palabras y conceptos europeos, se impregna de psicología, de filosofía, de Renacimiento, de iluminismo. Mansilla es, en definitiva, un *dandy*: “De la acumulación al ocio, al privilegio, al gasto, la espectacularidad y el narcisismo. París espejo del culto a la diferencia proclamada y exhibida por su dandismo: Mansilla siempre *distinguido* en relación a los ‘otros’” (Viñas 41).

¹⁶ Este concepto ha sido acuñado por Michel de Certeau (1980) y es utilizado por Sylvia Molloy en su análisis de la obra de Mansilla.

¹⁷ Tras la Independencia la carne salada se convirtió en el segundo gran producto de exportación y nueva fuente de riquezas del país. El primero había sido el cuero vacuno.

Este mismo *dandy* o “*gentleman-escritor*”, posiblemente el más representativo de la Generación del Ochenta, es quien, así como consume y flanea por las calles de París, se pasea por un Buenos Aires desaparecido. Partiendo de su casona natal, *locus* sacralizado de la memoria al igual que su barrio de Santo Domingo, la evocación y el discurso del autobiógrafo flanean, solazándose y deteniéndose, sin dejar de rezumar la misma afectación del *gentleman* de la Gran Aldea. Lo europeo y lo criollo, el modesto pasado porteño y el aristocrático presente parisino se confunden, entremezclando sus planos espacio-temporales. Estamos, sin duda alguna, frente a una geografía de la subjetividad, el territorio brumoso de la memoria, no por eso menos determinados por un presente, una clase social, y la subordinación a una cultura hegemónica, la europea, de la que Buenos Aires es apenas un satélite remoto.

Esta situación la vemos expresada en *Mis memorias...*, una de las últimas obras de Mansilla, pero en realidad ya había comenzado a esbozarse en sus textos de juventud, aquellos que relatan su primer viaje alrededor del mundo, en 1850. De hecho, el relato autobiográfico de Mansilla se cierra poco antes de su partida a la India. Cuando el joven Lucio Victorio deja su patria por primera vez, culmina la historia de su infancia y adolescencia. Y aunque el primer destino no es Europa sino el Lejano Oriente, se advierte ya un cambio sustancial: el joven burgués porteño principia su transformación, deviene viajero y *dandy*, *gentleman-escritor* que se inicia en la escritura¹⁸.

Para Molloy esta deriva mnemotécnica, este flaneo o vagabundeo de Mansilla, están determinados por dos ejes estructuradores: la contigüidad y la comunicación. La consanguinidad (prueba irrefutable de la pertenencia a una clase social, la de la burguesía porteña) refuerza a su vez la contigüidad espacial. De esta manera, las familias están tan conectadas entre sí como las casas que el memorialista visita en su evocación. Como indicáramos al inicio de este capítulo, la dialéctica entre lo fijo y lo móvil, el hogar y el vagabundeo, lo interior y lo exterior, fluye en el relato de Mansilla.

El movimiento se hace así omnipresente y determinante en *Mis memorias. Infancia y adolescencia*. Esa suerte de “frenesí centrífugo” (que ya hemos mencionado) lleva de la descripción rápida de una casa y de una familia a la de otra casa y otra familia, y así

¹⁸ Dos son los textos juveniles de Mansilla, los primeros de su producción marcada por el viaje, la exploración y la evocación autobiográfica. Ambos aparecen en la prensa porteña: “De Adén a Suez (Impresiones de viaje)”, en *El Plata Científico*, enero de 1855, tomo IV, Buenos Aires y “Recuerdos de Egipto” en *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, febrero de 1864 [1855], año I, N° 10, pp. 256-271, y N° 11, pp. 465-477.

sucesivamente, hasta llegar al resto de la ciudad. Esta lógica se extiende a la parentela: si se habla del padre, por caso, inmediatamente se pasa a la madre y a los hijos, y de éstos a los vecinos. Se trata de una “deriva aparentemente sin objeto” pero que en realidad se halla orientada por la contigüidad y por la comunicación (Molloy 1996: 240).

Desde otra perspectiva, es notable constatar (siempre siguiendo a Molloy) cómo, tanto en *Mis memorias...* como en las *causeries* publicadas anteriormente por el mismo autor se produce una paralela coincidencia entre las ficciones del desplazamiento y de la oralidad. Aquí, la “locuacidad digresiva” de Mansilla encuentra su espacio ideal. Los mismos términos son utilizados para el tiempo y para el espacio, sin distinción aparente. Fórmulas narrativas como “ahora paso a” o “volvamos a” adquieren “realidad topográfica”. Mansilla, de esta forma, escribe: “Ahora tenemos que volver para atrás” y enseguida pone: “Al hacerlo, pasemos por Rivadavia, dando vuelta” (244). Este fenómeno, perceptible en *Mis memorias...* y reiterado en buena parte de la obra literaria de Mansilla, marca, de un modo vívido, su escritura, imprimiéndole una dinámica particular, opuesta en principio a la rigidez de los “círculos concéntricos” que, sólo en apariencia, determinarían de un modo absoluto el espacio físico. Es que, en definitiva, es en este espacio-escenario en donde tiene lugar la acción.

Para Sylvia Molloy el Buenos Aires reconstruido por Mansilla es, al mismo tiempo, “laberinto mnemotécnico” y “lingüístico”, y “espacio de un yo conversador” (245). El mismo Mansilla, en una de sus *causeries*, lo define con precisión: “un hombre escribiendo, casi sin rumbo, es como un caminante, que no sabe precisamente adónde va; pero que a alguna parte ha de llegar” (1963: 293). Ya nos hemos referido, en la “Introducción” de esta tesis, al carácter coloquial de los textos de Mansilla, un auténtico *causeur* o conversador literario. Es así que las marcas informales de la oralidad jalonan la escritura de este autor. Por otro lado, la brevedad y fragmentariedad son dominantes en su obra, un hecho que es también habitual en los otros autores del Ochenta.

Michel de Certeau considera la existencia de toda una serie de prácticas extrañas al espacio geográfico o geométrico. Estas prácticas remitirían a una forma específica de operaciones o “maneras de hacer”, a otra espacialidad, a una experiencia antropológica, poética y mítica del espacio, así como a un movimiento opaco y ciego de la ciudad habitada. Es la “ciudad trashumante o metafórica” que se insinúa en el texto planificado y legible de la urbe (De Certeau 1980: 142; la traducción es nuestra). Ésta es justamente la ciudad de los memorialistas porteños y muy particularmente de Mansilla, aquella que comienza “a ras del

suelo”, a partir de los pasos que modelan y urden los lugares (147). Tales “motricidades peatonales” conforman sistemas reales que genera la propia ciudad pero que carecen de un receptáculo físico. No se localizan en ningún punto exacto sino que ellas mismas “espacializan”.

Si bien los procesos del marchar pueden ser transferidos a planos urbanos para transcribir sus huellas y sus trayectorias, tal registro de recorridos pierde lo que éstos han sido en su realidad más concreta, en “el acto mismo de pasar” (147, la traducción es nuestra). ¿Cómo registrar fehacientemente en el plano de Buenos Aires el recorrido infantil evocado por Lucio V. Mansilla? ¿Cómo hacer, fuera del texto memorialista propiamente dicho, para diagramar de manera esquemática esta experiencia vivida, hoy irrecuperable en su integridad espacial, sensorial y emocional?

De Certeau advierte que la operación de ir, de errar, de mirar vidrieras, en suma, la actividad de los peatones, al ser transpuesta en puntos que componen sobre el plano una línea “totalizadora y reversible” constituye, como registro, una mera modalidad del olvido: “El trazado sustituye a la práctica, manifestando la capacidad (voraz) que tiene el sistema geográfico de poder metamorfosear el reaccionar en legibilidad, pero hace olvidar una manera de ser en el mundo” (147-148, la traducción es nuestra).

El acto de marchar es al sistema urbano lo que la enunciación (el *speech act*) a la lengua o a los enunciados pronunciados. En el nivel más elemental, detenta una triple función “enunciativa”. Constituye un proceso de apropiación del sistema topográfico por el peatón (igual que el acto verbal es una realización sonora de la lengua) e implica *relaciones* entre posiciones diferenciadas, es decir “contratos” pragmáticos bajo la forma de movimientos (148). El caminar se entiende así, como lo hace Sylvia Molloy a partir de las conceptualizaciones de Michel de Certeau, como un “espacio retórico”.

Para De Certeau los “encaminamientos” (*cheminements*) de los peatones presentan una serie de vueltas y de atajos asimilables a “giros” o a “figuras de estilo”, a la “retórica de la marcha”, que como el lenguaje ordinario, es un arte de combinación de estilos y usos (151). De esta manera, habría homología entre las figuras verbales y las figuras “caminatorias” (de éstas ya habría una selección estilizada con las figuras de la danza) en tanto que unas y otras consisten en “tratamientos” u operaciones que versan sobre unidades aislables y en “arreglos ambiguos” que desplazan el sentido hacia una “equivocidad”, como una imagen en movimiento perturba y multiplica el objeto fotografiado (152). En esta metamorfosis

estilística del espacio, las figuras son gestos o, como dice Rilke, “árboles de gestos” en movimiento:

Estos árboles de gestos se mueven por todas partes y sus bosques marchan por las calles, transformando la escena pero no pueden ser fijadas por la imagen en un lugar [. . .] Si es cierto que los bosques de gestos se manifiestan, su marcha no podría ser detenida en un cuadro, ni el sentido de sus movimientos circunscripto en un texto. Su trashumancia retórica lleva y deporta los sentidos propios analíticos y coherentes del urbanismo, es un vagabundeo de la semántica, producida por masas que hacen desaparecer la ciudad en algunas de sus zonas, la exageran en otras, la distorsionan, fragmentan y desvían de su orden sin embargo inmóvil (54, la traducción es nuestra).

Así, la circulación por la ciudad está condenada, paradójicamente, por la carencia de lugar. Tal circunstancia no hace sino agudizarse en la ciudad “haussmaniana”, la cual despersonaliza el espacio urbano, sometiéndolo a los dictados de la planificación más abstracta y racional. Son los diferentes relatos urdidos por la literatura los que, al atravesar y organizar los puntos de reposo en la marcha, seleccionándolos y ligándolos entre sí, elaborando frases e itinerarios, consiguen superar esta carencia de lugar. Los relatos se confunden con el movimiento mismo, a tal punto que puede afirmarse que todo relato constituye un relato de viaje, una “práctica del espacio” (171).

Charlotte Linde y William Labov (1975) realizaron un análisis muy preciso de las descripciones literarias de apartamentos neoyorkinos que les permitió identificar dos modelos. En primer lugar, el “mapa” (*map*) y el “recorrido” (*tour*). El segundo está presente en el 97% de los casos estudiados y se vincula con el “ir”, esto es, con las acciones espacializantes y con la organización de movimientos, como entrar, atravesar, girar, etc. Mientras tanto, el primer modelo está ligado al “ver”, al conocimiento del orden de los lugares y al “cuadro”, al “hay”.

Las relaciones entre ambos polos son constantes también en otros ejemplos literarios, y *Mis memorias...* de Lucio V. Mansilla, no escapa a esta regla general. Se trata, en esencia, de la vinculación entre el itinerario, compuesto por una serie discursiva de operaciones, y el mapa, que supone una mirada totalizadora de las mismas. Ambos polos simbolizan la interacción entre la cultura “ordinaria” y el discurso científico (De Certeau 1980: 176). Por lo general, coexisten en un mismo relato, pero siempre predomina el segundo, una situación que se reproduce también en los mapas y planos. Históricamente, es recién a partir del siglo XV, cuando nace el discurso científico moderno, que el mapa comienza a desprenderse de los

itinerarios que eran su condición de posibilidad. Hasta entonces, los mapas medievales incluían sólo los trazados rectilíneos de recorridos, que solían consistir en indicaciones ligadas sobre todo a las peregrinaciones, con la mención de las etapas a efectuar, como las ciudades por donde pasar o detenerse, así como la mención de las distancias medidas en horas o en días, es decir, en tiempo de marcha (177).

Entre los siglos XV y XVII el mapa se autonomiza cada vez más, aunque conserva “figuras narrativas” que marcan las operaciones de viaje, de guerra, de construcción, políticas, comerciales, etc., las cuales, a su vez, posibilitaron la fabricación de un plan geográfico. Pero el mapa se impone progresivamente por sobre estas figuras, colonizando el espacio y eliminándolas (178). En cuanto a los relatos cotidianos, como aquellos que componen la literatura memorialista porteña, puede decirse que cuentan lo que se puede fabricar y hacer, y que suponen facturas de espacio. Las memorias de Mansilla, en ese sentido, son hacedoras de espacio. Todo relato se ocupa de describir pero toda descripción es más que una mera fijación, constituye un “acto culturalmente creador”, detentador de una “fuerza performativa” que hace lo que dice, y deviene “fundadora de espacios” (181-182). Inversamente, cuando no hay relatos sino degradación en objetos museográficos esto redundará en una “pérdida de espacio”: “privado de narraciones [. . .] el grupo o el individuo retrocede a la experiencia, inquietante, fatalista, de una totalidad informe, indistinta, nocturna” (182, la traducción es nuestra).

Esto es, justamente, lo que sucedía con la Buenos Aires anterior a 1850, que las crónicas no reflejan o lo hacen de manera ínfima. Una ciudad subsumida en las sombras de un pasado cuyos velos recién comienzan a ser corridos en la segunda mitad del siglo XIX, y más decididamente a partir de 1880.

El costurero de Agustina Rosas

Volvamos por el momento a la “dimensión interior”, al núcleo de la casona colonial evocada por Mansilla. Como afirma Blas Matamoro, la mujer, cuando es la señora de la casa, desempeña un rol protagónico dentro del espacio doméstico colonial. Ya hemos indicado, por otra parte, que la intensa sociabilidad del mismo contrasta con la más pobre y limitada del exterior. Es la mujer quien dirige el orden de la casa, la limpieza, la preparación de la comida, los trabajos de esclavos y sirvientes, y quien, exceptuando la salida diaria y tempranera para ir

a la misa, más tiempo transcurre dentro de la casa. Nadie como ella es dueña de ese espacio íntimo, que mucho recuerda al de la mujer musulmana:

La señora se instala en la sala, abre la ventana y exhibe su status principal en la posesión de un estrado, mueble adosado a la pared y cubierto de tapicería y almohadones, refugio de la mujer que quizás provenga del íntimo serrallo musulmán. Allí la dueña de casa se instala y tiene su mundo exclusivo: su alhajero, su costurero, sus cofrecillos (Matamoro 24).

Veamos entonces la descripción, tan acotada como significativa, que hace Mansilla del “famoso costurero” de su madre, el mismo del que José Mármol hablara en *Amalia*:

El costurero era la pieza más adornada. Aquí recibía generalmente mi madre. Tenía chimenea, siempre encendida en invierno, con carbón de piedra. La carbonera, de cobre, lustrosa como si acabara de salir de la fábrica, era uno de los lujos de mi madre. El gato, un *mustafá* barcino en la punta del sofá, era el tertuliano más asiduo. Sobre el marco de la chimenea yacía un reloj Empire con bomba [. . .] (Mansilla 1978: 93, itálicas del autor)

Este pasaje condensa, en pocas palabras, los elementos materiales e ideológicos que componían por entonces el espacio doméstico femenino. Aquí reinaba Agustina Rosas, y aquí está emplazado el centro del *oikos*, entendido éste como centro productivo y doméstico, punto de acumulación y centralización en un interior cerrado pero también factor de circulación de bienes¹⁹.

La decoración cuidada con un esmero superior al del resto de la casa, la chimenea y la carbonera de lustroso cobre, garantizadas de un confort excepcional y signo de estatus, conforman un refugio como asimismo un pequeño y vital escenario. Es aquí en donde el gato, “*mustafá* barcino”, se erige como el “tertuliano” más frecuente. Ambas palabras denotan más de lo que a simple vista podría pensarse: el *mustafá* nos remite al Oriente, el “tertuliano”, valga la redundancia, a la tertulia. Dos cuestiones que ameritan un análisis particular (que realizaremos en el capítulo III).

Agustina Rosas es en la clásica novela de José Mármol uno de los personajes más relevantes como contrafigura de la refinada y antirrosista protagonista, Doña Amalia Sáenz de Olabarrieta. Su belleza, tan reputada en la alta sociedad porteña de los años 1840, es

¹⁹ Yi-Fu Tuan considera que para un pueblo iletrado la casa no es sólo un abrigo sino un lugar ritual y el centro de la actividad económica (114).

caracterizada por Mármol como “vulgar”, y el costurero, según él, habría estado provisto de ventanas con cristales sucios. Tales consideraciones provocaron en su momento la indignada reacción de Mansilla, quien retó a duelo a Mármol y no olvidó nunca lo que éste escribiera sobre su madre. Pero veamos lo que dice Mansilla al respecto:

Yo vine al mundo teniendo mi madre apenas quince años. Mi padre era ya abuelo. Un escritor moderno -de mi tierra- ha escrito que la señora era “frívola”. Hemos de ver oportunamente la consistencia de esa afirmación superficial (38) [. . .] De esta afición a los perfumes y a las flores viene la leyenda sobre las ventanas de Agustina Rozas²⁰, que daban a la calle Tacuarí, las de su dormitorio y costurero (especie de salita de confianza) de que habla Mármol en Amalia, mezclando los efluvios gratos que de ella se desprendían con ciertas fantasías de partido más o menos molestas para el amor propio, como que los vidrios de esas ventanas (¡qué calumnia!) estaban siempre sucios, todo lo cual ha influido en mi destino mucho más de lo que se piensa, según lo veremos (69).

En el apartado siguiente veremos a qué se refiere Mansilla cuando habla de la “afición a los perfumes y a las flores” de su madre. Tal como se advierte de inmediato José Mármol, “un escritor moderno”, en la primera de las dos citas que hemos transcripto aquí ni siquiera es nombrado por Mansilla, quien tampoco brinda detalles del caso. Según señalara en su momento David Viñas uno de los rasgos que caracteriza los textos de este “*gentleman-escritor*” es su escritura en clave y en tren de complicidad. Sus lectores eran siempre miembros de una reducida elite, la de Buenos Aires, en la que todos se conocían, y en cuyo seno las alusiones no necesitaban explicarse para ser comprendidas porque todos sabían de qué se estaba hablando. Para el lector del siglo XXI, en cambio, la tarea de “desciframiento”, por así llamarle, de la escritura de Mansilla, se revela tarea compleja y con frecuencia impracticable.

Prosigamos con la acotada descripción que hace Mansilla del “famoso costurero” de su madre. El reloj Empire, por su parte, regulaba el tiempo y los horarios domésticos, como la hora de acostarse, la cual era estrictamente las siete en invierno y las ocho en verano. El mobiliario del costurero se completaba con un armario de caoba norteamericano en donde Mansilla padre guardaba ropa blanca, dinero, pistolas, el agua de la lavándula (su único

²⁰ En sus textos Lucio V. Mansilla utiliza la grafía original del apellido “Rozas”, que su tío Juan Manuel cambiara por “Rosas”.

perfume) y la libreta del Banco de la Provincia. A poca distancia, había otro mueble, provisto de armario y de una pequeña biblioteca (94).

Volvemos a encontrarnos aquí en el corazón del *oikos* familiar, el primero y el más hondo de los “círculos concéntricos”, que coincide además con el íntimo “costurero” materno. Los objetos son aquí selectos, y vienen de Europa o de los Estados Unidos, como el reloj Empire que, como un eco distante de la segunda Revolución Industrial entonces en curso allende el Atlántico, ritma con su moderna y cronométrica regularidad los horarios y actividades. Semejante situación hubiera sido impensable en la Colonia premoderna, carente de relojes o con relojes imperfectos. Tal como ha estudiado Edward Thompson, en unas pocas generaciones que van del siglo XVIII al XIX, se formaron nuevos hábitos laborales, forjados bajo la presión de sincronizar la división del trabajo y maximizar la extracción del excedente de tiempo, que constituía la base de la ganancia. Comenzó así la batalla por las horas y por los minutos, por la duración limitada de la jornada laboral, por las vacaciones pagas, etc., hasta llegar a nuestros días. La primera generación de trabajadores fue educada por sus patrones en la importancia del tiempo, y las siguientes generaciones de obreros incorporaron estas categorías y circunscribieron sus luchas dentro de sus límites (Thompson 90).

Este proceso incluyó la necesaria coordinación de husos horarios a escala universal y la obsesión por el empleo correcto y exhaustivo del tiempo. Tales cambios se complementaron con la rápida y extraordinaria conquista del espacio por medio del ferrocarril, del telégrafo, del teléfono, de la radio, y de la prensa masiva, que contribuyeron a crear un sentido de simultaneidad en el espacio y de uniformización del tiempo. El intercambio de mercancías y la monetización desafiaron, subyugaron y terminaron eliminando las cualidades absolutas de “lugar”, sustituyéndolas por las flamantes cualidades de lugar contingente y relativo dentro de la circulación de productos y de dinero a través de la superficie del globo.

El primer reloj público que existió en Buenos Aires fue el de la torre del Cabildo, el cual data de 1781, y que funcionó defectuosamente hasta 1848. En 1860 fue adquirido un moderno reloj inglés, que marcó la hora con puntualidad durante casi tres décadas. Es éste el que aparece, con bastante recurrencia, en las novelas del 80, entre ellas *La Gran Aldea*. En 1889 la torre del Cabildo fue demolida y la maquinaria trasladada a su emplazamiento actual, la torre de la iglesia de San Ignacio de Loyola. En lo que hace a los relojes de uso personal su función primera no era la de dar la hora, ya que en ese sentido solían ser bastante deficientes,

sino que servían para evidenciar el estatus de su propietario. Este era el caso de los relojes masculinos y femeninos en plata, en oro, en símiles de ambos, en cobre o combinando dos o tres metales. Entre los mismos predominaban las marcas inglesas. El más importante era el de faltriquera, casi siempre de oro, y con muchas piedras preciosas, que se guardaban celosamente en los dormitorios (Carretero I: 91).

En cuanto al armario de caoba norteamericano de Lucio Norberto Mansilla, su carácter secreto y privado resalta ostensiblemente. Es aquí donde el cabeza de familia atesora las llaves de su poder económico y patriarcal: su dinero, sus pistolas, su esencia de lavándula (distinguida marca de clase), y su libreta bancaria, instrumento y prueba de su capacidad financiera. Como si esto fuera poco, la reducida biblioteca denota, una vez más, el privilegio del saber, vehiculizado en los libros, artículos caros, raros y potentes en la Buenos Aires mayormente iletrada del XIX.

En el comedor, en tanto, había un sofá de crin con cajones secretos de caoba en los apoyabrazos en los cuales se escondían incomprensibles cartas (al menos para el lector infantil que era entonces Lucio Victorio) dirigidas a o pertenecientes a conspicuos personajes de la alta sociedad local (Mansilla 1978: 95). A varias de ellas Agustina Rosas las había colocado en una carpeta y sirvieron para favorecer el aprendizaje de la lectoescritura de Lucio Victorio y de su hermana Eduarda:

La señora había coleccionado cientos de cartas y hecho con ellas, poniéndoles tapas de cartón, un grueso infolio. Era para que nos acostumbráramos a leer letra manuscrita de toda clase (había alguna que al mejor se la daría) y para que supiéramos qué clase de amigos tenía mi padre [. . .] Allí, en ese enorme mamotreto, verdadero legajo de varios, aprendí yo a conocer y a querer algunos personajes, los de letra clara como el señor don Domingo de Oro. Las simpatías de mi hermana y las mías estaban en razón inversa de la mala letra de los personajes [. . .] (174)

Otros hombres distinguidos cuyas cartas menciona el memorialista son Salvador María del Carril (ministro de Hacienda durante la presidencia de Bernardino Rivadavia), Manuel Oribe (militar y presidente uruguayo), y los hermanos Juan Crisóstomo y Manuel Sarratea, comerciantes y revolucionarios porteños de la Independencia.

Los Mansilla-Rosas formaban parte de una exclusiva red familiar, la misma que les aseguraba su posición dentro de la elite y su participación (directa o indirecta) en la cosa pública. Es lo que sugiere la lectura, con mirada histórica, de este fragmento, el cual resalta

aún más, llamativo y rico en insinuaciones, al tratarse de una reminiscencia infantil. El niño Lucio Victorio, en su inocencia, se topa con la escritura, bien personal y bien definida, de los prohombres del siglo XIX porteño, lee sin llegar a descifrar el hierático contenido de sus misivas y roza sin saberlo los mecanismos, más secretos que evidentes, de las jerarquías socioeconómicas. Sin embargo, vale aclarar que el memorialista recuerda y escribe en París (o al menos, así pretende hacernos creer), separado del hecho evocado por más de sesenta años de distancia temporal, la cual se complementa significativamente con los miles de kilómetros de distancia espacial. Por ende, si menciona esos nombres ilustres sabe, con creces, lo que éstos simbolizan. La anécdota no es inocente, aunque pretenda resaltar (en realidad, manipular) la inocencia de aquel niño lector de cartas ajenas y redactadas por plumas tan misteriosas como prestigiosas.

La casona de los Mansilla

Veamos, más concretamente, cómo se aprecia el movimiento en el propio texto. Mansilla, en las primeras páginas de su autobiografía, comienza resaltando el estilo colonial típico y la condición histórica de su casa natal. Al momento de redactar *Mis memorias* todavía quedaban otras casonas similares en el barrio de Santo Domingo, dentro de un recinto urbano que, como ya se ha dicho, se hallaba sacralizado por la lucha patriótica. Tales construcciones sobrevivían como símbolos materiales de una tradición gloriosa pero agonizante:

La tantas veces ya mencionada casa tenía puerta a la calle Potosí (Alsina). Estaba distribuida poco más o menos como las casas antiguas algo centrales, casas que se van, quedando una que otra, como muestra, por el barrio de Santo Domingo. Repetiré lo dicho en otros de mis escritos: lo que más resiste a las mutaciones de Buenos Aires es precisamente el perímetro donde los españoles resistieron gloriosamente a la invasión extranjera²¹. Y todo se irá poco a poco -lo viejo, es la corriente- menos las balas que incrustadas en las torres del templo están diciendo como símbolo de elocuencia muda: *Amour sacré de la Patrie!* (Mansilla 1978: 77-78, itálicas del autor)

Fiel a su escritura siempre dinámica Mansilla nos describe su casa natal a partir de la puerta de calle, para luego llevar al lector a sus interiores, jerárquicamente ordenados y significados. Apenas se ingresaba al infaltable zaguán, de cada lado había un ambiente con

²¹ Mansilla se refiere a las dos “Invasiones Inglesas” de 1806 y de 1807, durante las cuales las fuerzas militares británicas fracasaron en su intento de ocupar de manera permanente las ciudades de Buenos Aires y Montevideo.

ventanas que daban a la calle: un salón y una habitación independiente. En la casa romana éstos se denominaban *fauces* o *tabernae* y solían ser alquilados para comercio, una costumbre que también veremos repetirse en el Buenos Aires del XIX, sobre todo en la calle Florida, donde muchas familias principales tenían sus residencias. Tras el salón, en tanto, se abría una antesala con puerta al primer patio y a su florida alberca, bien cuidada por un sirviente y por Agustina, consumada jardinera gracias a las enseñanzas de su esposo y del amigo de éste, Marcelino Rodríguez. Luego venía el dormitorio parental, el “famoso costurero” de Agustina y cuatro piezas más sin ventanas a la calle.

El primer patio (el *atrium* de las casas romanas) contaba con una distinguida marca de pertenencia social: un aljibe en el centro. Éste era inexistente en la Antigüedad clásica, puesto que en su lugar había una fuente pluvial o *impluvium*, también frecuente en casonas coloniales más humildes. El propio Mansilla comenta esta circunstancia:

Esto del “aljibe” que no parezca nota baladí. Las fincas que lo tenían eran contadas, indicantes de alta prosapia o de gente que tenía el riñón cubierto; daban notoriedad en el barrio, prestigio; y si por la hilacha se saca la madeja, tal o cual vecino pasaba por grosero por los muchos baldes de agua que pedía; y tal o cual propietario por tacaño, porque sólo a ciertas horas no estaba con llave el candado de la tapa del precioso recipiente (24).

Este fragmento de Mansilla nos sugiere que, a despecho de sus privilegios socioeconómicos, quienes eran dueños de aljibes no podían prescindir de ser al mismo tiempo solidarios con el resto de la comunidad urbana. Una comunidad estructurada sobre una base clasista y patriarcal, una suerte de gran familia unida por lazos indisolubles, que implicaban recíprocos derechos y obligaciones entre las diferentes partes.

Hasta 1871 no hubo un sistema de aguas corrientes en Buenos Aires. Aunque el agua en general abundara, ésta no era potable, o al menos, no según nuestros estándares modernos. Para proveerse del vital elemento los porteños se veían obligados a tomar agua de los aljibes y pozos de los patios o directamente del río. También era aprovechada el agua de lluvia, tras dejar que el primer chaparrón lavara los techos. Este líquido en particular se lo usaba para la comida y para la higiene personal, sobre todo para el lavado del cabello, ya que lo suavizaba. En cuanto al agua del río, se obtenía mediante carros arrastrados por caballos o bueyes que se internaban en el Río de la Plata, el cual, en la costa porteña, era poco profundo. Su “claridad” dependía de las corrientes internas del río, por lo que podía ser muy barrosa o bastante

cristalina. A poco de extraerla, se acostumbraba dejarla reposar un rato, para que su aspecto mejorase por decantación natural, si bien el posterior transporte hasta las casas volvía a enturbiarla. En cuanto al agua de los aljibes, aunque en principio presentase un aspecto más limpio, no siempre era saludable, ya que las capas freáticas de donde procedía eran las mismas que recibían los excrementos de las letrinas o pozos ciegos (Carretero I: 61).

La figura del aguatero recorriendo las calles era así habitual, y el líquido que se bebía no era plenamente apto para consumo humano. Las epidemias de cólera de 1867, de tifoidea y difteria de 1869 y de fiebre amarilla de 1870-1871 provocaron la muerte de más de quince mil personas en total y obligaron a las autoridades a adoptar una política higienista. En la actual Plaza del Congreso se instaló un depósito elevado, con una capacidad de 272 metros cúbicos. Desde allí se abastecía a los principales edificios públicos de la ciudad y a las bocas situadas cada cuatro cuadras.

En 1887, en tanto, se inauguraría el fastuoso Palacio de Aguas Corrientes, que abastecería a buena parte de Buenos Aires. De allí en más se produciría una democratización del uso del agua, al fin potable y accesible, sino a todos, al menos a un número mucho mayor de personas pertenecientes a distintos estratos socioeconómicos. Esta circunstancia supuso el fin de los tradicionales aljibes y del monopolio de su uso, que con sus implicancias de prestigio y autoridad patriarcales, detentaban las familias más encumbradas de Buenos Aires, entre ellas la de los Mansilla. También desaparecieron los aguateros y las lavanderas africanas a orillas del Río de la Plata, en el Bajo. Cabe aclarar, sin embargo, que el acceso al agua siguió siendo restringido en los conventillos céntricos, sobre todo durante el período de inmigración masiva, el cual estuvo signado por las dificultades habitacionales. Con posterioridad, la generalización del agua corriente en los sectores populares sería cada vez más amplia, favorecida por la aparición de un nuevo “artefacto humano”, el barrio popular, tal como lo analizó Leandro Gorelik (1997). Pero volvamos a la descripción de la casona de los Mansilla.

El comedor (el *tablinum* romano) estaba ubicado entre el primero y el segundo patio, con salida a ambos, se comunicaba con el costurero, y poseía ventana “de reja” por la cual se apreciaba parcialmente la puerta de calle, a través de la alberca. Por esta ventana alcanzaba a verse, de tanto en tanto, algún que otro peatón o jinete. Al mismo tiempo, los dos patios se hallaban comunicados entre sí por un pequeño y oscuro zaguán, cuya evocación le lleva a Mansilla a proponer un paralelo sugerente entre la luz y el agua, dos artículos de lujo en aquel

pobre y primitivo Buenos Aires: “Un zaguán a la izquierda del primer patio daba acceso al segundo. Era sombrío de día, tenebroso de noche, que la luz, lo mismo que el agua dulce, eran artículos literalmente de lujo” (83).

Este segundo patio contaba también con un cuidado jardín, como el primero, pero en este caso ya no había vinculación directa con la calle, y sólo de manera secundaria con los ambientes más elegantes de la casona. Aquí se hallaban el pozo, el sumidero y la cocina, cuyas emanaciones no lograban contrarrestar, aún con toda su exuberancia, la parra y la alberca. Era la frontera entre los aposentos de la familia propietaria (entendida ésta como familia nuclear, y ya no extendida) y los lugares de trabajo y de residencia de la servidumbre. Se trata, en suma, del ingreso a la trastienda de la casa señorial y a sus bajos fondos, el reverso oscuro de la medalla, imprescindible sin embargo para sostener su brillo:

En el segundo patio, también con gran alberca y parral de uvas blancas y negras de riquísima cepa, había un pequeño cuarto independiente, al lado del pozo, luego la cocina grande con fogón de campaña. El sumidero estaba en el centro. Por ahí corrían las aguas pluviales y todas las glutinosas de la cocina, despidiendo constantemente unas emanaciones sutilísimas, parecidas al olor del puerro, a pesar del perfume de los azahares, de un limón o limonero sutil, como gustéis que, con otras plantas, a cual más olorosas, se alzaba de la alberca gallarda y siempre verde. Miríadas de moscas y mosquitos revoloteaban en torno de aquel antro absorbente, vecino del pozo. ¿Qué se dirían a través del subsuelo esponjoso? Ambos tenían tapas. Alguna vez se oía esta voz, la timbrada de mi madre, refiriéndose al sumidero: “Tapen eso, que está insoportable” (88).

Una vez más, la insalubridad de los líquidos utilizados, producto de la falta de cloacas y de agua corriente, marca con su desagradable impronta todas las clases sociales, sin distinción. Esto es así, a despecho de las pequeñas y relativas ventajas que, como veremos más adelante, poseían los más acomodados. Al respecto, conviene señalar que es a fines del siglo XVIII que comienza, muy particularmente en Francia, una verdadera obsesión con el olor y con la higiene en las ciudades. De todos los sentidos, el olfato fue considerado siempre de una manera descalificadora, homologándolo con el deseo, el apetito, el instinto y la animalidad. Teniendo en cuenta la impotencia del lenguaje para traducir las sensaciones olfativas y el carácter fugaz de éstas, predominó la idea de que, si este sentido fuera dominante, haría del hombre un ser fijado al mundo exterior e incapaz de desarrollar su

inteligencia. La agudeza del olfato se desarrollaría así en razón inversa de la racionalidad. De esta manera, se explica la superioridad olfativa que detentan tanto los pueblos “salvajes” como los animales (Corbin II).

Contrariamente al oído y a la vista, cuya promoción se funda sobre un prejuicio platónico reafirmado sin cesar, este sentido descalificado resulta de poca utilidad en el estado social avanzado. Por otro lado, el olfato se caracteriza por su condición paradójica, ya que es a la vez el sentido de la animalidad y de la conservación. Antesala del gusto, la nariz señala el veneno, pero también la calidad del aire. El olfato anticipa la amenaza potencial, discerniendo de lejos la putridez y el miasma, asumiendo la repulsión frente a todo lo que es perecedero y delimitando el espacio antiséptico, libre de infección, impuesto por la química moderna. Será ésta la que permitirá llevar adelante una política higienista que buscará desinfectar y desodorizar todos los espacios, tanto públicos como privados. La lucha será entonces contra los malos olores, con la paralela valorización de los aromas más delicados. Al mismo tiempo, está claro que esta cruzada no deja de tener un trasfondo clasista que la explica más hondamente. En palabras de Alain Corbin, la historia de las percepciones olfativas no puede desligarse de las estructuras sociales: “El horror tiene su poder, el desecho nauseabundo amenaza el orden social; la victoria tranquilizadora de la higiene y de la suavidad subraya la estabilidad” (II, la traducción del francés es nuestra). Se entiende mejor entonces por qué, en la casona de los Mansilla, los malos olores quedaban relegados a los patios traseros, aquellos en donde vivía la servidumbre, mientras se reservaban el lujo y la higiene más cuidada para los aposentos más cercanos a la calle, en donde residían los señores.

A despecho de la tendencia a subestimar el rol fundamental de los sentidos en la adquisición de conocimientos, el gusto, el olfato, y el tacto contienen una riqueza de percepciones que nos permiten distinciones sutiles. Paralelamente, estos sentidos contribuyen a elaborar nuestra conciencia del mundo, si bien ésta sugiere una estructura espacial que el gusto, el olfato y el oído no pueden, por sí solos, proveernos. Los órganos sensoriales y las experiencias que nos brindan la sensación de espacio son la cinestesia, la vista y el tacto (Tuan 15).

Simple movimientos como dar una patada o extender el brazo constituyen la base de la conciencia de espacio. El olfato, el gusto, la sensibilidad de la piel y el oído no pueden por sí mismos ni combinados darnos conciencia de un mundo espacial exterior lleno de objetos pero sí, combinados con las capacidades “espacializantes” de la vista y del tacto, enriquecen

nuestra aprehensión del carácter espacial y geométrico del mundo (16-17). Por otra parte, la forja del conocimiento abstracto de un lugar es factible si se lo visita asiduamente y la calidad visual de un medio es percibida de inmediato si se posee una mirada artística pero la adquisición del “sentimiento” de un lugar lleva más tiempo. Éste se compone de experiencias, la mayor parte fugaces, e intrascendentes, repetidas jornada tras jornada, a lo largo de los años. Tal sentimiento ligado a un lugar supone una mezcla original de imágenes, sonidos y colores, una combinación armoniosa de ritmos naturales y artificiales, como el amanecer y el atardecer, o las actividades socialmente pautadas del trabajo y del juego (184). Son estos elementos los que la literatura memorialista porteña incorpora y explota, a fin de profundizar la conciencia de un “lugar” propio urbano y criollo.

A pesar de todo lo dicho, desde muy antiguo los médicos no dejaron de repetir que, de todos los órganos sensoriales, la nariz es el más próximo del cerebro y por ende del origen del sentimiento. La extrema complejidad de los nervios olfativos sería incluso más alta en la gente inteligente, y llegaría a lo más profundo del psiquismo, más aún que en el oído o en la vista. Es así que, mientras la estrategia de desinfección avanzaba, el olfato pasaría a ser considerado como el sentido privilegiado de la reminiscencia, revelador de la coexistencia del yo y del sentido de la intimidad. El ascenso del narcisismo y los progresos del higienismo jugarían entonces a favor del más desacreditado de los sentidos humanos (Corbin V).

Volviendo a la deficitaria higiene del Buenos Aires criollo, era en los patios traseros de las casas que las familias acostumbraban acumular las basuras. Cuando éstas se tornaban en exceso abundantes se las quemaba o tapaba con tierra. Había también (y es éste el caso de la residencia de los Mansilla) grandes pozos excavados, algunos de una profundidad que frisaba los dos metros, con paredes enladrilladas y tapas de madera y tierra, que se usaban durante mucho tiempo, hasta saturarse. Los que han sobrevivido hasta nuestros días constituyen riquísimos reservorios de restos materiales y de información de la vida cotidiana de la era criolla, muy valorados por los arqueólogos urbanos.

Hasta 1840 no hubo servicio de recolección de residuos en Buenos Aires y al implementarse por vez primera dejó mucho que desear. Los vecinos depositaban la basura en tipas de cuero que se dejaban en las esquinas y que los carros recolectores se llevaban a las afueras o al Riachuelo, aunque buena parte de la insalubre carga se perdía en el camino. En cuanto al limonero, aludido en la descripción de Mansilla, solía indicar la presencia de los

pozos, ya que era creencia popular que absorbía los malos olores y purificaba el aire, algo de lo que el memorialista se permite dudar (Carretero I: 43).

Sobre fines del siglo XVIII francés, y más tardíamente en Buenos Aires, el discurso de las ordenanzas sanitarias se torna repetitivo en una serie de medidas que puntúan el “ciclo de las inmundicias” que se intenta establecer: la eliminación de los arroyos que corren en medio de la calzada, la prohibición de las goteras desbordantes, la interdicción de arrojar basuras, la imposición del barrido frente a las puertas, el riego de paseos, puentes y dársenas, la recolección de los residuos en vehículos bien cerrados y la generalización del sistema de cloacas (Corbin V, la traducción es nuestra). En el caso porteño, estas medidas recién se harían efectivas a partir de los años 1870.

Siguiendo con la descripción que hace Mansilla de su casona natal, más atrás aún, había un tercero y hasta un cuarto patio, más marginales, en donde se lavaba, se tendía y se planchaba la ropa. Para llegar al tercer patio había que pasar por un zaguán con dos letrinas, una de las cuales estaba destinada a los patrones, la otra a los sirvientes. La memoria olfativa de Mansilla pareciera rechazar este recuerdo, que sin embargo regresa para quedarse en la escritura. En el fondo de la casa, todo es más sórdido:

Otro zaguán por el estilo del ya pintado -con un aditamento poco odorífico, ¿qué digo?, demasiado, ¡pus!, tenía dos letrinas: una para los patrones, otra para la gente *non sancta*-, conducía a un patiecito, a la derecha, en el que había un chiribitil de madera, y otro a la izquierda, pasando por una pieza dividida en dos cuartos (el terreno hacía martillo), con dos piezas sin luz al fondo, baja la una, alta la otra (Mansilla 1978: 88, itálicas del autor).

En total, había dieciséis habitaciones incluida “la del baño”, en donde se encontraba, nos refiere Mansilla, “la tina de latón de mi madre, destinada al efecto”. Para llegar a la despensa había que pasar necesariamente por aquí (89). Como se ve, ni siquiera en los sectores más pudientes la provisión de agua era la más apropiada, desde el punto de vista del confort y de la higiene. El privilegio de los grandes propietarios era aquí mínimo: la posibilidad de contar con letrina propia (en este caso, la que utilizaban el matrimonio Mansilla y sus hijos), y que no compartían con los sirvientes, los cuales, siendo más numerosos, también tenían una. *Sólo* una letrina. Al respecto, es importante acotar que las residencias burguesas de Buenos Aires comenzaron a contar con baños modernos recién a fines del siglo XIX. Sólo entonces las tinas portátiles desaparecieron y el hábito de bañarse

todos los días, una de las grandes novedades de la Belle Époque, se generalizó entre los burgueses porteños (Losada 90-91).

Tal como subraya Alain Corbin, la “confusión olfativa” que reinaba en los espacios públicos y privados será gradualmente destruida durante el XIX. Los excrementos serán así “privatizados”, y los malos olores serán contenidos en lugares confinados. Incluso los olores de la cocina dejarán poco a poco de confundirse con los de los espacios de intimidad o los del hospital y la prisión (Corbin 108).

Buenos Aires, hasta bien entrado el siglo XIX, literalmente apesta. Rodeada de establecimientos insalubres, como los saladeros que vuelcan sus desperdicios en el río de Barrancas (hoy Riachuelo) o los hornos de ladrillos que son al mismo tiempo quemaderos de basuras, la ciudad huele muy mal. A esto habría que agregar el jabón que dejan las lavanderas en las orillas del río o los pescados muertos que desechan los pescadores. En las casas, en tanto, la inexistencia de aguas corrientes hace que todo vaya a parar (basuras y agua de letrinas) al sumidero doméstico, que tan gráficamente describe Mansilla o, en su defecto, a los baldíos (Matamoro 22).

En realidad, limpiar con agua no es otra cosa que drenar, esto es, asegurar la circulación del líquido y la evacuación de las inmundicias (Corbin 108). Lo que se pretende es higienizar la urbe por medio de las cloacas y de las aguas corrientes, inexistentes en el Buenos Aires criollo, para así desarticular el estancamiento pútrido, preservar el porvenir sanitario y posibilitar, por medio de la técnica, la regulación que la naturaleza, por sí sola, no sabría llevar a cabo en los lugares de depósito artificial, como letrinas y pozos ciegos.

La insalubridad y los malos olores generalizados explican, según Matamoro, la “manía porteña” por el perfume y el aseo, de la cual, como hemos visto, no estaba exenta la señora de la casa, doña Agustina Rosas de Mansilla. Tras la obligada siesta del mediodía, los porteños acostumbraban bañarse y luego utilizar esta misma agua (que llenaba las aparatosas tinajas) para baldear las veredas o regar las plantas. Parejamente, se quemaban pastillas de olor en pebeteros, se prodigaban las flores y platos con hojas aromáticas, además de cultivarse plantas de olor en los patios (Matamoro 22-23). Podemos comprobar entonces, sin necesidad de abstrusas deducciones, que las labores de jardinería de Agustina Rosas no sólo tenían un sentido práctico sino que además no eran en absoluto excepcionales ni sorprendentes.

Desde el punto de vista de la espacialidad interna, la disposición sucesiva de las habitaciones y ambientes de la casona de los Mansilla recuerda a la típica “casa chorizo” que

la sucedería cronológicamente. Como especifica Mario J. Buschiazzo, la casa chorizo porteña era “exactamente la casa pompeyana partida por la mitad” (33). Si bien la plebeya “casa chorizo” aparecería a fines del XIX y sería de dimensiones mucho más reducidas, su concepción espacial ya se hallaba contenida dentro de la casona de la Colonia. Es por ello que, ante la abundancia de patios y de cuartos comunicados sucesivamente entre sí, la vida privada se tornaba empresa difícil y chocaba al viajero europeo (Molloy 1988: 1216). Para Damián Bayón, en tanto, esta disposición en apariencia irracional y defectuosa del espacio interno implicaba en realidad una solución “funcional” dentro de un “sistema familiar paternalista y jerarquizado”. El mero hecho de verse obligado a pasar por dormitorios propios y ajenos permitía una vigilancia (especialmente nocturna) “de los ires y venires de los habitantes de la casa” (Bayón 1216). El propio Mansilla no deja de aludir, más o menos veladamente, a la promiscuidad en que vivían criados y amos, grandes y chicos. El siguiente pasaje es más lo que sugiere que lo que explicita, pero el contenido no deja de ser claro:

¿Para qué seguir con lo interior, cuando todo concordaba con lo ya mencionado, excepto lo que a la servidumbre correspondía, cuyas camas eran volantes? Me refiero a las mujeres negras y blancas, mulatas o chinas. Los hombres dormían en los cuartos de afuera, lo cual no impedía que se cumpliera el refrán: Dios los cría y ellos se juntan. Los niños ven, oyen, y aunque hasta callan y disimulan, no caen bien en cuenta al principio. Pero... con el tiempo maduran las uvas para ellos también. En nuestra América no se respetan puertas cerradas. Todos, grandes, chicos, patrones y sirvientes empujan, abren sin anunciarse en forma alguna y lo que a los grandes sólo les perturba, a los niños les despierta la imaginación [. . .] Y la reflexión que hace al caso, como la moralidad en las fábulas, es que cuando los niños andan muy revueltos con los criados, toda vigilancia es poca (Mansilla 1978: 18).

Otra de las batallas a librar por los higienistas decimonónicos fue la del “desamontonamiento” (*désentassement*). Desamontonar las personas y proceder a una nueva división del espacio urbano supuso completar el trabajo de la ventilación, con el fin de dominar el flujo de las emanaciones, tanto las de la putridez como las de orden social. Muy significativamente (y más aún si pensamos en el testimonio de Mansilla respecto a la promiscuidad en la que vivía la servidumbre), esta lucha se libró alrededor de la cama y de la tumba individuales, que fueron en buena parte colectivas hasta el siglo XVIII. En ese sentido, resulta determinante el rol del hospital en la definición de las nuevas normas, al imponer las

camas únicas para los enfermos. Tal medida no fue sólo de orden médico, sino que además implicó un cambio profundo en la subjetividad humana. La cama individual, como afirma Corbin, autorizó la ensoñación narcisista prolongada, incitó al monólogo interior e impuso la habitación personal (119), esa misma que posibilitaría la introspección, como ya hemos señalado.

Al mismo tiempo se opera una transferencia de lo vital a lo social: al pueblo le corresponderá ahora el instinto, la animalidad, la hediondez orgánica. Los objetos de repugnancia olfativa pasarán a ser el cuchitril y las letrinas del pobre, el estercolero rural, el sudor graso y fétido que impregna la piel del trabajador. Lejos de los olores del pueblo la burguesía intenta torpemente purificar el mal aliento de la casa, tal como le hemos visto hacer a Agustina Rosas. Letrinas y cocinas van dejando de exhalar olores insistentes, mientras la química de Lavoissier define las normas de aireación. El salón y el *boudoir* se pretenden disponibles para nuevas y sabias puestas en escena olfativas. Los olores inoportunos no distraerán más la habitación, flamante templo de la vida privada y espacio de intimidad construido en el corazón de la esfera doméstica (269).

En lo que hace a la disposición espacial y socialmente jerárquica de la residencia de los Mansilla conviene recordar que ésta se repetía en todas las casonas coloniales de Hispanoamérica, en donde el legado latino y árabe se había mantenido casi incólume. Benjamín Subercaseaux, escritor chileno contemporáneo de los memorialistas del Ochenta porteño, describe de la siguiente manera su casa natal:

Las viejas casonas chilenas [. . .] tenían, como las casas españolas, una disposición que recordaba al *domus* romano. El primer patio, un ceremonioso *atrium*, estaba destinado a los salones y a la recepción. El *peristilum* quedaba reservado para la familia; los dormitorios convergían ahí, sin ventanas, alumbrados solamente por los vidrios de las puertas que los comunicaban con el exterior. Entre el primero y el segundo patio se encontraba, habitualmente, un dormitorio grande: el de la dueña de casa (en este caso, el de la abuela). Entre el segundo y el tercero se hallaba el comedor (57, itálicas del autor).

La analogía sigue siendo notoria cuando Subercaseaux habla de los bajos fondos de la casona, allí donde se alojaba y trabajaba la servidumbre:

Más allá, venía una especie de *gineceo*: el patio de las sirvientas; algo muy vedado, donde estaba la cocina, el gallinero, el *cequión* y los dormitorios de las empleadas

(58) [. . .] El tercer patio tenía un segundo piso atrás, una especie de soberado de madera donde estaba “la pieza de las maletas” y dos o tres dormitorios de empleadas. Por uno de los pilares que sostenían ese encatrado se alzaba una parra llena de buena voluntad: brotaba en cada primavera y hasta daba algunos racimos cristalinos de una uva dulce y rosada (63, itálicas del autor).

Yi-Fu Tuan subraya el hecho de que las polaridades vertical-horizontal, elevado-bajo, atrás-adelante o derecha-izquierda tienen su origen en la forma y en la postura del cuerpo humano, a partir del cual se define el espacio social. El espacio frontal resulta así más vivo, más colorido y más ancho que el espacio trasero que no podemos aprehender más que a través de indicios no visuales. Mientras el primero luce “luminoso”, el segundo peca de “sombrio”. Parejamente, lo que tenemos adelante es percibido como futuro y pareciera detentar una dignidad de la que carece lo que queda atrás, símbolo del pasado, de lo ya perimido. Esta demarcación atrás-adelante es visible en las casas y en los lugares de trabajo. Las zonas “de atrás”, marginales, suelen estar reservadas a la servidumbre, mientras que las de adelante, así como las galerías y estancias más luminosas y mejor amuebladas, al personal dirigente. Esto es perceptible incluso en las casas de clase media con una entrada coqueta para impresionar a las visitas de mayor categoría social y una parte trasera poco atractiva para las gentes de estatus menos elevado como los proveedores y los niños (Tuan 44-45).

Las casonas coloniales de Hispanoamérica poseían también, en sus espaciosos interiores, núcleos más reducidos en los que se concentraban todos los afanes estéticos de una alta sociedad criolla que buscaba, con torpeza y fruición, europeizarse al máximo. Un objetivo que parecía remoto, casi utópico, durante el proceso independentista desatado en 1810, pero que conforme fue avanzando la centuria iría materializándose paulatinamente, aún con las dificultades y demoras del caso. No sorprende entonces que, tras hablar, con cierto pudor, de los poco higiénicos y modestos patios y cuartos traseros, Mansilla se demore, ahora sí con satisfacción no disimulada, en la descripción de las piezas principales, las más elegantes, entre ellas el salón y la habitación de sus padres. No faltan, al pasar, la alusión al origen comercial de muchos de los miembros de la alta sociedad porteña, al sólido mobiliario extranjero, y a los abundantes y europeos *bibelots*, no valorados todavía, puesto que el viaje a Europa aún no se había generalizado, y menos aún, institucionalizado:

Las piezas principales estaban todas alfombradas con tripe rizado, que se vendía en las tiendas de Iturriaga, de Elortondo, de Crisol. Ser tendero, o tener almacén de loza, por

ejemplo, no era industria que disminuyera socialmente. Muchas de las familias que ahora figuran con más viso, cuentan entre sus fundadores caballeros de lo más decente que manejaron la vara de medir con integridad, o vendieron agujas y alfileres, o palanganas y algo más, o cacerolas y estoperoles [. . .] Los muebles de la sala, antesala, dormitorio, costurero y comedor eran la mayor parte de procedencia inglesa o norteamericana. Mucha caoba maciza y mucha esterilla de crin. El tálamo de mis padres era de bronce, enorme. En la sala había una mesa redonda con muchos bibelots, que no sé de dónde vendrían, que eran cuidados, no apreciados, y cuyo mérito sólo pude verificar mucho después en mi primer viaje a Europa: un piano de la marca Collard y Collard [. . .] algunos cuadros (Mansilla 1978: 91).

Sería el viaje europeo el proveedor de más sofisticados objetos materiales pero también de nuevos significados y valores inmateriales. En algunos pasajes de *Mis memorias...* se observa esto con claridad. El niño Mansilla, sin embargo, no logra explicarlo con palabras, no es consciente de los nuevos significados, sólo siente extrañeza, curiosidad, y la vaga y turbia conciencia de algo prestigioso que viene no se sabe de dónde. A posteriori, el propio Mansilla, devenido adulto y viajero europeo, llega a comprender qué implicaban estos objetos que ya habían comenzado a irrumpir, de a poco, en los interiores de las casas rosistas.

***Dandies* y viajeros porteños del XIX**

Ya hemos hablado, en los apartados anteriores, del rol clave que le corresponde al movimiento y a su dialéctica con lo fijo en la escritura de Lucio Victorio Mansilla. Si nos hemos detenido, hasta aquí, en los interiores, no es para considerarlos ambientes aislados y artificiales, sino todo lo contrario. Nos interesa, de manera particular, la vinculación de éstos con el contexto exterior, social y económico, del cual emanan.

La dialéctica entre lo fijo y lo inmóvil también puede entenderse como aquella entablada entre lo interior y lo exterior, y entre lo material y lo inmaterial. Es lo que sucede con los objetos, en especial con los decorativos y suntuarios, esto es, aquellos que carecen de utilidad práctica y que sólo juegan un rol simbólico. Ahora bien, cabe preguntarse cómo llegaron estos objetos a los interiores burgueses del XIX porteño. Para responder a este interrogante debemos internarnos, necesariamente, en el dominio de los viajes, con sus destinos europeos o exóticos, y en sus viajeros, hombres de mundo, *dandies* locales al estilo de Mansilla y de otros hombres del Ochenta.

En *La Gran Aldea* uno de los personajes más notorios es el doctor Montifiori, “un ex diplomático de un país híbrido como la Herzegovina o el Montenegro, no importa” (López 2010: 94). Su nacionalidad, en efecto, carece de relevancia para el novelista. Montifiori es más un símbolo de clase que un personaje histórico fielmente retratado. Está casado con una bella burguesa de Buenos Aires, Fernanda, y él mismo es un *dandy* porteño, aunque sea por adopción, ya que forma parte de la elite local. Su larga residencia en Europa le permite desplegar luego, en la capital argentina, un modo elegante de hablar y de vestir, así como una exquisita decoración en su residencia. Lucio V. López describe con pluma irónica sus oropeles y remilgos:

El doctor Montifiori era un personaje de edad reservada, pero con aire de *garçon*. Sabía llevar con cierta elegancia negligente la ropa que vestía y se conocía que el gusano había vivido siempre dentro de seda [. . .] El doctor Montifiori se movía por el salón como una góndola con proa de ánade; tenía un abdomen formado sin duda por las golosinas de los banquetes de embajada, a los que concurría invariablemente a pesar de su retiro. Sus rubicundos cabellos y sus patillas inglesas, incluso su bigote, recortado como el de los banqueros de Lombard Street, debían el brillo de su lustre a las caricias de un pan de cosmético en constante ejercicio sobre la mesa de *toilette*. No hay duda, el doctor Montifiori vivía teñido desde los pies hasta la cabeza. Como todos los viejos *dandies*, después de tragar sus píldoras de salud, entregaba su figura a los afeites milagrosos de Guerlain, y como si se sumergiera en la fuente de Juvencia, se bañaba con precauciones en agua tibia y perfumada, dormía como los donceles de César en lecho de plumas, y su medio siglo largo necesitaba, después de sus encantadas *soirées*, que el edredón de los sibaritas cubriera y protegiera sus miembros fatigados como los de Júpiter después de sus transformaciones (94-95, itálicas del autor).

En la casa de Montifiori, como en la de tantos burgueses, reinan los tapices, los diminutos *bibelots*, y los exóticos objetos y motivos del Oriente:

La mansión de Montifiori revelaba bien claramente que el dueño de casa rendía un culto íntimo al siglo de la tapicería y del bibelotaje, del que los hermanos Goncourt se pretenden principales representantes; todos los hijos murales del Renacimiento iluminaban las paredes del vestíbulo; estatuas de bronce y mármol en sus columnas y

en sus nichos; hojas exóticas en vasos japoneses y de Saxe; enlazados pagódicos y lozas germánicas: todos los anacronismos del decorado moderno (125).

Tal como señala David Viñas es el viaje europeo (en sus diferentes versiones) el que convierte al burgués porteño en un sofisticado coleccionista, en un *dandy* y en un dispendioso (y bastante poco criterioso) decorador. Los hombres como Montifiori, *rastacueros*²² o *parvenus* con fortunas familiares que no se remontaban mucho más atrás de 1800, se habían enriquecido merced al comercio y se habían criado en un medio más bien basto, en una Buenos Aires que, hasta bien entrado el siglo XIX, aún carecía de la infraestructura mínima de una ciudad moderna y en donde los pantanos, la suciedad y la insalubridad eran generalizados. Ya hemos visto, en el propio texto de Mansilla, cómo la falta de comodidades fue la nota saliente aún en las grandes casonas de la alta sociedad, antes de 1880.

Viñas distingue seis tipos de viajes europeos emprendidos por los burgueses de Buenos Aires desde principios del siglo XIX hasta llegar al XX: el colonial, el utilitario, el balzaciano, el consumidor, el ceremonial y el estético. El primero de ellos es el que se advierte en la *Autobiografía* de Manuel Belgrano, aquel emprendido por el criollo hijo de un comerciante recientemente enriquecido por el monopolio y que establece con lo europeo, pero sobre todo con lo español, una relación de “súbdito a corte”. Belgrano busca la aprobación de la metrópoli, puesto que de este reconocimiento depende la viabilidad de la nueva entidad política que pretende reemplazar al Virreinato del Río de la Plata. Ciertamente, no es éste el viaje del doctor Montifiori, como tampoco lo es el “utilitario” de Juan Bautista Alberdi y, en parte, de Domingo Faustino Sarmiento, los cuales van a Europa para aprehender (por vía de los datos estadísticos y de la observación empírica más sistemática) su superior realidad, extrayendo sus enseñanzas en el terreno de la economía, la política, la educación, el arte, la ciencia o la técnica, para luego aplicarlas en el aún virgen y atrasado Nuevo Mundo.

En cuanto al viaje moderno, “balzaciano”, de un Sarmiento que se dirige al Viejo Continente con el bagaje orgulloso de su condición de escritor y de funcionario del gobierno chileno, sólo con el objeto de conquistarlo, de encontrar allí la gloria, tampoco tiene que ver con la actitud de Montifiori y de sus émulo. Éstos, en cambio, navegan en el terreno de la estética, del consumismo y del hedonismo.

²² Según el Diccionario de la Real Academia *rastacuero* proviene del francés *rastaquouère* y para el Larousse éste, a su vez, del español, aunque ambos podrían tener razón. La palabra, de connotación despectiva, designaba a los millonarios sudamericanos, especialmente argentinos y chilenos, que hacían ostentación y despilfarro de su fortuna en los salones parisinos de la Belle Époque.

En uno de los apartados anteriores ya hemos mencionado el “viaje consumidor”, uno de cuyos primeros exponentes no fue otro que Lucio V. Mansilla. Lo que diferencia a éste de un Montifiori es su condición de “*gentleman-escritor*” y no la de burgués viajero, que ambos comparten. Esta última permite ratificar las distancias sociales, mistificándolas, subrayándolas: “Es así como Europa y en especial luego de 1880 a través del grupo social que detenta la literatura, se convierte en proyección y ratificación de las distancias sociales, es decir, Europa exalta y sacraliza las distancias sociales instauradas en América” (Viñas 42).

Desde 1880, con la alta sociedad consolidada, el viaje a Europa se institucionaliza y el itinerario ya no es el de los aventureros y precursores sino que forma parte de un ritual, de una forma de consagración: se va para volver y ser celebrado. Mientras más tiempo se esté allí, mejor, ya que así se asimila más lo europeo, considerado como espiritualmente superior. Éste es el “viaje ceremonial”, que es también el viaje de Montifiori y de Mansilla. El último estadio de sofisticación estaría representado, a su vez, por el “viaje estético”, preanunciado en los anteriores pero más cabalmente constituido a partir del recorrido europeo de otro memorialista, otro “precursor”, Lucio V. López (48)²³.

Veamos, por caso, lo que nos cuenta Mansilla respecto del mobiliario estilo Empire que adornaba la casa de su tío (otro viajero, y de los primeros de la Argentina independiente) el doctor don Miguel Rivera, casado con su tía Mercedes Ortiz de Rosas. El “tío Rivera”, como le llama Mansilla, había cursado sus estudios de medicina en Francia, becado por el gobierno argentino, y de este país no sólo había traído los conocimientos para ejercer su profesión, sino también un gusto estético que, en pleno rosismo, parecía aún más inusual y extraordinario. La elite de Buenos Aires era por entonces más criolla que europea, y de ahí el asombro admirativo y la ignorancia del joven Mansilla:

[. . .] una de las cosas que más llamaba nuestra atención [. . .] eran los muebles de su apartamento, los pilares particularmente de una gran cama, las águilas que lo adornaban, lo mismo que los brazos de las sillas y sofás, todo con guarniciones doradas [. . .] ¿De dónde vendrá esto?, decíamos pensándolo, pero sin comunicárnoslo, sin articularlo en forma alguna. Nos mirábamos unos a otros como diciendo: ¡qué lindo! Y aquellas miradas no podían tener otro significado, a no ser éste: ¿para qué servirán estas cosas?, siendo, como eran, alhajamiento de casa

²³ Al respecto, consultar López, Lucio Vicente, 1915, *Recuerdos de viaje*. Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915, testimonio del periplo europeo de su autor, antes de que escribiera *La Gran Aldea*.

inusitado. Nada de eso en las nuestras; mucho menos en lo de “abuelita”; así la llamábamos a la “señora mayor”, otra variante, donde todo era sólido, modesto, mejor dicho, sin nada, nada que revelara inclinación al lujo y mucho menos a la ostentación. Sólo ya hombre hecho y derecho, vine yo a tener como la revelación de todo aquello; cuando supe lo que era: estilo Empire. Mi tío Rivera lo había traído de Francia (Mansilla 1978: 30-31).

Una vez más, y tal como advirtiéramos anteriormente, cuando el memorialista describiera las habitaciones principales de su casona natal, no hay significado evidente para el niño Mansilla, sólo interrogación. No hay palabras que puedan expresar su asombro y perplejidad frente a lo que ve, y el movimiento, esto es, la circulación, las influencias exteriores y dinamizadoras de Europa y de los Estados Unidos que caracterizan la era aluvial, queda literalmente inerte frente a la fijeza de la ciudad criolla, que sigue rigiendo. Porque es el viaje europeo y norteamericano (insistimos) el que empezará a quebrar este rígido esquema.

En este fragmento se advierte asimismo el contraste, que veremos repetirse sistemáticamente en la literatura memorialista del '80, entre la sofisticación europea, signo de la modernidad, el progreso y el buen gusto, todos los cuales reinaban en el hogar de los Rivera, y el austero mobiliario criollo que aún imperaba en la casa de la abuela materna de Mansilla, es decir, de la madre de Juan Manuel de Rosas. El contraste es más llamativo teniendo en cuenta que se producía en el interior de una misma familia, y que, para más datos, los Rivera vivían en los “altos interiores” de la casona de la abuela²⁴. Tal como señala Ángel Rama ambas dimensiones (la europea y la criolla) coexistirían en las grandes ciudades hispanoamericanas durante un largo período transicional, hasta que, al alborear la nueva centuria, lo europeo se impusiera de forma hegemónica. Vale aclarar entonces que la descripción que hace Mansilla del tío Rivera corresponde a 1840, aproximadamente, es decir, al rosismo.

Volviendo al doctor Montifiori y al período inaugurado en torno a 1880, cabe decir que no dejaba de ser un *rastacuero*, con toda la peyorativa acepción del vocablo, y que sus esfuerzos, como señala con cierta acidez el propio López, no rendían los frutos previstos.

²⁴ Un ejemplo concreto de lo que señaláramos en páginas anteriores: la convivencia en una misma gran residencia de miembros diversos de la familia extendida. No obstante ello, conviene aclarar (como lo hace el propio Mansilla en sus memorias) que se trataba en realidad de una casa independiente que formaba parte de un mismo complejo arquitectónico, en este caso un primer piso con vista al interior de la manzana, y no a la calle.

Había algo de falso y de insuficiente, en este ex diplomático y burgués de la Gran Aldea en transformación:

Como se ve, la casa [. . .] pagaba su tributo a la moda; un galgo aristocrático de raza habría encontrado mucha incongruencia allí; mucho apócrifo, mucha fruslería; pero el hecho era que Montifiori también entendía de japonismo, de gobelinos, de tapicerías flamencas, de vidrios de Venecia, de lozas y bronce viejos, de lacas y de telas de Persia y Esmirna. Allí andaban todos los siglos, todas las épocas, todas las costumbres, con un dudoso sincronismo si se quiere, pero con un brillo deslumbrador de primer efecto, ante el cual el más preparado tenía que cerrar los ojos y declararse convencido de que el doctor Montifiori era todo un hombre de mundo (López 2010: 126).

Algunos años más tarde de la publicación de *La Gran Aldea* Rubén Darío celebraría una de las consecuencias de la modernización y de la expansión a escala global del capitalismo: el hecho de que, una vez incorporado al mercado, el objeto de arte perdiera su originalidad, puesto que ahora era susceptible de ser producido en serie. Darío llega al punto de sugerir, en su cuento “El rey burgués”, que incluso la poesía podría fabricarse en serie, de la misma forma que los cuadros-mercancías. Si Montifiori (como tantos otros burgueses del Nuevo y del Viejo Mundo) se había convertido en un empedernido coleccionista, era porque tenía acceso a un mercado de objetos artísticos suntuarios. De esta forma, la esfera estética se autonomiza en la sociedad moderna, divorciándose de la vida práctica y preparando el terreno al arte autonomizado y “desinteresado” (Ramos 115-116). Al decir de Walter Benjamin, el interior deviene el refugio burgués del arte y del coleccionista, un mundo cerrado ideal, a resguardo del exterior violento y capitalista, una dimensión infranqueable en la que los objetos valen en sí mismos, despojados de su valor de uso:

El interior es el lugar de refugio del arte. El coleccionista es el verdadero inquilino del interior. Hace asunto suyo transfigurar las cosas. Le cae en suerte la tarea de Sísifo de quitarle a las cosas, poseyéndolas, su carácter de mercancía. Pero les presta únicamente el valor de su afición en lugar del valor de uso. El coleccionista sueña con un mundo lejano y pasado, que además es un mundo mejor en el que los hombres están tan desprovistos de lo que necesitan como en el de cada día, pero en cambio sí están libres en él de la servidumbre de ser útiles (Benjamin 183).

David Harvey, en su análisis de la obra de Honoré de Balzac, señala el rol crucial que juegan los interiores en sus novelas. Uno de sus personajes, el “primo” Pons²⁵, es un coleccionista que guarda celosamente su colección en el interior de su apartamento, ignorando el valor comercial de la misma. La penetración en este “santuario interior” (*inner sanctorum*) de una coalición de fuerzas impulsada por la portera provoca su muerte. El ingreso ilegal en el apartamento de Pons supuso franquear al enemigo el acceso al corazón de la ciudadela e incrustar una daga en el corazón del “primo”. En definitiva, la causa más profunda de su muerte es la penetración de la mercancía y de sus valores mercantiles en un espacio privado, allí donde la pureza de valores que animaba a Pons como coleccionista había regido hasta su muerte. Con esta truculenta historia, Balzac nos transmite la idea de que la intimidad es una calidad humana de la que no se puede prescindir, pero que se halla perpetuamente amenazada por la incansable presencia de los valores comerciales. La utopía balzaciana postula un lugar seguro y bucólico con una vida estable de intimidad y de posesiones valiosas, segregadas de la dureza del mundo y protegidas del mercantilismo. Pero este sueño está condenado a la frustración (Harvey 2003: 45-46).

Está claro que el doctor Montifiori, en el irreverente retrato que hace de él Lucio V. López, representa un estadio anterior en la forja del coleccionista. A diferencia del “primo” Pons, Montifiori sigue inmerso en una esfera absolutamente materialista y exhibicionista, la del “viaje consumidor”. Muy lejos aún del viaje y de la dimensión estéticos, el antiguo diplomático de nacionalidad indefinida no ha definido tampoco, valga la redundancia, su condición de coleccionista puramente ligado al arte y a la espiritualidad. En el capítulo III veremos cómo esa “alta sociedad” a la que pertenecía Montifiori fue refinándose, y cómo este proceso fue largo y complejo. En *La Gran Aldea* la rusticidad criolla es aún dominante, y los valores más “civilizados” de Europa no consiguen imponerse, de la misma forma que el arte y el coleccionismo están lejos de desprenderse del mercado y de los dictados del consumismo más burdo.

En otro orden de cosas, consideramos que el Modernismo, entendido como la nueva estética y sensibilidad de la Belle Époque, ya se anuncia en los memorialistas porteños del '80. Según sostienen diversos autores, como Rama (1985), Jitrik (1978) y el propio Ramos, en esta primera etapa que se extiende hasta 1900, la literatura modernista interpreta el lujo

²⁵ *Cousin Pons* es una novela de Honoré de Balzac aparecida en forma de folletín en 1847 y publicada como libro ese mismo año.

desde una perspectiva crítica y radical. Los fragmentos citados de Lucio V. López así lo certifican, en una anticipación de los textos análogos de Rubén Darío. El más significativo de éstos es, sin lugar a dudas, “El rey burgués”, en el que se describe acerbamente un lujoso espacio interior, tan abarrotado de objetos suntuarios como la casa de Montifiori. Este espacio amenaza incorporar, como un objeto más, al poeta y a su maquineta generadora de música. Se advierte entonces que la fetichización de los objetos alcanza en este fin de siglo un nivel históricamente inédito que los escritores y cronistas no pueden obviar. Por otra parte, y tal como veremos en el capítulo III, a partir de 1900 el Modernismo abandona su condición anti-burguesa para convertirse en la estética de los sectores dominantes.

El estilo modernista es el que gobierna el interior de las casas burguesas finiseculares, y está regido a su vez por el individualismo, expresando la personalidad en su grado más extremo. Para Benjamin, la “transfiguración del alma solitaria” constituye su objetivo final, y su “teoría” no es otra que la del individualismo (182). Esta “alma solitaria” que mora en los interiores de casonas y palacetes, es la que, en su versión porteña, ahonda en lo más íntimo, psicológicamente hablando, para emprender así la crónica autobiográfica y memorialista.

Otro insigne precursor del Modernismo y contemporáneo de Lucio V. López, el cubano José Martí, criticó también esta voluntad autonomizadora del arte y el rol creciente del lujo. En un ensayo sobre Oscar Wilde publicado por primera vez en 1882, en el diario porteño *La Nación*, Martí alude a la voluntad de posesión de lo hermoso (la misma que consumía a Montifiori), la cual iba más allá del ennoblecimiento que procura el amor al arte y el contacto con lo estético:

Sobre el placer de conocer lo hermoso, que mejora y fortifica, está el placer de poseer lo hermoso, que nos deja contentos de nosotros mismos. Alhajar la casa, colgar de cuadros las paredes, gustar de ellos, estimar sus méritos, platicar de sus bellezas, son goces nobles que dan valía a la vida, distracción a la mente y alto empleo al espíritu. Se siente correr por las venas una savia nueva cuando se contempla una nueva obra de arte. Es como tener de presente lo venidero. Es como beber en copa de Cellini la vida ideal²⁶.

Esta misma embriaguez era la que inflamaba de placer al doctor Montifiori cada vez que, en sus viajes a Europa, adquiría un *biblot*, un cuadro, un mueble o un tapiz. A esta pasión del

²⁶ “Oscar Wilde”, *La Nación*, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1882.

coleccionista cabría añadir la obsesión por lo viejo, tan característica de la joven burguesía de Buenos Aires, la cual buscaba alcanzar, aunque fuera en un plano de simbólica apariencia, la antigüedad y el linaje de las aristocracias europeas. Una tendencia que, como veremos en el capítulo IV, marcaría asimismo la arquitectura de la Belle Époque porteña.

Por otro lado, es dable afirmar que, aunque la esfera estética es incorporada al mercado como espacio decorativo y anti-utilitario, no deja de afirmar, en el fondo, la nueva lógica de mercantilización del mundo (Ramos 117). Cuando Montifiori se pavonea, pretendiendo mostrarse como un hombre de conocimientos y de elevados gustos artísticos, no consigue, sin embargo, dejar de ser el adinerado cliente de un mercado recién creado y en formidable expansión. Tal como señala Adriana Bergero, los objetos convierten a la casa familiar en un museo cosmopolita que exhibe el poder adquisitivo de la oligarquía. De esta manera, el espacio vital se transforma en teatral, es concebido como un escenario, listo para la gran escena de la gran sociedad (Bergero 31).

Cuando Rubén Darío escriba “El rey burgués”, tendrá precisamente en mente estos palacios de la elite, cuyas ostentosas acumulaciones de riqueza y obras de arte deplorará. Estos palacios alhajados poseían un grado de sofisticación proporcionalmente más elevado que el de las residencias burguesas porteñas de mediados del XIX, algunas de las cuales todavía eran casonas coloniales. Como ya mencionáramos en el capítulo I, el “homólogo colectivo” de este exquisito interior burgués sería el museo moderno, vehículo privilegiado, a su vez, de la nueva identidad republicana del Estado-Nación en forja (Cisneros 108). Ciertamente, la contracara de la cultura de masas de las grandes urbes es el espacio cerrado de este refugio burgués, decorado y repleto de objetos que revelan el fetichismo y la musealización de los interiores de los que habla Walter Benjamin (107).

Siguiendo esta misma línea de pensamiento, y tal como venimos señalando desde la “Introducción”, el concepto de “interior”, según Julio Ramos, no incluye únicamente al espacio arquitectónico cerrado sino también al espacio subjetivo que acompaña a los individuos que transitan la ciudad. Y que la escriben, podríamos agregar nosotros, si pensamos en los textos memorialistas. Es éste el espacio íntimo y privado, fundamental en la literatura finisecular, en una ciudad moderna que está perdiendo sus espacios públicos y comunitarios (Ramos 132).

Pero regresemos, una vez más, a los testimonios de nuestros autores. Contrariamente a la descarnada visión que nos brinda López en *La Gran Aldea* Víctor Gálvez nos pinta el

retrato de otro porteño del '80, contemporáneo suyo al momento de redactar las *Memorias de un viejo*. Su mayor refinamiento se muestra mucho menos ostentoso y bastante más adecentado que el de Montifiori:

No es preciso que describa casa por casa, ni salón por salón; pero recordaré que José Pacheco, en su casa calle Cuyo, tiene el salón más parisiense que sea posible encontrar aquí; todo fue encargado a París, hasta las molduras de las paredes, los espejos, las cortinas, las alfombras y los muebles. Elegante es el pequeño saloncito, tapizado todo de seda crema, bordada de realce, muros, cortinados y muebles. Es lujoso y es de buen gusto. La araña es Saxe, y todos los bibelots son bien escogidos. Puedo afirmar, todo es al gusto francés más exquisito; hay buen criterio en gastar así el dinero (Gálvez 426).

De Mansilla a Pacheco, pasando por Montifiori: la evolución, más cuantitativa que cronológica, es claramente perceptible. La Colonia ha quedado atrás para siempre, y no ha llevado más de una generación liquidarla. Sin embargo, la herencia española era compleja, un lastre pesadísimo que no podía modificarse ni conjurarse con facilidad. Las casas, aunque decoradas a la francesa, conservaban la arquitectura original por lo que se hallaban constreñidas dentro de los límites estrechos que los interiores (paredes, habitaciones, pasillos, patios) determinaban. Paralelos a las transformaciones urbanísticas impulsadas por Alvear a escala monumental (plazas, avenidas, parques, monumentos) los cambios también fueron profundos en la esfera privada, a una escala espacial más reducida. Para la alta sociedad porteña los nuevos tiempos reclamaban cambios tan drásticos como iconoclastas: había que demoler, y volver a construir.

Es así que, cuando dos años después de la muerte de su esposa el viudo Ramón Rolaz se casa en segundas nupcias con la joven y aristocrática Blanca, la hija del doctor Montifiori, éste le obliga a demoler y a reconstruir parte de su antigua casona de la calle Victoria, cambiando o relegando a los últimos rincones, de paso, todo el vetusto decorado criollo:

La casa fue transformada: todo el menaje de los tiempos prehistóricos de Pavón fue modificado por un mobiliario moderno del más correcto gusto contemporáneo. Los viejos retratos de la familia fueron a cubrir las paredes de los últimos cuartos, incluso el de mi tía, que había reinado veinte años en la pared principal del salón [. . .] Mi tío había hecho demoler y reedificar gran parte de su casa de la calle Victoria [. . .] El antiguo palacio burgués de los Berrotarán había sido completamente transformado

bajo la artística dirección del señor Montifiori. Mi tío había decorado su casa con todo el confort y el aticismo moderno. Era aquel el nido más hermoso en que una mujer de mundo podía soñar; y cosa singular, hasta el novio se había rejuvenecido y había tomado todos los contornos de un hombre de mundo (López 2010: 118-124).

El tío Ramón, de origen humilde, se había casado en su juventud con Medea Berrotarán (la “tía Medea”), perteneciente a una rica y tradicional familia porteña. Durante cincuenta años el sumiso Ramón vivió una vida cuasi monacal, sin lujos ni comodidades, siempre bajo la tiránica impronta de su mujer. *La Gran Aldea*, novela costumbrista y ficción autobiográfica (si hemos de utilizar el concepto de Lejeune) se divide en dos partes, que corresponden a su vez a dos períodos históricos bien delimitados: antes y después de 1880. La tía Medea fallece, muy significativamente, en torno a 1880/1881. Resulta significativa también la caracterización opuesta (más ideológica que psicológica) que define a las dos esposas del tío Ramón: la tía Medea, vieja, fea, vulgar, austera, tacaña, despótica, rígida, intelectualmente estrecha, retrógrada, conservadora en lo político hasta alcanzar lo reaccionario, clasista, antiliberal, fervorosamente patriótica, porteñista y xenófoba, y Blanca Montifiori: joven, bella, mundana, elegante, voluptuosa, fría, calculadora, cosmopolita, apolítica, derrochadora, coqueta.

Dos mujeres, dos épocas, dos estilos de vida y dos casas diferentes, que marcan el violento contraste entre lo que José Luis Romero ha definido, histórica y conceptualmente, como “era criolla” y “era aluvial”. En el capítulo siguiente exploraremos con mayor cuidado la transición de una etapa a otra. Con este fin, nos detendremos en otro aspecto de la dimensión interior, aquel signado por las llamadas “sociabilidades”.

Conclusiones

Hasta aquí, nos hemos propuesto delimitar, teórica e históricamente, nuestro concepto de “dimensión interior”, circunscribiéndolo a un caso concreto, el de la arquitectura doméstica de la alta sociedad criolla de Buenos Aires. Nuestro análisis se ha centrado en los espacios interiores de las casonas decimonónicas y en su estructuración en rígidos “círculos concéntricos”. Hemos visto cómo tales círculos, partiendo del corazón del *oikos* familiar, esto es, de las habitaciones de la familia propietaria, y ensanchándose gradualmente hasta alcanzar los lugares de residencia y de trabajo de la servidumbre, continuaban su progresión hasta la calle, el vecindario, la ciudad en su conjunto y los suburbios. Comenzando por el núcleo

arquitectónico más íntimo de la “ciudad letrada”, que coincide, en una esfera psicológica, con la mente misma del autor memorialista, hemos explorado la disposición jerárquica de los ambientes interiores de la casona de los Mansilla. Hemos mostrado también cómo la fijeza de estos ambientes de la era criolla se vio infiltrada, de manera lenta pero inexorable, por la dinámica ciudad aluvial. La dialéctica entre lo fijo y lo móvil, entendido éste como el espacio extra-familiar más amplio, la calle, el barrio, la ciudad, el país, el mundo, la circulación y el vagabundeo, se traduce en influencias, materiales e inmateriales, que penetran y modifican. De esta manera, hemos evidenciado, siempre valiéndonos de los testimonios literarios de López, Mansilla y Gálvez, cómo los elementos decorativos o utilitarios, léase, los *bibelots*, los muebles, los tapices, los relojes, las técnicas ligadas a la provisión de agua, entre otros, se combinaban con los elementos inmateriales (ideas, hábitos, lenguajes, discursos, viajes) y modificaban poco a poco los espacios interiores. Éstos, en definitiva, no pueden ser entendidos aisladamente, sino en sintonía con el contexto histórico y social del que emanan.

Los espacios interiores, considerados como escenarios clave de las sociabilidades de las eras criolla y aluvial, constituirán también la temática de los capítulos III y IV. Mientras en el capítulo III estudiaremos los lugares de encuentro, de la “alta sociedad” y de los sectores populares, de la era criolla, es decir, las tertulias, las tiendas, las pulperías y los cafés, el IV estará consagrado al Club del Progreso y al Jockey Club, dos instituciones de la elite fundadas en 1852 y 1882, respectivamente.

Capítulo III

Sociabilidades porteñas, “alta sociedad” y sectores populares: tertulias, salones, pulperías, tiendas y cafés

Introducción

En este capítulo nos proponemos estudiar la transición de la era criolla a la era aluvial, tomando como eje las denominadas “sociabilidades” y su vínculo con la identidad de clase. Analizaremos así ciertos ámbitos de encuentro de la era criolla en Buenos Aires, como las tertulias y los antiguos comercios criollos, entre los que se incluirán a las tiendas, a las pulperías y a los cafés. En todos los casos, nuestras fuentes principales volverán a ser los memorialistas porteños del Ochenta, pero recurriremos también a otros testimonios contemporáneos. Este capítulo pretende ser, de alguna manera, una prolongación lógica del anterior, puesto que volverá a ser la dimensión interior el escenario principal de estas sociabilidades.

Tanto en este capítulo III como en el IV, proponemos que las sociabilidades fueron, ya desde la era criolla, un ámbito privilegiado de construcción de identidades colectivas, en la “alta sociedad” y en los sectores populares. Como primera hipótesis de trabajo sostenemos que durante la era criolla porteña estas identidades, aunque reconocibles por separado, habrían estado íntimamente entrelazadas, en una fuerte interdependencia. Una segunda hipótesis es que, al principiar la era aluvial, estas identidades se habrían definido cada vez más, en especial la de la “alta sociedad”, y con ellas las sociabilidades conexas.

En el apartado inicial (“De la era criolla a la era aluvial: ‘alta sociedad’ y ‘sociabilidades’”) definiremos teóricamente los términos “alta sociedad”, “sectores populares” y “sociabilidades”, según los entienden Leandro Losada, Maurice Agulhon, Pilar González Bernaldo, Jorge Myers, Luis Alberto Romero, Ricardo Falcón y otros autores. De manera paralela, presentaremos brevemente los aportes teóricos de Jürgen Habermas al análisis de otro significativo espacio de sociabilidad, el de los cafés, y la contribución de éstos a la formación de una opinión pública en Francia e Inglaterra. En este caso, como en el de Agulhon, el análisis teórico e histórico del ámbito europeo será factible, a posteriori, de ser extrapolado al caso porteño.

Seguidamente, se describirá la transición, en términos históricos y materiales, de la Gran Aldea de la era criolla a la metrópoli de la era aluvial así como la evolución

concomitante de una “alta sociedad” local que busca europeizarse y refinarse cada vez más, hasta alcanzar los ribetes de una verdadera aristocracia. Para marcar con mayor nitidez el contraste entre ambas etapas, en el siguiente apartado (“Tertulias, salones y etiqueta”) se compararán las sencillas reuniones caseras de la era criolla con los más refinados salones finiseculares, gobernados éstos por rígidas convenciones. Nuestras fuentes memorialistas nos permitirán poner en evidencia la transición de una etapa a la otra, la creciente influencia europea, sobre todo francesa, y el cambio de identidad en el seno de la “alta sociedad”.

Estos fenómenos, como iremos viendo a lo largo del apartado, se explicitarán en los cambios del lenguaje, en el reemplazo de la antigua servidumbre de origen africano por otra europea, en los nuevos hábitos culinarios, en el trato cada vez más formal, incluso entre miembros de la misma familia y en el surgimiento de la noción de “hogar” (*home*). En el penúltimo apartado (“De la tienda criolla al gran almacén”) veremos cómo las modestas tiendas de la Gran Aldea, que oficiaban como lugares de encuentro, fueron reemplazadas por las impersonales cadenas comerciales. Finalmente, en el apartado titulado “Los cafés porteños”, hablaremos de la proliferación de estos locales durante la segunda mitad del XIX, así como de su condición de flamantes espacios de sociabilidad popular.

Para el capítulo siguiente (IV) quedará el análisis histórico de un nuevo e importante espacio de sociabilidad de la elite: el de los clubes sociales, esto es, el Club del Progreso y el Jockey Club, fundados, respectivamente, en 1852 y 1882.

De la era criolla a la era aluvial: “alta sociedad”, “sectores populares” y “sociabilidades”

Para Leandro Losada, el término “clase” entraña obstáculos analíticos difíciles de superar. Por ende, términos como “clase alta”, “elite”, “aristocracia” o “burguesía” adolecen de una cierta ambigüedad teórica. Ni siquiera la tradición marxista, que es la que más ha utilizado la palabra-concepto de “clase”, ha sido capaz de brindar una definición precisa. Lo único claro pareciera ser que lo económico es lo determinante aquí. Siendo que expresiones como “clase alta” y “aristocracia” son entendidas más como calificativos que como definiciones, Losada opta, al igual que otros estudiosos de la Belle Époque, por “alta sociedad”. Este concepto (que hemos adoptado en esta tesis) permite identificar a un personaje de la vida social, aun teniendo en cuenta su heterogeneidad inevitable. Así, puede sostenerse que pese a su pluralidad, los miembros de la “alta sociedad” estaban unificados por

un estilo de vida, así como por ciertas pautas culturales, con sus pasatiempos y ritos, marcados a su vez por una pretensión de distinción, refinamiento y exclusividad (Losada XXI).

En cuanto a los denominados “sectores populares”, optamos por utilizar este concepto y no el de “pueblo”, ya que éste conlleva la adopción de una identidad colectiva más homogénea y trascendente entendida como sujeto histórico (Falcón 29). “Sectores populares”, en cambio, es la categoría más empleada por los historiadores sociales argentinos, ligados, en su mayoría, al PEHESA (Programa de Estudios de Historia Económica y Social Americana), creado en 1992 y aún en funcionamiento en la Universidad de Buenos Aires. Entre estos historiadores podemos citar a Luis Alberto Romero, Leandro Gutiérrez, Hilda Sabato, Ricardo González y Juan Suriano, entre otros. Influidos de manera directa por la obra de Edward Thompson (especialmente, por *The Making of the English working class*, de 1963) y por los historiadores marxistas ingleses en general, estos autores atacan un supuesto que subyace en esta tradición historiográfica: el de la existencia misma de las clases sociales. Opuestos a la idea de un “deber ser” revolucionario, de una vocación de lucha que sería inherente a la clase obrera misma (más rígidamente entendida, según la tradición marxista), los historiadores sociales argentinos se inclinan por la más flexible y ambigua categoría de “sectores populares”²⁷. La misma, aunque de bordes imprecisos y “semánticamente inestable”, es considerada más eficaz para estudiar el período 1880-1930, el de la formación de la Argentina moderna. En estos años, las identidades colectivas se hallan en “permanente fluidez”, en una sociedad aún no cristalizada del todo, marcada por la movilidad social ascendente, y sólo parcialmente industrializada, en donde los obreros no están en condiciones de constituir una clase hegemónica (Roldán 212).

²⁷ Entre los años 1988 y 1989 tuvo lugar un breve debate académico promovido por el historiador marxista Alberto Plá, de la Universidad Nacional de Rosario, quien procuró integrar en su análisis a los sectores populares y al movimiento obrero. Veamos la ilustrativa síntesis que hace Diego Roldán de ambas posturas en pugna: “Por un lado, los defensores del concepto de sectores populares decían respetar más estrictamente las formulaciones de Thompson que sus colegas marxistas, al no definir a la clase obrera por su ubicación en la estructura productiva y pensar efectivamente que la clase no es un dato establecido, sino una construcción histórica atravesada por el proceso de *hacerse* en la experiencia y el conflicto. Por el otro, los marxistas impugnaron la validez del concepto de sectores populares en tanto extraía de Thompson herramientas heurísticas y hermenéuticas, pero dejaba de lado, a juicio de ellos, la fundamental: la categoría de clase obrera y, sobre todo, al extraer su potencial político apto para *explicar y transformar* el mundo al mismo tiempo” (Roldán 215, *itálicas del autor*). El propio Plá sintetizó sus posturas en “Apuntes para una discusión metodológica. Clases sociales o sectores populares. Pertinencia de las categorías analíticas de ‘clase social’ y ‘clase obrera’”. *Anuario de la Escuela de Historia*, número 14, 1989-1990.

Por otra parte, al hablar pluralmente de sectores populares estamos dando cuenta de los grupos diversos que los componen, constituidos en razón de su inserción laboral, sus orígenes étnicos y sus pautas culturales. Podemos así incluir a los jornaleros, obreros, empleados de comercio, artesanos y comerciantes en sus diferentes niveles de especialización y de ingresos. Mientras en los peldaños más altos figuraban pequeños propietarios, artesanos, obreros calificados y pequeños comerciantes, en los medios se encontraban obreros no calificados, peones, jornaleros, vendedores ambulantes y algunos sectores más calificados del servicio doméstico. En el último peldaño de los sectores populares se incluían los denominados “vagos y mal entretenidos” así como los “pobres”, esto es, los grupos más marginales y desamparados, como los vagabundos y los mendigos. A esta heterogeneidad se suma el hecho de que se hallaban sometidos a un cambio constante, por lo que no permanecían, durante largos períodos históricos, como idénticos a sí mismos (Falcón 29-30)²⁸.

En cuanto al concepto de “sociabilidad” éste ha estado presente en la tradición filosófica inglesa y francesa desde el siglo XVII pero, en lo que hace a los estudios históricos, fue Maurice Agulhon (1966) quien lo utilizó por primera vez en su estudio sobre las confraternidades y asociaciones de la Provenza meridional de 1850-1900. Más tarde, Pilar González Bernaldo (1999, 2001) lo emplearía para analizar la vida social del Buenos Aires de 1829-1862.

En los diccionarios franceses el término “sociabilité” puede entenderse en dos niveles, el de la especie y el del individuo. El primero de ellos hace alusión a la vida en grupos relativamente extendidos y complejos (hombres, simios, elefantes, etc.) mientras que el segundo tiene un sentido más psicológico, por ejemplo, el niño sociable es aquél que no es tímido o “cerrado”. Pero en ninguno de los dos casos la sociabilidad es materia de historia, ya que para un historiador el ser humano, como especie desprendida del reino animal, es un objeto demasiado vasto, mientras que el individuo solo, en su comportamiento y psicología, resulta un objeto demasiado estrecho, a excepción del caso especial de la biografía (Agulhon 1986: 14).

²⁸ Ricardo Falcón realiza estas consideraciones teóricas e históricas para la ciudad de Rosario, pero las mismas pueden ser extrapoladas a Buenos Aires y a todos los centros urbanos argentinos desarrolladas en estos años gracias al aporte inmigratorio europeo. Falcón se inclina además por la utilización del concepto de “trabajadores”, que él considera más flexible y adecuado, en este período de la historia argentina, que el más rígido de “clase obrera” o “clase trabajadora”.

Pero hay una tercera acepción, la del “hombre sociable”, entendido colectivamente. En ese sentido, puede contraponerse al francés con el extranjero, al parisino con el provenzal, o al francés del siglo XVIII con el del XVII o XIX. De esta manera, al volverse colectiva, sujeta a variaciones en el espacio y el tiempo, la sociabilidad deviene un objeto de historia posible (14).

En Francia, la sociabilidad ha sido, en primer lugar, objeto de estudio de la sociología del siglo XX, siendo Georges Gurvitch su teórico principal²⁹. Son numerosos los trabajos sociológicos que emplean la palabra “sociabilidad” en un sentido cercano al de los historiadores sociales recientes, es decir, legitimando el sentido número 3 (sociabilidad=comportamiento colectivo) diferente del número 1 (sociabilidad=atributo esencial de la especie humana) y del número 2 (sociabilidad=características positivas del individuo abierto a sus prójimos y al mundo). Estos sociólogos han estudiado sobre todo las distracciones y el tiempo libre (“les loisirs”).

Maurice Agulhon afirma que si los comportamientos vinculados a la sociabilidad, como la manera de relacionarse con el otro, de frecuentarlo y de asociarse con él, pueden ser objeto de análisis sociológico, es decir, científico, es porque poseen características observables y estadísticamente comunes al interior de una colectividad dada pero también, en un sentido más profundo, porque están regulados y codificados (Agulhon 1986: 16).

Entre los trabajos de sociología francesa más destacados podemos citar el de Joffre Dumazedier y Aline Ripert³⁰, quienes analizan las distracciones dividiéndolas por intereses físicos, artísticos, intelectuales y sociales. En esta última rúbrica aparecen la “sociabilité spontanée du temps de loisir”, que se desarrolla en los bailes y cafés, y la “sociabilité organisée du temps de loisir”, aquella que tiene lugar en el seno de las diferentes asociaciones.

Siguiendo a Dumazedier y Ripert, Agulhon señala que la noción de sociabilidad se impone cuando la relación anudada con el otro es más importante que la actividad compartida con él. Así, por ejemplo, en el café, la conversación con los amigos o contertulianos cuenta más que el mero consumo de bebidas. Éste es precisamente el objeto de estudio de la

²⁹ Gurvitch, Georges. « Analyse critique de quelques classifications des formes de la sociabilité », en *Archives de philosophie du droit et de sociologie juridique*, N° 3-4, pp. 43-91; 1937, « Essai d'une classification pluraliste des formes de la sociabilité ». *Annales sociologiques*, (A-3), pp. 1-48, 1935; *La vocation actuelle de la sociologie*. P.U.F., 1950, Paris; *Traité de sociologie*, 2 volúmenes, P.U.F, Paris, 1967.

³⁰ Dumazedier, Joffre – Ripert, Aline. *Loisirs et culture*. Paris: Éditions du Seuil, 1966.

“sociologie de loisirs”. El sociólogo puede encontrar comportamientos interpersonales codificados en otros lados, como en el trabajo o en la familia. Sin embargo, aquí hay otras cuestiones que tienen un peso mayor, como la sexualidad de la pareja, la educación de los hijos o la compleja especificidad de la empresa industrial, mientras que en un café de *habitués*, la sociabilidad en sí, “pura”, constituye el contenido mayor de estudio para la sociología:

La noción de sociabilidad se impone entonces a ellos allí donde es evidente que la relación anudada con el otro es más importante que la actividad ostensiblemente realizada con él: en el café, la conversación con los amigos cuenta más que el consumo de bebida [. . .] En suma, el estudio de la sociabilidad se impone allí donde la forma prevalece sobre el fondo. Es por ello, sin duda, que la sociabilidad mantiene ese vínculo con la sociología del pasatiempo [“sociologie du loisir”]. Ya que, en todo rigor, el sociólogo puede encontrar también comportamientos interpersonales codificados en otros lugares, tales como el hogar doméstico o el taller; existen entonces las sociabilidades de la familia o del trabajo. Pero lo que pasa en la familia es tan importante (sexualidad de la pareja, gestión de una economía vital elemental, educación de los hijos) que la sociabilidad “pura” es necesariamente un objeto de estudio menor para la sociología familiar. Lo mismo ocurre con la sociología de la empresa industrial. En el pequeño café de habitués, por el contrario, la sociabilidad pura constituye el contenido mayor de la sociología (Agulhon 1986: 16-17, la traducción del francés es nuestra).

También será la sociabilidad “pura”, vinculada a la identidad, la que predominará en las tertulias del Buenos Aires criollo, tal como veremos más adelante. En consecuencia, las diferentes distracciones (“activités de loisirs”) pueden o no incluir las sociabilidades (como por ejemplo la lectura o el cine) pero, en todos los casos, hay normas de comportamiento que el individuo interioriza y a las cuales se encuentra sometido. Estos comportamientos y estas normas son variables, en función del sexo (por ejemplo, la mujer va menos al café que el hombre), la edad (por ejemplo, el baile es sobre todo frecuentado por los jóvenes) y el medio social. De esta forma, la sociología legitima los estudios de los historiadores sobre la sociabilidad. Si la sociabilidad varía en función del sexo, la edad, el rango social, etc., en el presente, ¿por qué no variaría también en el espacio (región-nación) y en el tiempo (edad media, moderna, industrial, post-industrial)? (17).

Subyace aquí la ambición de historiar el más profundo comportamiento humano. El ser humano nace y muere, come y bebe, se aboca al amor y a la batalla, trabaja o sueña y -de una manera tan esencial como lo son estas funciones mayores- no deja de encontrar a sus semejantes, de hablarles, de acercárseles o de evitarlos. Dicho en otras palabras, entra en relación con ellos. La cuestión, para los historiadores, consistiría en saber si esta intersubjetividad puede ser objeto de la historia. Maurice Agulhon se resuelve por una respuesta afirmativa (18).

En 1966 este autor pretendió probar la existencia de un vínculo entre las sociabilidades y asociaciones provenzales, por un lado, y el temperamento regional de la Provenza, por el otro. Siguiendo esta lógica, habría una gradación de intensidad que sería al mismo tiempo una escala de valores: en Provenza las gentes serían más sociables que en Picardía, por caso. Veinte años después, Agulhon rectificó sus propias hipótesis, para pasar a sostener que la sociabilidad sería en cambio una realidad objetiva y universal. Sus modalidades se basarían en diferencias cualitativas y no cuantitativas. No habría entonces regiones más sociables que otras, sino sociables de otra forma. Y en lo que hace a los temperamentos regionales, no habría una clase de explicación única que dé cuenta de ellos (19).

Para González Bernaldo la noción de sociabilidad constituye el principio rector de las relaciones interpersonales, su “aptitud” para vivir en el seno de una sociedad. Inevitablemente, las personas se vinculan entre sí, en cualquier sociedad humana, aunque estas formas de vincularse y de asociarse puedan diferir de una colectividad o de una época a otra. Según González Bernaldo en las elites porteñas del XIX habría circulado un “discurso sobre la sociabilidad” vinculado con las relaciones “civiles”, las cuales eran consideradas como formadoras del lazo social (2001: 24). Es así que el acceso a formas superiores de civilización y a una definición liberal de nación supondría, para las elites rioplatenses, el cultivo incesante de la civilidad y de sus prácticas de asociatividad y de sociabilidad. Tal circunstancia supone asimismo la existencia de “espacios de sociabilidad comunitaria”, ámbitos físicos en los que los individuos interactúan (1999: 149).

Más allá de los espacios de asociatividad y civilidad que González Bernaldo estudia en particular, como las nuevas instituciones políticas que sustituyen a las coloniales, las organizaciones corporativas tradicionales y modernas (la Iglesia, las confraternidades religiosas y étnicas, las asociaciones profesionales) o los clubes (en su variante político-

partidaria y luego clasista), esta misma autora señala otros, de características más informales, que son los que más nos interesan, a los fines de nuestra investigación. Entre ellos, podemos mencionar la calle, los pórticos de las iglesias, las plazas, los mercados, los paseos públicos (como la Alameda o Palermo), las pulperías, los cafés y, de manera particular, los propios interiores de las residencias de la “alta sociedad”, marco privilegiado de las sociabilidades de este grupo. En estos ámbitos los diferentes estratos solían encontrarse y coincidir, aunque “un abismo social y jurídico podía separarles” (1999: 149).

Tal como señala Jürgen Habermas para la Europa de los siglos XVII y XVIII (particularmente Francia e Inglaterra) la esfera familiar, privada, fue evolucionando y extendiéndose hasta los espacios públicos, en los cuales los individuos podían encontrarse y discutir con otras personas, más allá del restringido círculo doméstico. Entre otros espacios análogos, los cafés fueron centrales en el desarrollo de la esfera pública en la república de las letras, conteniendo en sí las semillas del debate público más extendido y de una esfera más politizada. Durante este proceso, se formó una opinión pública que se verbalizaba, circulaba y se “publicitaba” influenciando la esfera de la autoridad estatal. Habermas destaca que, en un momento dado, la burguesía abandonó la corte y se asentó en las ciudades, autonomizándose. Aquí la vanguardia de este grupo aprendió el arte del debate público crítico. La ciudad fue el centro vital de la sociedad civil no sólo en lo económico sino que, en contraste con la corte, constituyó una temprana esfera pública de la república de las letras cuyas instituciones fueron los cafés y los salones (30).

Entre 1680 y 1730 Inglaterra y Francia compartieron un fenómeno que en el Río de la Plata se produciría más tardíamente. En estos años fue la edad dorada de los salones y de los cafés como centros de crítica, primero literaria, luego política, en los cuales comenzó a emerger, entre sociedad aristocrática e intelectuales burgueses, una cierta igualdad de los educados (32-33). En el caso del Buenos Aires colonial, el rol de estos locales funcionó de manera análoga, conformando no sólo nuevos espacios de sociabilidad masculina sino emergentes nodos de una opinión pública, la de la alta sociedad criolla en ascenso, un grupo que buscaba diferenciarse de la metrópoli española.

A fines del siglo XVIII y principios del XIX, según señalan diversos autores³¹, el patriciado porteño tendió a abandonar los espacios públicos en los que se confundía con la

³¹ Autores que ya hemos citado en parte en el capítulo I, como Jorge Myers, Andrés Carretero, Luis Alberto Romero, Osvaldo Otero, Blas Matamoro y Pilar González Bernaldo.

plebe, para retraerse a otros más íntimos y familiares. La ciudad no contaba, además, con las necesarias condiciones de higiene y de confort en lo que hacía a la circulación de personas y vehículos. Estas circunstancias desfavorables habrían impulsado la preponderancia de la dimensión doméstica por sobre la vida extra-familiar, es decir, aquella que se desarrollaba en la calle y en otros espacios públicos. De todas maneras, González Bernaldo resalta un hecho capital: que en todas las épocas el espacio urbano unió los marcos de sociabilidad (2001: 40). En lo que a nuestra investigación atañe es siempre Buenos Aires la que contiene y alienta las sociabilidades.

Otro autor que ha estudiado las sociabilidades porteñas de la era criolla es Jorge Myers, quien no deja de enfatizar que el “hecho central” que determinó el carácter socio-cultural del Río de la Plata hasta mediados del siglo XIX fue la Revolución. Contrariamente al caso europeo, en donde el ámbito privado y el nuevo culto al “yo” habían cobrado fuerza en estos años, en el Río de la Plata lo público tendió a “devorarse lo privado” (Myers 112). Mientras el Antiguo Régimen se había asentado sobre la noción de jerarquías estables la Revolución, por el contrario, reemplazó sus teorías corporativistas por otras de cuño contractualista o iusnaturalista³² basadas en las nociones republicanas de soberanía y de ciudadanía (114).

Myers distingue cinco grandes zonas de la experiencia social y cultural rioplatense, escenarios insoslayables de las sociabilidades: en primer lugar, una sociabilidad doméstica y semi-privada, y en segundo lugar, los espectáculos públicos y los espacios de esparcimiento urbanos. Ambos pertenecen al “universo de la experiencia privada”, aunque en un caso se trate de ámbitos de puertas adentro y en el otro de puertas afuera. En la transición a la etapa independentista ambas esferas no sufrirían, según Myers, cambios sustanciales. Un tercer espacio de sociabilidad sería el de los cafés, en donde operaría una “acción semipública”; un cuarto espacio consagrado a la actividad corporativa y un quinto y último modelado por las formas de asociación política o semipolítica iniciadas por el proceso revolucionario. Este autor también sostiene que el ámbito de sociabilidad por excelencia de la elite rioplatense fue

³² El término “contractualismo”, derivado de la palabra “contrato”, constituye una corriente moderna de la filosofía política y del derecho que concibe la base del Estado y de la sociedad humana como una suerte de contrato fundacional entre personas. Por este medio se acuerda un recorte de las libertades individuales a favor de leyes que aseguren la estabilidad y el marco protector del cuerpo social. En cuanto al “iusnaturalismo”, éste consiste en una teoría de inspiración ético-jurídica que reivindica la existencia de derechos humanos originados en la misma naturaleza de la persona, de validez universal anterior a la organización jurídica de las sociedades.

el espacio interior y que esto fue así antes y después de la Revolución de 1810. Por otra parte, la “experiencia moderna de la soledad” era desconocida no sólo por los sectores populares sino también por las clases altas. Las grandes casonas coloniales albergaban a numerosas personas, integradas todas ellas dentro de estructuras familiares patriarcales que incluían tanto a parientes cercanos como lejanos, por un lado, y a sirvientes y esclavos, por el otro. A toda esta gente se añadían las eventuales visitas, locales y extranjeras (116-117).

Desde el ministerio de Bernardino Rivadavia (1820-1824), durante la gobernación de Martín Rodríguez en la provincia de Buenos Aires, la elite local se esforzó vanamente (aunque con mayor éxito tras la caída de Rosas) en “civilizarse” y europeizarse. Ciudad pobre y marginal hasta fines del XVIII, cuando principió su desarrollo económico, la riqueza de Buenos Aires era de origen aún reciente en el XIX. La sociedad urbana en su conjunto era asimismo joven, y la movilidad social y la falta de una tradición de Antiguo Régimen ayudaban a conformar una atmósfera más republicana y abierta. A diferencia de otras ciudades hispanoamericanas, como México y Lima, Buenos Aires carecía de una clase nobiliaria, de larga prosapia (salvo algunos casos excepcionales), y de una tradición ligada a ésta. Es por ello que, como sostiene Losada, la respuesta de la alta sociedad porteña consistió en una sistemática búsqueda de refinamiento y distinción. Una tarea para nada fácil, “reelaboración permanente” y “reafirmación continua” (XXIV). La “alta sociedad” de Buenos Aires intentó educarse a sí misma, reafirmarse en todos los aspectos (gustos musicales, gastronómicos, artísticos, y hasta en sus ademanes y gestos) para abandonar así la “rusticidad criolla” y el provincianismo que habían sido omnipresentes hasta mediados del siglo XIX (XXV). Si a esto añadimos la activa participación política de los sectores populares, ya en vísperas de la Revolución de Mayo, podríamos hablar de una sociedad en la cual el igualitarismo y las jerarquías poco sólidas y perdurables formaban parte del imaginario colectivo (XXIII). El republicanismo regía ideológicamente Buenos Aires, impregnando todas las capas sociales, por lo que la forja de una identidad de clase burguesa no fue tarea sencilla ni menor.

Hasta 1880 la sociedad porteña siguió siendo criolla, por lo que su centro de gravedad eran las elites nativas. Es aquí que se abre un primer período, que se extiende hasta 1900, signado por un paulatino e importante cambio en la “alta vida social”. Ésta responde ahora a una formalidad de ribetes protocolares, visibles en la etiqueta, el vestido y las nuevas diversiones, entre otras cosas. Todo esto en el marco de un gradual reemplazo de la vida

criolla por un cosmopolitismo con referencia central en los modelos de la alta sociedad parisina y londinense. Se corona así un proceso iniciado con fuerza hacia 1860, alentado por la estabilidad política y por la creciente prosperidad material (XVIII).

Entre 1900 y 1910 recién se despliega, en todo su esplendor, la Belle Époque porteña, siendo su punto culminante el Centenario de la Revolución de Mayo y sus fastuosas celebraciones. En estos años ya se ha configurado una auténtica aristocracia local, que cuenta con los grandiosos escenarios que su ideología y sus aspiraciones exigían: el Teatro Colón, los palacios lindantes con la Plaza San Martín, el Barrio Norte y la incipiente Recoleta, el edificio céntrico del Jockey Club, el Hipódromo, el parque 3 de febrero, etc. Escenarios con los que ni remotamente hubieran soñado las familias de la “alta sociedad” porteña durante los austeros años del rosismo.

Tertulias, salones y etiqueta

Pero volvamos a las sociabilidades de la era criolla. Tal como señala José Luis Romero (1970: 36), la naciente burguesía porteña era modesta por definición y de costumbres sencillas, muy alejadas del boato de centros urbanos más tradicionales, como Lima o Madrid, en donde la “alta sociedad” poseía un refinamiento y un espesor generacional más que considerable. De esta manera, los porteños más distinguidos se contentaban con trabajar, con pasear por la Alameda que se construyera durante el virreinato de Juan José de Vértiz (1778-1784), con ir a misa, los hombres con concurrir a los cafés y las mujeres con visitar las tiendas en las calles Bolívar, Perú o Victoria, en donde se concentraba el comercio. Las veladas, en tanto, transcurrían en las denominadas “tertulias” familiares, o “reuniones caseras”, tal como las llamaba Santiago Calzadilla, que se hicieron frecuentes en los años postreros del Virreinato español. Constituía ésta una versión más humilde e informal de los salones europeos contemporáneos (Myers 119). Los testimonios de los visitantes extranjeros dan cuenta de estos periódicos eventos sociofamiliares de un modo elogioso. Tal es el caso del comerciante inglés Samuel Haigh, quien visitó Buenos Aires durante el Directorio de Juan Martín Pueyrredón (1816-1819)³³.

³³ Haigh, Samuel. *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*. Buenos Aires: Biblioteca de la Nación, 1918 (la versión original en inglés fue publicada en 1831 en Londres).

Las tertulias tenían lugar en las casonas de las principales familias de la ciudad, al menos una vez a la semana, al caer el sol y hasta la medianoche, diferenciándose así de otras celebraciones más íntimas que solían realizarse durante el día, tales como los cumpleaños, las bodas y los onomásticos. Por otra parte, las festividades religiosas brindaban asimismo la oportunidad de socializar en los templos. Tal era el caso de la Navidad, del Año Nuevo y de la Cuaresma, por citar sólo las principales. Otras formas de sociabilidad, que tenían como escenarios los espacios exteriores y públicos, eran las corridas de toros, los paseos por la Alameda, las “peregrinaciones” a Palermo, los baños en el Bajo y las festividades patrióticas, entre otras.

Jorge Myers subraya que en las tertulias (esa mezcla de bailes, fiestas, reuniones privadas y chismorreos de la Gran Aldea), se tejían informales lazos de sociabilidad cuyo influjo en la vida pública del joven Estado llegaba a ser poderoso. En las mismas, las dueñas de casa hacían las veces de anfitrionas, imponiendo el tono y el “estilo social” que debía imperar (Myers 120). Las mujeres podían así desempeñar un protagonismo importante y tender a una mayor igualdad con respecto a los hombres, cosa que les estaba vedada en otros ámbitos. Así, les era dado adentrarse, de manera indirecta y sutil, en el terreno de la política, espacio público del que, en principio, estaban formalmente excluidas.

En *La Gran Aldea* la casona de Medea (como veremos mejor en el capítulo IV) es el lugar de encuentro de militantes de la facción política encabezada por el general Buenaventura, alter ego de Bartolomé Mitre. Medea, que pertenece a la elite criolla, se considera a sí misma una figura central en los debates políticos contemporáneos, ya que su padre, el coronel Berrotarán, combatió en la Guerra de Independencia. Lucio V. López la pinta con trazos caricaturescos y ácidos, mostrándola como a una implacable matrona republicana. Al respecto, es interesante citar a David William Foster cuando sostiene que, en realidad, no existe una sociedad entera controlada por mujeres como Medea Berrotarán. Lo que sucede, en cambio, es que este personaje encarna los valores dominantes y los erige en principios rectores de un hogar, el cual funciona como un microcosmos de Buenos Aires y de la Gran Aldea. Sobre este microcosmos Medea reina despóticamente, comportándose como una tirana iracunda, pero en realidad actúa sólo como el instrumento de los valores sociales que ella acepta gustosa para hacer avanzar la influencia de su “salón” (Foster 81).

La tertulia porteña más prestigiosa de la primera mitad del siglo XIX fue, sin duda alguna, y tal como lo señalan unánimemente numerosos autores, la de Mariquita Sánchez (1786-1868), viuda de Thompson y Mendeville, una de las damas más acaudaladas de la “alta sociedad” de Buenos Aires. Veamos el extenso y sugerente retrato que hace del salón de Mariquita el historiador Vicente Fidel López, padre de Lucio Vicente:

Abriéronse algunos salones y entre ellos el de Lasala y el de la señora Doña María Sánchez de Thompson (de Mendeville, después) donde Alvear, Larrea, Monteagudo, Rodríguez Peña, Lafinur, Fray Cayetano Rodríguez [. . .] y otros se reunían allí animados de la más exquisita galantería, a pasear su espíritu por las grandes novedades del tiempo y por los azares de la causa del país. [. . .] Lozier y Ferrati amenizaban la culta tertulia con pruebas de física y química que iniciaban a los conocimientos naturales a sus contertulianos, y que hacían del salón de la señora de Thompson una verdadera academia de progreso y cultura [. . .] La dueña de aquel salón en cuya cabeza entraban todas las reminiscencias e imitaciones de los salones del Directorio y del Consulado francés, prodigaba su inmenso caudal en el delicado placer de reunir en su casa adornos exquisitos y curiosos de la industria y del arte europeos; porcelanas, grabados, relojes mecánicos con fuentes de agua permanentes figuradas por una combinación de cristales, preciosidades de sobremesa, antojos fugaces, si se quiere, pero que eran novedades encantadoras para los que nada de eso habían visto entonces sino los productos decaídos y burdos que el monopolio colonial les traía. Después de eso: banquetes, servicio francés, y cuanto la fantasía de una dama rica entregada a las impresiones y a los estímulos del presente, sin amargas ni perturbadores visiones del porvenir, podía reunir en torno de su belleza proverbial, con la vivacidad de uno de los espíritus más animados que pueden poner alas al cuerpo de una mujer. Era también poetisa y prosista llena de ingenio y de oportunidad (Vicente Fidel López 135-137).

El salón de esta señora poseía, como ningún otro en la primera mitad del siglo XIX, todos los aditamentos exquisitos que recién a finales de esa centuria se generalizarían en las residencias burguesas de Buenos Aires. A las personalidades políticas, intelectuales y artísticas de la época, tanto argentinas como extranjeras, se sumaban los objetos más preciados de ultramar. Como el “tío Rivera” de Mansilla, Mariquita Sánchez era una

adelantada del buen gusto decorativo y de los más refinados contactos internacionales. Su salón contaba, por añadidura, con dimensiones harto generosas que le permitían albergar a numerosos concurrentes. Los bailes que allí se organizaban fueron durante muchos años inigualables. Además de Mariquita, recibían (al menos una vez al mes, en reuniones danzantes, musicales y literarias) las señoras de Riglos, Escalada, Oroni, Sarratea, Ortiz de Rosas, Arana, Santa Coloma, Esnaola y Senillosa, entre otras (Carretero I: 195).

Al igual que los salones franceses, una tertulia era, antes que nada, un lugar de reunión de la alta sociedad, por lo que, aunque faltase el lujo, la casa de la anfitriona debía ofrecer una cierta comodidad y desahogo, además de una presencia constante. La casa debía estar abierta al menos una vez a la semana, sino más, y sus dueños (pero en especial la señora) ofrecer a los tertulianos un rostro y unas maneras siempre amables (Junot 189). Vale recordar que las mujeres de la alta sociedad porteña, al igual que sus homólogas francesas, poseían servicio doméstico, por lo que la organización de estos eventos era una excelente manera de sentirse valiosas y ocupadas. Las mujeres jóvenes podían gozar de los homenajes que se les consagraban: ellas reinaban, o creían reinar, por su belleza o por su encanto. Ya mayores, su condición de anfitriona prestigiosa confería un sentido y un lustre a sus vidas (Daumard 89).

Como testimonia Danielle Stern, condesa de Agoult, “el salón era la ambición suprema de la parisiense, el consuelo de su madurez, la gloria de su vejez” (Stern 347, la traducción es nuestra). Tal fue, notablemente, el caso de Mariquita Sánchez. En ese sentido, es significativo constatar que, al referirse a las veladas organizadas en su suntuosa residencia de la calle Florida, los contemporáneos y los autores posteriores utilizan el vocablo “salón” y comparan a esta dama con renombradas anfitrionas de salones franceses del XVIII, como Madame d’Épinay, Madame Geoffrin o la Marquesa de Lambert, entre otras. Veamos la caracterización que hace Santiago Calzadilla de estas reuniones, en su humilde versión criolla:

Eran verdaderas tertulias donde se bailaba de 9 a 12 de la noche, al son de un piano de *Stoddart*, acompañado a veces de violín y flauta. *Rompían* el baile con un minuet liso, las señoras y caballeros de más categoría acompañando a los dueños de casa. Después de esto y de cumplidos los respetos y agasajos a la dueña de casa (de que ahora se prescinde por completo), ya quedaba oficialmente inaugurada la tertulia... (Calzadilla 55, itálicas del autor)

La presencia de la señora y anfitriona de la casa resultaba tan vital como ineludible. Su rol de organizadora encargada de agasajar a los invitados no sólo era útil, desde un punto de vista práctico, sino que de alguna manera graficaba el aceitado funcionamiento de las estructuras sociales y familiares. Ya hemos visto, en el capítulo II, cómo el espacio cerrado de lo doméstico, esto es, una porción fundamental de la dimensión interior, constituía el dominio por antonomasia de la dama patricia de Buenos Aires. Ese espacio reducido, íntimo, al que por una secular tradición hispánica y árabe estaba relegada la mujer, devenía parejamente su fortaleza mayor. Dentro de los muros de adobe de las casonas coloniales la señora regía y protagonizaba. Las tertulias se desarrollaban en este mismo territorio doméstico y familiar, puertas adentro, aisladas de las calles enfangadas y de los inquietantes espacios públicos en los que se entremezclaban peligrosamente las clases sociales.

Aquí adentro, en cambio, la “alta sociedad” porteña se encontraba a sí misma, en el seno de su exclusividad, pudiendo preservar la “pureza”, si cabe la expresión, de los roles prefijados para el hombre y para la mujer. En ese sentido, la sencilla etiqueta de la época marcaba ciertos rituales que Calzadilla menciona y que delineaban los contornos del evento. Los dueños de casa, la señora y el señor, acompañados de las parejas de “más categoría”, llevaban adelante una ceremonia inaugural que pese a lo modesto del escenario representaba jerarquías socioeconómicas y roles de género bien precisos. Calzadilla, que perteneció a aquella “alta sociedad” criolla y tradicional, evoca con una nostalgia no exenta de orgullo aquellas costumbres rituales, contraponiéndolas a la irrespetuosa informalidad de fines del XIX. Antaño, eran los saludos reverenciosos, hoy la falta absoluta de modales y por ende, de consideración a los roles y a las jerarquías, no sólo clasistas y de género sino también generacionales:

En estas tertulias reinaba la más franca alegría, unida al mayor respeto de la juventud por *la casa y por la concurrencia*; pues si alguno se hubiera permitido la menor descortesía o irregularidad, como *las temporadas de ahora*, por ejemplo, en que toman a una niña, la sientan, y se ponen a hablar en secreto con ella, aislándola durante la noche del contacto de las demás gentes, en que no sabe uno qué admirar más, si la audacia de los galanes, la candidez de las señoritas, o la estolidez de las madres, que no ven lo que pasa; pues no quiero suponer que esto sea por el deseo de librarse de la niña, que así la abandonan a su juventud, a su inocencia y malos

procederes, faltando a los respetos de una sociedad noble y distinguida como la nuestra...! (Calzadilla 57, itálicas del autor)

Santiago Calzadilla escribe desde el presente cosmopolita y refinado de 1891, que él, antiguo caballero porteño, condena moralmente. La relajación finisecular de las costumbres supone también, desde su punto de vista, una relajación del orden social impensable en la Gran Aldea. En realidad, la alta sociedad porteña demostraba (tal como señala José Luis Romero), su condición conservadora y cambiante a la vez. De manera más que paradójica, la emergente burguesía, deseosa de definirse como tal, tendió al conservadurismo (político y social), ya que no podía darse el lujo de abrirse a otros grupos sociales y de perder la exclusividad de su poder. No obstante ello, le resultó inviable conservar el estricto sistema moral de la Gran Aldea. Es que, siendo un producto directo del cambio, no podía sustraerse a una situación que ella misma había generado (Romero 1970: 45).

La sencillez en el trato era perceptible aún en detalles aparentemente nimios, cargados éstos de significación social. Tras mencionar las primeras tertulias a las que, siendo muy joven, asistió con sus padres, las de la familia Cortinas, y en las cuales solía tocar el piano, Calzadilla describe el modo austero de los saludos de entonces:

[. . .] las señoras más caracterizadas rompían los bailes con esa gracia de aquellos tiempos en que las amigas se saludaban con efusión sincera, diciéndose, ¿cómo te va, che, de amores?, pero sin morderse, dándose y recibiendo esos besos ridículos de ahora hasta con las señoras viejas, sin acordarse de que Chateaubriand, recomienda mucho que se respeten las *ruinas*. Esos besos, decía, tan desprovistos de verdad por lo mentidos, de que se hace un abuso intolerable, y peligroso por el contagio de las enfermedades, etc., etc. Ni tampoco andábamos de mano dada, con todo ser cristiano que se encontraba en el salón, pues esto, en las señoras, era un favor acordado a la intimidad de las amistades y no concedido a granel como ahora (Calzadilla: 38-39, itálicas del autor).

Siguiendo a Leandro Losada, es dable afirmar que el saludo (en sus diversas manifestaciones) permite delinear un “nosotros”, léase, un espacio entre conocidos de un mismo grupo así como el establecimiento de una suerte de “demarcación”, la cual puede tener lugar tanto en un espacio público como privado. Consecuentemente, la elite se autodefinía en este rito cotidiano, en consonancia con la idea de un comportamiento distinguido, y con toda una serie

de conductas, gestos y ademanes en los que la moderación y el control emocional jugaban un importante rol (Losada 243). Es lo que la antropología llama “ceremonias definicionales”³⁴.

La alta sociedad de Buenos Aires estaba regida por “protocolos no escritos”, como los define Andrés Carretero. Uno de ellos estipulaba que los saludos, cuando eran entre mujeres, consistían en besos y abrazos “a la francesa”, tomándose de los brazos suavemente y besándose de costado las mejillas. Cuando el vínculo era más distante, sólo se acostumbraba un beso, y dos cuando la relación era de parentesco o amistad. En cuanto a las visitas masculinas, bastaba con un saludo formal y a la distancia. Sólo había un apretón de manos si el que recibía era el hombre de la casa (Carretero I: 197).

Hasta 1880, la separación de los sexos se mantuvo inflexible en lo que hace a espectáculos o reuniones públicas. Tal fue el caso de las cazuelas de los teatros locales, reservadas de manera exclusiva a las mujeres. Ni siquiera las señoras casadas podían estar allí (ni en ningún otro sector) con sus maridos. En cuanto a los bailes de las tertulias, éstos carecían casi por completo de contacto físico entre las parejas (a excepción del vals), y eran amenizados principalmente por los pianos, que comenzaron a ser importados en buen número a partir de 1810. Una de las danzas más difundidas era el minué, que durante el rosismo se presentó en su variante “montonero” o “federal”. Al bailar, las jóvenes realizaban con sus abanicos “el eterno juego de las miradas y sonrisas disimuladas”, con la complicidad de sus compañeros. De esta forma, la danza y el coqueteo quedaban restringidos dentro de las ceremoniosas reglas de un formalismo que todos conocían y consensuaban (197-198).

Aunque la que las organizaba era la alta sociedad, las tertulias se caracterizaban, en esta primera mitad del siglo XIX, por su sencillez y por su atmósfera familiar, armonizando así con el espíritu pueblerino de la Gran Aldea. Es lo que subrayaba José Antonio Wilde en 1881:

Era costumbre muy generalizada, y especialmente entre las familias más notables y acomodadas, dar *tertulias*, por lo menos una vez por semana; a las que, con la mayor facilidad podía concurrir toda persona decente, por medio de una simple presentación a la dueña de casa, por uno de los tertulianos [. . .] Desde las ocho hasta las doce o doce y media, eran horas que no perjudicaban ni alteraban en mucho el orden doméstico. Se divertían un rato, como entonces se decía, y al día siguiente todo el

³⁴ Al respecto, ver Myerhof, B. ‘Life Not Dead in Venice: Its Second Life’. V.W. Turner E. M. Bruner, *The Anthropology of Experience*. Urban & Chicago, University of Illinois Press: 1986, pp. 261-262.

mundo se encontraba en aptitud de entregarse a sus ocupaciones. Hoy no es así. De manera que, si la civilización tiene sus indisputables ventajas, suele traer consigo también sus serios inconvenientes. Asistir hoy a una reunión de baile, se traduce por tener que dormir gran parte del día siguiente, o andar *cayendo de sueño*, con detrimento del cumplimiento de sus deberes, y aun de la salud. El traje de las jóvenes era de lo más sencillo y sin ostentación, reinando en aquellas reuniones la mayor cordialidad y confianza. En efecto, esas *tertulias* eran verdaderas reuniones de familia, sin el lujo, a veces desmedido, ni la fría reserva que se nota en muchas de nuestras actuales *soirées*. No se precisaba de espléndidas cenas ni de riquísimos trajes; el baile, la música, la conversación familiar, el trato franco, y sin intriga, y el buen humor, bastaban para proporcionar ratos deliciosos. Bien poco costaban, pues, estas *tertulias*, ni a los concurrentes ni a la dueña de la casa, que todo lo hacía con una libra o dos de hierba y azúcar, el aumento del alumbrado y un *maestrito* para cuatro horas de piano; y muchas veces, ni aun este gasto se hacía, pues que se alternaban las niñas y los jóvenes aficionados, para tocar las *piezas de baile* (Wilde 112-113: itálicas del autor).

Wilde, al igual que Calzadilla, escribe desde un presente sensiblemente más europeizado y refinado. Al resaltar con ventaja la hora temprana de las tertulias, que no se prolongaban jamás hasta más allá de la medianoche, está condenando de manera explícita los nuevos horarios, que la generalización de la luz eléctrica había extendido hasta altas horas de la noche. Veladas más prolongadas, en la primera mitad del XIX, hubieran resultado más onerosas e incómodas a causa de la iluminación a velas, según lo que el propio Wilde nos sugiere al mencionar el “aumento de alumbrado”. La luz eléctrica, en cambio, supuso un cambio radical al acelerar considerablemente los ritmos biológicos en espacios públicos y privados, y al alterar el sentido de la intimidad (Bergero 61).

Por otro lado, puede decirse que después de 1880, ya no hubo más tertulias sino auténticos salones, ámbitos pedagógicos en lo que hace a la educación en las formas “civilizadas” provenientes de Europa. La influencia de los viajes al Viejo Continente fue determinante, con las modas e ideas que de allí ingresaban a la alta sociedad porteña. Hasta el lenguaje afectado de los burgueses porteños aparecía mechado de vocablos y expresiones franceses e ingleses, puesto que el dominio de estas lenguas suponía un toque de distinción. La mayoría de los extranjeros arribados al país no era de ese origen, por lo que hablar o chapurrear esos idiomas considerados distinguidos simbolizó una distancia con respecto al

resto de la sociedad pero también en relación al propio pasado criollo (Losada 172). Como indica Spicer-Escalante, “la transición cultural también se ve en la transición léxica semibabilónica de la nueva metrópoli” (52).

En *La Gran Aldea* Lucio V. López describe la conversación sostenida por tres reconocidos caballeros de la alta sociedad porteña de 1882. El primero de ellos es el doctor Montifiori, personaje que ya hemos visto en el capítulo anterior. Como se recordará, Montifiori era un ex diplomático europeo casado con una distinguida dama criolla. El segundo es el doctor Bonifacio de las Vueltas, quien según Eduardo Suárez Danero sería Bernardo de Irigoyen; y el tercero, un culto político caído en desgracia que no sería otro que el ex presidente Nicolás Avellaneda (Blasi 30)³⁵. Veamos entonces cómo este último personaje narra la aventura que tuvo con una artista de variedades, para lo cual emplea dudosos galicismos y anglicismos:

-Nosotros no tenemos papel que desempeñar en este baile... Mucha mamá *demodada*; y no es posible *glisarles* nada a las jóvenes sin que se ofendan. Por eso, mi querido de las Vueltas, es que yo amo a la mujer fácil... ¡*Variedades!* Anoche *Fleur d'Englantine* estuvo apetitosísima en la *chansonnette*... *Quelle chatte!*

-¿Sí, y qué cantaba?

-Oh, *mon cher!* Cantaba *Mon Oscar*... Estábamos en el *avant-scène*, con los *attachés* de la legación turca, y la muy ricotona me cantaba a mí solo todos los *couplets*... ¡la sala ardía de envidia! Yo estaba irreprochable... mis zapatos barnizados, mis guantes amarillos, un sobretodo de cuellos de *silkskin*... ¡en fin, espléndido! Subimos en mi cupé *clarence* y cenamos en el Café de París soberbiamente... unas *armoricains* y un *homard*, ¡que sólo ese Sempé es capaz de proporcionar en esta tierra imposible! ¡Qué mujer tan *flirtante!*... ¡Me llamaba *mon petit Pichonot!* (López 2010: 98-99, itálicas del autor)

La figura del *dandy*, que Lucio V. Mansilla, con su excéntrica personalidad, encarnara como ningún otro en el mundillo literario de Buenos Aires, es llevada por el político a un extremo que, ahora en el terreno de la ficción, roza la inmoralidad y el patetismo. López ha cargado las tintas con particular encono al momento de retratar este personaje, mostrándolo en todo el ridículo de su perversidad y de su artificiosa manera de expresarse oralmente.

Siguiendo a David William Foster, consideramos que el peso de *La Gran Aldea* se apoya en una serie de viñetas, características, por otra parte, del verismo costumbrista. De esta manera, la descripción de las experiencias vividas por el testigo-narrador de la novela (Julio Rolaz) abunda en detalladas referencias a cuestiones materiales y al lenguaje del período cubierto por la novela. En esta línea se inscribe la anécdota aquí transcrita y la escena completa del baile en el Club del Progreso. A lo largo de estas viñetas el narrador (que es además participante de los hechos que evoca) asiste al descubrimiento de un mundo social y a la evolución de las posibles interpretaciones del mismo (Foster 86). Por otra parte, y tal como señala Spicer-Escalante, la ideología liberal de Lucio V. López no le impide poner en tela de juicio el proceso modernizador del país. *La Gran Aldea* poseería así una “naturaleza desmitificadora” y no consistiría únicamente en “una representación política del país” sino que además se presentaría como “un verdadero proyecto literario de desmitificación sociopolítica relacionado con la idea de engendrar una nación argentina moderna a fines del siglo XIX” (Spicer Escalante 44-46). Podemos añadir, por nuestra parte, que el rol específico que le cupo a la alta sociedad de Buenos Aires en la forja material e ideológica de la Argentina moderna, no fue para nada menor.

A partir de la forzada federalización de 1880 Buenos Aires se convirtió en la capital de todos los argentinos, tanto de los porteños como de los provincianos. Estos últimos, ligados al aparato político, se establecieron en Buenos Aires de la mano del presidente tucumano Julio A. Roca, llevando consigo sus costumbres criollas. En ellos, ni siquiera el viaje a Europa consiguió convertirlos a los usos más sofisticados. En *La Gran Aldea* López relata, en la voz de Montifiori, una anécdota que éste protagonizara con el doctor Escañote, un acaudalado correntino a quien ignorara en París, y que por esta razón le ha retirado el saludo. Escañote había pretendido violentar la cola en la entrada de un teatro parisino, sin hablar francés y pretendiendo imponerse por su mera condición de notable provinciano. La policía lo detuvo mientras intentaba en vano buscar el auxilio de Montifiori, quien le cuenta los detalles al doctor de las Vueltas y al posible alter ego de Avellaneda:

De repente, *malheur*, me divisa, me conoce entre la ola de la muchedumbre y me grita: “¡Señor Montifiori, paisano, compatriota, venga a salvarme, que me quieren llevar a la comisaría!” Figúrese usted, doctor; yo iba en aquel momento nada menos

³⁵ En ese sentido, David William Foster ha caracterizado a la obra de López como “*roman à clef*” (novela en clave) puesto que provee detalles de las personalidades de la historia social argentina del período (93-94, *itálicas*

que del brazo de ese espléndido *prince de Trois Lunes, un homme charmant, comme cicerone!* Salíamos de Brignon, era imposible codearme con aquel *rastaquouère* guaraní. El príncipe notó sin embargo mis señas y me decía: “*Comment! C’est un de vos compatriotes qui vous appelle, n’est-ce pas?*” ¿Qué podía yo contestarle?... “*Bah! Non pas, mon cher prince; c’est un parvenu, je ne le connais pas*”.

-¿Y cómo concluyó el incidente? -preguntó el señor del monocle.

-Pero muy sencillamente: cenando nosotros en el *Café Anglais* y mi correntino durmiendo en la comisaría.

-¡Ja, ja! -y todos se reían de la espiritual aventura de Montifiori (López 2010: 97-98, itálicas del autor).

De seguro, este proceder avasallante era para el doctor Escañote casi un reflejo, una operación habitual (y cotidianamente exitosa) en Corrientes e incluso en Buenos Aires. Pero lejos de sus pagos, en otro país y sin la posibilidad de acceder a la red de contactos que le brindaba su pertenencia a la alta sociedad, era tratado como un ciudadano extranjero más, de acuerdo a reglas estrictas que estaban por encima de él. Al igual que el supuesto Avellaneda, Montifiori habla por momentos en francés o inserta algunos galicismos. Su nacionalidad se presenta confusa e indeterminada, ya que el príncipe de Trois Lunes y el doctor Escañote lo consideran como argentino, cuando en realidad el propio López lo había presentado en su relato como un ex diplomático de Bosnia o de Herzegovina.

En todo caso, lo que López procura mostrar del modo más descarnado, es el carácter culturalmente híbrido y artificial de Montifiori, un europeo “porteñizado” e integrado a la alta sociedad de Buenos Aires, por un lado, y su crueldad, por el otro. Al mismo tiempo, se advierte en los tres caballeros que dialogan la burlona revancha de los porteños vencidos y humillados en 1880, aunque, significativamente, Avellaneda no fuera porteño sino tucumano como Roca. Una revancha que llega por vía de su superior europeización y distinción con respecto a quienes integraban la alta sociedad de las provincias. Éstos podían controlar política y militarmente a Buenos Aires, ser tanto o más ricos que su elite tradicional, pero jamás hablarían francés ni serían aceptados por los burgueses parisinos. Montifiori, porteño y europeo a la vez, se presenta aquí como el triunfante portavoz de la alta sociedad capitalina.

Vale aclarar que el doctor Escañote, en la obra literaria de Lucio V. López, tiene su antecedente directo en el personaje de Don Polidoro Rosales, “retrato de muchos”, típico

rastaquouère sudamericano cuyas desventuras parisinas son narradas en *Recuerdos de viaje*. Este libro, que apareció por entregas en el diario *El Nacional* de Buenos Aires, es producto del viaje a Europa realizado por López entre 1880 y 1881. Sin embargo, en este caso el toscos millonario que no hablaba francés, se aburría enormemente en los museos y pasaba terribles sofocones en los restaurantes, a la hora de intentar descifrar sus menús, era un típico caballero porteño de estirpe unitaria, como lo eran los tertulianos de Medea Berrotarán:

Don Polidoro tiene cincuenta y cinco años, ha nacido en el año 25, ha sido un excelente unitario, tiene diez leguas de campo en Juárez y cuatro casas en Buenos Aires, fuera de la que habita en la calle de Buen Orden, provista de tres patios, de una huerta con higueras, y edificada en línea recta de tal manera, que desde las ventanas de la calle se puede matar de un tiro de fusil al cocinero en la cocina. Don Polidoro habla el español, nada más que el español. Del francés sabe tres o cuatro palabras, poco extraordinarias por cierto: *monsieur* o *mosiú*, *madame*, *oui* y *no*. He ahí todo su capital (López 1994: 289).

Este fragmento rezuma ironía, voluntad crítica y un europeísmo que, sin ser explicitado, se advierte con claridad. Cuando escribe estas líneas, Lucio V. López es un joven viajero de la alta sociedad porteña que ha estado en Europa aún antes de visitarla por primera vez, ya que ha recibido una educación europea acorde con su círculo social y con su generación. Don Polidoro, en tanto, pertenece a la generación anterior, aquella que nació en los años 1820, que vivió la dictadura rosista del principio al fin y que se enriqueció a manos llenas con la actividad ganadera y comercial. El acceso a Europa no llegó para él por vía de la educación, como sí ocurriera con su hijo “Blasito”, que le sirve de deficiente intérprete en sus paseos por París, y con el narrador de esta historia, que es el propio López. Éste no deja de destilar un cierto desprecio al considerar las carencias lingüísticas de Polidoro, que sólo habla español, “nada más que español”, y que chapurrea un francés casi nulo. Pero quizás lo más interesante, a los fines de nuestro estudio, sea la descripción de la residencia de Don Polidoro en la calle de Buen Orden, una típica casona colonial de tres patios. Ya hemos hablado, en el capítulo II, de la específica organización espacial de las casonas coloniales, y del significado clasista de su dimensión interior. El eje que vertebra la casa de Don Polidoro es una larga, perfecta y rígida línea recta que también resulta motivo de mofa para López. Más adelante, éste insiste en caracterizar la esencia misma de Don Polidoro, muy alejada de los encantos arquitectónicos de las capitales europeas:

¡Oh! Don Polidoro Rosales ha sido transportado a París, es cierto, porque los cuerpos se palpan y su ubicuidad es incontestable, pero su ser, su *yo*, ése, está allá en la calle de Buen Orden y estará siempre aunque él esté aquí. Esto no es una paradoja: es la esencia misma de la verdad (López 1994: 295, itálicas del autor).

Entramos aquí, de lleno, al espacio vital de las identidades, tanto personales como colectivas. Don Polidoro es tan porteño y tan burgués como su hijo “Blasito” o como el narrador Lucio V. López. Sin embargo, “la esencia misma de la verdad”, como elige llamarla el memorialista, o de la “identidad”, como preferimos denominarla nosotros, resulta sustancialmente diferente. La identidad urbana y de clase persiste a lo largo del tiempo, sin lugar a dudas, pero lo hace transformada. Dicho en otras palabras, cambia y no cambia a la vez.

Pero volvamos a *La Gran Aldea* y a la conversación sostenida por el selecto grupo de Montifiori en el porteñísimo y europeo Club del Progreso. Podemos afirmar, sin temor a equivocarnos, que la europeización y el refinamiento de la elite capitalina a la que estos personajes pertenecían sólo serían parciales. A pesar de la sustitución de los mulatos y criollos del personal de servicio por empleados domésticos, por institutrices y por profesores europeos y de los esfuerzos sistemáticos por imponer una conversación refinada, siguiendo los códigos del *bon ton*³⁶, en los bailes de aspecto parisino siguió abundando el trato familiar y campechano. Un trato sin etiqueta, en el que los populares saludos “¡adiós che!” constituían la nota habitual (Losada 174-175).

En definitiva, estos cambios (como ya hemos señalado en los capítulos precedentes) se verificaron con lentitud, y no se impusieron de una vez. Tal como lo indica Ángel Rama para el conjunto de Hispanoamérica después de 1880 lo criollo continuó operando con vigor, así como, con anterioridad, lo europeo también había estado presente y jugado su rol todavía minoritario. La era criolla y la era aluvial no fueron dos épocas diferenciadas a la perfección, estancas y químicamente puras, cada una por su lado, sino que se solaparon entre sí y se mantuvieron en un estado de tensión o de armonía, según la circunstancia. El paulatino refinamiento de la elite porteña no impedía que en 1891 Santiago Calzadilla añorara la hospitalidad porteña de antaño, irremediablemente desaparecida:

³⁶ En lo que hace al rol “civilizador” de la conversación culta y refinada en los salones burgueses europeos, consultar Elias, Norbert. *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1983.

Las tertulias se improvisaban sobre el núcleo de los íntimos; y los verdaderos saraos ponían de manifiesto la sociabilidad culta, sencilla y digna que mediaba entre las niñas y los mozos, como consecuencia de la vida social que frecuentaban [...] las reuniones se repetían al infinito, facilitadas por la sencillez, por el ningún aparato en los salones ni en los tocados (Calzadilla 61 y 85).

Por entonces, las visitas se realizaban espontáneamente, sin necesidad de presentar tarjetas ni de anunciarse siguiendo normas preestablecidas. Pero a partir de 1880 las tarjetas de visita y la ceremonia de anunciarse se tornaron obligatorias. Este mayor cuidado a la hora de presentarse en una casa ajena nos da la pauta del aumento simultáneo de la privacidad y del protocolo en los hogares burgueses de Buenos Aires. El ámbito doméstico era entendido ahora como el recinto por antonomasia de lo privado. Es que la noción de hogar (*home*) había irrumpido, aunque más tardíamente que en Europa, en la alta sociedad porteña, conllevando su doble acepción de intimidad familiar y de confort (Losada 84-85).

De esta forma, se introdujeron costumbres que los viejos caballeros y damas criollos consideraban estrafalarias, como la de besar las manos de las mujeres. Veamos entonces la anécdota relatada por el escritor y periodista Fray Mocho (seudónimo de José Severino Álvarez, 1858-1903), agudo cronista de la vida cotidiana de la sociedad porteña finisecular. Fray Mocho se pone en la piel de la tía Feliciano, una veterana matrona de la elite criolla:

A propósito de los que vienen de París, hijita, te voy a contar lo que me sucedió el otro día en lo de Mariquita, mi sobrina, que como sabrás, recién ha venido... Voy a visitarla, y si vieras qué comedia! Llego a la casa y lo primero con que me topo, es un francés todo afeitado y vestido de fraque que no entendía ni jota; de balde le decía, desgañitándome: “Vaya, dígame que está su tía Feliciano”... Nada! Al fin busco en la cartera y le doy una tarjeta, pero en vez de darle la mía, con el apuro y la agitación, le doy una de Pepita Aguirre, que tenía guardada y lo oigo que gritaba desde la puerta cancel a otro sirviente que estaba en el descanso de la escalera... “Madame Vassilicón!” y oigo que el otro repetía la cosa y que el grito seguía! ... Entonces, me subo ligerita para decirles a aquellos condenaos mi equivocación y tomo para el lado del comedor, donde siempre acostumbraba recibirme Mariquita; pero me ataja el sirviente y me mete a la sala, que a las dos de la tarde estaba ya con luz encendida y con todas las ventanas cerradas [. . .] cuando se aparece Mariquita en una de las puertas, de gran cola y me hace una cortesía a uno de minué... Claro! Corro a

abrazarla diciéndole: “sí, soy yo, m’hijita”, pero ella con una sonrisa seria en que solamente me mostraba el colmillo de un lado, me estiró la mano en silencio y con una frialdad que me heló, che, a pesar del calor (Fray Mocho 43-44).

El tratamiento satírico de la situación (una de las características propias del estilo de Fray Mocho) da cuenta del cambio drástico de costumbres en los sectores más encumbrados del Buenos Aires finisecular. En ese sentido, el viaje europeo en la alta sociedad porteña fue vehículo potente de educación estética y de modales. En el fragmento citado, es discernible un antes y un después de la visita a Europa, con la consecuente transformación que llega incluso a las fibras más íntimas de una personalidad. El mundo de los vínculos y de los afectos se ve resentido. En pos de un objetivo de refinamiento considerado superior a cualquier otra cosa, el control absoluto de las emociones y de los gestos más naturales se torna crucial. Para reemplazarlos, el protocolo indica las acciones mecánicas y repetitivas a ejecutar. Entre las mismas podemos citar la exhibición de la tarjeta de visita, el anuncio por medio de los sirvientes extranjeros, la espera en la sala de recibo (y ya no en el comedor, núcleo íntimo de un hogar cuyo ingreso se ha vuelto inaccesible para quienes no integran la familia más próxima), la sonrisa medida, la mano estirada y la reverencia para evitar casi por completo el contacto corporal, así como cualquier desborde emotivo.

En contrapartida, la tía Feliciano, que vivió el tiempo de las tertulias, es natural, sencilla, informal y populachera en sus palabras y acciones. Así lo prueban sus expresiones coloquiales: “condenaos”, “m’hijita”, “che”, que jalonan su discurso. Por otro lado, cabe señalar que la diferencia entre tía y sobrina es cultural, histórica y generacional a la vez. La era criolla está representada por la vieja y campechana señora mientras que la era aluvial por Mariquita, la joven burguesa porteña recientemente afrancesada. Como señala Félix Luna, las mujeres del 900 no pudieron gozar de la misma independencia y espontaneidad que sus madres y abuelas. Prisioneras de sus gobernantas, de sus madres, de sus tías, de sus padres y de sus hermanos como asimismo de rígidas convenciones, y educadas en colegios de monjas francesas o por institutrices británicas, “las porteñas alegres y sencillas de mediados de siglo, se fueron transformando [. . .] en las estiradas e inalcanzables ‘niñas’ del Centenario” (Luna 2002: 95).

La transición de una etapa a otra fue gradual y compleja. Es que, a la convivencia en un mismo espacio y en una misma época de dos generaciones tan radicalmente opuestas (aunque pertenecieran a la misma clase social) se agrega lo inadecuado de los escenarios en

los que la alta sociedad pretendía organizar sus eventos. Mientras la alta sociedad porteña intentaba europeizarse, los patios coloniales seguían siendo los mismos, aunque los arreglaran para la ocasión, al igual que los largos y monótonos salones. Es así que los ambientes de estilo francés recién se impondrían en los *petits hôtels* del Novecientos.

En cuanto a la servidumbre, vale señalar que en los años '80 y '90 se generalizaron los sirvientes varones y extranjeros, un dato no menor, ya que, en realidad, el servicio doméstico estaba compuesto en su mayoría por mujeres y por algunos hombres, generalmente de sangre africana. De ahí la aparición de los *valets de chambre*, como el de este pasaje de Fray Mocho. A ese respecto, no deja de ser significativo constatar que cuando muere la tía Medea su viudo, aconsejado por el elegante Benito Cristal, antiguo amigo de Tomás Rolaz, despide a todo el “mulaterío antiguo de la finada” y contrata personal nuevo (López 2010: 118).

En lo que hace al origen étnico, habrá una preferencia por las muchachas vascas y por los varones gallegos. Si bien el objetivo ideal era contratar sirvientes francófonos o anglófonos éstos eran escasos, por lo que el servicio doméstico fue hegemonizado por los españoles, con una presencia menor de italianos y de gentes de otras nacionalidades (Barrancos 567-568). El desenlace de *La Gran Aldea*, marcado por la fatalidad, es protagonizado muy sugestivamente por la joven Graciana, una criada vascofrancesa cuyo descuido causa la muerte por incineración del bebé de Blanca Montifiori y de Ramón Rolaz. La creencia en las virtudes del personal doméstico europeo es cuestionada severamente por Lucio V. López quien, en su novela, procura mostrar la carencia de valores morales sólidos y de lazos de pertenencia de estos inmigrantes.

Muy distinto, en ese aspecto, es el rol desempeñado por Alejandro, el cochero mulato de la tía Medea, luego contratado por Benito Cristal. Su condición de “criado favorito”, fiel a sus patrones y de pura cepa criolla, se erige como una “voz desmitificadora” frente al liberalismo triunfante del general Mitre (Spicer-Escalante 48). En medio de la euforia generalizada por la victoria del ejército porteño en la batalla de Pavón, Alejandro, urquicista y federal, si bien acompaña a Julio a recibir a las tropas en el puerto, se permite la ironía y el juicio condenatorio. La relación amorosa que mantiene este personaje con Graciana, ya sobre el final de la novela, podría interpretarse, en cambio, como una prueba del carácter corrompido de la sociedad porteña que el memorialista pretende mostrar y enjuiciar. Una corrupción que estaría provocada por los inmigrantes europeos, y que sería ajena a la población criolla.

Esta postura crítica de López contrasta con la de la alta sociedad contemporánea a la que él mismo pertenece. Los testimonios al respecto abundan, pero para el caso citaremos algunos fragmentos de la correspondencia entablada entre Miguel Cané, embajador argentino en París, y Carlos Pellegrini, presidente del Jockey Club de Buenos Aires, durante 1896 y 1897. Mientras seguía avanzando la construcción de la nueva sede del Club en la calle Florida, ambos amigos preparaban minuciosamente todos los detalles relacionados con la decoración y con el personal doméstico. El futuro Jockey debía parecerse, según Cané, a sus émulos parisinos de L'Épatant y del Cercle de la Méditerranée. En estos restaurantes los *valets de chambre* y los *maîtres d'hotel* utilizaban elegantes uniformes y estaban organizados de acuerdo a una jerarquía que el diplomático analiza e insiste en trasplantar al futuro restaurante del Jockey Club. Así lo especifica claramente en su carta a Pellegrini del 16 de febrero de 1897:

Lo que debe preocuparte y mucho, es la *tenue* de las gentes de servicio del club. En el Épatant, que es el mejor servicio que conozco, hay una profusión de criados extraordinaria. Primero, los *maîtres d'hôtel*, frac negro, de corte especial, *culotte* negra y media negra, zapato. Luego, los *valets de chambre*, librea color marrón oscuro o café; enseguida, los *valet de pied*, librea azul, media blanca, zapato. Todo de irreprochable limpieza. Los *valet de pied* que se distinguen ascienden a *valet de chambre* y entre éstos se reclutan los *maîtres* de hotel (Newton 108, itálicas del autor).

Miguel Cané llega a hacer extensivo su estricto criterio de selección del personal a la apariencia física. Así, los sirvientes gordos, de estatura pequeña y desproporcionados debían ser rechazados:

Debo advertirte que no toma un solo criado que no tenga la altura determinada, para lo que los hacen pasar por la *toise*. Así ves unos cincuenta *gaillards* bien plantados, jóvenes y muy cuidadosos de su persona. Eso te evita, también, los criados bajos, gordos, contrahechos, etc. Si lo deseas te mandaré una librea de cada clase, porque son las más sencillas y elegantes que he visto. Te repito que esa cuestión del servicio es importante; da la idea de un club y enseña también hábitos de cultura social a los que no la tienen (Newton 108, itálicas del autor).

Como indica Adriana Bergero, Cané consideraba que la Argentina era un país afligido por la barbarie, la cual debía ser sistemáticamente pulida y armonizada con la etiqueta francesa (Bergero 20). Esta concepción se trasladaba también a la gastronomía, la cual, como

ha escrito José Luis Romero, no podía estar basada en los aportes criollos, italianos, españoles, polacos o rusos. Ni las cacerolas, ni la pizza, ni las pastas, ni las tripas, ni el ajo, ni los potajes y salsas podían equipararse con los menús del chef del Jockey y su cocina Cordon Bleu, capaz de ser aprobada tanto por la clase alta como por las nuevas clases medias (Romero 1983: 16).

Sin embargo, por más que se esforzaran en copiar la cocina de París, Cané y Pellegrini no podían evitar negociar entre aquella gastronomía selecta y “nuestras” maneras, esto es, entre pureza e hibridez. En realidad, la proximidad de Buenos Aires con respecto a París parecía caracterizarse por las asimetrías y los deslizamientos. Es así que, finalmente, el chef contratado para el Jockey resultó ser alguien que conocía la cocina criolla y que había trabajado en la ciudad balnearia de Mar del Plata, lugar de veraniero exclusivo por entonces de la alta sociedad porteña (Bergero 21).

De la tienda criolla al gran almacén

En la antigua ciudad criolla las posibilidades de interactuar socialmente en los espacios públicos eran, como ya apuntamos, hartamente limitadas. Buenos Aires era una ciudad de puertas adentro, en la que la dimensión interior predominaba, determinando conductas, personalidades y modos de vida. No obstante ello, había ciertos ámbitos en los que los contactos se tornaban inevitables. Es el caso de los comercios, en sus variadas acepciones. Dentro de esta categoría estaban incluidas las pulperías o “esquinas”, los almacenes, los cafés, que aparecieron en los años finales de la dominación española, y las tiendas en general, que vendían productos diversos (importados y autóctonos). Lucio V. López describe admirativamente el comercio porteño hacia 1861, el año de la batalla de Pavón y de la unificación definitiva del Estado de Buenos Aires y de la Confederación Argentina. Así alude a su carácter criollo, austero, familiar, artesanal y por completo carente del boato de las vidrieras y de los empleados europeos, elementos por entonces desconocidos. López subraya el hecho de que las tiendas eran además lugares de encuentro e intercambio y no meros ofertorios de mercaderías. Como no había escaparates, los artículos no podían colocarse en exhibición pública y no eran inaccesibles sino que, por el contrario, podían tocarse y manipularse, demostrando la existencia de una “buena fe comercial”, éticamente superior al desenfrenado mercantilismo del Ochenta:

Las tiendas europeas de hoy, híbridas y raquíticas, sin carácter local, han desterrado la tienda porteña de aquella época, de mostrador corrido y gato blanco formal sentado sobre él a guisa de esfinge. ¡Oh, qué tiendas aquellas! Me parece que veo sus puertas sin vidrieras, tapizadas con los últimos percales recibidos cuyas piezas avanzaban dos o tres metros al exterior sobre la pared de la calle; y entre las piezas de percal, la pieza de pekín lustrosa de medio ancho, clavada también en el muro, inflándose con el viento y lista para que la mano de la marchanta conocedora apreciase la calidad del género entre el índice y el pulgar, sin obligación de penetrar a la tienda. Aquella era buena fe comercial y no la de hoy, en que la enorme vidriera engolosina los ojos sin satisfacer las exigencias del tacto que reclaman nuestras madres con un derecho indiscutible (López 2010: 39).

En *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Wilde recuerda que los almacenes de comestibles, con productos tales como azúcar refinada, cerveza inglesa y té son de aparición “relativamente reciente”, y que, antes de que éstos surgieran sólo había pulperías, en torno a las cuales se juntaban borrachos “cargosos”, dentro del mismo establecimiento o en la vereda. Este espectáculo era no sólo habitual sino socialmente aceptado (Wilde 238). Los pulperos, por su parte, solían ser criollos, hombres sin instrucción alguna que no necesitaban vestirse bien puesto que jamás estaban en contacto con gente “decente”:

Su traje, durante el verano, era, comúnmente, el siguiente: se ponían tras del mostrador, en los primeros tiempos, en mangas de camisa, sin chaleco, con calzoncillos anchos y con fleco; sin pantalón, con chiripá de sábana o de algún género delgado, o bien un pañuelo grande de algodón o de seda, que entonces se usaban más que hoy, a guisa de delantal, medias (algunas veces), y chancletas. Como no entraban personas de lo que se llama *decentes*, como hoy sucede en los almacenes, ese traje estaba más que suficientemente bien para la clase de parroquianos o *marchantes* que tenían (238, itálicas del autor).

Los pulperos, según relata el propio Wilde, habían sido originalmente españoles, para luego ser reemplazados por criollos. Más tarde, con el aumento de la inmigración europea, éstos serían a su vez sustituidos por los italianos, cuya vestimenta ya no sería en absoluto gauchesca. Otro signo del cambio de los tiempos, de las transformaciones culturales que supuso el arribo masivo de extranjeros al país (238). Víctor Gálvez, por su parte, describe la concurrida tienda de don Braulio, en la esquina de Perú y Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen).

Ésta se hallaba en el mismo lugar en donde se levantaría luego el Palacio Muñoa, sede del Club del Progreso entre 1857 y 1900. El relato de Gálvez no brinda precisiones cronológicas, aunque por las alusiones al ubicuo “colorado” se sobreentiende que se está refiriendo a la etapa del rosismo. Es decir, algunos o varios años antes de 1852 (cuando Rosas fue derrocado) y, lógicamente, antes de 1855, que es la fecha en que se iniciaría la construcción del Palacio:

En el sitio donde hoy se levanta el hermoso edificio que ocupa el “Club del Progreso”, y en la planta inferior la espléndida tienda del mismo nombre, había allá por los años de... una casa de teja, con algunos cuartos a la calle que se llamaba de *Representantes* y hoy del Perú [. . .] Todo era colorado entonces: los uniformes de las tropas, los ponchos de los gauchos, los rebozos de las negras, todo era colorado: puertas, ventanas y frisos de las casas, y como entonces las aceras tenían una hilera de maderos que se llamaban *postes*, estos también estaban pintados de colorado (Gálvez 78-79, itálicas del autor).

La fecha es así indeterminada, brumosa en la evocación, por lo que cabe preguntarse si se trata de un recurso narrativo consciente o, por el contrario, de un involuntario olvido o recuerdo fragmentario. Dos dimensiones parecieran superponerse aquí, la del pasado y la del presente, el edificio moderno y el viejo, la calle nueva y la calle vieja, en donde hasta los nombres (que indican la identidad) son distintos. En esta tienda se vendían puntillas, encajes, randas y embutidos. Su propietario era un casto y económico solterón, de natural bondadoso y de vida rutinaria y limitada. Pero lo que nos interesa resaltar es que el pequeño negocio oficiaba también de tertulia. Don Braulio era el centro de la misma, y sus tertulianos solían permanecer parados en la puerta, mientras el “muchacho dependiente” les servía mate, con su atuendo de entrecasa, “siempre en mangas de camisa y con chancletas”. El memorialista destaca el hecho de que los negocios antiguos, tanto los que funcionaban en locales como aquellos de carácter ambulante, eran auténticos centros de sociabilidad de los “hijos de la tierra”, en los que florecían el trato campechano y la chismografía más profusa (81).

Los testimonios de López, Wilde y Gálvez dan cuenta de la etapa anterior a 1880 como así también de los primeros cambios, cuando aparecen las tiendas de tono y la vieja sociabilidad criolla ligada a los comercios va desapareciendo. En otras palabras, puede decirse que el Ochenta inaugura un período transicional, de profundas transformaciones, el cual se prolongará hasta los albores del siglo XX, cuando Buenos Aires se transforme

definitivamente en una metrópoli de inspiración europea. Es por ello que al llegar el Centenario, la situación había cambiado de manera drástica. Cuando en 1914 el periodista y escritor guatemalteco Enrique Gómez Carrillo visita la ciudad de Buenos Aires deja el testimonio de una crónica netamente modernista. Un modernismo que ya no es el contestatario de Rubén Darío sino que constituye una estética y una justificación de la burguesía dominante.

Indudablemente, la Buenos Aires que describe Gómez Carrillo es muy diferente de la Gran Aldea evocada por los memorialistas. En pocas décadas la capital argentina había adquirido la fisonomía de una metrópoli europea, la mayor del mundo hispano. Ahora, según escribe un admirado Gómez Carrillo, podía ser parangonada con la mismísima París, modelo urbano y civilizatorio por excelencia. Acompañado de un amigo argentino, el reportero centroamericano recorre Florida (la antigua Calle del Empedrado), con sus lujosas vidrieras, y casi llegando a la Avenida de Mayo, se topa con uno de los “palacios” de la tienda “Gath & Chaves”, la mayor cadena comercial de Sudamérica. Según Gómez Carrillo este “palacio” nada tiene que envidiarle a sus homólogos de París. Es más, el cronista tiene la sensación de hallarse en la mismísima Ciudad Luz:

Estamos ya al final de Florida. El ruido de los automóviles de la avenida de Mayo llega hasta nuestros oídos, haciéndonos sentir que dentro de un instante habrá terminado nuestra deliciosa peregrinación por la extraña y admirable calle. Para prolongar el encanto de la hora me dejo guiar por mi amigo y penetro en una tienda que, desde fuera, no me ha parecido sino enorme. ¡Cuál no es mi sorpresa al hallarme de pronto trasladado a la verdadera capital de las elegancias! ¿Es el Printemps, con sus mil empleadas gentiles y su perpetuo frou-frou de sedas ajadas por manos aristocráticas? ¿Son las Galerías Lafayette, con sus enjambres gorjeantes de muchachas bonitas que se prueban los sombreros más excéntricos con la mayor naturalidad? Es todo eso junto [. . .] el palacio de las tentaciones (Gómez Carrillo 67).

Estas grandiosas cadenas de tiendas, esparcidas en todas las ciudades importantes, e inexistentes antes de 1880, aunaban la posibilidad tradicional de tocar la mercadería, la novedad de la exhibición en vidrieras, la tentación de una multitud de variados productos, la despersonalizada sincronización de ejércitos de empleados, y el esplendor arquitectónico, de estilo parisino. Está claro que los almacenes como “Gath & Chaves”, si funcionaban como espacios de sociabilidad, no lo hacían de la misma manera que las tiendas criollas que añoran

los memorialistas porteños. Pero volvamos a *La Gran Aldea* y a su descripción del comercio. Para Lucio V. López, los tenderos criollos de antes eran superiores a los europeos de hoy, no sólo en el aspecto comercial sino en sus cualidades más humanas, puesto que eran los últimos representantes de un linaje aristocrático cuyos orígenes se remontaban a la Colonia. Para el memorialista el trato afable, familiar, que se entablaba entre tendero y cliente, trascendía lo económico:

¡Y qué mozos! ¡Qué vendedores los de las tiendas de entonces! Cuán lejos están los tenderos franceses y españoles de hoy de tener la alcurnia y los méritos sociales de aquella juventud dorada, hija de la tierra, último vástago del aristocrático comercio al menudeo de la colonia (López 2010: 39).

La alta sociedad porteña fue un producto directo de las reformas borbónicas de fines del siglo XVIII y de la apertura comercial que favoreció a Buenos Aires, hasta entonces un poblado marginal que había sobrevivido, en buena parte, merced al contrabando. Si en la sociedad peninsular las actividades manuales (fuesen éstas industriales, artesanales o comerciales) eran despreciadas tanto por la alta como por la baja nobleza, en la Gran Aldea el comercio era la piedra de toque de esa elite en formación que pretendía convertirse en una aristocracia europeizada. Por lo tanto, la labor del tendero no era digna de desprecio sino de orgullo, ya que muchos de ellos se enriquecieron gracias a la misma y, andando el tiempo, se convirtieron en terratenientes y “rastacueros”, todos ellos en vías de evolución hacia formas superiores de distinción y de cultura.

Al mismo tiempo, es llamativa la diferenciación étnica y moral que hace López entre los tenderos criollos de la Gran Aldea, por un lado, y los tenderos europeos de la flamante Capital Federal, por el otro. Lo que aquí está en juego es, claramente, una cuestión identitaria: la vieja elite criolla amenazada por la invasión inmigratoria y plebeya. Una identidad étnica y de clase que López, como los otros memorialistas del '80, se encarga de defender con un tesón que roza lo obsesivo. Tenderos y clientes de la Gran Aldea formaban parte, en definitiva, de una misma colectividad cultural y social, en la que los lazos y el modo de socializar eran en esencia los mismos que podían regir en una familia extendida, de configuración patriarcal:

No pasaba una señora ni una niña por la calle sin tributar los más afectuosos saludos a la rueda de contertulianos, sentados cómodamente en sillas colocadas en la calle y presididos por el dueño del establecimiento. Y cuando las lindas transeúntes

penetraban a la tienda, el dueño dejaba a sus amigos, saludaba a sus clientes con un efusivo apretón de manos, preguntaba a la mamá por ese caballero, echaba algunos requiebros de buen tono a las señoritas, tomaba el mate de las manos del cadete y le ofrecía a las señoras con la más exquisita amabilidad; y sólo después de haber cumplido con todas las reglas de este prefacio de la galantería, entraban clientes y tenderos a tratar de la ardua cuestión de negocios (López 2010: 39).

Lo que aquí se sostiene, en suma, es que había por entonces una dimensión inmaterial (por oposición a la concepción materialista que dominaría y contaminaría el '80) que se antepone a cualquier trato de orden económico. Antes que nada, lo que importaba eran los vínculos existentes entre los miembros de un mismo y escogido grupo, el de los criollos más ricos de la Gran Aldea, núcleo fundacional de la opulenta Buenos Aires posterior. Cabe aclarar, sin embargo, que la dimensión inmaterial coexiste con la material. Dicho en otras palabras, el capitalismo moderno, y más específicamente la mercancía, produce también su propia estética y sensibilidad, impensable sin la nueva lógica económica.

Lucio V. López, al igual que los otros memorialistas, se esfuerza en rescatar la pureza identitaria y ética de estos primeros porteños, perceptible incluso, para él, en los toscos locales comerciales de 1861. Hay en la novela de este memorialista una serie de elementos que nos hablan, siguiendo otra vez a Carretero, de “protocolos no escritos”. Entre ellos podemos mencionar el trato llano, sin rodeos ni etiqueta y el consumo del mate, el cual no era sólo una infusión, sino un vehículo de intercambio interpersonal y una marca del más típico criollismo. A esto se añaden la galantería obligada del caballero con respecto a las damas y su condición de patrón. Como tal, encarna la autoridad masculina de propietario de la tienda, con sus respectivos subordinados, reproducción en miniatura de las estructuras patriarcales y clasistas de la Gran Aldea.

Tales reglas tácitas gobernaban la embrionaria alta sociedad de Buenos Aires y, a despecho de su sencilla espontaneidad, eran tan rigurosas como las que se importarían luego de Europa. En este último caso, sin embargo, se trataría de una operación ideológica sistemáticamente organizada y consciente, artificial por definición, a diferencia de las reglas y comportamientos más naturales e informales de la Gran Aldea.

Parafraseando a Adriana Bergero, podemos decir que a pesar de que la alta sociedad proveyó a la ciudad de imaginarios y de ceremonias a través de las cuales se veneraba lo que no se podía tocar (como los lujosos artículos importados de los escaparates), el mercado

también desplegaría una amplia gama de nuevos hábitos sociales para el resto de la ciudad. Entre ellos podemos mencionar los rituales del café y del entretenimiento, los cuales generarían un sentimiento colectivo de pertenencia, aunque sin borrar las tensiones sociales (Bergero 89). Frente a las lujosas tiendas o a los clubes en los que se nucleaba la elite, los sectores populares se vieron forzados a crear nuevos espacios de sociabilidad. Éstos debían ser necesariamente diferentes de los más modestos de la era criolla. La razón es simple: la modernización y el progreso material habían avanzado, y la población había aumentado de manera exponencial, modificando de paso su composición étnica. Uno de estos ámbitos, ya existente durante el tránsito del siglo XVIII al XIX, pero que creció de manera notable en la segunda mitad de esta última centuria, fue el de los cafés.

Los cafés porteños

Los cafés forman parte de una tradición colonial y española. Los primeros que hubo en Buenos Aires surgieron a fines del siglo XVIII, como fue el caso del “Almacén del Rey”, instalado en 1769 bajo la Recova Vieja o el célebre “Café de Marcos”, sito en la actual esquina de Bolívar y Alsina, centro de conspiración independentista en la primera década del XIX. Más tarde, fueron abiertos otros locales cercanos a la Plaza Mayor, como por ejemplo el “Café de la Comedia” (Reconquista frente a la iglesia de La Merced), el “Café de la Victoria” (en la calle homónima, hoy Hipólito Yrigoyen) y el “Café de los Catalanes”, entre otros de menor categoría (Ostuni-Himschoot 11-12). De estos primeros locales “los más lujosos y mejor atendidos”, fueron el “Café de Marcos” y el “de la Victoria” (Wilde 145).

Por entonces, los cafés cohabitaban en pleno centro urbano con numerosas pulperías o almacenes a la usanza criolla, como el “Almacén del Plata” (de 1839), que cambió su nombre en 1866 por “Almacén Florida”. Al inaugurarse la Avenida de Mayo en 1894 surgieron allí numerosos cafés “a la española” o “a la madrileña”, “que llenaron la urbe con sus bullicios, sus tertulias, sus juegos de naipes, dominó, billares y aquellos ‘gloriosos chocolates con churros’”(Ostuni-Himschoot 12-13).

Como señala Sandra Gayol, la ciudad, a esta altura, había dejado de estar habitada mayoritariamente por porteños. Dicho en otras palabras, eran pocos los vecinos que se conocían de toda la vida y que compartían lazos familiares y comunitarios. En una situación de ruptura de los marcos de referencia, había que buscar el modo y el lugar de gestar encuentros, de inspirar confianza en el otro. Esto explicaría la espectacular proliferación de

cafés en la segunda mitad del XIX. En 1887, el Primer Censo de Población registró más de 200 locales de este género (Gayol 11)³⁷.

En los cafés, la gente “entabla conversación”, profundiza vínculos, pero también continúa diálogos iniciados en la calle. Es aquí donde se genera una auténtica puesta en escena, en donde tiene lugar la “ceremonia del encuentro” y en donde la sociabilidad masculina se organiza bajo “la mirada atenta de los otros”, estructurada sobre la base del alcohol, la guitarra y los juegos de cartas (15-16). Sobre el final del siglo los cafés devienen el principal espacio de sociabilidad popular y de construcción de nuevas identidades políticas y de clase. No sorprende entonces que cuando la protesta obrera arrecie, sean vigilados y denunciados (30-31)³⁸.

Pero retomemos, una vez más, el testimonio de los memorialistas porteños. Con algunos años de anterioridad al fenómeno que describe Gayol José Antonio Wilde ya hablaba de la familiaridad, el poco aseo y la sencillez que reinaban en estos establecimientos, durante la era criolla:

No se daba de almorzar en los cafés; el despacho quedaba reducido a café, té, chocolate, candial, horchata, naranjada y algunas copitas. Servíase entonces el *café con leche*; o como muchos decían, café y leche, en inmensas tazas que desbordaban hasta llenar el platillo; jamás se veía azúcar en azucarera; se servía una pequeña medida de lata llena de azúcar, generalmente no refinada [. . .] Los mozos respetaban poco a los concurrentes, presentándose en verano en mangas de camisa, y ésa, no siempre de una limpieza, y muchas veces, fumando su cigarrillo (Wilde 146, itálicas del autor).

³⁷ Los datos censales y las estimaciones indican que Buenos Aires contaba con unos 50000 habitantes en 1810, con 180000 en 1869, con 650000 en 1897, y con más de un millón en 1910. Ciertamente, la proliferación de cafés en la Capital Federal se entiende de manera más amplia por el notable crecimiento demográfico y económico de la ciudad y del país, sobre todo de la región pampeana. A partir de 1840 la cría masiva de ovejas redundó en el surgimiento de un nuevo producto de exportación, la lana, que dinamizaría la economía y se convertiría en su impulsor principal. Al respecto, ver Sábato, Hilda. *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890*. Buenos Aires: Sudamericana, 1989. En cuanto a la actividad industrial, ésta se inició hacia 1810 con la instalación del primer saladero y a partir de 1870 con los frigoríficos, que permitirían la exportación de carne vacuna congelada.

³⁸ Sandra Gayol, en su análisis de las sociabilidades de los cafés porteños le adjudica una importancia considerable al concepto de interacción, entendido como el contacto cara a cara y directo, estudiado por Kendon, A., “Goffman Approach to Face-to-Face Interaction”, en Drew, P., y Wootton, A. (compiladores). *Erving Goffman. Exploring the Interaction Order*. Boston: Northeastern University Press, 1988 y por Goffman, E. *Les rites d'interaction*. Paris: Minuit, 1974. Gayol define la interacción como el “contacto cara a cara y directo a partir del cual los partenaires ejercen influencia recíproca sobre sus acciones apuntando a preservar la convivencia social” (11).

Sin embargo, los cafés porteños no fueron sólo el lugar en el que los hombres se juntaban a beber y a charlar de nimiedades, sino que también se erigieron en centros de conspiración política o de negocios. Así nos lo recuerda Víctor Gálvez utilizando el diálogo de dos singulares personajes, Don Canuto y el señor Delardilla, los anacrónicos protagonistas de una tertulia que hacia 1880 todavía se organizaba en casa del primero de ellos. Viejos caballeros criollos perdidos y disgustados en una época de cambios violentos que no dejan de condenar, ambos amigos evocan con gusto los diversos cafés que tuvo la ciudad y las andanzas de sus *habitués*:

Ellos recordaron el café de *Marcos*, cuando estaba administrado por Munilla [. . .] No olvidaron tampoco el café de Santo Domingo, ni el de los Catalanes, ni menos las aventuras galantes de don Goyo Gómez [. . .] amigo de la juventud, de la vida bulliciosa, elegante de maneras, conversador ameno y la crónica parlante de los tiempos de la independencia. Hicieron la historia de esos establecimientos y de sus transformaciones, centros de acuerdos políticos, sitios de enredo y de chismografía [. . .] Revolución hubo que en el café de *Marcos* tenía el centro de acción. Se peroraba, se gritaba, se pronunciaban discursos, y en el inmenso patio, hoy convertido en casa de remate, en torno de multitud de mesas, los magnates de la época hacían sus negocios, porque no había Bolsa de Comercio (Gálvez 102, itálicas del autor).

Las pasiones políticas se forjaban y se desataban así en los cafés de Buenos Aires, espacio vedado a las mujeres y alejado por lo tanto de la vida doméstica. En la rememoración nostálgica, Don Canuto y el señor Delardilla hacen la alabanza de sus protagonistas, algunos de los cuales eran hombres de renombre histórico, como el general Facundo Quiroga, y no dejan de realzar la chispa, la inteligencia, la capacidad de conversar y los entretelones del poder político y económico. En los cafés del Ochenta, en cambio, la juventud ya no se dedicaba a empresas osadas sino que perdía su tiempo entre los billares omnipresentes y las rutilantes luces de gas, signo de un negativo progreso:

-¿Dónde va ahora la juventud? preguntó don Canuto.

-A esos establecimientos que parecen hornos candentes por la multitud de luces de gas, le contestó Delardilla. Los hay tan grandes que las mesas de billar llegan hasta cerca de cuarenta... ¡Qué batahola! ¡Qué atmósfera! ¡Qué ruido! (Gálvez 102)

Nos interesa resaltar un punto clave que se desprende del testimonio de Víctor Gálvez: el carácter caótico, inorgánico y por momentos violento de estas reuniones masculinas, en las

que la opinión pública de la que habla Habermas se hallaba en un estado aún embrionario. Seguramente, la esencia misma del café implica una interacción social que, lejos de presuponer la igualdad de estatus, ignora el estatus por completo y desestima, al menos en teoría, la posición social, la influencia política y el poder económico otorgándole la preeminencia al argumento superior, más allá de cualquier otro elemento extra-discursivo (Habermas 37). Pero los cafés porteños, aunque animados en buena parte por esta misma lógica, no constituían instituciones formalmente organizadas, en las que rigiera un estatuto escrito y en las que la sociabilidad se hallase encauzada. Muy por el contrario, las pasiones fluían aquí con libertad, lo que podía llegar a ser un problema, sobre todo en lo atinente a cuestiones políticas. En un siglo de conspiraciones, revueltas armadas, guerras civiles endémicas, facciones partidarias basadas en el caudillismo, sistemas políticos aún laxos, sin cuajar, virulentas rivalidades interregionales, autonomías provinciales robustas, una unidad nacional todavía endeble, y una mayoría de personas iletradas y con frecuencia armadas, la alta sociedad porteña se vio en la necesidad de crear un sitio alternativo más eficaz y seguro. Un espacio restringido de sociabilidad, predominantemente masculino aunque por momentos abierto a las mujeres. Nos referimos a los clubes sociales, cuyo análisis emprenderemos en el siguiente capítulo. En el caso de Buenos Aires, hubo dos entidades que se erigieron como instituciones de encuentro de la elite, el Club del Progreso (1852) y el Jockey Club (1882). Fue en ellos donde la alta sociedad celebró sus bailes periódicos, anudó encuentros, urdió acuerdos políticos, concertó negocios y alianzas matrimoniales.

Capítulo IV

Los clubes porteños, espacio de sociabilidad de la “alta sociedad”

Introducción

En este capítulo abordaremos el análisis de un espacio de sociabilidad característico de la burguesía porteña a partir de 1852: los clubes sociales. Nos detendremos así en el Club del Progreso y en el Jockey Club de Buenos Aires, recurriendo, como lo venimos haciendo a lo largo de esta tesis, al testimonio aportado por nuestras fuentes histórico-literarias. Este capítulo IV puede ser considerado asimismo como una continuación directa del III, por lo que obviaremos la introducción teórica sobre la cuestión de las sociabilidades y la formulación de objetivos, ya realizadas oportunamente.

En el primero de los apartados (“Los nuevos interiores: de la casa colonial al *petit hôtel*”) hablaremos de los cambios que sufrió la arquitectura residencial de la burguesía porteña a partir de 1880, más concretamente el reemplazo de la casona colonial por el palacete de inspiración francesa. Nos centraremos en el análisis de los reformulados interiores, más sofisticados y especializados, concebidos ahora según la noción de hogar (*home*) inexistente en el período anterior. En el segundo apartado (“De las tertulias políticas al Club del Progreso”), hablaremos del significado de la fundación del Club del Progreso en 1852, el cual iniciaría una nueva etapa en la sociabilidad de la burguesía porteña. Describiremos además la arquitectura del Palacio Muñoa, que fuera su sede entre 1858 y 1900 y que expresara, con sugerente ostentación, las tendencias decorativas del momento. Valiéndonos del relato de Lucio V. López, exploraremos la dimensión clasista y política de este espacio cerrado, contraponiéndolo con el de las más tradicionales tertulias políticas de la Gran Aldea, en particular aquella presidida por Medea Berrotarán, personaje clave de *La Gran Aldea*.

Finalmente, en el tercer apartado (“Del ‘Club’ al Jockey: la evolución de la dimensión interior”) realizaremos una suerte de análisis comparativo entre el Club del Progreso y el Jockey Club fundado en 1882. Para el caso emplearemos, como fuentes históricas que complementarán los testimonios de los autores memorialistas, las cartas intercambiadas de 1892 a 1893 entre Carlos Pellegrini, presidente del Jockey Club, y Miguel Cané, embajador argentino en París. Estas cartas, escritas poco antes de que se inaugurara la flamante sede del Jockey, contienen importantes datos y apreciaciones acerca del modo de organizar los

espacios internos, la gastronomía y la servidumbre. A estas invalorable fuentes se añadirá la apoyatura teórico-histórica de Adriana Bergero, Lucía Gálvez, Félix Luna y David William Foster, entre otros autores. La sumatoria de estos aportes testimoniales y bibliográficos nos permitirá comprender mejor los profundos cambios operados en la identidad y en el modo de vida de la alta sociedad de Buenos Aires. Una alta sociedad que se alejaba cada vez más del austero patriciado criollo descrito por los escritores memorialistas, sobre todo por Lucio V. López.

Los nuevos interiores: de la casa colonial al *petit hôtel*

Antes de introducirnos de lleno en la temática mencionada, conviene retomar una cuestión crucial que ya hemos tratado en el capítulo II: la arquitectura doméstica. Como se recordará, hemos descrito la disposición espacial de las casonas coloniales hispanoamericanas, y hemos citado a los memorialistas porteños (en especial a Lucio V. Mansilla) cuando se explayan sobre las casonas de Buenos Aires durante la primera mitad del XIX. También hemos hecho alusión a las devastadoras epidemias de 1870-1871, que empujaron a buena parte de la elite criolla a mudarse al norte de la ciudad, abandonando sus casonas coloniales del distrito de Catedral Sur y suplantándolas por residencias más modernas y lujosas.

La oligarquía inició entonces un estilo arquitectónico que le sería característico: el de los *petits hôtels* o palacetes franceses³⁹, los cuales requerían de un gran espacio, a veces incluso de una manzana entera, y que contrastaban agudamente con el resto de la ciudad signado por la superpoblación y la promiscuidad. En un período en el que la inmigración masiva hizo crecer de manera espectacular la población de la Capital, las áreas urbanizadas, aunque crecieron a un ritmo sostenido, no lo hicieron de manera proporcional al número de habitantes. Habría que esperar a las primeras décadas del siglo XX y al nacimiento de los barrios populares para que las clases trabajadoras encontraran una solución más justa a sus graves problemas de habitación. De esta forma, la alta sociedad porteña gozó de espacios y de lujos mayores que los de la etapa criolla, y el abismo con respecto a los sectores populares, que en gran parte estaban compuestos de extranjeros, se ahondó.

³⁹ Estos palacetes burgueses, designados en la Argentina con el dudoso galicismo de *petits hôtels* reciben en Francia la denominación de *hôtels particuliers*.

Hay que decir también que, mientras la elite patricia obtenía su legitimidad de espadas, uniformes y guerras, la nueva generación, más mundana, dependía de fiestas de gala de sociedad, las cuales requerían de lugares apropiados. Los mejores exponentes arquitectónicos que cubrieron esta necesidad los encontramos en un espacio reducido del Barrio Norte, a lo largo de la Avenida Alvear y de la Plaza Pellegrini. Allí se levantaron, a partir de 1880, los Palacios Pereda y Álzaga Unzué, la Residencia Duhau, la de Unzué de Casares, el Alvear Palace Hotel (hoy sede del Jockey Club de Buenos Aires), y el Palacio Anchorena, entre otros (Bergero 26-27).

Está claro que las viejas casonas coloniales poseían gran espaciosidad pero que el lujo y el confort eran allí escasos. En ese sentido, los *petits hôtels* no sólo fueron más impactantes en lo estético sino que además ofrecieron interiores más numerosos y diversificados. Por empezar, contaron con más de un piso, y no con una sola planta, como ocurría en la casi totalidad de las casonas tradicionales. La especialización de los espacios enriquecería, por otra parte, la dimensión interior. Es así que en cada mansión burguesa hubo un salón, un vestíbulo, ascensores, comedor, *fumoir*, jardines, escritorios de lujo, cuartos cómodos, autónomos y de uso personal, con al menos un baño cada dos de ellos, un sistema de calefacción, despensas, bodegas, cuartos de servicio, cocina en los altos, etc.

Como apuntáramos en el capítulo II este confort sistematizado no era sólo un símbolo de estatus sino que respondía a una idea nueva. El “confort”, tal como lo entendemos modernamente, concibe el ámbito residencial como la encarnación del espacio privado de la familia, una concepción que en Occidente recién se fue abriendo paso a lo largo del XVIII. Por ello durante este siglo, pero mucho más durante el XIX, la casa se convierte en hogar, en *home*, vivienda y solaz a la vez (85).

El confort hogareño se vincula así a la intimidad, cuya necesidad se desarrolla de modo paralelo y lleva a la multiplicación de cuartos, una buena parte de los cuales está destinado a la servidumbre, concentrándose, por lo general, en los terceros pisos. Al mismo tiempo, crece la distancia entre las habitaciones de los patrones y de los sirvientes, y se asiste a una inédita separación de los espacios destinados a mujeres y a hombres. Es así que los *fumoirs* se definen a sí mismos como espacios eminentemente masculinos, en donde los hombres se reúnen a fumar y a charlar de sus asuntos, tal como ya lo están haciendo, fuera del hogar, en los clubes sociales de inspiración inglesa. Por otra parte, la introducción de la

iluminación a gas en la década de 1880 y de la luz eléctrica hacia 1900 contribuye a aumentar el confort de estas residencias.

Dicho en otras palabras, los tres patios de las casonas coloniales en los que las clases sociales se entremezclaban fueron sacrificados al aparecer los palacios franceses y reemplazados por varios pisos con mayor diversificación funcional. Ya hemos visto cómo los nuevos halls de recibo desconcertaban a la generación anterior. Tal es el caso de la tía Felicianita retratada por Fray Mocho, la cual estaba acostumbrada a ser tratada de manera más familiar. Tales halls terminaban en una imponente escalera que llevaba a las más inaccesibles habitaciones privadas del segundo y del tercer piso. En todo caso, está claro que estos espacios fastuosos contribuían a aislar aún más a los dueños de casa, no sólo de su servidumbre, sino también del mundo exterior, léase de la calle y de las eventuales visitas.

Beatriz Colomina, en su análisis de la sexualización del espacio en las casas de los modernistas Moller y Müller señala que las habitaciones eran el umbral de lo privado, de lo secreto, de la sexualidad escondida, de lo femenino (traducido en la decoración), en oposición a los espacios sociales de la casa, masculinos, en los que el club parecía invadir el interior con sus sofás de cuero, sus escritorios, sus chimeneas, sus espejos, etc. (Colomina 73-128, citado por Bergero 37-38).

La casa burguesa arquetípica de la Generación del Centenario adoptó estos lenguajes espaciales, burocratizando las relaciones interpersonales y compartimentando a los grupos sociales que interactuaban dentro de la mansión. Cada piso funcionaba así como un mundo separado. De alguna forma, las distancias espacio-identitarias hacían eco de las separaciones análogas que el Orden Conservador vigente imponía en el dominio público. Tal polarización espacial en las residencias de la elite no hace más que enviar a la ciudad colonial al pasado, estableciendo en su interior una estructura semiótica que es instrumental en la configuración de las relaciones interpersonales domésticas. El radical realineamiento de la sociedad introducido por la modernización estuvo regulado por un impresionante arsenal de medios en varias esferas de la vida pública y política, incluyendo los planos de las mansiones, los cuales proveyeron de material a las fronteras internas que la elite buscó para Buenos Aires y para el resto del país (Bergero 38-40).

En lo que respecta a las sociabilidades de la elite porteña, la fundación del Club del Progreso en 1852 marcó una auténtica divisoria de aguas, según veremos con mayor atención en los siguientes apartados. Para Jorge Myers, que el ámbito privilegiado para los

intercambios interpersonales dejara de ser el ámbito residencial significaría el paso gradual de la familia a la clase como eje de sociabilidad (133). Sin lugar a dudas, el mero hecho de que la alta sociedad porteña contara al fin con un espacio apropiado para celebrar concurridos banquetes y bailes implicó un profundo cambio en las costumbres.

No obstante ello, la situación se modificaría con el correr de los años. Aunque en 1882 fue fundado el Jockey Club y en 1897 se inauguró su fastuosa sede -muy superior a la del Club del Progreso- con un baile que hizo historia, la proliferación de los *petits hôtels* provocó una disminución en el número de bailes organizados por estas instituciones y un regreso a los remozados ámbitos residenciales. Ya para ese entonces los palacetes contaban con salones lo suficientemente espaciosos y dotados como para organizar eventos sociales de calidad. Esta circunstancia confirió a las mujeres un mayor protagonismo, y la casa volvió a ser, al igual que en la era criolla, el espacio femenino por definición, mientras que los clubes se tornaron más exclusivamente masculinos (Losada 261-262).

Por otro lado, sobre fines del siglo XIX la alta sociedad porteña se amplió al incorporar inmigrantes exitosos y provincianos ligados al aparato político. Es por ello que hubo una mayor necesidad de salones, que los clubes solos no podían brindar, y sí en cambio las residencias particulares. Aún así, y a despecho de lo que señala cierta literatura contemporánea (Martel, Cambaceres, Ocantos, los propios memorialistas) en la que se narra el triunfo de los advenedizos foráneos y el terror “invasivo” que experimentaba la elite, lo cierto es que los testimonios de los visitantes extranjeros muestran que las familias criollas y sus residencias eran “fortalezas prácticamente inexpugnables”, y que los burgueses porteños eran muy reticentes a la hora de llevar extraños a sus hogares, poniéndolos en contacto con sus mujeres e hijas (268-269).

Las nuevas mansiones, insistimos, ayudaban mucho en este aspecto. A diferencia de las antiguas residencias coloniales cuyos interiores podía observar el “populacho” desde la vereda⁴⁰, los *petits hôtels* detentaban un formato arquitectónico de mayor recogimiento, inviolabilidad e intimidad, al que se agregaba el rol de la etiqueta y de la servidumbre. Este formato tendría su correlato en los clubes sociales, como veremos a continuación.

⁴⁰ Sobre el “populacho” que observaba las reuniones danzantes y opinaba, consultar Cunningham Graham, RB. *El Río de la Plata*. Londres: Establecimiento Tipográfico de Wertheimer, Lea y cía., 1914, pp. 67-68.

De las tertulias políticas al Club del Progreso

El primer club social con el que contó la ciudad de Buenos Aires data de 1844. Nos referimos al Club de Residentes Extranjeros, al que los criollos tenían vedado el acceso por completo, y que se hallaba ubicado en la calle San Martín, frente a la Catedral. En su interior había amplios salones, una nutrida biblioteca y una hemeroteca que poseía publicaciones periódicas extranjeras y nacionales. Por aquel entonces, la colectividad más numerosa era la británica, seguida de la francesa, por lo que fueron los hombres ingleses los principales *habitués* de esta entidad.

Semanas después del derrocamiento de Juan Manuel de Rosas, el 25 de marzo de 1852, Diego de Alvear, miembro de una de las familias más tradicionales y encumbradas de la ciudad, convocó a 56 vecinos e impulsó la fundación del Club del Progreso, el cual nacería oficialmente el 1º de mayo y marcaría toda una época. El “Club”, como se lo conocería familiarmente entre los integrantes de la alta sociedad, sería sobre todo criollo y porteño, aunque abierto también, con el correr de los años, a los notables provincianos establecidos en la Capital y a los inmigrantes enriquecidos. El europeísmo, la distinción, el espíritu aristocrático, no le serían en absoluto ajenos, pero obrarían más bien como modelos ideales a los que se intentaría imitar con torpeza:

Es en un baile del Club Progreso donde pueden estudiarse por etapas treinta años de la vida social de Buenos Aires: allí han hecho sus primeras armas los que hoy son abuelos. La dorada juventud del año 52 fundó ese centro del buen tono, esencialmente criollo, que no ha tenido nunca ni la distinción aristocrática de un club inglés ni el *chic* de uno de los clubs de París. Sin embargo, ser del Club del Progreso, aún allá por el año 70, era *chic*, como era *cursi* ser del Club del Plata (López 2010: 89, itálicas del autor).

El efímero Club del Plata, sito en la esquina de Chacabuco y Victoria, fue un desprendimiento del mismo Club del Progreso, producto de los antiguos resquemores entre unitarios y federales. Fueron estos últimos los que intentaron crear una entidad que los representase políticamente, más allá de los ideales amplios y conciliadores del Club del Progreso. Pero el Club del Plata, cuyo primer presidente fue Bernardo de Irigoyen, nunca contó con demasiados socios y su presupuesto limitado le impidió erigirse en símbolo y lugar de encuentro de la elite, como sí pudo hacerlo durante tres décadas su entidad rival. Al mismo tiempo, hubo otros “clubes” de duración aún más limitada, que aparecían en vísperas de los

comicios nacionales o provinciales, asociados a una facción y a un caudillo político, para desaparecer luego. Solían contar con un periódico que defendía ardientemente la candidatura de turno, atacando con saña (esto es, sin escatimar insultos y calumnias) a la facción opuesta.

Pero veamos cuáles fueron los objetivos fundacionales del “Club”, expresados por el propio Diego de Alvear al director del diario *La Tribuna* y publicados en este diario el 3 de septiembre de 1853:

1º- Desenvolver el espíritu de asociación, completamente extinguido entonces, con la reunión diaria de los caballeros más respetables tanto nacionales como extranjeros; 2º: Borrar prevenciones infundadas, creadas por el aislamiento y la desconfianza, uniformando, en lo posible, las opiniones políticas por medio de la discusión deliberada y 3º- Mancomunar los esfuerzos de todos hacia el progreso material y moral del país (Lascano Quintana 132).

En definitiva, lo que pretendía Alvear era propiciar el desenvolvimiento del espíritu asociativo entre los hombres de la elite local, reuniendo en un ámbito de encuentro apolítico a las facciones irreconciliables y promoviendo el desarrollo económico y ético del país. Comprobamos entonces que el objetivo fundamental que animó la creación de esta entidad se vincula, como ya adelantáramos en el capítulo II, con una voluntad expresa de pacificación, civilización y civilidad. Para Félix Luna, este objetivo fue alcanzado plenamente por vía de la misma sociabilidad que propiciaba el Club, ya que también las fiestas y los bailes podían ser “instrumentos de pacificación”. El hecho de estar obligados a coincidir y a respetarse en un ámbito gobernado por reglas de convivencia social, aligeraba las pasiones incendiarias de la política y de la guerra, impidiendo el enfrentamiento de los enemigos. El Club se erigió así en un “espacio de civilidad” mucho más eficaz que los discursos, declaraciones y proclamas (Luna 2002: 92-93).

Muy significativamente, el Reglamento de la institución prohibía las discusiones partidarias y aceptaba la diversidad ideológica de sus miembros, lo cual no impidió que las conversaciones y alianzas políticas siguieran teniendo lugar en sus salas. Aquel año 1852, por otra parte, fue uno de los más conflictivos de la historia argentina. El país se desangraba entre las facciones opuestas de urquicistas, esto es, partidarios del Litoral, y de autonomistas porteños que se insultaban en la prensa o se enfrentaban en el campo de batalla. Tal circunstancia se prolongó hasta 1861. De esta manera, las crónicas periodísticas de los bailes organizados por el Club, que no tardaron en convertirse en el gran evento de la alta sociedad

porteña, alternaron con los partes de las batallas. Esto fue así a tal punto que, entre 1861 y 1862, fueron suspendidos los bailes hasta nuevo aviso, debido a la guerra que durante varios meses enfrentó al Estado de Buenos Aires con la Confederación Argentina (Lucía Gálvez 35).

La misma palabra “Progreso”, escrita con mayúsculas, nos revela un concepto clave, una “idea-fuerza” de la época que se cristaliza en la denominación del Club. Tal como señala Lucía Gálvez, “Progreso” era por entonces un vocablo mágico, cuyo significado estaba por encima de las diferentes tendencias y aspiraciones. “Progreso” simbolizaba el acceso a la modernidad europea, a la técnica, a la ciencia, a la prosperidad económica, la panacea para todos los males que padecía el país y el ambiente imprescindible para que la sociedad se desarrollase de manera pacífica y ordenada (Lucía Gálvez 36).

Pero el rasgo definitorio más saliente del Club tenía un sentido más clasista que político, ya que pretendía ser un ámbito pedagógico de formación de una “elite cultural”. Este concepto se vincula a las nociones contemporáneas de “gente decente”, en lo que hace a la educación, los buenos modales y las relaciones de parentesco, y de “vecinos”, por el vínculo con la “cosa pública”. La expresión de “elites culturales” agrega a estas dos concepciones la idea de una posición de preeminencia y de identificación directa con la cosa pública. Según González Bernaldo, habría una relación entre las prácticas de sociabilidad de las elites porteñas de la primera mitad del XIX y el proceso político de formación republicana. Durante este período, en el Río de la Plata, circuló entre los miembros de los sectores dominantes un “discurso sobre la sociabilidad”, la cual se vincularía con las relaciones “civiles” en tanto formadoras del lazo social (González Bernaldo 2001: 17). El Club del Progreso sería una prueba palpable de este fenómeno sociohistórico.

Para Lucio V. López, sin embargo, la situación era sustancialmente distinta. En *La Gran Aldea* la evocación del Club no deja de ser inclemente. El paso de los años no habría hecho más que ahondar el contraste entre el ayer juvenil y patriótico de una clase social que se vanagloriaba de ser la constructora de una nación y el presente de este grupo adinerado, que no lograba sacudirse ni su vulgaridad, ni su vacío existencial:

Muchas matronas de peso, que hoy han trepado la cima de los cincuenta, eran criaturas adorables entonces y esperaban con las manos llenas de flores y coronas el desfile de sus guerreros predilectos, hoy maridos vichocos o solterones embalsamados, que purgan el delito de su inconstancia en el Club del Progreso reflexionando sobre una mesa de dominó (López 2010: 50).

De la lectura de *La Gran Aldea* puede inferirse que la sociedad porteña en su conjunto se hallaba fervorosamente politizada, en particular el sector que detentaba el poder económico. El Club fue creado con la intención de contrarrestar tal virulencia, la cual sin embargo siguió desplegándose de manera espontánea en los espacios de encuentro más informales, como las tertulias políticas improvisadas en las tiendas. Tal como ya hemos demostrado en el capítulo anterior, los comercios locales oficiaban como importantes centros de sociabilidad y como virtuales constructores de identidades colectivas. El propio López menciona el caso de don Narciso Bringas, notable tendero de Buenos Aires, orgulloso de su condición de porteño:

Entre los príncipes del mostrador porteño el más célebre sin disputa, era don Narciso Bringas: gran tendero, gran patriota, nacido en el barrio de San Telmo, pero adoptado por la calle del Perú como el rey del mostrador. No había mostrador como el de aquel porteño: todo el barrio junto no era capaz de desdoblar una pieza de madapolán y de volverla a doblar como don Narciso; y si la pirámide misma le hubiera querido disputar su amor a Buenos Aires, a la pirámide misma le habría disputado ese derecho (41).

La pirámide a la que hace alusión el fragmento es la célebre “Pirámide de Mayo”, primer monumento patrio que tuvo Buenos Aires, inaugurado en 1811 y emplazado en el centro de la Plaza de la Victoria, frente al Cabildo. Cabe señalar que, antes de 1883 y de la creación de la Plaza de Mayo, surgida de la demolición de la Recova y de la fusión de las plazas de la Victoria y del Fuerte, este monumento representaba un patriotismo más porteño que argentino, un orgulloso localismo que los hombres como Narciso Bringas defendían con tesón.

Se comprende entonces por qué este personaje, tan irónicamente retratado por López, fuera un entendido en política y un protagonista de la misma. Como “gran patriota” que era participó en la Revolución de Septiembre, la que en 1852 provocó la ruptura con Urquiza y la secesión de la provincia de Buenos Aires. También actuó, a posteriori, en la batalla de Cepeda, que las tropas porteñas perdieron en 1859 frente al ejército de la Confederación Argentina. En la tertulia política de su tienda don Narciso procuraba explicar, noche tras noche, las razones del “desastre” a los “*habitués*” (41, *itálicas del autor*). Lucio V. López no hace más que poner en evidencia su tosquedad, no demasiado alejada de aquella ostentada por los caballeros del Club del Progreso. Éstos, en definitiva, compartían con Bringas el mismo

origen modesto y comercial, además de la condición de porteños y de criollos. El memorialista apela así a la burla para desacreditar a estos personajes típicos de la Gran Aldea que se inmiscuían en la política sólo porque se sentían poderosos económicamente y porque pretendían erigirse en representantes de una ciudad orgullosa y protagónica.

La noche que llegó a Buenos Aires la noticia de la victoria de Pavón la tía Medea se enteró en la misma tienda de Bringas, a la que había ido expresamente en busca de información. López, en la voz del narrador-testigo Julio Rolaz, por entonces un niño, describe las características de esta tertulia partidaria y de otras análogas ubicadas en el mismo centro comercial de la Gran Aldea, sin dejar de advertir la notable complicidad existente entre don Narciso y su tía:

Mi tía Medea era gran parroquiana de lo de don Narciso y tenía esa inclinación garrulera, común en ciertas señoras, de departir con el tendero todas las novedades de la crónica del día. Aquella noche no se hablaba sino de política, y solamente los que hemos vivido bajo la atmósfera caliente del Buenos Aires de entonces, podemos apreciar la importancia que tenían las pláticas de los mostradores de la calle del Perú y de la calle de la Victoria, y la concordancia de miras sociales y politiqueras que existía entre don Narciso Bringas y mi tía doña Medea Berrotarán (43).

En este mismo pasaje de la novela ocurre un incidente desagradable que ejemplifica de forma muy gráfica lo que señalamos más arriba acerca de la intolerancia política y de la violencia armada que el Club del Progreso intentó contrarrestar. Uno de los tertulianos preguntó a Medea si Julio era su hijo y al enterarse de que no era así, de que en realidad era sobrino de un urquicista ya fallecido, le lanzó una frase amenazante que el niño no entendió pero que el narrador, ya adulto, condena políticamente:

-¡Ah! Adiós, amiguito -me dijo el señor curioso, que tanto se interesaba por saber de mí, tomándome del brazo y deteniéndome mientras mi tía ya pisaba la calle- adiós... cuatro balas merecía éste como el padre -agregó en el mismo umbral de la puerta, frunciendo el gesto. Yo me escurrí y me prendí del brazo de mi tía, llevando impresa la fisonomía de aquel señor, en quien había tenido la desgracia de levantar tanto odio y tanta pasión de venganza (47).

El partido de Medea y de los tertulianos de don Narciso Bringas no es otro que el de la alta sociedad local posterior a Rosas y a Pavón, liderado por Bartolomé Mitre, al que López rebautiza en su novela como el “general Buenaventura”. Medea apoya a Mitre y a su facción,

los cuales llevan adelante la última batalla para separar a Buenos Aires de la provincia y convertirla en una capital nacional independiente, postulando la entronización de un gobierno central vigoroso a expensas de la autonomía provincial. Lucio V. López militó en la posición opuesta, aquella que pretendía que Buenos Aires continuara siendo la capital de un gobierno provincial fuerte. Es así que en *La Gran Aldea*, tal como sostiene Foster, se realiza la caricatura grotesca de Medea como la intransigente madre de la república, evidenciando las convicciones políticas del autor escondidas detrás de la mirada supuestamente inocente del niño testigo. Sin lugar a dudas, muchos lectores interpretaron las descripciones de Medea, sus diatribas, y las ridículas proclamas de los políticos que se reunían en su salón sólo en términos del debate entre los nacionalistas, es decir, los que apoyaban la federalización de Buenos Aires, como Medea y compañía, y los autonomistas que querían retener a Buenos Aires como capital provincial (Foster 79).

Sin embargo, la tía Medea debe ser considerada como punto de referencia de la entera sociedad que López está representando en este punto de vista de la novela, que es el de la “aristocracia criolla”. Ésta se compone de los individuos que asumieron la gloria del derrocamiento de Rosas y de la reconstrucción republicana. Julio muestra a estos individuos como arrogantes, intolerantes y agresivamente anti-intelectuales (79). Veamos la caracterización que hace López de este grupo, el mismo que frecuentaba las tertulias de la tienda de don Narciso y de la casona de Medea, pero que también se reunía en el Club del Progreso:

En el partido de mi tía, es necesario decirlo para ser justo, y sobre todo para ser exacto, figuraba la mayor parte de la burguesía porteña: las familias decentes y pudientes; los apellidos tradicionales, esa especie de nobleza bonaerense pasablemente beótica, sana, iletrada, muda, orgullosa, aburrída, localista, honorable, rica y gorda; ese partido tenía una razón social y política de existencia; nacido a la vida al caer Rosas, dominado y sujeto a su solio durante veinte años, había, sin quererlo, absorbido los vicios de la época, y con las grandes y entusiastas ideas de libertad, había roto las cadenas sin romper la tradiciones hereditarias. No transformó la fisonomía moral de sus hijos; los hizo estancieros y tenderos en 1850. Miró a la Universidad con huraña desconfianza, y al talento aventurero de los hombres nuevos pobres, como un peligro de su existencia; creó y formó sus familias en hogar lujoso con todas las pretensiones inconscientes a la gran vida, a la elegancia y al tono; pero

sin quererlo, sin poderlo evitar, sin sentirlo, conservó su fisonomía histórica, que era honorable y virtuosa, pero rutinaria y opaca. Necesitó su hombre y lo encontró: le inspiró sus defectos y lo dotó con sus méritos (López 2010: 21-23).

Tal como se advierte a simple vista, aunque el memorialista enjuicie con severidad al grupo del que forma parte, no deja de oscilar por ello entre la crítica severa y el elogio de clase. La larga serie de adjetivos con los que caracteriza a la “burguesía” porteña así nos lo sugiere: ésta era para él iletrada, muda, orgullosa, aburrida, gorda, rutinaria y opaca, sin dejar de ser, al mismo tiempo, sana, elegante, honorable, histórica y virtuosa. Como se recordará, Lucio V. López estaba entroncado con la más rancia elite de Buenos Aires. Su abuelo, Vicente López y Planes, había sido poeta, abogado, combatiente durante las Invasiones Inglesas de 1806-1807, protagonista de la Revolución de Mayo, funcionario del primer gobierno independiente y efímero gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1852, tras el derrocamiento de Rosas. Mientras tanto, su padre, Vicente Fidel López, abogado, periodista, y miembro del Salón Literario de 1837 se destacó sobre todo por su labor de historiador, y fue fundador, con Bartolomé Mitre, de la historiografía oficial argentina. En 1852 fue además ministro de su padre. Ambos militaban en las filas del urquicismo, por lo que fueron desplazados del poder por la Revolución de Septiembre y obligados a retornar a su exilio montevideano.

En 1874, ya de regreso a Buenos Aires, Lucio V. López ingresó al “autonomismo” de Adolfo Alsina, que pretendía conservar a Buenos Aires como capital provincial, evitando su federalización. Para ese entonces Bartolomé Mitre, líder de la facción opuesta, la “nacionalista”, había cambiado de opinión y apoyaba la federalización de Buenos Aires, que se concretaría en 1880. De estos bruscos virajes, tan frecuentes en la época, no estaría exento el propio López quien, tras la llamada “conciliación” entre los antiguos enemigos Avellaneda, Mitre y Alsina, abandonaría las filas del autonomismo junto a otros alsinistas de la primera hora. Bajo la sombra protectora de Sarmiento, que formaría parte del mismo grupo, López comenzaría a escribir mordaces artículos desde las tribunas políticas de *El Nacional* primero, y de *Sud América* después. En este último periódico, fundado en 1884 para apoyar la candidatura presidencial de Juárez Celman y las reformas liberales de Roca, comenzaría a ser publicada *La Gran Aldea*, en forma de folletín. *Sud América*, por otra parte, tendría como oponente al diario católico *La Unión*, con quien sostendría un permanente debate (Blasi 12-13).

De esta manera, se comprende mejor la orientación ideológica y facciosa, esto es, antirrosista, urquicista, anti-mitrista, federal, liberal, anticlerical, nacionalista y autonomista que recorre *La Gran Aldea*. Esta novela es, en buena parte, tributaria del género periodístico y el resultado final de una evolución estilística de su autor que comenzó escribiendo artículos picantes, marcadamente politizados y generadores de apasionadas polémicas para ir acercándose, poco a poco, a la ficción.

Los López fueron testigos y protagonistas de los sucesos relatados en *La Gran Aldea*, cuya primera parte corresponde al período 1852-1862 y a la infancia del narrador. En ella el personaje principal es la tía Medea. Mientras tanto, la segunda parte, que describe la Buenos Aires del '80, coincide con el presente del memorialista y adopta, por momentos, un tono panfletario que la crítica literaria tradicional (Rojas, Giusti, Arrieta, Blasi, Figueira, etc.) ha denunciado. Esta segunda parte estaría signada por el protagonismo de Blanca Montifiori, la antítesis de Medea. En términos de personajes masculinos y femeninos, Medea y Blanca interactuarían, según Foster, con el otro eje constituido por Julio y Ramón. Los dos personajes femeninos principales que dominan la novela representarían dos fases diferentes de la vida social porteña que López elige para retratar y que constituyen los dos escenarios del período de transición que forman la estructura temporal de su novela (Foster 78).

De las reuniones celebradas en lo de Medea, mezcla de tertulias criollas, cotilleos sistematizados y supuesta política seria, salieron grandes resoluciones que en realidad estaban guiadas, según nos refiere López, por la hierática y despótica figura de Mitre, ausente físicamente de estos encuentros pero presidiéndolos desde su distancia. Es más, la presencia de Buenaventura-Mitre, como bien subraya Blasi, es una constante a lo largo de la novela (Blasi 30). Veamos entonces la evocación infantil de Julio Rolaz:

En vida de mi tía, su casa era uno de los centros más concurridos por todas las personalidades, y en ella se adoptaban las resoluciones trascendentales de sus directores. Los grandes planes que debían imponerse al comité, para que éste los impusiera al público, salían de allí, y en su elaboración tomaban parte las cabezas supremas, que deliberaban como una especie de estado mayor, sin que los jefes subalternos tomaran parte en las discusiones (López 2010: 24).

López, como ya indicamos, se muestra satírico y acerbo en sus descripciones, verdaderos cuadros de costumbres en los que se muestran personajes más cercanos a la caricatura que al realismo psicológico. Más que caracteres, lo que retrata López son ideas o

principios que estos mismos personajes encarnan. Es lo que se advierte en el relato de una de estas veladas políticas, la cual transcurre en 1861, poco antes de que estallara la guerra entre Buenos Aires y la Confederación. El encuentro fue presidido por el doctor Benjamín Trevexo, abogado, periodista, y uno de los líderes de la facción del general Buenaventura, que Medea Berrotarán admiraba apasionadamente. Como objetivo principal de la reunión figuraba la confección y elección de una lista de candidatos a diputados.

El doctor Trevexo, al igual que Medea, encarna la etapa criolla y defiende las prerrogativas de su generación frente a las pretensiones de los hombres jóvenes e ilustrados. Es por esta razón que se opone terminantemente a los libros, a la universidad, y a las ideas liberales. En cambio, pondera las supuestas virtudes del periodismo local y de la educación práctica. Así, López enumera los diarios en los que Trevexo escribió, sobre los temas más variados, y aquellos de los que extrajo la necesaria información para sus artículos. Entre estos numerosos tópicos, se cita el caso de los “pengüines”, que el doctor clasifica entre los moluscos (26).

Las ideas políticas de este personaje son reaccionarias en grado sumo, pero no revisten un carácter personal sino que representan al sector socioeconómico y a la facción política que López condena. Así, Trevexo está en contra del sistema bicameral de inspiración británica, ya que, según él, el “clima” de este país sudamericano, demasiado ardiente, no lo permite. Dos cámaras constituirían dos fuerzas antagónicas y violentas en exceso (26-27). Respecto de la reunión en lo de Medea, Trevexo reconoce que son pocos los asistentes, pero que así debe ser, ya que el número excesivo de militantes no es pertinente para tomar decisiones de mando. Éstas deben ser urdidas por un grupo selecto y detentador de una alta responsabilidad que el simple elector o el soldado raso no pueden asumir. Mientras éstos se desangran en la lucha comicial o bélica, la elite política y militar se encarga de dirigir y de encarnar democráticamente al pueblo:

Aquí no estamos todos, pero no convendría que lo estuviéramos. Una cosa son las reuniones populares de los teatros y de las calles, otra cosa deben ser los actos de la dirección y de la marcha de nuestro partido: una cosa son las batallas en las guerrillas, en las cargas y en los entreveros, y otra cosa son las batallas en el cuartel general. El elector, el club parroquial, pueden ir valientemente al atrio a votar, porque no tienen responsabilidades; el soldado muere en el asalto, en la lucha cuerpo a cuerpo, la metralla lo quema y lo despedaza, pero muere sin responsabilidad. La responsabilidad

de las grandes luchas electorales, como la de las grandes acciones de guerra, está en los generales [. . .] En la tribu los más fuertes, los más hábiles, asumen la dirección de agrupaciones humanas: el derecho positivo codifica la sanción de las legislaciones inéditas, del derecho natural y nosotros exclamamos: “¡el pueblo somos nosotros!” (31-32).

Dicho de otra forma, mientras el pueblo está condenado a la lucha en terreno abierto, ya sea en la ciudad o en la campaña, con todos los riesgos que esto supone, la elite se reúne en los espacios exclusivos y cerrados de la dimensión interior, la misma que venimos analizando hasta aquí. Es en este ámbito íntimo donde unos pocos conocidos sociabilizan, deciden y forjan una autoridad política y una identidad colectiva. Una identidad que apela a nociones generales como “pueblo”, “nación”, “tradición”, “república” que en realidad, no hacen más que enmascarar las realidades particulares y restringidas de un grupo, la alta sociedad porteña, y de una ciudad, Buenos Aires.

De esta manera, y siguiendo el razonamiento del doctor Trevexo, el gobierno de una sola voluntad minoritaria se confundiría con la voluntad de todos. Sin embargo, esta idea se revela como un sofisma cuando el propio Trevexo defiende con vehemencia el rol directivo y mesiánico del sector social y de la ciudad a la que pertenece:

¿Qué sería de nosotros, señores, el primer partido de la república, el partido que derrocó a Rosas, que abatió a Urquiza, el partido de Cepeda, esa Platea argentina, en que el Jerjes entrerriano fue vencido por los Alcibíades y los Temístocles porteños, si entregáramos a las muchedumbres el voto popular? Nosotros, somos la clase patricia de este pueblo, nosotros representamos el buen sentido, la experiencia, la fortuna, la gente decente en una palabra. Fuera de nosotros, es la canalla, la plebe, quien espera. Seamos nosotros la cabeza; que el pueblo sea nuestro brazo (32-33).

Resulta sintomático constatar las analogías entre la historia argentina y la historia de la Grecia Clásica expresadas en boca del doctor Trevexo. Las guerras civiles en las que se enfrentaron unitarios y federales, o porteños y provincianos, son equiparadas a las guerras médicas entre persas y griegos (siglo V a.C.). Este tipo de alusiones a la Antigüedad grecorromana son frecuentes en la literatura del siglo XIX hispanoamericano, por lo que no puede sorprendernos que el partido de la civilización encarnado por Buenos Aires sea homologable, para Trevexo, con la causa helénica. Los provincianos suponen para él una

reedición de los bárbaros persas, y la batalla de Cepeda es equivalente a la batalla de Platea en la que los griegos frenaron el avance de sus vecinos invasores.

Puede interpretarse que la analogía que procura establecer Trevexo es puramente metafórica, ya que en Cepeda el ejército porteño fue derrotado. No obstante ello, la posterior firma del Pacto de San José de Flores, mediante el cual la provincia de Buenos Aires aceptó integrarse a la Confederación Argentina, es interpretada por Trevexo, indirectamente, como una victoria de los líderes políticos y militares de su ciudad, tan prestigiosos éstos como los atenienses Alcibíades y Temístocles. Urquiza, en tanto, es identificado con Jerjes, rey persa y jefe bárbaro invasor. Por otra parte, el mismo concepto de “clase patricia”, en este caso la elite criolla de Buenos Aires que lideró el proceso independentista a partir de 1810, se entronca con la tradición romana, ya que los patricios eran la nobleza de sangre, fundadora del Imperio y conformadora del Senado. Dicho en otras palabras, los patricios eran la elite dirigente, aquella que ejercía el poder político, por oposición a la plebe. Es esta tradición aristocratizante la que defiende el doctor Trevexo frente a los tertulianos de la tía Medea.

Empero, y tal como ya hemos dicho con anterioridad, la identidad de clase se confunde en este caso con el de la identidad porteña. Ambas forman parte de un mismo fenómeno colectivo e histórico. Es así que los tertulianos rememoran los fogosos debates en la Legislatura porteña, en 1852, que derivaron en la ruptura con Urquiza y con el Interior, así como en la reafirmación de la autonomía innegociable de Buenos Aires. Eran justamente los “patriotas tenderos”, como les llama irónicamente López, los que sostenían esta postura y los que lograron imponerse, con don Pancho Fernández, otro de los *habitués* de lo de Medea, a la cabeza:

-Es cierto, señor don Pancho, que usted estaba allí -contestó el doctor Trevexo.

-¡Cómo no! Yo capitaneaba el grupo principal.

-El de los patriotas tenderos, ¿no?

-Precisamente; nos habíamos reunido la noche antes en mi tienda toda la crema de la calle del Perú; Tobías Labao, Narciso Bringas, Policarpo Amador, Hermenegildo Palenque: la flor del mostrador, que durante la tiranía de Rosas había estado metida en un zapato, y nos fuimos a la barra. Cuando hablaba don Buenaventura, lo saludábamos con una lluvia de aplausos, y cuando los urquisistas [sic] pedían la palabra, se armaba la gorda.

-¿Pero hubo algunos muy insolentes, no?

-¡Cómo no! Y nos insultaron; pero Buenos Aires triunfó y nos libramos de Urquiza.

-Y de los provincianos para siempre. Porque allí se salvó Buenos Aires, y si no hubiéramos triunfado allí, hoy estaríamos conquistados y perdidos, señor don Pancho -dijo mi tía exaltadísima (28-29).

Así vemos cómo, en un escenario tan tradicionalmente criollo como era la casona de los Berrotarán la tía Medea era la anfitriona de una tertulia clasista, que se pretendía política y seria, sin llegar a ostentar la distinción de un salón de inspiración europea (como sí ocurriría con los *petits hôtels* finiseculares) y que López se encarga de ridiculizar. En la misma línea, las tiendas de las calles del Perú y de la Victoria, en el corazón mismo de la Gran Aldea, marcaban un tipo específico de sociabilidad, sin dejar de albergar un tono violento y populachero que la elite, en proceso de refinamiento, comenzó a combatir con la fundación del “Club”. Pero como indica Ángel Rama (y tal como ya hemos señalado en más de una ocasión a lo largo de estas páginas) la era criolla y la era aluvial, aunque se sucedieron en el tiempo, también coexistieron, solapándose la una a la otra. Es así que las tertulias informales de las casonas y de las tiendas coexistieron durante un tiempo con el Club del Progreso e incluso en el interior de este último la tradición criolla, más basta, más vulgar (si seguimos la evocación de López), siguió operando con una fuerza irresistible.

¿En qué medida el escenario físico, la materialidad, determinaría las nuevas conductas sociales? La respuesta a esta pregunta la hemos anticipado, de manera parcial, al hablar de la renovada arquitectura que rigió los *petits hôtels*. Siguiendo esta misma línea de análisis abordaremos, seguidamente, el caso del Club del Progreso en su propia dimensión interior, sobre la cual Lucio V. López dejara su propio testimonio, a medio camino entre la ficción y la historia. Una dimensión interior que iría evolucionando hacia formas cada vez más europeas y burguesas, dejando atrás la herencia criolla y popular.

Del “Club” al Jockey: la evolución de la dimensión interior

El Club del Progreso tuvo una primera sede, más modesta, en Perú 135. Desde 1857, y hasta 1900, funcionó en cambio en los altos del llamado Palacio Muñoa, construido por dos prósperos comerciantes vascos, los hermanos Marcos y Miguel Muñoa. Éste es el edificio que describe Lucio V. López en *La Gran Aldea* y que menciona Víctor Gálvez en *Memorias de un viejo*. Ocupaba toda la esquina de Perú y Victoria (hoy Hipólito Yrigoyen). Poseía tres pisos, dos entresijos, una fachada de estilo *italianate revival* y la novedad para la época de una

azotea con mirador, desde la cual se dominaba panorámicamente la ciudad entera. Su arquitectura era imponente para la Gran Aldea de construcciones bajas y había sido concebida por el ingeniero inglés Edward Taylor (Brandariz 50).

En un pasaje crucial de la novela de López, aquel en el que se describe un baile en el Club, Julio Rolaz y Blanca Montifiori contemplan la ciudad dormida, primero desde uno de los balcones del Palacio Muñoa y luego a través de sus ventanales. Desde esta posición privilegiada ambos personajes alcanzan a divisar la iglesia de San Francisco y el Cabildo, cuyo reloj marca las horas de la noche invernal:

Eran las tres de la mañana, la luna en menguante ya, iluminaba los techos de la ciudad dormida, la calle estaba solitaria, los faroles de gas con su luz roja titilaban, formando desde la esquina del club hasta el Retiro una senda que parecía iluminada por candilejas [. . .] El reloj del Cabildo golpeó en aquel momento las tres de la madrugada y el eco de la campana se extinguió en el silencio de la noche [. . .] En aquel momento comenzaba a amanecer; el primer albor del día dibujábase tras de las torres de San Francisco y el horizonte empezaba a teñirse débilmente de tintas rojas. Nos levantamos de la mesa y nos acercamos a los cristales a admirar aquel cuadro sublime ante el cual empalidecían las luces del baile (López 2010: 101-104).

Es en el balcón, y en contraste con la poética escena, que Blanca le transmite a Julio su materialista y cínica concepción de la vida. Julio le declara entonces sus sentimientos e intenta en vano conmover a su indiferente interlocutora, a quien besa ardorosamente. Ésta, aunque reconoce sentirse atraída por él, le aclara que nunca podrán casarse, debido a la pobreza de él. En cambio, no se manifiesta contraria a hacerlo con un hombre mayor al que no ame, si éste es rico. Como en otros pasajes del relato, hay aquí una anticipación de lo que vendrá, puesto que, como ya mencionáramos en el capítulo II, Blanca Montifiori terminará casándose con el viudo Ramón Rolaz, tío de Julio y heredero de la inmensa fortuna de su esposa Medea Berrotarán (102).

Tal como señala David William Foster, Blanca concretará así, a su debido momento, su ambición, y Julio la verá proseguir un extravagante estilo de vida a expensas del dinero y de los sentimientos humanos. Durante el baile en el Club del Progreso Blanca brilla en todo su esplendor, con su gélida belleza y su elegancia europea, que contrastan con la rústica sencillez y las iras de Medea en su tertulia político-criolla. De esta forma, Blanca reemplazará a Medea como centro de atención, convirtiéndose en el eje de la segunda parte de *La Gran*

Aldea. En cuanto a Ramón, si antes había sido tiranizado por Medea, ahora será manipulado por Blanca. En todo caso, es importante señalar que para Julio los dos estilos de vida encarnados por ambas mujeres representan valores corruptos que no deja de condenar, los de la Gran Aldea y los de la Buenos Aires del 80 (Foster 81).

Pero volvamos a la descripción y análisis del Palacio Muñoa. Su edificio presentaba un volumen compacto, de base casi cuadrada, que en su planta baja contaba con locales comerciales. El Club del Progreso, en tanto, funcionaba en el segundo y en el tercer piso. Ambas plantas eran de doble altura, con entresijos en la parte de servicios y grandes salones de recepción sobre la esquina, con dimensiones de treinta metros. En cuanto a la fachada, consistía en un *piano mobile* con balcón corrido, que terminaba en una gran cornisa, muy florentina. Su estilo *italianate revival* era la versión inglesa del “neo renacimiento italiano”, uno de los estilos historicistas del XIX pero romántico y progresista a la vez, ya que simbolizaba la Florencia del Quattrocento y la libertad creativa del artista que reinaba en esta ciudad. Es por ello que este estilo no dudaba en incorporar nuevas técnicas y materiales, tales como el hierro fundido, el acero, las puertas, las ventanas, los tirantes y las tablas estandarizadas producidas en serie. En Inglaterra, el *italianate revival* se había expresado con anterioridad en dos clubes, el Traveller’s (1829-1832) y el Reform Club (1837-1841) del arquitecto Charles Barry (Brandariz 53-54).

En lo que respecta a los interiores Taylor diseñó los espacios, pero la intervención posterior en la decoración no fue suya. Aquí ya no encontramos la austeridad del *italianate revival* sino el gusto victoriano o francés de la segunda mitad del XIX (55). Aprovechando el viaje a Europa de uno de los socios del Club, el señor del Sar, se compraron allí objetos lujosos que harían juego con la flamante sede de inspiración parisina: una alfombra de 33,5 m x 2,5 m de la Manufacture Royale D’Aubusson, seis arañas de bronce dorado fuego con bombas de 36 a 40 luces (de gas), 24 brazos de pared de cinco luces con bombas, y catorce cortinas de seda (Lucía Gálvez 47).

Siguiendo a Bergero, podemos decir que una delgada línea dividía a las dos oligarquías porteñas del XIX, la de la Gran Aldea y la del Ochenta, marcándose con nitidez en los objetos que amueblaban sus respectivos “espacios sagrados”. Mientras los austeros patricios ostentaban sables y daguerrotipos de los Padres Fundadores, los espacios de la moderna oligarquía estaban signados por las *chinoiseries*, las grandes escaleras y las estatuas de París (Bergero 16). Pero a pesar de todos los esfuerzos decorativos y del dispendio de sus

socios fundadores, el Club, hacia 1880, no había conseguido aún alcanzar el nivel de sofisticación de sus modelos europeos. La misma noche del baile, luego de declarársele a Blanca Montifiori, Julio Rolaz la conduce al comedor, en donde el mal gusto en el ornato y la mala calidad gastronómica imperan sin más:

Entramos en el comedor que todos conocemos: un gran salón al cual le falta mucho para estar bien puesto. Aquella noche, Canale, como de costumbre, había formado la gran mesa en herradura con mesas centrales, y sobre ella, había levantado los mismos catafalcos de cartón y pastas de azúcar de todos los años. Se cena execrablemente en el Club del Progreso, y el adorno de la mesa tiene mucho de los adornos de iglesia: los jamones en estantes de jalea, los pavos y las galantinas cubiertos por todas las banderas del mundo (López 2010: 103).

Ya hemos mencionado el carácter de “novela en clave” de *La Gran Aldea*, dirigida a un público que conocía los personajes, situaciones y escenarios allí aludidos. La complicidad y la familiaridad que pudo establecer López con sus lectores, muchos de ellos pertenecientes a la misma alta sociedad porteña que frecuentaba el Club, son imposibles, hoy en día, de ser reconstruidos. Gran parte de los significados transmitidos en el texto se han perdido para siempre. Pero en 1884 las cenas “execrables” de este restaurante, así como la labor de Canale, quien podemos suponer (sin estar seguros) que se desempeñaba como chef o como encargado del local, eran cuestiones harto conocidas por “todos”. Este “todos” bien podría traducirse como “toda” la elite local de Buenos Aires, en la década de 1880. López, en este momento de su relato, ya no rememora, sino que describe una realidad presente, contemporánea a su escritura.

En lo que atañe a la gastronomía ya hemos tratado, en el capítulo anterior, el caso cronológicamente posterior del restaurante del Jockey Club. Si el ideal de una cocina Cordon Bleu no había sido alcanzado aún a fines del XIX, y las concesiones a la dieta local, con sus aportes criollos, españoles e italianos eran habituales, qué más podía esperarse en los años 1880. Si hasta la decoración parecía, según López, “de iglesia”, con todo lo peyorativo que esto implicaba en un liberal anticlerical como él.

Las comparaciones con el modelo europeo, en especial con el francés, son constantes en *La Gran Aldea*. Así, cuando habla de la escalera del Club, López la parangona desfavorablemente con la del Palacio del Elíseo, en París, sede de la presidencia de la República Francesa. Es que el memorialista adhiere con admiración a la cultura parisina del II

Imperio y a su afán decorativo heredado de las fastuosas cortes de la “Grandeur Française” (Brandariz 55). Veamos el pasaje en cuestión:

¿Quién no conoce el Club en una noche de baile? La entrada no es por cierto la entrada del palacio del Elíseo y la escalera no es una maravilla de arquitectura. Sin embargo, para el viejo porteño que no ha salido nunca de Buenos Aires, o para el joven provinciano que recién llega de su provincia, el Club es, o era en otro tiempo, algo como una mansión soñada cuya crónica está llena de prestigiosos romances y en el cual no es dado penetrar a todos los mortales (López 2010: 88).

Nuevamente, el novelista propone una relación cómplice con su lector, el cual es un burgués porteño como él, que conoce el Club al dedillo, tanto en lo que hace a sus limitaciones estéticas como en su espíritu de exclusividad social. El Club del Progreso bien podía no estar a la altura de sus paradigmas del Viejo Mundo pero no dejaba por ello de ser el recinto restringido de un grupo minoritario y privilegiado, al que no entraba cualquiera. En ese sentido, cabe aclarar que el dinero no era suficiente para poder ingresar a la elite sino que era necesario un elemento impalpable, simbólico: el “ser conocido”, una noción que remite a una intimidad familiar en el trato, a unas redes y a unos orígenes sociales que sirven de barrera contra los advenedizos (Losada 270-271). Es así que Genaro, el protagonista de la novela *En la sangre* (1887) de Eugenio Cambaceres, es rechazado por las autoridades del Club del Progreso cuando se postula como aspirante a socio. Su condición de hijo de inmigrantes lo mantiene excluido de las redes interfamiliares de la elite criolla, y su naciente fortuna no logra superar tamaña valla. El propio López lo dice explícitamente:

La entrada era cosa ardua, no entraba cualquiera; era necesario ser crema batida de la mejor burguesía social y política para hollar las mullidas alfombras del gran salón o sentarse a jugar un partido de whist en el clásico salón de los retratos que ocupa el frente de la calle Victoria (López 2010: 89).

Aunque objetivamente distase mucho de lucir como una “mansión soñada” el Club lo era en un sentido subjetivo, por lo que significaba desde un punto de vista social, y porque había un discurso y un relato que lo sacralizaban. La pertenencia al Club confería un estatus y una identidad que le estaban vedados a la inmensa mayoría de los porteños. López resalta esta circunstancia, más allá de que, en el momento de escribir su propia y anti-oficial crónica, la declinación de esta entidad ya se avizora.

Cuando es fundado en 1882 el Jockey Club aún no puede competir con el Club del Progreso, pero sí podrá hacerlo con holgada ventaja en 1897, al momento de inaugurar su sede de la calle Florida 571. Ésta fue proyectada por el arquitecto vienés M.A. Turner y terminada por Alejandro Christophersen y Emilio Agrelo. Como se recordará, uno de sus más preclaros socios, el escritor y embajador argentino en París, Miguel Cané, envió cortinados, alfombras, panoplias, arañas de cristal finísimo y faroles para el frente del edificio. Mientras tanto, el presidente del Jockey Club, Carlos Pellegrini, se ocupó de manera directa de la construcción y del decorado, aportando, cuando así pudo hacerlo, los elementos materiales asequibles en Buenos Aires.

La enorme escalera de mármol y la estatua de la diosa Diana emplazada en el primero de sus descansos, obra del renombrado escultor francés Alexandre Falguière (1831-1900), fueron idea del propio Pellegrini, quien concibió y discutió epistolarmente los detalles del diseño con su amigo Cané. Adquirida a Julia del Valle, una dama de la alta sociedad porteña, la estatua, colocada en aquel imponente contexto, se convirtió en un símbolo de aristocracia, espiritualidad y arte, que parecía elevar a los extasiados visitantes del Jockey a una esfera superior, de orden inmaterial. Así lo señala Pellegrini, en carta a Cané, el 2 de septiembre de 1897:

Y, en efecto, el hall es hermosísimo, pero todo desaparece ante la escalera soberbia, que se levanta y desarrolla en una curva armoniosa, brillando el ónix, cuyos matices realzaba una hermosísima alfombra. Alta en el primer descanso un foco de luz divina, la Diana ideal parece que va a elevarse lanzando la flecha que sus ojos miran e irradiando en torno una aureola de arte que envuelve la escalera entera y hace de todo el conjunto artístico, una de esas *trouvailles*, que es necesario ver. La masa no se explica en qué consiste la impresión que recibe, tan íntima y es ese mármol, que va a producir una revolución en nuestros gustos (Newton 111, itálicas del autor).

Evidentemente, estamos aquí muy lejos de la modesta escalera del Club del Progreso que López describe en tono impiadoso. En el Jockey Club, en cambio, los habitantes de la “otra” Buenos Aires se verían desplazados por una experiencia transculturadora, que establecía las barreras de la exclusión de un modo mucho más nítido, en silencio, y sin necesidad de palabras. El momento en que las escaleras provocaban ese hechizo, era suficiente para inducir actos de reverencia, como sacarse los sombreros, tal como si entraran en un templo (Bergero 17).

Pero volviendo al Club del Progreso es de destacar el afán educativo presente ya en el momento de su fundación. Un afán que se traducía, como ya hemos visto, en los principios democráticos que regían el reglamento de la institución, en la organización de bailes y en la búsqueda de una estética europea de los espacios interiores. A esto se agrega la biblioteca que se formó y la compra sistemática, durante años, de diarios y revistas, tanto nacionales como extranjeros. Estas colecciones, debidamente encuadernadas, conformarían la hemeroteca más grande del país (Lucía Gálvez 47). Para Lucio V. López, sin embargo, la empresa educativa había sido un sonoro fracaso. Los libros de la biblioteca no eran tantos como hubieran debido ser y lo que en realidad predominaba, en número abrumador, eran los volúmenes conteniendo insulsas publicaciones periódicas que nadie leía:

Hasta hace muy poco, la biblioteca no era muy copiosa que digamos. Mucha *Memoria*, mucho *Registro Oficial*, pero a condición de no encontrarse nunca cuando se pedían; y en la mesa de lectura, todos los diarios porteños, vacíos y estériles como sábanas de monja [. . .] En la mesa de lectura el *Illustrated London News* y la *Revue* (casi sería inútil agregar *de Deux Mondes*, si no habláramos en el club) [. . .] y algunos diarios franceses que casi siempre sirven de adorno [. . .] A pesar de todo, cualquiera creería que allí se lee... ¡nada de eso! Allí se conversa: en el grupo de muchachos alegres y espirituales, que entra a las 12 de la noche repitiendo la última nota de Tamagno, no falta un ejemplar de denso burgués pantagruélico, gastrónomo, noctámbulo, engordado y enriquecido por el vientre libre de sus vacas, que se hace servir allí mismo un chorizo por noche, mientras que, con el profundo desdén del bruto feliz, descuidado el traje, pelado a la *mal-content*, mira todo lo que lo rodea con satisfecha apatía, llevando la mano al renegrido cabello y dragándose la caspa de aquella mollera inerte con la uña afilada del índice (López 2010: 90).

Ya hemos mencionado, en la introducción de esta tesis, que los *gentlemen*-escritores del '80 eran grandes conversadores, y que esta circunstancia influyó en su prosa fragmentaria. *Dandies* y hombres orquesta que abarcaban varias actividades a la vez, sin profundizar demasiado en ninguna, su producción escrita careció de una sistematicidad de largo aliento. En lo que hace al género novelístico esta situación hizo que las obras escasearan y que hubiera que esperar hasta el siglo XX para que los novelistas argentinos alcanzaran un ritmo más sostenido de creación. *La Gran Aldea* es una de las pocas novelas decimonónicas escritas en el país pero, como ya advirtiéramos también en la "Introducción", peca de cierta falta de

organicidad, denunciada en su momento por la crítica literaria. Este carácter fragmentario de la literatura incluye a los memorialistas y pareciera ser la nota distintiva del panorama intelectual de fin de siglo. El Club del Progreso, aunque no fuera frecuentado sólo por intelectuales sino por miembros de una alta sociedad que, en buena parte, se situaba en el primer escalón del refinamiento y de la ilustración, no dejaba de hallarse en sintonía con esta tendencia contemporánea. Todo aquel inmenso cúmulo de material escrito, que nadie leía, no era ni siquiera el compendio de saberes sistematizados y de obras literarias clásicas, sino un caos de documentos sin valía alguna. O al menos esto es lo que López subraya y condena.

El Club del Progreso no era más que una escuela elemental de civilización. Una civilización a alcanzar un día utópico, y cuyos primeros rudimentos pretendían impartirse en un alta sociedad recientemente enriquecida, de origen muchas veces plebeyo y sin el linaje y el espesor generacional de otras elites urbanas de Hispanoamérica. Para compensar esta carencia tan grave, la hemeroteca pretendía tender un puente de comunicación con Europa. Al mismo tiempo, una incipiente tradición histórica porteña y nacional luchaba por implantarse, aunque fuese visualmente. Es el caso de la galería de retratos de grandes hombres, entre ellos el del general José de San Martín, cuya copia se encarga a Francia, así como los del general Manuel Belgrano y del presidente Bernardino Rivadavia (ambos pintados por Prilidiano Pueyrredón), el del general Juan Lavalle, el del general Carlos María de Alvear y el del fundador y primer presidente del Club, Diego de Alvear, entre otros.

Pero el Club del Progreso, si bien “producía” los hombres públicos que dirigían a Buenos Aires y al país, navegaba en el océano de improvisación y de falta de preparación que López repudiaba, contraponiéndolo con los prohombres que habían forjado la Independencia nacional, aquellos patricios de la Gran Aldea que la tradición criolla, amenazada por la invasión cosmopolita, la modernización y la degradación moral, reivindicaba como pilares:

El Club del Progreso ha sido la pepinera de muchos hombres públicos que han estudiado en sus salones el derecho constitucional; literatura fácil que se aprende sin libros, trasnochando sobre una mesa de ajedrez; ¡y yo, no sé por qué, se me ocurre que algunos de los retratos de los hombres de Mayo que presencian aquel grupo de pensadores, hacen una mueca cada vez que un pollo acompaña un discurso sobre la libertad de sufragio con un golpe que asienta sobre el damero una reina jaqueada por la chusma de los peones sobrevivientes! (89)

A pesar de todo, los salones del Club, una institución eminentemente masculina, se convirtieron en el más elegante lugar de encuentro entre ambos sexos. Desde su misma fundación, los bailes mensuales, las tertulias y los bailes de Carnaval tuvieron lugar, primero en Perú 135, luego en el Palacio Muñoa, convirtiéndose en los eventos sociales más multitudinarios y prestigiosos de la alta sociedad local. Como se recordará, hasta entonces las reuniones solían celebrarse en casas de familia. Sólo el salón de Mariquita Sánchez o las grandes salas de Palermo tenían capacidad para muchas personas. Desde 1862, en tanto, los bailes y tertulias del Club ganaron en lujo y refinamiento, tal como lo evidencian la reparación constante de cortinas, alfombras y tapizados, el lustrado de muebles, la profusión de flores y perfumes en el denominado Salón de las Señoras, la instalación del novedoso y moderno sistema de iluminación a gas, que haría brillar el Palacio, por dentro y por fuera, así como la importación generosa de los más finos cigarros y vinos (Lucía Gálvez 63).

¿Qué aspecto tenía el baile en los ojos severos de Julio Rolaz? Para quien era más testigo que protagonista de los hechos que su relato registraba, el espectáculo de esta sociedad materialista y todavía pueblerina resultaba patético en un grado extremo:

¡Pero qué variado espectáculo! ¡Cuánta mujer ideal y atrayente bajo la trama cariñosa de esas telas modernas, cómplices de la carne y del contorno que este siglo materialista teje con alas de pájaro o pétalos de flores exóticas! ¡Cuánto ser grotesco de fealdad repugnante, de doloroso raquitismo, brincando sin gusto, marcando la nota chillona del ridículo! ¡Cuánto contraste! ¡Cuánta cara foránea, ahorcada por cuellos anticuados, encorbatada de raso tórtola, bizantinamente enfracada, con pantalón en forma de caño y botines de brasileño guarango! ¡Cuánto gallo viejo sin púas, forcejeando contra el tiempo en vano, con las armas débiles de los untos! ¡Cuánto ser insípido, abriendo la boca satisfecha y marchitando con su trato insoportable a tanta mujer linda y atolondrada que busca su ideal sin encontrarlo! ¡Cuánta mamá achatada por la gente que pasa, sirviendo de mojón en los sofás de lampás crema! ¡Cuánto marido tolerante que entrega su mujer a la garra de los halcones y que se sitúa en el buffet con el sentido práctico de un convencido! ¡Cuánto viejo fatuo, teñido de pies a cabeza, prendido como un paje, que apesta a menta desde lejos y que instala sus pretensiones intolerables ante cualquier mujer bonita, para que el mundo le cuaje el sabroso renombre de afortunado! ¡Cuánto muchacho alegre y filósofo, pollos de la

aldea, que conocen la aldea y que toman la partida con el buen humor de los descreídos! (López 2010: 91-92)

Esta galería de personajes decadentes recorre el conjunto de *La Gran Aldea* para hacerse más nutrida y rimbombante al momento de retratar esta feria de vanidades que era el baile del Club. Como señala Foster, cuando los esquemas narrativos de esta novela trabajan con el propósito de mostrar las “costumbres bonaerenses” el panorama que nos deja el narrador es aquel en el que las estructuras ideológicas dominantes carecen de todo punto en común con individuos como Julio Rolaz (Foster 85). Individuos que, podríamos agregar nosotros, son marginales por definición. De esta forma, no hay manera de redimir esta sociedad corrupta que, lejos de progresar moralmente bajo el ala protectora de los principios del Club, de la creciente prosperidad y del fin de la guerra, no hace más que corromperse cada vez más. Al menos, esto es lo que nos transmite López a través del relato de Julio Rolaz.

Un espíritu por completo diferente y superador en un amplio sentido, es el que anima el intercambio epistolar entre Pellegrini y Cané, veinticinco años después. Hacia 1897, la Gran Aldea ha quedado definitivamente atrás, y el baile inaugural del Jockey supone la consumación plena de aquellos utópicos principios que intentaran concretar, en vano, los fundadores del Club del Progreso. El 30 de septiembre de 1897 alrededor de mil personas asisten al evento, sin que ocurra ningún incidente desagradable. Para Pellegrini el interior del nuevo edificio provocaría un cambio civilizatorio, y no sólo estético. Veamos lo que dice en una carta a Cané, no fechada y posterior al baile:

La causa de este orden maravilloso, que a todos, nacionales y extranjeros, ha sorprendido, te lo explica esto: “*la casa impone*”. Pocos eran los iniciados y pocos se imaginaban lo que iban a ver. El efecto lo estuvimos observando; era instantáneo. Con el cuello del sobretodo levantado, el sombrero puesto y los pantalones doblados, los hombres solos empujaban una puerta cancel y entraban de la calle *sans façon*, daban unos pasos y se quedaban clavados, se sacaban el sombrero lentamente y miraban en torno con ojos de asombro. Desde ese momento, el *indio* más guarango quedaba vencido y dominado y todo su anhelo era que no lo fueran a descubrir que no estaba en su centro (Newton 110-111, *itálicas del autor*).

Eran precisamente, insistimos, los principios fundacionales del Club del Progreso, prolongados y magnificados en el Jockey, los que parecen materializarse en esta ceremonia del baile y de la inauguración de 1897. Siguiendo a Adriana Bergero, podemos decir que

Pellegrini, con su escalera, hace lo mismo, en esencia, que el general Julio Argentino Roca con la frontera sur indígena (Bergero 19). En Buenos Aires no había tolderías araucanas ni tehuelches pero sí una masa informe de inmigrantes y de proletarios que compartían con la alta sociedad el mismo espacio urbano. Frente a su amenazante presencia, la burguesía porteña, por fin decantada y cristalizada en el seno del Jockey Club, podía trazar una frontera infranqueable basada en principios espirituales y estéticos, los cuales, en el fondo, enmascaraban las diferencias de clase.

Antes de 1880 la alta sociedad porteña no se hallaba aún debidamente “civilizada”, por lo que el Club del Progreso acogía a un grupo malintencionado y tosco. La maledicencia de la Gran Aldea caía, arrasadora, sobre los disolutos. La moralidad era así impiadosa, sin dejar de pecar, al mismo tiempo, de hipócrita:

En esta última sala, larga y fría como un zaguán, que ha sido empapelada cien veces por lo menos de verde o celeste claro y que ha consumido cincuenta distintas partidas de tripe de lo de Iturriaga, ha nacido una generación de la cual van quedando muy escasos representantes. Allí ha mordido la maledicencia urbana a los jugadores trasnochadores, a los maridos calaveras, a la juventud disoluta y disipada, y cada mordisco de mamá indignada ha hecho los estragos de la viruela en el retrato moral de las víctimas. La maledicencia de la gran aldea es como la calumnia del *Barbero de Sevilla*: del *venticello* pasa al huracán y, ¡ay de aquel que se encuentre envuelto en la ráfaga! (López 2010: 89, itálicas del autor)

Al momento de escribir estas líneas, en 1884, López está haciendo ya un balance histórico del Club del Progreso, que existe desde hace treinta y dos años y cuya generación fundacional está en vías de extinción, no sólo porque sus miembros han fallecido en su mayor parte sino porque sus principios morales ya han caducado. A partir de 1880, con la elección de Julio Argentino Roca como Presidente de la Nación, se inicia el “Régimen” asentado sobre la “Alianza de los Notables”, casi todos socios del Club. En los años finiseculares que siguen la alta sociedad de Buenos Aires se torna más austera, más rígida y más machista. La separación espacial y social entre ambos sexos se acentúa, a tal punto que las mujeres no pueden salir más solas. Siguiendo esta tendencia, el Club se vuelve más cerradamente masculino. Con su mudanza a la Avenida de Mayo en 1900, cambia además su carácter criollo y personal para ser como cualquier club inglés, “donde los privilegiados eran los hombres” (Lucía Gálvez 74).

De la lectura de *La Gran Aldea* o de *En la sangre*, cuyos autores eran socios del Club, se deduce que la sociedad anterior al 900 era más abierta y menos pacata. Había más naturalidad en el trato entre los jóvenes, una naturalidad que se iría perdiendo al adquirir la sociedad porteña características más afines a la moral victoriana. Es por ello que a partir de 1900, el Club devendría un espacio de *sportsmen*, que buscaban reunirse para charlar de política, de caballos y de “señoritas livianas” (Luna 2002: 94-95).

Hacia fines del XIX el Palacio Muñoa había perdido una porción considerable de su esplendor original, deteriorado por el paso del tiempo y opacado por la flamante sede del Jockey Club. Es por ello que Roque Sáenz Peña, presidente del Club del Progreso durante diez períodos, resolvió atender las demandas de los socios más jóvenes, quienes buscaban impulsar aún más la camaradería masculina y la práctica de deportes así como aumentar el confort de un edificio ya vetusto. Poco antes de ser abandonado definitivamente, el Palacio Muñoa fue renovado con la instalación de una sala de armas y otra de tiro al blanco, así como con nuevos baños provistos de duchas (Lucía Gálvez 74).

Ya para este entonces las posibilidades de ingresar a la alta burguesía eran mucho menores que antes, porque las tierras estaban repartidas y sobrevaluadas. La sociedad en su conjunto había dejado de ser flexible, “de frontera”, y ya no se caracterizaba por una constante movilidad social. Parejamente, el mercado matrimonial se cerró, al igual que el acceso a las cimas del poder y de la riqueza (Losada 272-273). Si el Jockey Club era la rutilante prueba de esta situación, esto es, de la existencia de una consolidada burguesía local que bien podía compararse, en sus hábitos estéticos y de sociabilidad, con una verdadera aristocracia, el Club del Progreso no podía ser menos, e intentó estar a la altura.

El 24 de noviembre de 1900, en un artículo de *El Diario* titulado “Un viejo centro social que renace”, se describe el moderno edificio de cinco plantas, con ventanas, balcones y terraza que dominan el espléndido panorama de la Avenida de Mayo. Tras hablar de los viejos buenos tiempos del Palacio Muñoa, considerado insuperable en su momento, de los lucidos y elegantes bailes de antaño, el artículo señala:

La ubicación es, en nuestro concepto, de mano maestra [. . .] Desde sus balcones, el golpe de vista es magnífico. La Avenida de Mayo está, en esas primeras cuadras, totalmente edificada: la impresión que produce, vista desde arriba es la de un boulevard parisién. El desfile ordinario de la concurrencia, es por sí mismo, todo un

entretenimiento. Agréguese a ello, el movimiento de carruajes, incesante frente al local y seguramente se participará de nuestra opinión (Lucía Gálvez 102).

El Club se había integrado a un contexto urbanístico y arquitectónico completamente diferente al descrito por López. Si en su momento el Palacio Muñoa había dominado con su aventajada perspectiva la Gran Aldea de techumbres bajas la flamante sede formaba parte ahora de un boulevard inmenso, de inspiración parisina y “haussmaniana”. Pero el cambio no era sólo funcional y estético: también lo era ideológico y social. Por un lado, la dimensión interior, en su faz material, se había ampliado y diversificado, incorporando un ascensor, higiénicos baños, un subsuelo con sala de armas, una planta baja de decoración elegante y sobria, con salas y salones de uso específico (para lectura y para reuniones de amigos, de socios y de Comisión Directiva). Todos estos espacios convergían en un *hall blanc* y entre ellos se destacaba un comedor cuyos ventanales daban a la Avenida. A este conjunto se agregaba una amplia y hermosa azotea, otro punto de conexión directa con el boulevard (102-103).

Por otro lado, podemos decir que había nacido, en el corazón mismo de la antigua ciudad colonial, una nueva y aún más ambiciosa dimensión, que iba más allá de los *petits hôtels* del Barrio Norte y de los clubes sociales. Apelando a una escala mayor, grandiosa, incorporando edificios de varios pisos, cuidados espacios verdes orlados de monumentos patrióticos así como vastos espacios cívico-ceremoniales que implicaban el despliegue de sociabilidades de masas impensables en el siglo ya fenecido, una dimensión exterior moderna se desarrollaba en vísperas del Centenario, diferenciándose sustancialmente de aquella que, con humilde pequeñez, había existido en la era criolla. La ciudad burguesa, la fastuosa y europeizante capital de todos los argentinos, había desplazado de manera definitiva a la Gran Aldea. Ésta había quedado relegada a unos escasos vestigios materiales y a las nostálgicas páginas de la literatura memorialista.

Conclusiones (capítulos III y IV)

Comprobamos así que, tal como sugiriéramos al comienzo del capítulo III, las identidades de clase y las sociabilidades desplegadas en los espacios interiores se vincularon desde siempre en Buenos Aires. Durante la era criolla los escenarios casi exclusivos de las mismas fueron las casonas de la elite local, en donde los diferentes sectores sociales cohabitaban. Aunque las jerarquías no dejasen de estar claramente establecidas, la

configuración patriarcal de los núcleos residenciales, en donde coexistían, en un mismo y amplio espacio, miembros de una misma familia extendida, criados, esclavos y eventuales huéspedes, favorecía los intercambios interpersonales entre gentes de condición socioeconómica diversa. Por otra parte, la sencillez de la vida cotidiana en general, traducida en la escasez de comodidades y en la austeridad de la decoración, del mobiliario, del vestido, de las bebidas y de los alimentos, así como en la informalidad del trato, equiparaba “hacia abajo”, limando las diferencias de clase. Por el contrario, durante la era aluvial, la prosperidad económica y la tensión entre la elite criolla y los inmigrantes proletarios, impulsaron una diferenciación socioeconómica más aguda. Mientras los viajes a Europa se hacían más frecuentes y las familias más distinguidas comenzaban a abandonar el casco histórico de la Gran Aldea para mudarse a sus flamantes *petits hôtels* del Barrio Norte, las formas de sociabilidad cambiaron, adoptando un claro sentido clasista.

En momentos en que la alta sociedad sustituía a sus humildes tertulias por salones de aire francés, en donde el lujo y la etiqueta rigidizaban el trato interpersonal, eran fundados sus clubes exclusivos, cuyas instalaciones eran tan refinadas y confortables como las de los *petits hôtels*. Mientras tanto, en el otro extremo de la escala social, los sectores populares forjaban sus espacios de sociabilidad, procurando construir su propia identidad colectiva, netamente diferenciada de aquella perteneciente a una alta sociedad cada vez más cristalizada, cerrada y europeizada.

CONCLUSIONES GENERALES

Una parte de nuestra tesis consiste, como ya anticipáramos en la “Introducción”, en un intento de definición teórica de lo que hemos dado en bautizar como “dimensión interior”. La misma supone la existencia de un ámbito íntimo que se erige en punto de partida de la literatura memorialista porteña. En su seno convergen, confundándose como categorías inextricablemente ligadas, tiempo y espacio a la vez. Es a partir de esta matriz originaria que los diferentes niveles espacio-temporales son conquistados y aprehendidos progresivamente, de menor a mayor. Hemos visto así de qué forma la “cabeza” de Goyito funcionaba como el núcleo más reducido, el espacio subjetivo fundacional de nuestros memorialistas. Este implacable “Goyito interno” marcaba asimismo las reglas más rigurosas de la reconstrucción del ayer, aquellas que rigen la disciplina historiográfica y que contrastan con las más flexibles y ambiguas remembranzas de la literatura memorialista.

A partir del capítulo II hemos ampliado, en lo conceptual, en lo material y en lo histórico, nuestra categoría de “dimensión interior”, circunscribiéndola a un ejemplo puntual, el de la arquitectura doméstica de la alta sociedad criolla de Buenos Aires. Nuestro análisis, basado sobre todo (aunque no exclusivamente) en la lectura de *Mis memorias. Infancia y adolescencia*, de Lucio V. Mansilla, se focalizó en los espacios interiores de las casonas decimonónicas y en su estructuración en rígidos “círculos concéntricos”. Hemos comprobado cómo estos círculos, que se iniciaban en el corazón mismo del *oikos* familiar, se ampliaban sucesivamente hasta arribar a los ámbitos habitacionales y laborales del servicio doméstico, los más remotos de la casona criolla. Más allá de los muros de ésta continuaban su avance en dirección a la calle, al barrio, a la ciudad y a los suburbios, excediendo los límites más estrechos de la “dimensión interior”, cuya doble acepción objetiva y subjetiva procuramos delimitar. Desde este núcleo arquitectónico, el más profundo de la “ciudad letrada”, que se identifica, en lo psíquico, con la propia mente evocadora del escritor memorialista, hemos pasado revista al ordenamiento jerárquico de los interiores de una típica residencia familiar de la alta sociedad porteña, como era la de los Mansilla. Paralelamente, hemos procurado poner en evidencia la inmovilidad rígida de estos interiores coloniales y demostrar que éstos, aún así, no pudieron impedir la paulatina “infiltración” de la dinámica ciudad aluvial. Esta dialéctica entre lo fijo, es decir, la casona criolla, y lo móvil, léase el espacio extra-familiar más amplio, la calle, el barrio, la ciudad, el país, el mundo, la circulación y el vagabundeo, se expresa en influencias, materiales e inmatrimales, que invaden los herméticos recintos y

producen cambios. De esta manera, hemos puesto en evidencia, siempre valiéndonos de los testimonios literarios de Lucio V. López, Lucio V. Mansilla y Víctor Gálvez, cómo los elementos decorativos o utilitarios, como los bibelots, los relojes, el mobiliario, las alfombras, los aljibes, las tinas, los patios, los olores, los jardines, las letrinas, entre otros elementos, se asociaban sutilmente con los elementos inmateriales tales como las ideas, las costumbres, las palabras, las fórmulas de cortesía, los viajes europeos, metamorfoseando poco a poco la “dimensión interior”. Hemos demostrado entonces cómo los espacios arquitectónicos que componen esta “dimensión interior” no pueden ser entendidos aisladamente, sino en sintonía con el contexto histórico y social del que emanan.

Este mismo procedimiento analítico lo hemos hecho extensivo a los capítulos III y IV en donde hemos estudiado otros casos concretos de la “dimensión interior”, ámbitos de sociabilidad por excelencia de las eras criolla y aluvial, como las tertulias, las tiendas, las pulperías, los cafés y los clubes. Comprobamos aquí que las identidades de clase y las sociabilidades desarrolladas en estos espacios interiores se vincularon desde muy antiguo en Buenos Aires. Hemos visto cómo a lo largo de la era criolla los escenarios excluyentes de tales sociabilidades no fueron otros que las casonas de la elite local, las cuales cobijaban a sectores sociales disímiles compuestos por los miembros de una misma familia extendida, los sirvientes, los esclavos y los huéspedes ocasionales. De esta forma, si bien las jerarquías socioeconómicas se hallaban nítidamente trazadas, la organización patriarcal de los núcleos habitacionales favorecía los intercambios interpersonales entre gentes de condición socioeconómica diversa. Por otra parte, la austeridad obligada de la vida cotidiana, producto de la falta de confort y de higiene, de la escasez de productos sofisticados, de la decoración cuasi monacal, era en buena medida compartida por todos los sectores sociales. Tal circunstancia parecía nivelar “hacia abajo”, suavizando las diferencias de clase. Durante la era aluvial, por el contrario, la bonanza económica, sumada a los avances técnicos y a la latente tensión entre la alta sociedad criolla y los inmigrantes, tanto proletarios como advenedizos, provocaron una más marcada diferenciación socioeconómica. En momentos en que las excursiones al Viejo Continente se tornaban más asiduas y en que las familias criollas más tradicionales se mudaban del casco histórico a los *petits hôtels* del Barrio Norte, las formas de sociabilidad necesariamente se modificaron, para adoptar un clasismo mucho más definido.

Fue entonces que la alta sociedad dejó atrás sus modestas tertulias de ayer, suplantándolas por auténticos salones, los cuales fueron gobernados simultáneamente por el

boato y por una severa etiqueta que reemplazó el trato campechano del pasado. En este contexto, los clubes exclusivos, que habían sido fundados con el objeto de civilizar y refinar las costumbres, ofrecieron instalaciones cada vez más fastuosas y confortables, en armonía con aquellas existentes en los *petits hôtels*. En el otro extremo de la escala social, en tanto, los sectores populares construían sus propios ámbitos de sociabilidad (como fue el caso de las pulperías y de los cafés), de la misma forma que lo hacían con su propia identidad colectiva. Ésta se diferenciaría ahora, cada vez con mayor claridad, de aquella perteneciente a una alta sociedad al fin cristalizada, con todas las características de una elegante aristocracia cerrada sobre sí misma, pretendidamente rancia y europeizada hasta la más teatral ostentación.

Bibliografía

- Agulhon, Maurice. *La sociabilité méridionale. Confréries et associations en Provence orientale dans la deuxième moitié du XVIIIe siècle*. Aix-en-Provence : La Pensée Universitaire, 1966.
- Agulhon, Maurice. « La sociabilité est-elle objet de l'histoire? ». Étienne, François (dir.). *Sociabilité et société bourgeoise en France, en Allemagne et en Suisse (1750-1850)*. Paris : Éditions recherches sur les Civilisations, 1986.
- Aliata, Fernando. “La ciudad regular. Arquitectura edilicia e institucional durante la época rivadaviana”. *Imagen y recepción de la Revolución Francesa*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano, 1990, pp. 159-179.
- Aliata, Fernando. “Ciudad o aldea. La construcción de la historia urbana del Buenos Aires anterior a Caseros”. *Entrepasados*, año II, N°3, 1992.
- Aliata, Fernando. “Cultura urbana y organización del territorio”. *Nueva Historia Argentina. Revolución, República, Confederación (186-1852)* (directora Noemí Goldman). Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
- Altamirano, Carlos – Sarlo, Beatriz. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: Ariel, 1997 (1983).
- Ancelot, Mme. Virginie. *Les salons de Paris, foyers éteints*. Paris, 1958.
- Andermann, Jens. *The Optic of the State. Visuality and Power in Argentina and Brazil*. Pittsburgh : University of Pittsburgh Press, 2007.
- Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Arrieta, Rafael Alberto. “Prólogo”. López, Lucio V. *La Gran Aldea*. Buenos Aires: Editorial Jackson, 1948.
- Arrieta, Rafael Alberto (director). *Historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Peuser, 1958.

- Assirer, Ernest. *Antropología filosófica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1951.
- Bachelard, Gaston. *La poétique de l'espace*. Paris: Presses Universitaires de France, 1957.
- Balmori, Diana. "Public Space, Public Life". *Modulus: Politics and Architecture*, N° 21, pp. 84-95, 1991.
- Barrancos, Dora. "La vida cotidiana". Lobato, Mirta Zaida. *Nueva Historia Argentina. Tomo 5: El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Sudamericana: Buenos Aires, 2000.
- Barthes, Roland. *Mythologies*. París: Editions du Seuil, 1957.
- Battolla, Octavio C. *La sociedad de antaño*. Buenos Aires: Librería Argentina, 1908.
- Bayón, Damián. "La casa colonial porteña vista por viajeros y memorialistas". *Actes du XLIIIe Congrès International des Américanistes*. París, 2-9 de septiembre de 1976.
- Beccar Varela, Adrián. *Torcuato de Alvear. Primer Intendente Municipal de la Ciudad de Buenos Aires*. Buenos Aires: Kraft, 1926.
- Belsunce, Carlos Alberto – García Belsunce, César A. *Historia de los argentinos*, Buenos Aires: Kapelusz, tomo 2, 1971.
- Benjamin, Walter. 1972, *Iluminaciones II. Baudelaire. Un poeta en el esplendor del capitalismo*. Madrid, Taurus.
- Benjamin, Walter. "Paris, Capital of the Nineteenth Century". *Reflections, Essays, Aphorisms, Autobiographical Writings*. New York: Schocken Books, 1986.
- Benveniste, Emile. *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*. Paris: Éditions de Minuit, 1969.
- Bergero, Adriana. *Intersecting Tango. Cultural Geographies of Buenos Aires, 1900-1930*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 2008.
- Bertoni, Lilia Ana. *Patriotas, cosmopolitas y nacionalistas. La construcción de la nacionalidad argentina a fines del siglo XIX*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

- Bilbao, Manuel. *Buenos Aires: desde su fundación hasta nuestros días*. Buenos Aires: Imprenta de Juan A. Alsina, 1902.
- Bioy, Adolfo. *Antes del Novecientos (Recuerdos)*. Buenos Aires, 1958.
- Blasi, Alberto Oscar. *Introducción a Lucio V. López*. Huemul, Buenos Aires, 1965.
- Bobbio, Norberto. *De senectute*. Madrid: Taurus, 1997.
- Bontempelli, Massimo. *Noi, gli Ari. Interpretazione sudamericane*. Palermo: Dellerio editore, 1994 (1933).
- Bosch, Beatriz. *Historia de Entre Ríos*. Plus Ultra: Buenos Aires, 1991
- Botana, Natalio. *El orden conservador*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1986.
- Botana, Natalio. *La tradición republicana*. Buenos Aires: Debolsillo, 2005.
- Bourdieu, Pierre. *Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste*. Cambridge: Harvard University Press, 1996.
- Boyer, Christine. *The City of Collective Memory: Its Historical Imagery and Architectural Entertainments*. Cambridge: Mass, 1994.
- Brandariz, Gustavo A. “El Palacio Muñoa”. *Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002.
- Bucich Escobar, Ismael. *Buenos Aires Ciudad, 1880-1930*. Buenos Aires: El Ateneo, 1930.
- Buschiazzo, Mario J. – Braun Menéndez, Ricardo – Pando, Horacio J. *Arquitectura del Estado de Buenos Aires (1853-1862)*. Buenos Aires: Instituto de Arte Americano de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Buenos Aires, 1965.
- Buschiazzo, Mario J. *La arquitectura en la República Argentina, 1810-1930*. Buenos Aires: Mac Gaul, 1966.
- Calzadilla, Santiago. *Las beldades de mi tiempo*. Buenos Aires: Fondo Nacional de las Artes s/f (1891, 1ª edición).
- Castello, Antonio Emilio. *Historia de Corrientes*. Plus Ultra: Buenos Aires, 1991.

- Cambaceres, Eugenio. *Pot-Pourri. Silbidos de un vago*, 1881.
- Cambaceres, Eugenio. *Música sentimental*, 1884.
- Cambaceres, Eugenio. *Sin rumbo*, 1885.
- Cambaceres, Eugenio. *En la sangre*, 1887.
- Campanella, Hebe Noemí. *La generación del 80: su influencia en la vida cultural argentina*. Buenos Aires: Tekné, 1983.
- Campra, Rosalba (coordinación). *La selva en el damero. Espacio literario y espacio urbano en América Latina*. Giardini Editori e Stampatori: Pisa, 1989.
- Cané, Miguel. *Juvenilia*. Viena: Karl Gerold, 1884.
- Cané, Miguel. *En viaje (1881-1882)*. París: Librería de Garnier Hermanos, 1884.
- Cané, Miguel. *Prosa ligera*. Buenos Aires: A. Moen Editor, 1903.
- Cané, Miguel. *Notas e impresiones*. Buenos Aires: A. Moen Editor, 1918.
- Cárcano, Miguel Ángel. *El estilo de vida argentino en Paz, Mansilla, González, Roca, Figueroa Alcorta y Sáenz Peña*. Buenos Aires: Eudeba, 1966.
- Cárdenas, Eduardo - Payá, Carlos. *El primer nacionalismo argentino en Manuel Gálvez y Ricardo Rojas*. Buenos Aires: Peña Lillo, 1978.
- Carretero, Andrés. *Vida cotidiana en Buenos Aires, tomo I: desde la Revolución de Mayo hasta la organización nacional (1810-1864)*. Buenos Aires: Planeta, 2000.
- Carretero, Andrés. *Vida cotidiana en Buenos Aires, tomo II: desde la Organización Nacional hasta el gobierno de Hipólito Yrigoyen (1864-1918)*. Buenos Aires: Planeta, 2000.
- Certeau, Michel de. *L'écriture de l'histoire*. Paris: Gallimard, 1975.
- Certeau, Michel de. *L'invention du quotidien. I- Arts de faire*. Paris: Gallimard, 1990.
- Ciccerchi, Ricardo. *Historia de la vida privada en la Argentina*. Buenos Aires: Troquel.

- Cisneros, James. "El ocaso del museo del interior: *La ciudad ausente* de Ricardo Piglia". *Cuadernos Americanos*, Nº 116, 2006, pp. 105-118.
- Clemenceau, Georges. *La Argentina del Centenario*. Universidad Nacional de Quilmes: Bernal, 1999.
- Clifford, James. *Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography*. Berkeley: University of California Press, 1986.
- Cloquet, Hyppolite. *Opshrésologie ou Traité des odeurs*. Paris : Méquignon-Marvis, 1821.
- Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002.
- Colomina, Beatriz. "The Split Wall: Domestic Voyeurism". Beatriz Colomina ed., *Sexuality and Space*. New York: John Wiley and Son, 1992, pp. 73-128.
- Contreras, Sandra. "Lucio V. Mansilla, cuestiones de método". Laera, Alejandra (directora del volumen). *Historia crítica de la literatura argentina 3. El brote de los géneros*. Emecé Editores: Buenos Aires, 2010, pp. 199-232.
- Corbin, Alain. *Le miasme et la jonquille. L'odorat et l'imaginaire social 18^e-19^e siècles*. Paris : Aubier Montagne, 1985.
- Corradini, Luisa. "Los intelectuales del mundo y LA NACIÓN. 'No hay que confundir memoria con historia', dijo Pierre Nora. La visión del filósofo y académico francés", *La Nación*, 15 de marzo de 2006.
- Cresto, Juan José. "Club del Progreso, Don Bernardo y el Acuerdo de San Nicolás". *Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002.
- Cunningham Graham, RB. *El Río de la Plata*. Londres: Establecimiento Tipográfico de Wertheimer Lea y cía, 1914.
- Daireaux, Émile. *Vida y costumbres en el Plata*. Buenos Aires : Félix Lajouane, tomo 1, 1881.
- D'Amico, Carlos. *Buenos Aires, sus hombres, sus costumbres*. Buenos Aires: Americana, 1952 (1890).

- Damisch, Hubert. *Skyline. La ville Narcisse*. Paris: Seuil, 1996.
- Daumard, Adeline. «La vie de salon en France dans la première moitié du XIXe siècle». Étienne, François (dir.). *Sociabilité et société bourgeoise en France, en Allemagne et en Suisse (1750-1850)*. Paris : Éditions recherches sur les Civilisations, 1986.
- Dávila, Francisco. *La Babel argentina. Pálido bosquejo de la ciudad de Buenos Aires en su triple aspecto material, moral y artístico*, Buenos Aires: F. Lajouane, 1886.
- De Morny, Auguste (M. de Saint Rémy). *Monsieur Choufleuri restera chez lui le... Operette-bouffe en 1 acte. Livret de censure. Paris 1861. Première édition provisoire*. Boosey & Hawkes – Bots & Bock: Berlín, 2003.
- Derrida, Jacques. *Memorias para Paul de Man*. Barcelona: Gedisa, 1989.
- Descartes, René. *Discurso del método/Meditaciones metafísicas*. Madrid: Espasa-Calpe, 1970.
- Devoto, Fernando – Madero, Marta (directores). *Historia de la vida privada en la Argentina. Tomo I. País antiguo. De la colonia a 1870*. Buenos Aires : Taurus, 1999.
- Devoto, Fernando – Pagano, Nora. *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2010.
- Douvrobsky, Serge. *Autobiographiques. De Corneille à Sartre*. Paris : Presses Universitaires de France, 1988.
- Dumazedier, Joffre – Ripert, Aline. *Loisirs et culture*. Paris : Éditions du Seuil, 1966.
- Dussel, Enrique. *The Invention of the Americas: Eclipse of "the Other" and the Myth of Modernity*. Michael D. Barber, traducción New York: Continuum, 1995.
- Elias, Norbert. *I- La Civilisation des Mœurs*. Paris: Calmann Lévy, 1973.
- Elias, Norbert. *II- La Dynamique de l'Occident*. Paris: Calmann Lévy, 1975.
- Elias, Norbert. *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1983.

- Escudé, Carlos. “1852: un año clave para entender el tránsito entre las etapas pre-nacional, nacional y post-nacional de la Argentina”. *Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002.
- Falcón, Ricardo. *La Barcelona argentina: migrantes obreros y militantes en Rosario (1870-1912)*. Rosario: Laborde Editor, 2005.
- Fernández Bravo, Álvaro. “Una especulación sobre sujeción y nomadismo. Mansilla, escritor cosmopolita”. *Las ranas*, año III, N° 4, 2007.
- Ferrari, Gustavo – Gallo, Ezequiel. *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, 1980.
- Fey, Ingrid Elizabeth. *First Tango in Paris: Latin Americans in Turn-of-the-Century France, 1880 to 1920*, tesis de doctorado. University of California, 1995.
- Figueira, Ricardo. “Prólogo”. López, Lucio V., *La gran aldea. Costumbres bonaerenses*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1980.
- Fimiani, Maripaola. “Cartographie”. Donatella Mazzoleni, ed. *La città e l'immaginario*. Roma: Officina Edizione, 1985.
- Fontana, Patricio. “‘Es de la boca de un viejo/ de ande salen las verdades’. Memoria, vejez y usos del pasado”. Laera, Alejandra (directora del volumen). *Historia crítica de la literatura argentina 3. El brote de los géneros*. Emecé Editores: Buenos Aires, 2010, pp. 61-93.
- Foster, David William. “La gran aldea as Ideological Document”. *Hispanic Review*, Vol. 56, N°1 (Winter), 1988, pp. 73-87.
- Foucault, Michel. *Les mots et les choses*, Paris: Éditions Gallimard, 1966.
- Foucault, Michel. “De los espacios otros”, conferencia dictada el 14 de marzo de 1967, en *Architecture, Mouvement, Continuité*, N° 5, octubre 1984.
- Fray Mocho (José S. Álvarez). *Memorias de un vigilante*. Buenos Aires: Vaccaro, 1920.

- Frigueira, Ricardo. "Prólogo". López, Lucio V. *La gran aldea. Costumbres bonaerenses*. Centro Editor de América Latina: Buenos Aires, 1980.
- Gache, Roberto. *Glosario de la farsa urbana*. Buenos Aires: CEAL, 1968 (1916).
- Gálvez, Lucía. *Club del Progreso. La sociedad, los hombres, las ideas, 1852-2000*. Buenos Aires, 1999.
- Gálvez, Lucía. "La sociedad, los hombres, las ideas". *Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002.
- Garavaglia, Juan Carlos – Moreno, José Luis (comps). *Población, sociedad, familia y migraciones en el espacio rioplatense. Siglos XVIII y XIX*. Buenos Aires: Cántaro, 1993.
- Garavaglia, Juan Carlos. "A la Nación por la Fiesta: las *Fiestas Mayas* en el origen de la Nación en el Plata". *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, Tercera serie, N° 22, Buenos Aires, 2000.
- García, Juan Agustín. *La ciudad indiana*. Buenos Aires: Ángel Estrada y Cía, 1909 (1901).
- García De D'Agostino, Rebok-Asato-López. *Imagen de Buenos Aires a través de los viajeros, 1870-1910*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 1981.
- García Rozada, Norberto. "El Club y su cuna". *Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002.
- Gayol, Sandra. *Sociabilidad en Buenos Aires. Hombres, honor y café 1862-1910*. Buenos Aires: Ediciones del Signo, 2000.
- Gazzaneo, Jorge O. – Escarone, Mabel M. *Arquitectura de la revolución industrial*, Buenos Aires: Instituto de Arte Americano y de Investigaciones Estéticas, FAU/UBA, 1966.
- Gellner, Ernest. *Naciones y nacionalismo*. Alianza Editorial: Madrid, 1991.
- Gelly y Obes, Carlos María. "Los Pellegrini en el Club del Progreso". *Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002.
- Genette, Gérard. "Discours du récit". *Figures III*. París: Éditions du Seuil, 1972.

- Germani, Gino. *Política y sociedad en una época de transición. De la sociedad tradicional a la sociedad de masas*. Buenos Aires: Paidós, 1962.
- Gianello, Leoncio. *Historia de Santa Fe*. Plus Ultra: Buenos Aires, 1991.
- Giddens, Anthony. *The Constitution of Society*. Cambridge: Polity Press, 1984.
- Ginzburg, Carlo. “Traces. Racines d’un paradigme indiciaire”. *Mythes, emblèmes, traces: morphologie et histoire*. Paris: Flammarion, [1986] 1989, pp. 139-180.
- Giusti, Roberto F. “La prosa de 1852 a 1900”. Arrieta, Rafael Alberto (comp.), *Historia de la literatura argentina*, vol. 3. Buenos Aires: Peuser, 1959.
- Giraldo, Luz Mary. *Ciudades escritas*. Convenio Andrés Bello: Bogotá, 2004.
- Goffman, E. *Les rites d’interaction*. Paris: Minuit, 1974.
- Gómez Carrillo, Enrique. *El encanto de Buenos Aires*. Madrid: Perlado, Páez y Compañía, 1914.
- González, Santiago, et al. *El 80*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1968.
- González Arrili, Bernardo. “Lucio Vicente López”. *Journal of Inter-American Studies* 5.2, 1963, pp. 161-168.
- González Bernaldo, Pilar. *L’urbanisation de la mémoire. Politique urbaine de l’État de Buenos Aires pendant les dix années de sécession (1852-1862)*. Colloque International de l’AFSSAL « Les enjeux de la mémoire. L’Amérique latine à la croisée du Cinquième Centenaire. Commémorer ou remémorer? » (mimeo). París, diciembre 1992, p.2.
- González Bernaldo, Pilar. “Vida privada y vínculos comunitarios: formas de sociabilidad popular en Buenos Aires, primera mitad del siglo XIX”. Devoto, Fernando – Madero, Marta (directores). *Historia de la vida privada en la Argentina. Tomo I. País antiguo. De la colonia a 1870*. Buenos Aires: Taurus, 1999.
- González Bernaldo, Pilar. *Civilidad y política en los orígenes de la nación argentina, 1829-1862*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2001.

- González-Stephan, Beatriz. *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid: Iberoamericana, 2002.
- González Stephan, Beatriz – Andermann, Jens (eds.). *Galerías del progreso. Museos, exposiciones y cultura visual en América Latina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2006.
- Gorelik, Adrián. *La grilla y el parque*. Bernal: Universidad de Quilmes, 1997.
- Gorelik, Adrián. *Miradas sobre Buenos Aires. Historia cultural y crítica urbana*. Siglo Veintiuno Editores Argentina: Buenos Aires, 2004.
- Graña, María Cecilia. “La ciudad de Buenos Aires en la literatura argentina del siglo XIX”. Campra, Rosalba (coordinación). *La selva en el damero. Espacio literario y espacio urbano en América Latina*. Pisa: Giardini Editori e Stampatori in Pisa, 1989.
- Graña, María Cecilia. *La utopía, el teatro, el mito. Buenos Aires en la narrativa argentina del siglo XIX*. Bulzoni Editore: Roma, 1991.
- Gurvitch, Georges. « Analyse critique de quelques classifications des formes de la sociabilité ». *Archives de philosophie du droit et de sociologie juridique*, N° 3-4, pp. 43-91, 1935.
- Gurvitch, Georges. « Essai d’une classification pluraliste des formes de la sociabilité ». *Annales sociologiques*, (A-3), pp. 1-48, 1937.
- Gurvitch, Georges. *La vocation actuelle de la sociologie*. P.U.F. : Paris, 1950.
- Gurvitch, Georges. *Traité de sociologie*, 2 volúmenes. P.U.F : Paris, 1967.
- Gutman, Margarita – Hardoy, Jorge Enrique. *Buenos Aires. Historia urbana del área metropolitana*. Buenos Aires: Editorial Mapfre, 1992.
- Gutman, Margarita – Reese, Thomas (editores). *Buenos Aires 1910. El imaginario para una gran capital*. Buenos Aires: Eudeba, Centro de Estudios Avanzados, 1999.

- Habermas, Jürgen. *The Structural Transformation of the Public Space. An Inquiry into a Category of Bourgeois Sphere*. Cambridge: Massachusetts, The MIT Press, 1989.
- Habermas, Jürgen. “Historical Consciousness and Post-Traditional Identity. The Federal Republic’s Orientation to the West”. Habermas, Jürgen. *The New Conservatism*. Cambridge Mass: MIT Press, 1989.
- Haigh, Samuel. *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*. Buenos Aires: Biblioteca de la Nación, 1918.
- Halperín Donghi, Tulio. *Proyecto y construcción de una nación (Argentina, 1846-1880)*. Buenos Aires: Biblioteca Ayacucho, 1980.
- Halperín Donghi, Tulio. *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Sudamericana, 1987.
- Harvey, David. *Paris, capital of modernity*. New York: Routledge, 2003.
- Harvey, David. *Society, the City and the Space-economy of Urbanism*. Association of American Geographers: Washington, 1972.
- Harvey, David. *The Urban Experience*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1989.
- Harvey, David. “From Space to Place and Going Back Again”. Jon Bird, Barry Curtis, et al., eds. *Mapping the Future; Local Cultures, Global Changes*. London - New York: Routledge, 1993.
- Hernández, José. *Martín Fierro*. Centro Editor de América Latina: Buenos Aires, 1967.
- Hobsbawm, Eric – Ranger, Terence. *The Invention of Tradition*. Cambridge University Press: New York, 1983.
- Hobsbawm, Eric. *La era del imperio (1875-1914)*. Crítica: Barcelona, 1989.
- Hobsbawm, Eric. *La era de la revolución (1789-1848)*. Barcelona: Labor, 1991.
- Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismos desde 1789*. Barcelona: Crítica, 1991.

- Hobsbawm, Eric. "Nación, estado, etnicidad y religión: transformaciones de la identidad". Conferencia Inaugural del Congreso Internacional: Los nacionalismos en Europa. Pasado y presente. Santiago de Compostela. *Anuario*, N° 16, Escuela de Historia, UNR. 1993/94.
- Huret, Jules. *De Buenos Aires al Gran Chaco*. Hyspamérica: Buenos Aires, 1986.
- Iglesia, Cristina. "Mansilla, la aventura del relato". *Historia crítica de la literatura argentina* (director Noé Jitrik), volumen 2, *La lucha de los lenguajes* (director del volumen: Julio Schwartzman). Buenos Aires: Emecé, 2003.
- Insolera, Ítalo. "Europa XIX secolo: hipótesis per una nuova definizione della città". Caracciolo, Alberto. *Dalla città preindustriale alla città del capitalismo*. Bologna: Il Mulino, 1975.
- Jitrik, Noé. *Ensayos y estudios de literatura argentina*. Buenos Aires: CEAL, 1970.
- Jitrik, Noé. *Las contradicciones del modernismo. Productividad poética y situación sociológica*. México: El Colegio de México, 1978.
- Jitrik, Noé. *El mundo del Ochenta*. Buenos Aires: CEAL, 1998 (1968).
- Jitrik, Noé (director). *Historia crítica de la literatura argentina*. Buenos Aires: Emecé (12 volúmenes), 2000-2002.
- Jitrik, Noé (coordinador). *Sesgos, cesuras y métodos*. Eudeba: Buenos Aires, 2005.
- Johnson, Lyman – Socolow, Susan Migden. "Población y espacio en el Buenos Aires del siglo XVIII". *Desarrollo Económico*. v. 20, N° 79 (octubre – diciembre), 1989.
- Junot, Laure, duchesse d'Abrantès. *Histoire des salons de Paris, 1836-1838*, s/f.
- Kendon, A., "Goffman Approach to Face-to-Face Interaction", en Drew, P., y Wootton, A. (compiladores). *Erving Goffman. Exploring the Interaction Order*. Boston: Northeastern University Press, 1988.
- Kerzer, David. *Ritual, Politics and Power*, Yale University Press, 1985.

- Laera, Alejandra. *El tiempo vacío de la ficción. Las novelas argentinas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- Laferrère, Alfonso de. "Prologo". López, Lucio V., *La gran aldea*, Buenos Aires: Estrada, 1948.
- Lanuza, José Luis. *Genio y figura de Lucio V. Mansilla*. Buenos Aires: Eudeba, 1965.
- Lascano Quintana, Guillermo. "Dos historias del Club". *Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002.
- Lefebvre, Henri. *La production de l'espace*. Paris : Anthropos, 1974.
- Lejeune, Philippe. *Je est un autre. L'autobiographie de la littérature aux médias*. Paris: Éditions du Seuil, 1980.
- Lewald, H. Ernest. "Aim and Function of *Costumbrismo Porteño*". *Hispania* N°46, 1963, pp. 525-529.
- Liernur, Jorge F. "Una ciudad efímera. Consideraciones sobre las características materiales de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX". *Estudios Sociales*, N° 2, Santa Fe, 1er semestre, 1992, pp. 103-121.
- Liernur, Jorge F. – Silvestri, Graciela. *El umbral de la metrópoli. Transformaciones técnicas y cultura en la modernización de Buenos Aires (1870-1930)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1993.
- Lichtblau, Myron I. *The Argentine Novel in the Nineteenth Century*. New York: Hispanic Institute in the United States, 1959.
- Linde, Charlotte – Labov, William. "Spatial Networks as a Site for the Study of Language and Thought". *Language*, tomo 51, 1975
- Llanes, Ricardo M. *Historia de la calle Florida*. Buenos Aires: MCBA, 1976.
- Lobato, Mirta Zaida (directora). *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*, vol. V "Nueva Historia Argentina". Buenos Aires: Sudamericana, 1999.

- López, Lucio Vicente. *Recuerdos de viaje*. Buenos Aires: Secretaría de Cultura de la Nación – R.M.L. Ediciones, 1994.
- López, Lucio Vicente. *La Gran Aldea*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2010 (1884).
- López, Vicente Fidel. *Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político*. Buenos Aires: Kraft, 1913 (1881).
- Losada, Leandro. *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Iberoamericana, 2008.
- Ludmer, Josefina. *El cuerpo del delito: un manual*. Buenos Aires: Perfil Libros, 1999.
- Luna, Félix. *Los caudillos*. Peña Lillo: Buenos Aires, 1971.
- Luna, Félix. *Buenos Aires y el país*. Buenos Aires: Sudamericana, 1982.
- Luna, Félix. *Soy Roca*. Buenos Aires: Sudamericana, 1989.
- Luna, Félix. “El medio siglo del Club”. *Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002.
- Megenney, William. “La gran aldea de Lucio Vicente López: novela integral”. *Letras de Buenos Aires*, 6 (1982), pp. 21-34.
- Mansilla, Lucio V. “De Adén a Suez (Impresiones de viaje)”. *El Plata Científico*, tomo IV, Buenos Aires, 1855 (enero).
- Mansilla, Lucio V. “Recuerdos de Egipto”. *La Revista de Buenos Aires. Historia Americana, Literatura y Derecho*, año I, N°10, pp. 256-271, y N°11, pp. 465-477, 1864, febrero, (1855).
- Mansilla, Lucio V. *El diario de mi vida, o sean Estudios morales*. Buenos Aires: Imprenta Tribuna Nacional, 1888.
- Mansilla, Lucio V. *En vísperas*. París: Garnier Hermanos, 1903.
- Mansilla, Lucio V. *Un país sin ciudadanos*. París: Garnier Hermanos, 1907.

- Mansilla, Lucio V. *Rozas. Ensayo histórico-psicológico*. Buenos Aires: La Cultura Popular, 1933.
- Mansilla, Lucio V. *Retratos y recuerdos*. Buenos Aires: Jackson, 1945.
- Mansilla, Lucio V. *Entre nos. Causeries del jueves*. Buenos Aires: El Elefante Blanco, 2007 (1889-1890).
- Mansilla, Lucio V. *Charlas inéditas*. Buenos Aires: Eudeba, 1966.
- Mansilla, Lucio V. *Mis memorias (infancia y adolescencia)*. Buenos Aires: El Ateneo, 1978 (1904).
- Mansilla, Lucio V. *Una excursión a los indios ranqueles, tomos I y II*. Buenos Aires: Kapelusz, 1966.
- Mansilla, Lucio V. *Horror al vacío y otras charlas*. Buenos Aires: Biblos, 1995.
- Mansilla, Lucio V. *Los siete platos de arroz con leche*. Buenos Aires: Biblioteca Clarín, 2001.
- Martel, Julián. *La Bolsa*. Ediciones Estrada: Buenos Aires, 1946 (1891).
- Martí, José. "Oscar Wilde". *La Nación*, Buenos Aires, 10 de diciembre de 1882.
- Martínez Estrada, Ezequiel. *Radiografía de la pampa*. Buenos Aires: Losada, 2007 (1933).
- Martínez Estrada, Ezequiel. *La cabeza de Goliath. Microscopia de Buenos Aires*. Buenos Aires: CEAL, 1981 (1940).
- Matamoro, Blas. *La casa porteña*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1971.
- Mazzoleni, Donatella. *La città e l'immaginario*. Roma: Officina Edizioni, 1985.
- Mead, G.H. *Mind, Self & Society*. Chicago: The University of Chicago Press, 1974.
- Molloy, Sylvia. "Imagen de Mansilla". Ferrari, Gustavo – Gallo, Ezequiel (compiladores). *La Argentina del Ochenta al Centenario*. Buenos Aires: Sudamericana, 1980.
- Molloy, Sylvia. "Recuerdo y sujeto en 'Mis memorias' de Mansilla". *Nueva Revista de Filología Hispánica*, volumen 36, Nº 2, 1988, pp. 1207-1220.

- Molloy, Silvia. *Acto de presencia. La escritura autobiográfica en Hispanoamérica*. México: Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Moutoukias, Zacarías. *Contrabando y control colonial en el siglo XVIII*. Buenos Aires: CEAL, 1986.
- Moya, José. *Primos y extranjeros. La inmigración española en Buenos Aires, 1850-1930*. Buenos Aires: Emecé, 2004.
- Muñoz, Boris – Spitta, Silvia. *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*. Pittsburgh: Biblioteca de América, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh, 2003.
- Myerhoff, B. 'Life Not Dead in Venice: Its Second Life'. V.W.Turner - E. M. Bruner. *The Anthropology of Experience*. Urban & Chicago, University of Illinois Press, 1986, pp. 261-262.
- Myers, Jorge. "Una revolución en las costumbres: las nuevas formas de sociabilidad de la elite porteña, 1800-1860". Devoto, Fernando – Madero, 1999, Marta (directores), *Historia de la vida privada en la Argentina. Tomo I. País antiguo. De la colonia a 1870*. Buenos Aires: Taurus, 1999.
- Newton, Jorge – Newton, Lily. *Historia del Jockey Club de Buenos Aires*. Buenos Aires: Ediciones L.N, 1966.
- Nora, Pierre (director). *Les lieux de mémoire. I: La République*. Paris: Gallimard, 1984, pp. XVII-XLIL.
- Nora, Pierre. « La aventura de *Les lieux de mémoire* », *Ayer* N° 32, 1998, pp. 17-34.
- Nouzeilles, Gabriela. "Pathological Romances and National Dystopias in Argentine Naturalism". *Latin American Literary Review*, 24, 47 (1996), pp. 23-39.
- Ocantos, Carlos María. *Quilito*. Madrid, Hyspamérica, 1985 (1891).
- Onega, Gladys S. *La inmigración en la literatura argentina*. Centro Editor de América Latina: Buenos Aires, 1982.

- Ortiz, Federico F. et al. *La arquitectura del liberalismo en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 1968.
- Ostuni, Ricardo A. – Himschoot, Oscar B. *Los cafés de la Avenida de Mayo*. Buenos Aires: Ediciones Club del Tango, 1994.
- Oszlak, Oscar. *La formación del Estado argentino*. Buenos Aires: Belgrano, 1982.
- Otero, Osvaldo, « Vivienda y poder: la sociedad urbana en el Buenos Aires tardocolonial », *Nuevo Mundo Mundos Nuevos* [En línea], Debates, Puesto en línea el 23 marzo 2010, consultado el 22 marzo 2013. URL : <http://nuevomundo.revues.org/59287> ; DOI : 10.4000/nuevomundo.59287
- Ozouf, Mona, *La fête révolutionnaire 1789-1799*. Paris: Gallimard, 1976.
- Pascarella, Luis. *El conventillo. Costumbres bonaerenses*. Buenos Aires: La Lectura, 1917.
- Pauls, Alan. “Sobre las *causeries* de Mansilla. Una causa perdida”. *Lecturas Críticas*, N° 2, 1982.
- Payró, Julio E. *Prilidiano Pueyrredón, Joseph Dubourdieu. La Pirámide de Mayo y la Catedral de Buenos Aires*. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras: Biblioteca de Historia del Arte, serie argentina N°5, 1972.
- Peña, Milcíades. *De Mitre a Roca. La consolidación de la oligarquía anglocriolla*. Buenos Aires: Fichas, 1975.
- Piccirilli, Ricardo. *Los López, una dinastía intelectual: ensayo histórico literario 1810-1852*. Buenos Aires: EUDEBA, 1972.
- Pike, Burton. “The City as Image”. *Le Gates and Stout*, 1996, pp. 242-49.
- Pla, Alberto J., “Apuntes para una discusión metodológica. Clases sociales o sectores populares. Pertinencia de las categorías analíticas de ‘clase social’ y ‘clase obrera’”. *Anuario de la Escuela de Historia*, núm. 14, 1989-1990.
- Ponce, Aníbal. “Lucio V. López”. *La vejez de Sarmiento*. Buenos Aires: L.J.Rosso, 1927.
- Popolizio, Enrique. *Vida de Lucio V. Mansilla*. Buenos Aires: Peuser, 1954.

- Posada, Adolfo. *La República Argentina. Impresiones y comentarios*. Buenos Aires: Hyspamérica, 1986 (1912).
- Prieto, Adolfo. *Diccionario básico de la literatura argentina*. Buenos Aires: CEAL, 1967.
- Prieto, Adolfo. “Prólogo”. *El rosismo. La reorganización nacional*. Santiago Calzadilla, Carlos Guido y Spano, Lucio V. Mansilla y Vicente G. Quesada. Rosario: Editorial Biblioteca, 1974.
- Prieto, Adolfo. *La literatura autobiográfica argentina*. Buenos Aires: CEAL, 1982 (1966).
- Prieto, Adolfo. *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2006 (1989).
- Prieto, Martín. *Breve historia de la literatura argentina*. Buenos Aires: Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S.A, 2006.
- Quesada, Vicente (Víctor Gálvez). *Memorias de un viejo. Escenas y costumbres de la República Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Argentinas Solar, 1942 (1889).
- Radovanovic, Elisa, “El modelo ideal y la realidad de la traza. Buenos Aires en el pensamiento de Miguel Cané”. *Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Pensar Buenos Aires (X Jornadas de Historia de la Ciudad de Buenos Aires)*. Buenos Aires, 1994.
- Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Santiago de Chile: Tajamar Editores, 2004 (1984).
- Rama, Ángel. *Rubén Darío y el modernismo*. Barcelona: Alfadil Ediciones, 1985.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- Reguillo, Rossana. “La clandestina centralidad de la vida cotidiana”. *Causas y Azares. Los lenguajes de la Comunicación y la Cultura en (la) Crisis*, N° 7, 1998, pp. 98-110.
- Ricœur, Paul. “Historia y memoria. La escritura de la historia y la representación del pasado”. Perotin-Dumon, Anne (dir.), *Historizar el pasado vivo en América Latina*, [en línea]:http://www.historizarelpasadovivo.cl/es_resultado_textos.php?categoria=Verd

[ad%2C+justicia%2C+memoria&titulo=Historia+y+memoria.+La+escritura+de+la+historia+y+la+representaci%F3n+del+pasado](#) . Consultado el 1º de junio de 2015.

- Ribas, Armando P. “El progreso y el Club del Progreso”. *Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002.
- Robin, Régine. *Le roman mémoriel: de l’histoire à l’écriture du hors-lieu*. Longueuil: Le Préambule, 1989.
- Rocchi, Fernando. “Consumir es un placer: la industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado”. *Desarrollo Económico*, vol. 37, N° 148, 1998.
- Rock, David. *Political Movements in Argentina, 1860-1916*. Stanford: Stanford University Press, 2002.
- Rodaway, Paul. *Sensuous Geographies : Body, Sense and Place*. Londres y New York: Routledge, 1994.
- Rojas, Ricardo. *Historia de la Literatura Argentina. Ensayo filosófico sobre la cultura en el Plata. Tomo IV: Los modernos*. Buenos Aires: Juan Roldán y Cía, 1922.
- Roldán, Diego. “La formación de los sectores populares urbanos en la historiografía argentina. Una mirada sobre el núcleo”. *Signos históricos*, N°20, julio-diciembre 2008, pp. 194-232.
- Román, Claudia. “A pedir de boca”. Prólogo a Mansilla, Lucio V. *Los siete platos de arroz con leche*. Buenos Aires: Biblioteca Clarín, 2001.
- Romero, José Luis. “Buenos Aires: una historia”. *Historia integral de la Argentina, volumen 7 “El sistema en crisis”*. Buenos Aires: CEAL, 1970.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*. Buenos Aires – México: Siglo XXI, 1976.
- Romero, José Luis. *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1978 (1956).

- Romero, Luis Alberto. *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1994.
- Romero, Luis Alberto - Gutiérrez, L. *Sectores populares y cultura política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires: Sudamericana, 1995.
- Romero, José Luis y Luis Alberto (directores). *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*. Buenos Aires: Altamira, 2006.
- Rosa, José María. *Historia argentina. Tomo 8*. Buenos Aires: Juan Carlos Granda, 1969.
- Rosa, Nicolás. *El arte del olvido*. Buenos Aires: Puntosur, 1990.
- Rossi, Aldo. *The Architecture of the City*. Cambridge: Mass, 1982.
- Ruiz Moreno, Isidoro. “Urquiza, prócer nacional”. *Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002.
- Rusiñol, Santiago. *Un viaje al Plata*. Madrid: V. Prieto y Cía, 1911.
- Sábato, Hilda. *Capitalismo y ganadería en Buenos Aires: la fiebre del lanar, 1850-1890*. Buenos Aires: Sudamericana, 1989.
- Sábato, Jorge. *La clase dominante en la Argentina moderna. Formación y características*. CISEA-Imago Mundi: Buenos Aires, 1991.
- Sábato, Hilda. *Buenos Aires en armas. La revolución de 1880*. Siglo XXI: Buenos Aires, 2008.
- Sáenz Quesada, María. “El año en que se fundó el Club del Progreso”. *Club del Progreso 1852-2002. Sesquicentenario*. Buenos Aires: Ediciones Lumiere, 2002.
- Saldías, Adolfo. “Prólogo”. Calzadilla, Santiago. *Las beldades de mi tiempo*. Buenos Aires: Obligado Editora, 1975.
- Sarlo, Beatriz. *La batalla de las ideas (1843-1973)*. Buenos Aires: Ariel Historia, 2001.
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Mi defensa*, 1843.

- Sarmiento, Domingo Faustino. *Facundo. Civilización o Barbarie*. Madrid: Cátedra, 2008 (1845).
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Argirópolis o la capital de los estados confederados del Río de la Plata*. Buenos Aires: EUDEBA, 1968 (1850).
- Sarmiento, Domingo Faustino. *Recuerdos de provincia*, 1850.
- Scobie, James. *Buenos Aires, del centro a los barrios, 1870-1910*. Buenos Aires: Solar-Hachette, 1977 (1974).
- Scobie, James – Ravina de Luzzi, Aurora. “El centro, los barrios y el suburbio”. Romero, José Luis y Luis Alberto (directores). *Buenos Aires, historia de cuatro siglos*, Buenos Aires: Altamira, 2006.
- Sebreli, Juan José. *Buenos Aires, vida cotidiana y alienación*. Buenos Aires: Siglo Veinte, 1964.
- Shumway, Nicolás. *La invención de la nación. Historia de una idea*. Buenos Aires: Emecé, 1993.
- Sicardi, Francisco. *Libro extraño*. Barcelona: Fc. Granada y Can Editores, s/f.
- Sigal, Silvia. *La Plaza de Mayo. Una crónica*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina, 2006.
- Socolow, Susan. *Los mercaderes del Buenos Aires colonial, familia y comercio*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 1991 (1978).
- Solari, Juan Antonio. *Lucio V. López. El hombre: su vida y su obra*. Paraná: Talleres Gráficos Nueva Impresora, 1949.
- Spicer-Escalante, J.P. *Visiones patológicas nacionales: Lucio Vicente López, Eugenio Cambaceres y Julián Martel ante la distopía argentina finisecular*. Maryland: Hyspamérica, 2006.
- Spitta, Silvia. “Prefacio. Más allá de la ciudad letrada”. Muñoz, Boris – Spitta, Silvia, *Más allá de la ciudad letrada: crónicas y espacios urbanos*. Pittsburgh: Biblioteca de

América, Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, Universidad de Pittsburgh, 2003.

Stern, Danielle (comtesse d'Agoult). *Mes souvenirs 1806-1833*. Paris, 1877.

Suárez Danero, Eduardo. "Prologo biográfico". López, Lucio V. *La gran aldea*. Buenos Aires, Albatros, 1939.

Subercaseaux, Benjamín. *Daniel (niño de lluvia)*. Santiago de Chile: Ediciones Ercilla, 1942.

Taullard, Alfredo. *Los planos más antiguos de Buenos Aires, 1580-1880*. Buenos Aires: Peuser, 1940.

Terán, Oscar. *En busca de la ideología argentina*. Buenos Aires: Catálogos, 1986.

Terán, Oscar. *Positivismo y nación*. México: Katún, 1993.

Terán, Oscar. *Vida intelectual en el Buenos Aires de fin de siglo (1880-1910)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.

Terán, Oscar (coordinador). *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2008.

Thompson, Edward P. "Time, work-discipline, and industrial capitalism", *Past and Present* 38, 1967, pp. 56-97.

Tuan, Yi-Fu. *Espace et lieu. La perspective de l'expérience*. Gollion: Infolio, 2006.

Veyne, Paul. *Comment on écrit l'histoire*. Paris: Éditions du Seuil, 1978.

Viñas, David. *Literatura argentina y política. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor, 2005 (1964).

White, Hayden. *The Contents of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore-Londres: John Hopkins University Press, 1987 [traducción castellana *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*. Barcelona: Paidós, 1992].

- White, Hayden. *Tropics of Discourse: Essays in Cultural Criticism*. Baltimore-Londres: John Hopkins University Press, 1990 [traducción castellana *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona: Paidós, 2003].
- Wilde, José Antonio. *Buenos Aires desde setenta años atrás*. Buenos Aires: EUDEBA, 1960 (1881).
- Williams, Raymond. *Cultura y sociedad 1780-1950. De Coleridge a Orwell*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2001 (1980).
- Zabala, Rómulo – De Gandía, Enrique. *Historia de la ciudad de Buenos Aires I (1536-1718)*. Buenos Aires: Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires, 1937.
- Zabala, Rómulo. *Historia de la Pirámide de Mayo*. Buenos Aires: Academia Nacional de la Historia, 1962.